

Enric Castelló

Periodismo posthumano

**Bases para relatar
un mundo ensamblado**

LAERTES

Serie Logoi

La publicación de este libro recibió el apoyo del proyecto “Nuevos imaginarios del rural en la España contemporánea: cultura, documental y periodismo” (PID2021-122696NB-I00) financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033/ y por FEDER Una manera de hacer Europa



Primera edición: noviembre de 2025

© Enric Castelló

© de esta edición: Laertes S.L. de Ediciones, 2025
www.laertes.es

ISBN: 978-84-19676-83-2
Depósito legal: B 17105-2025

Fotografía de Enric Castelló
Fotocomposición y diseño cubierta: JSM

Impreso en: Romanyà Valls

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual, con las excepciones previstas por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en la UE

*Totes ses coses modernes
totes ses coses modernes
han esperat molt
totes ses coses modernes
totes ses coses modernes
s'han enfadat molt*

Antònia Font (2011)

Índice

Introducción	9
Puntos clave	17
No es otro post.	22
Peces, cables e IA	33
El poder, aún	43
Trayectorias	55
¿Qué dice la Luna?	57
El origen de las categorías	63
Hilos, cuerpos y relatos	80
Enlaces	91
Nodo y develación	92
Ulises existe	102
Setas ensambladas	108
Éticas de la agencia.	121
Escuchar, aprender, contar	126
Fake is fake	136
Granjas y devenires	143
Expresiones	153
Mirada y voz	154
Contaminaciones.	163
Cuerpos y ciencias.	172

Afirmación	187
Ritmos, tempos.	190
Artificio sobre lo auténtico	197
Cerrar círculos.	207
Notas finales.	213
Construcción y materia. Escuchar y observar.	214
Historias de ensamblajes. Conectar.	215
Volver a la fisicidad. Estar.	215
Visibilizar agencias. Dar voz.	216
Giro del ser-relato: ser periodista hoy.	217
Referencias	219

Introducción

Este libro ofrece bases teóricas que incorporan las miradas materialistas y posthumanas para un ejercicio consciente del periodismo. En la propuesta, comento numerosos ejemplos de esas prácticas en las que caben existencias diversificadas. Defenderé que ese es un giro necesario en un escenario en el que tecnología, naturaleza y cultura se mezclan sin discernimientos. El periodismo posthumano transgrede así las convenciones del periodismo «moderno» e incorpora una mirada posibilista para reimaginar las relaciones que nos ayuden a convivir con las crisis ambientales y sociopolíticas actuales.¹ Como todos los libros, este nació de un momento y por una necesidad. Se gestó en 2024 mientras investigaba sobre las coberturas periodísticas sobre temas rurales.

El desplazamiento que propongo ha sido vivido de cerca, reflexionado a fuego lento durante años de adopción de un construccionismo social que se iba resquebrajando ante sus limitaciones para explicar un mundo experimentado en su materialidad, sentido, percibido, olido, dolido. Pero como digo, no ha sido hasta muy reciente que esa reflexión ha cristalizado. Primero fue en algunas producciones académicas con las que tímidamente conseguí poner en diálogo la ruralidad con el periodismo posthumano. Estas indagaciones preliminares fueron discutidas en diversas ponencias en congresos y en un videoensayo, producto de un proceso de descubrimiento (Castelló 2025; 2024a; 2024b; 2024c). A medida que me iba dando cuenta de lo poco que podía hacer en el rural mediante el estudio del discurso producido por humanos, fui advirtiendo de la existencia de esos otros significados en contacto con las materialidades y especies que configuran el medio rural. Esta concienciación de una agencia distribuida supera los imaginarios que podemos elaborar leyendo novelas, consultando datos o escuchando noticias sobre las protestas agrícolas. La ruralidad acabó evidenciándose como una realidad ensamblada, humana y más-que-humana (Castelló 2024b). Esa concienciación casa con las ideas

1/ En la sección sobre «Éticas de la agencia» comento sobre el uso entrecorillado de «moderno», siguiendo las ideas de Bruno Latour.

que expertos y expertas en el medio rural han aportado en el proyecto de investigación sobre imaginarios del rural que coordiné.² En este libro he podido desarrollar como merecen los argumentos, para sintetizar una propuesta amplia de la noción de periodismo posthumano, un trabajo que como digo se inició con este contacto con el mundo rural, la comunicación y la cultura pero que atraviesa todas las esferas y ámbitos periodísticos.

El momento es un contexto de serias incógnitas sobre la profesión periodística. No es que el periodismo no hubiera padecido antes crisis severas. Algunas de ellas han sido por la irrupción de nuevas tecnologías que obligaron a repensar el negocio periodístico. De hecho, podemos afirmar que ese negocio aún no se ha recuperado del todo de la transformación que provocó internet en la década de los noventa, cuando los medios de comunicación empezaron a abocar contenidos en abierto a la red sin disponer de un modelo de negocio definido. Tres décadas han sido un desierto y una selva, un tiempo en el que ha pasado de todo y en el que las empresas lo han probado casi todo. Pero el periodismo no depende siempre del negocio que se pueda hacer con él; como la literatura no depende solo del negocio editorial. El periodismo debe explicar el mundo, identificar los temas relevantes, entender los contextos, profundizar y fundamentar las informaciones, expresarse de forma clara y creativa, con lenguajes atractivos. Su cometido no es gestionar las empresas, ni las cuentas de resultados. Para ello se necesitan buenos gestores que entiendan que el periodismo requiere una protección ante esos intereses comerciales y políticos para poder mantener una calidad, para poder existir, para ser sostenible.

Los jóvenes que entramos en la carrera a principios de los noventa lo hacíamos con unos ideales y expectativas que se fueron rompiendo en pocos años. No solo nos esperaba la crisis monumental del negocio periodístico, que llevaría a la precarización progresiva y la disminución de plantillas, sino que esa crisis iría acompañada de un desprestigio profesional sin precedentes. Las razones de ese desprestigio fueron múltiples. Una parte se explica por la privatización del sistema televisivo que

2/ «Nuevos imaginarios del rural en la España contemporánea: cultura, documental y periodismo» (PID2021-122696NB-I00) financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033/ y por FEDER Una manera de hacer Europa: <https://ruralim.wordpress.com/>

fomentó un sensacionalismo y una mezcla de los intereses comerciales y corporativos con las funciones sociales de información. El sensacionalismo y el corporativismo dañaron el rigor y la calidad. En la lógica comercial se impuso el «todo por la audiencia» al que el periodismo se debía plegar. En aquella década, el periodismo en nuestro país descarriló en todos los sentidos y hoy los proyectos más audaces aún transcurren entre trayectos sin catenaria o buscando los raíles por donde circular dignamente.

Una parte del periodismo ha conseguido mantenerse gracias a las suscripciones y a lo que hoy se conoce con la desafortunada metáfora de los «muros de pago». Esta es una vía que ya anoté como necesaria hace más de veinte años en un artículo, cuando los medios digitales estaban en abierto y muchos confiaban que la salida eran los *banners* y la publicidad *online*. En aquel texto peregrino argumenté que el periodismo solo tendría futuro si los ciudadanos estaban dispuestos a aportar algo por unos contenidos de calidad (Castelló 2003). En cierta forma, se pedía una consciencia del valor del periodismo bien hecho. Ese texto también fue antes de la plataforma de los contenidos de entretenimiento; hace tan solo diez años pocos hubieran pronosticado que el público acabaría pagando por ver la televisión en España. Hoy las plataformas de pago funcionan y los contenidos periodísticos circulan por ellas. Parece que los medios lo hacen en base a una fórmula mixta que se debe a ese modelo; es decir, el de construir una comunidad de lectores comprometida con un periodismo de calidad. Eso es prometedor.

Este libro no va para nada sobre el negocio periodístico pero sí sobre cómo construir esa calidad y cómo orientar la sostenibilidad de la profesión. En realidad parte de la premisa de que el periodismo tiene un valor que supera su comodificación, su conversión en mero producto, su comercialización. El buen periodismo es un bien común. Por eso el derecho a disponer de una información veraz está recogido en los marcos legales de las democracias. Por eso los gobiernos y los parlamentos están tomando medidas ante el problema de la desinformación y de la manipulación. Todo está conectado. Un periodismo de dudosa calidad interfiere en nuestros sistemas democráticos, condiciona gobiernos y decisiones, desorienta, tiene consecuencias nefastas a nivel político, educativo, sanitario, económico, de seguridad. Es por ello por lo que hay que trabajar para buscar la forma de mejorar esa calidad periodística en todos los ámbitos. Este

ensayo sí que va de eso; su objetivo es contribuir a consolidar un periodismo integral e íntegro. Pero a diferencia de los manuales sobre periodismo, o de las guías de estilo, este libro contribuye desde un punto de vista más teórico. Esa calidad y esa sostenibilidad, argumento, requieren un cambio radical en la mirada. Es un cambio en marcha que adapta el periodismo a un contexto en el que afrontamos retos como el cambio climático, la desaparición de hábitats, la destrucción de biodiversidad, las migraciones masivas, las guerras y violencias o los riesgos pandémicos. Esos retos no se pueden entender con un periodismo sesgado, en el que las malas prácticas y el interés corporativo y político se superponen al derecho de la información veraz y a la calidad.

El texto que el lector tiene en las manos indaga particularmente sobre un giro que es ineludible en ese camino que el periodismo debe emprender. La exigencia de calidad y veracidad debe ir acompañada de una renovada visión holística de lo que consideramos «comunicación social». En ese contexto gris que hemos ya dibujado, el periodismo no puede operar sin abrir el foco, sin abrazar una concepción ampliada de la realidad que explica un posicionamiento consciente con la humanidad, pero también con los otros seres vivos, con los hábitats y las materialidades. Es por eso por lo que a partir de aquellas indagaciones sobre el periodismo y las ruralidades propongo un giro posthumano del periodismo. O dicho de otra forma, que el periodismo se sume al giro posthumano en el que las ciencias sociales y las humanidades están innovando, explorando perspectivas e imaginando soluciones.

Es una apuesta heterodoxa y compleja de desarrollar, puesto que el periodismo es un mecanismo de interpretación y exposición de la realidad netamente humano, que además surge en y participa de la modernidad. El periodismo es una actividad que puso el conocimiento en el centro de las sociedades, articuló un foro para la Ilustración, ante el advenimiento de una sociedad industrial. Más tarde, fue el sistema central en el paso a una sociedad del conocimiento. Proponer, como hace este libro, un periodismo posthumano requiere una revisión y un ajuste de las bases teóricas y prácticas sobre las que se hace esa propuesta. Por eso en el libro hago uso de las teorías y requiero visitar ideas filosóficas. Es «un volver atrás» para comprender que el periodismo de corte antropocéntrico ya no es capaz de dar respuestas eficientes ante el colapso de un sistema de «progreso» que, para decirlo llanamente, se está cargando el planeta, genera desequilibrios,

desigualdad, pobreza, violencia y destrucción. El periodismo debe contribuir a revertir estas cuestiones.

En esa evolución, la tecnología opera sin cesar, transformando el sistema, cambiando las reglas de juego, mutando el teatro de operaciones. Ante los que claman que cada avance tecnológico implica su desaparición, el periodismo demuestra que continúa siendo imprescindible, aportando un valor necesario para las democracias, articulando un ágora de debate y discusión. A más fragmentación, infoxicación, polarización, encapsulamiento ideológico y confusión, más crucial se hace disponer de cabeceras, de referentes, de lugares fiables. Los agoreros que propugnaban que los medios periodísticos tenían los días contados, que los periódicos desaparecerían, que los informativos no tenían futuro, asisten a lo contrario. Ante la charlatanería, los bulos, la pseudociencia y la manipulación, el público sigue valorando y requiriendo un suelo. Al final, la pregunta que tiene sentido es: ¿dónde has leído/escuchado/visto eso? La tecnología —si fue el papel, una pantalla de móvil o unas gafas de realidad virtual— transforma pero no acaba con el periodismo. Los envites de esa desinformación y las noticias falsas son draconianos. Se inmiscuye la generación de contenido textual y audiovisual por medio de sistemas de inteligencia artificial, y una granítica precarización profesional. Todo ello socava la credibilidad de la profesión. Pero el periodismo sigue, porque hay un mundo que explicar. La necesidad es, pese a todo, la de proteger la información fiable, contextualizada y distribuida de forma creativa, inteligible e inteligente para un público saturado, desconcertado, encapsulado en burbujas ideológicas pero en busca de brújulas.

No es sencillo ejercer de profesor de Periodismo en este momento. Motivar a un estudiantado que busca algunas certezas, aprendizajes y algo de brillantez es un reto. Mientras escribo, y para encarar un nuevo curso académico, lo que se cuece en esos medios periodísticos son ecos de un colapso medioambiental y de un calentamiento global galopante; conflictos bélicos que escalan con amenazas de una tercera guerra mundial; enfermedades infecciosas con el riesgo de convertirse en letales pandemias; crisis migratorias que acaban en tragedias humanas; casos de corrupción donde no sabemos a quién creer en un marasmo de polarización política; generalización de patologías mentales entre los jóvenes enganchados a las redes con intereses corporativos; incremento de las violencias de género o de los casos de agresiones homofóbicas. Está com-

plicada la cosa si alguien pretende motivar a los jóvenes comunicadores en ese contexto. Pero junto a todas esas duras realidades hay que preguntarse: ¿cómo vamos a contribuir los y las periodistas del futuro a mejorar esa situación? Mi postura es afirmativa y proactiva, valora el rol que el periodismo tiene para conseguir una sociedad mejor, desde la modestia y los límites. Este libro nace también con vocación de esperanza, aún ante ese panorama gris, una reivindicación sincera de lo que puede significar un nuevo periodismo en los próximos decenios, una resignificación de la profesión que vaya mucho más allá del entusiasmo sobre el último cachivache tecnológico.

Como digo, ese nuevo relato requiere un cambio profundo en el entendimiento de la sociedad, de la política, de la educación y de los medios tal y como los entendemos. La visión posthumana es una oportunidad. El cambio debe implicar una ampliación radical del concepto de sociedad, una ampliación que integre no solo a los seres humanos sino también a los animales, a otros seres vivos, y a los hábitats y las materialidades. Debe reconocer la implicación de la tecnología en los procesos creativos, incluidas las máquinas, los algoritmos y las inteligencias artificiales generativas. Aún los consideramos a todos ellos como meras herramientas, útiles pero sin capacidad más allá de lo que nosotros, los humanos, queremos hacer con ellas. Está claro que esas máquinas están programadas y que siempre hay alguien, un individuo o una organización, que es responsable de sus acciones. Pero lo que rebatimos aquí es la posición de que la tecnología sea inocua, que no sea más que un sistema transmisor de agencias humanas. Esto es a nuestro juicio un problema. Por decirlo simple y llano, la tecnología «hace cosas» más allá de nuestra agencia. Cada vez más, se extralimita y hace aún «más cosas» u «otras cosas» de las que pretendemos que haga. Y no son solo «alucinaciones».

En definitiva, el cambio propuesto requiere de ese giro posthumano que supere el antropocentrismo. Es un cambio que ya se está dando en algunos ámbitos académicos y profesionales. Tímidamente asoma en entornos educativos, económicos o sanitarios. En el periodismo estamos en ese momento bisagra, uno en el que ya disponemos de ejemplos, publicaciones, ya sean noticias, reportajes o documentales, con perspectivas que podemos identificar como posthumanas. Como insisto, esta es una perspectiva afirmativa, positiva. Si bien no niega un panorama complejo y duro —precariedad, incertidumbre, infoxicación, violencias—, no se

arruga ante el mismo y ofrece salidas conscientes, posibilistas. Estas pueden contener planteamientos utópicos, como veremos, en la medida que la utopía pueda ser útil para la transformación social.

Finalmente, el libro es producto también de la necesidad de poner sobre el papel un argumentario que busca espacios de entendimiento entre el construccionismo social y el realismo especulativo. Tiene un posicionamiento en este sentido. Se trata de un lugar consensual como alternativa a los encastillamientos disciplinares y filosóficos. En la explicación del artefacto *periodismo posthumano* el lector encuentra un mézclum de ideas filosóficas, pensamiento crítico, comentario de la actualidad, ejemplos periodísticos, anecdótico. El ensayo quiere divulgar, compartir, incluso especular; cosa que a los académicos no nos dejan hacer en las revistas científicas. Es en ese sentido un texto entre la filosofía, las humanidades y la comunicación social. Como dije, este ensayo también es hijo del año 2024; un año de guerras y olimpismo, de elecciones norteamericanas, un año de DANA.³ Pero cada año, en todos los lugares, leemos sobre hechos como estos. La constante es la estructura que subyace en la cristalización de esos *hechos-nodo*: una red rizomática de interacciones entre humanos, tecnología, animales no-humanos, fenómenos físicos y climatológicos que producen historias sin cesar.⁴ Es una ontoepistemología del mundo.

Los siete apartados y sus subapartados abordan las cuestiones cardinales para entender la propuesta de ese periodismo posthumano. La primera sección se puede leer a modo de exposición general, en la que se lanzan conceptos y argumentos que se amplían en las siguientes secciones. Se encuentra aquí una definición de periodismo posthumano y una situación del lector en la materia. En la segunda parte pretendí articular apuntes históricos y evolutivos. Los voy intercalando con debates cruciales como la necesidad de evitar planteamientos pseudocientíficos, la maduración del posthumanismo crítico contemporáneo, y los ejemplos periodísticos o creativos. El tercer apartado despliega el concepto de ensamblaje, contenido en el subtítulo de la obra y que es crucial para entender los *hechos-nodo*. Este apartado y la

3/ Depresión Aislada en Niveles Altos (DANA). En otoño de 2024 una DANA afectó la cuenca mediterránea y provocó la muerte de más de doscientas personas y grandes destrozos. En Valencia fue donde se padeció más este fenómeno atmosférico.

4/ En la sección «Nodo y develación» abundo sobre estos conceptos.

sección cuarta son los más teóricos, puesto que mientras debato sobre las noticias falsas, requiero reflexionar sobre a qué otorgamos estatus de realidad, periodísticamente narrable, y cómo podemos encontrar ese punto intermedio entre el relativismo construccionista y el esencialismo materialista. Aquí abordo la cuestión de la relación humana con los otros animales y las materialidades, ya que esos debates son centrales para el periodismo.

Las secciones cinco y seis pretenden ser más ilustrativas y en ellas se comentan iniciativas que contienen perspectivas posthumanistas y materialistas. Se revisan algunos géneros periodísticos y se argumenta sobre las hibridaciones. Aquí se incluye la relevancia periodística del encuerpamiento, es decir, la transmisión de un conocimiento que es fruto de una experiencia física, corpórea, en el lugar donde ocurren los *hechos-nodo*. Raras veces en el periodismo somos conscientes de esa agencia de nuestro cuerpo que visualiza, oye, huele, siente, de su cansancio, de los agentes químicos que lo recorren y lo reactivan —hormonas, neurotransmisores—. Todos ellos son elementos que intervienen en la narración tal como percibimos y sentimos los *hechos-nodo*. En ese punto seis, como en otros momentos del ensayo, hay más elaboración sobre como el periodismo posthumano afronta la cuestión tecnológica y a la inteligencia artificial generativa —el último «trasto» que iba a acabar con la profesión y que va encontrando el encaje en el sistema—. A lo largo de todo el ensayo se van comentando elementos de intersección entre el periodismo y las ruralidades, origen de toda la propuesta; el rural es quizás el «espacio» donde se hacen más evidentes los ensamblajes más-que-humanos. El texto termina con unas notas conclusivas que resumen en los verbos de escuchar, conectar, estar, dar voz y ser. Ser, que es el principio, se sitúa en realidad al final del ensayo, porque la posición general defiende la idea de que todo es haciendo, estando y no al revés. El ser del periodismo, de las personas y asociaciones humanas y otras-que-humanas que lo hacen posible, es el resultado de sus producciones y de sus acciones, de las transformaciones que propician.

En conjunto, *Periodismo posthumano. Bases para relatar un mundo ensamblado* ofrece un texto reflexivo, y a la vez práctico e ilustrativo, sobre una profunda transformación en la profesión, sobre la posibilidad de seguir ejerciendo el periodismo de forma digna, efectiva e ilusionante. Una propuesta que espero que inspire a profesionales y a estudiantes, a estudiosos y a expertos, y en definitiva a un público comprometido con los sistemas democráticos, la comunicación responsable, la mejora del mundo y la vida.

Puntos clave

A principios de 2024, mientras preparaba este ensayo, los principales medios de comunicación llenaban portadas con imágenes de tractores circulando por ciudades y carreteras de España. Antes, los agricultores y ganaderos ya se habían manifestado en Francia y Alemania. Sufríamos una sequía brutal. Las historias de las protestas agrícolas se mezclaban con las de los embalses secos de donde emergían restos fantasmagóricos de pueblos. Esos embalses fueron construidos durante la etapa desarrollista de la dictadura; el pasado se manifiesta en el presente. La persistente sequía «amenazaba» en Cataluña y Andalucía. Los reportajes y crónicas redundaban en el conflicto agrario, en lecturas polarizadas, y en «el pulso» entre los manifestantes y el gobierno. En la temática de la sequía, las preocupaciones escuchadas en cadenas de radio y canales de televisión analizaban las restricciones que deberían soportar los habitantes de grandes urbes como Barcelona. Los enfoques también cubrieron los miedos a cómo la sequía interferiría en las inversiones extranjeras.

De forma sorpresiva, el Govern de la Generalitat de Catalunya lanzaba una campaña en X con un mensaje, como mínimo, curioso: «Catalunya ja no dependrà de la pluja el 2030» (Govern de Catalunya 2024).⁵ El día siguiente el *President* anunciaba que el proyecto de construir un mega casino en Salou seguía en marcha —era antes de que tuviera que convocar elecciones y de que, tras ganar los comicios el partido socialista, se entablaran negociaciones para subir los impuestos al juego, lo que se esperaba frenase el megaproyecto—. Los informativos y las tertulias, de nuevo, se centraron en el juego político, en el marco económico que promueven algunos gremios, así como en las lecturas del conflicto político sazonadas con el nacionalismo y la polarización habitual. Se volvió a generar la ansiedad en torno a la idea talismán de «progreso». Los partidos políticos jugaron sus cartas dialécticas y la confusión se instaló sobre esta cuestión, como suele pasar con muchos temas en los que se mezclan política, intereses corporativos y recursos naturales.

5/ «Cataluña ya no dependerá de la lluvia el 2030», traducción del autor.

En ambas temáticas —la agrícola y la de la construcción del casino— se daba por sentado en esas fechas algo que nadie parecía problematizar: seguir creciendo, producir más y crear más espacios de ocio, consumir más (agua), y atraer a más turistas e inversiones. Aunque se martilleó en los noticiarios y redes sociales con el bajo porcentaje de reservas en los embalses, o con las historias sobre conducciones en mal estado que pierden agua, o con las anécdotas de un vecino en un suburbio que gastó miles de litros, no circularon relatos más complejos que nos ayudaran a entender mejor el porqué de la escasez de agua. Parte de la información descarrila de las cuestiones críticas. La politización forma parte de ese juego.

Todo esto es cíclico. Ya había pasado años atrás, en 2008, cuando Cataluña sufrió otra sequía y se plantearon soluciones para llevar agua a Barcelona conectando su abastecimiento al Ebro, lo que generó enfoques de tratamiento periodístico dispares que resonaban sobre los conflictos territoriales (O'Donnell y Castelló 2011). Es un mecanismo que polariza y confunde, en vez de indagar a fondo sobre las políticas necesarias para paliar la falta de agua con medidas de ahorro, mejor gestión y resiliencia. En otros enfoques se señala al sector agrícola, a los agricultores, que aparecen como derrochadores de agua. Tampoco se ofrece análisis de calidad sobre el colapso del sistema de producción intensiva de alimentos, un mercado globalizado injusto, y unas cadenas de distribución que facilitan comprar bananas de la otra parte del mundo —de las que no tenemos garantías de si respetan los derechos de los trabajadores y los hábitats donde se cultivan— a un precio más asequible que los plátanos recolectados más cerca. Cuando nos asaltan los *posts* «periodísticos» en las redes sociales se observa poco trabajo con los datos y los mecanismos de enlace. Sin embargo, la meteorología no responde a nuestros deseos, es un agente activo que nos afecta y al que afectamos. Resulta que ese agente ahora trae poca agua —cuando no la trae de forma desbocada y brutal, como pasó en Valencia con la DANA—, y nosotros hacemos un uso desmesurado.

Ese mismo mes leí otras informaciones con gran interés. Por ejemplo, la de un avance médico en el Hospital del Mar de Barcelona que consiguió implantar un chip a un paciente. Se trataba de un neuroestimulador que controlaba el movimiento de la lengua y permitía tratar casos severos de apnea del sueño. La pieza periodística explicaba que este artificio envía un estímulo eléctrico que moviliza la lengua para dejar paso al oxígeno para que nuestros órganos continúen funcionando

(López Tovar 2024). Otro reportaje, este mismo mes, explicaba que el virus de un simple resfriado en humanos estaba matando a poblaciones enteras de primates en África. Esta era una historia destacada en la que se enfocaba en los individuos de esa comunidad animal. Lo que a «nosotros» solo nos causa algunas molestias fue mortal para Stella que «no era humana, era una chimpancé» (Camón 2024). Esas historias parecen más sensibles a una realidad que nos supera: la tecnología «hace cosas» y «nuestros» virus afectan a otros seres.

Incluso, en los episodios más críticos de nuestra ansiedad, buscamos un ente externo a nosotros para culpabilizar, para construirnos como una víctima con derecho a reaccionar. Cuando en 2020 irrumpió el virus que ocasionó la COVID-19, se cultivó el relato culpabilizador del pangolín, un mamífero en peligro que, se especuló, habría servido de intermediario para que el virus llegara a los humanos. No solo un virus nos amenazaba sino que construimos el relato en el que el origen de todo fue un ser tan raro como escaso, una criatura exótica de apariencia troglodítica. Un estudio posterior desmintió la posibilidad de que el pangolín tuviera la culpa (Frutos et al. 2020). Aunque la difamación que padeció el escamado ya no la podremos reparar. Algo similar volvió a suceder con la denominada «viruela del mono». La OMS había ya recomendado usar el término «mpox» en vez del de «viruela del mono». No estaba claro su origen y podría proceder de los roedores (Ara 2024). De nuevo, confusión, señalamiento y generación de una otredad especista.

En esas historias juegan un rol actores humanos —los agricultores, los cirujanos, los enfermos, los biólogos— y no-humanos —los tractores, el agua, los neuroestimuladores, los otros animales—. En otras ocasiones las noticias están narradas y estructuradas sin tener en cuenta las agencias no-humanas, dándolas por supuestas, discriminándolas al fin. En el relato antropocéntrico, «nosotros» somos los que al parecer «estamos al mando»; somos los capaces y legitimados para «hacer cosas» o «transformar nuestro entorno». Incluso la calidad de «humanos» queda reservada a un determinado tipo de personas: las que tienen derechos, las que tienen medios y miedos, las que tienen voz y redes digitales. En esa construcción de categorías y de estructuras narrativas se mueve un mastodóntico volumen de historias que circulan a nivel global. Muchas están en las esferas del entretenimiento, de las ficciones o de los videojuegos. Otras son historias

que se engloban en lo que entendemos como periodismo: aún, un relato veraz sobre nuestro mundo. Esta concisa pero discutible definición de periodismo está hoy bajo asedio: relato, veraz, realidad, mundo, nuestro, aún. Este libro va sobre esta relación de conceptos también.

Ante ese panorama, propongo adoptar un giro posthumano en el periodismo. Es un giro que necesita una nueva mirada. Uso el concepto de **periodismo posthumano** para referirme a un *ejercicio creativo que interpreta y relata una realidad más allá de las dicotomías entre lo humano y lo no-humano, expande la cantidad y calidad de agentes involucrados en las historias que explican los medios, y ofrece un relato con valores ecosociales, en un marco deontológico ampliado, y con un espíritu vigilante de los poderes políticos y económicos, propio de la profesión*. El periodismo posthumano es por lo tanto un ejercicio responsable y ético para entender y explicar un mundo en crisis. Es una crisis en su sentido literal, un cambio y transformación profundos, incluso traumáticos. Esa crisis es consecuencia, entre muchas otras causas, de la ceguera temeraria o de la discriminación consciente de formas de vida y existencias no-humanas. Se trata de un planteamiento que problematiza la esencia del periodismo como forma de comunicación que nació con la modernidad y que se expandió como plataforma ideológica centrada en las políticas, las economías, o las culturas humanas por encima de cualquiera de las otras expresiones y formas de existencia. Ese periodismo «moderno» fue y es adalid, en cualquier sistema político, de una sesgada idea de «progreso»; el periodismo posthumano problematiza ese «progreso».

Las consecuencias de ver y organizar el mundo sin tener en cuenta dónde y con quién vivimos son el cambio climático; las desigualdades sociales extremas; la polarización política y el deterioro de la democracia; las migraciones humanas; el sacrificio de la biodiversidad y de las comunidades locales por la explotación de recursos energéticos; la extinción de otros animales, hábitats y de formas de vida; el desprecio y desvalorización de la cultura material al mismo tiempo que de los valores inmateriales; la comodificación del sentido de lugar y de pertenencia; la pérdida de soberanía alimentaria y de la capacidad de autoabastecimiento de comunidades y regiones enteras; entre otros muchos. Algunos de estos grandes retos se han convertido en una agenda política internacional, auspiciada por organizaciones como las Naciones Unidas y sus «Objetivos Globales». Aunque contemplan grandes problemas a los que hemos contribuido y

observan elementos como la biodiversidad o los recursos, su planteamiento continúa siendo antropocéntrico y basado en dicotomías incrustadas en una racionalidad en crisis. Los «objetivos» son netamente humanos —el mismo concepto de «objetivo» ya es muy antropocéntrico y genera una narrativa lineal— y los mecanismos para conseguirlos simplifican las ricas y complejas relaciones que nuestra actividad genera en su relación con los animales, los hábitats y las materialidades. Por otra parte, en la consecución de esos «objetivos», la comunicación y el periodismo parece que solo juegan el papel de herramienta, de muleta, y no es central para las políticas y medidas a tomar.

El panorama es más complejo de lo que anuncian los que advierten del colapso inexorable o el conservacionismo que aboga por restituir o restituir una naturaleza intacta. El colapsismo implicaría tirar la toalla; aceptar que ya traspasamos todos los límites y no hay vuelta atrás: nunca hay vuelta atrás sino que circulamos en un «volver» continuo. El conservacionismo más radical supondría recomponer algo que, en realidad, nunca existió como tal. Por otro lado, hemos conseguido grandes logros. Estos retos se multiplican e incrementan en paralelo a avances que consiguen concertar tecnología y medicina, genética y clima, ciencia y alimentación, política y salud. Cuando observamos los incuestionables hitos olvidamos que muchos de esos descubrimientos requieren de las agencias animales no humanos y materiales.

Hacemos uso no solo de circuitos eléctricos, lentes, minerales o gases, sino también de animales a los que hemos enfermado para aprender cómo determinados virus o tumores se desarrollaban en sus cuerpos —quizás uno de los actos más crueles con otras existencias y que se justifican con el argumento de salvar vidas («vidas» siempre implica de manera tácita «humanas»). Tras todas esas destrucciones, contaminaciones e intercambios, la vida continúa generando mutaciones, incorporando plásticos, transformando químicas —diversos investigadores indican que se están encontrando microplásticos en los recién nacidos, por lo que nacemos plástico (González 2024). Esos afectos también forman parte de la vida. El periodismo *mainstream* es el ágora donde se explican esos «progresos» y «retos», pero esa visión, obcecadamente humana, no logra establecer las relaciones entre unos y otros. El periodismo posthumano es en ese sentido un ejercicio que pone el foco en esos enlaces y asociaciones en los que interactúan las comunidades humanas y no-humanas.

Es por ello un ejercicio profesional para el Antropoceno, sobre el que hablaremos más tarde.

No es otro post

Etiquetamos periodismo, de forma conscientemente problemática, con el adjetivo *posthumano*. Es un concepto que genera cautelas allí donde se pronuncie. Por una parte incorpora el manido prefijo post-, que ha generado una conversación equívoca con el postmodernismo. El posthumanismo es, de hecho, una respuesta a lo inhumano o lo deshumanizado. Ese periodismo que aquí llamamos posthumano es sensible y humano de hecho; es una respuesta afirmativa, en positivo, ante la destrucción que llega a los últimos márgenes habitables. El periodismo posthumano conlleva una mirada postideológica hacia el mundo, pero no es una mirada antipolítica. La política es tan necesaria como el periodismo en democracia. Necesitamos políticas posthumanas que limen otredades. El periodismo apareció en los centros de poder, entorno a los parlamentos, en las ciudades, en los lugares comerciales y mercantiles. Pero el periodismo consciente, el periodismo vigilante, opera como fuerza centrífuga. Cuando de las periferias se perfilan nuevas periferias, que son tanto físicas como simbólicas, sucede un fenómeno extraño y a la vez maravilloso: el surgimiento de expresiones y vidas alternativas a los centros congestionados, atribulados, enfermizos, al fin, invivibles. De esa separación del centro simbólico se desprende una autonomía creativa que, en su calidad de ignorada e irrelevante, despliega un lenguaje propio, innovador, resiliente. Hay que poner en valor esas creaciones en los márgenes. Lo mismo ocurre cuando hablamos de posthumanismo crítico aplicado al periodismo; es una perspectiva heterodoxa, problemática, hoy marginal.

El periodismo que planteo nace en esa doble periferia simbólica pero ha empezado a permear hacia los centros. Este planteamiento está hermanado con el giro posthumano y materialista que experimentan las ciencias sociales y las humanidades. Es por eso por lo que el lenguaje y el estilo que despliego también se sale del habitual de los libros sobre periodismo. El periodismo no puede desprenderse de una visión filosófica del mundo que relata. ¿Por qué no hay una explicación científica definitiva de esa realidad?; la complejidad de las relaciones entre humanos, seres vivos y materialidades es demasiado caótica para poder ser explicada solo desde la

y por la Ciencia.⁶ Los algoritmos, los cálculos de datos masivos o la inteligencia artificial también fracasan en esta quimera.

El posthumanismo que adopto considera la existencia de las cosas materiales más allá de lo que podamos decir de ellas. Da una oportunidad a la materialidad de existir por ella misma, más allá de las pretensiones antropocéntricas de concebir el mundo bajo premisas exclusivamente humanas. Algunos teóricos materialistas se remontan a la filosofía monista de Baruch de Spinoza (1634-1677) para poner las bases de sus posicionamientos. La familia de Spinoza migró desde la península Ibérica a los Países Bajos durante la persecución que padecían los judíos por parte de la Inquisición. Sus postulados heterodoxos, sin embargo, le llevaron a ser expulsado de la comunidad judía de Ámsterdam; fue excomulgado. Si bien estamos con Bertrand Russell (2007, 232 [1946]) cuando remarca que la metafísica spinoziana está superada y hoy no la podemos aceptar tal cual porque «es incompatible con la lógica moderna y el método científico», hay que reconocer que sus ideas son productivas en el ámbito especulativo en el que nos movemos. La forma de trabajar de Spinoza era mediante la lógica, el razonamiento, una especie de dialéctica que elaboraba axiomas, silogismos y proposiciones finales. Planteó que el mundo era explicable mediante ese método que él asimilaba a la geometría. Spinoza no desvincula pensamiento de materialidad, cree que el mundo estaba compuesto de una sola sustancia —que asimila a Dios o a la Naturaleza—. Con todo, destacó de su filosofía sus postulados sobre ética. Pero hay algunas cuestiones de su metafísica que merecen ser comentadas.

Spinoza reformuló el dualismo que había planteado Descartes, quien con su «pienso, luego existo» reforzaba lo que separa pensamiento y materialidad. El cartesianismo considera que el mundo se rige por leyes físicas que pueden ser conocidas. Ese mundo físico es desgajado del mundo espiritual. Para Spinoza, sin embargo, todo forma parte de lo mismo, todo está conectado de alguna forma, la extensión —la materia— es un atributo de Dios/Naturaleza. Referirnos a Spinoza no implica legitimar la validez de sus teorías desde un punto de vista científico. Si bien no podemos aceptar literalmente su filosofía en la actualidad, sí que remarcamos que ese monismo está en la base del pensamiento holístico y ecosófico sobre

6/ En la sección «Cuerpos en danza», argumento sobre el uso en mayúscula de la Ciencia, siguiendo los postulados de Bruno Latour.

el que se inspira, *grosso modo*, el posthumanismo: todo está conectado, humanos, animales, plantas, materias. Todo afecta a todo; el afecto es por lo tanto lo que define las existencias.

En su exégesis de Spinoza, Deleuze (2023 [1970]) remarca que su relevancia no fue desvalorizar el pensamiento y someterlo a la materialidad, sino que Spinoza lo que buscaba era liberar el pensamiento de la consciencia, de la moralidad. En definitiva, su obra está en la base del librepensamiento —y por ello fue represaliado—. Para Spinoza, la consciencia está equivocada porque confunde las causas de los fenómenos por sus efectos. Frente a la consciencia moralizante, propone el conocimiento. Así, no hay Bien y Mal —como categorías en abstracto—, sino relaciones buenas (positivas) o malas (negativas) para alguien o para algo.

Spinoza plantea el concepto de conato (*conatus*), que define como el esfuerzo por existir de las cosas y de todo ser. Hay una diferencia entre Descartes y Leibniz, por un lado, y Spinoza por otro. Russell (2007, 238) indica que los dos primeros admitían sustancias múltiples —tres Descartes (Dios, espíritu y materia), infinidad Leibniz—. Sin embargo, Spinoza lo reduce todo a Dios o la Naturaleza. El conato es un esfuerzo por ser de todo cuerpo. Las relaciones con otros cuerpos y materialidades que son positivas hacen crecer nuestra potencia, son un existir en la alegría. Las relaciones negativas, tristes, nos restan capacidad de existir. La ética se presenta en Spinoza por encima de la moral, Deleuze (2023, 145 [1970]) plantea entonces que para el spinozismo es vital —en sentido literal también— compartir relaciones positivas. Si trasladamos estas reflexiones al periodismo, veremos que tienen una gran repercusión. Si pudiéramos conversar con Spinoza, este quizás nos señalaría que el periodismo se ha focalizado demasiado en tomar posiciones morales, asumiendo la existencia de un Bien y de un Mal, un «nosotros» y un «ellos», unas categorías divisivas. Estas compartimentaciones alimentan un pensamiento sesgado sobre realidades que se explican de forma simplista, también confundiendo causas y efectos y ofreciendo relatos de corta mirada sobre realidades complejas. No hay más que leer los titulares que cubren fenómenos como la migración, la pobreza, el medio ambiente o la tecnología.

La lectura de la «esencia» de Spinoza, sin embargo, debe ser matizada. El posthumanismo se desmarca tanto del esencialismo como del realismo simplista. El monismo, sin embargo, es útil para evidenciar la conexión

holística (todo está entrelazado), la afectación (todo afecta a todo), y el difuminado entre dicotomías simplificantes: naturaleza y cultura, materialidad y pensamiento, etc. Para la tradición del estudio de la comunicación social y el periodismo este posicionamiento es, al menos, extravagante. Pero considerar esos principios cambia la forma en como analizamos el mundo y descentra la mirada antropocéntrica: una nueva estructura construye un nuevo relato. La propuesta, por lo tanto, requiere articular un periodismo sobre las relaciones humanas y no humanas, considerando los seres vivos y las materialidades. Esas materialidades existen en relación con todas las demás existencias, en resistencia y perseverancia.

Diversos autores trabajan en esos parámetros. Desde la ecología política, por ejemplo, Jane Bennett (2022 [2010]) define a las cosas aparentemente inertes como «materias vibrantes». Necesitamos tomar una posición intermedia entre la aproximación discursiva y construccionista, y las aproximaciones materialistas al estudio de la comunicación; esta tendencia combinatoria discursivo-materialista está siendo explorada por algunos investigadores en comunicación, como, por ejemplo, Nico Carpentier (2024), para quien se requiere una conciliación, en lo que llama una teoría del entrelazamiento (*theory of entanglement*).

No cabe duda de que estas afirmaciones tienen consecuencias, puesto que el relato de la actualidad no está para nada interesado en cosas y objetos que, aparentemente, no «hacen cosas» o que, aparentemente, no afectan a otros objetos. Parece hasta ridículo ponerse a reflexionar sobre el valor-noticia de una piedra, la noticiabilidad de un mineral; es insensato buscar una historia en el movimiento de las hojas de los árboles o del curso del río; como lo puede ser sobre la velocidad de transmisión de un cable o la pigmentación de una célula. Pero el periodismo posthumano amplía el enfoque de valor informativo, se expande hacia la explicación del mundo más allá de las relaciones y afectos humanos. Así, la materia no es solo relevante para el periodismo como soporte de transmisión (el papel impreso de periódicos, el silicio de los chips o el plástico del teclado que aporreamos), ni tan solo como espacio de conocimiento científico (descubrimientos que nos afectan como colectivo, nuevos materiales para su uso en la industria, conocimiento del medio ambiente, etc.). También lo es como agente integrado en la cadena de afectos que hacen posible cualquier hecho noticiable (un accidente, un atentado, la recuperación de una variedad vegetal, la subida del precio

de un producto, etc.). Veremos más adelante que esa perspectiva implica un acercamiento a nuevas filosofías orientadas a objetos; pero el planteamiento se toma con posturas abiertas, acercamientos variados que incluyen críticas, matices.

En conjunto, estamos ante una propuesta de explicar una historia relevante para el mundo y consciente de nuestra afectación de/con las materialidades —hasta hoy vistas solo como recurso y expuestas a la explotación—: hablamos de metales pesados que infestan lo que comemos; de canteras de tierras raras explotadas en condiciones neocoloniales; maderas de bosques deforestados donde desaparece la biodiversidad; plásticos presentes en aguas, animales y en nuestros cuerpos; componentes químicos en agricultura que provocan mutaciones genéticas, y otros muchos materiales que usamos, transformamos, esparcimos, eliminamos, producimos, ingerimos. Todo nuestro entorno se compone de esos afectos físicos. La explotación ilimitada ha llevado a la extenuación de acuíferos y reservas petrolíferas, contribuye a la falta de agua para comunidades y ecosistemas, a la contaminación de los suelos, las fuentes y el aire. Es en ese sentido que afirmamos que el periodismo posthumano, sí, se interesa por las piedras, también.

Podemos visualizar ese periodismo en el marco de las posthumanidades. Se desmarca por lo tanto de entender el periodismo como una práctica meramente sociológica en el sentido de las ciencias sociales, digamos, clásicas. Los estudios de comunicación tienen una gran tradición en el ámbito de la sociología del conocimiento, la psicología social o la opinión pública. El periodismo es una práctica creativa, mucho más cercana a la literatura, al pensamiento o incluso a la etnografía. Los profesionales más valorados en este oficio han tenido un alma antropológica; esa antropología va a ser muy valiosa en el trabajo posthumano. Así, el periodismo posthumano podría ser entendido socialmente desde la perspectiva que Bruno Latour (2005) ofrece del concepto «sociedad» como «asociación». Ese periodismo debe desbordar el concepto de sociología y el concepto de social.

Uno de los problemas que Latour (2005, 90) apunta sobre el construcciónismo fue la mala interpretación que pronto muchos científicos sociales —y también algunos en las ciencias naturales— dieron al concepto de «construcción», como algo ficticio, inexistente: decir que algo era una construcción social equivalió a entender que era algo que no existía más

allá del discurso y de la interacción. Ese posicionamiento se sumó al de los científicos que siguieron evidenciando una realidad sobre la que empíricamente podemos acumular un conocimiento demostrable. Una premisa latouriana sería que todo lo que se dice o se evidencia existe y todo lo que existe —material, inmaterial, humano, no humano— se relaciona entre sí. Eso es entonces la sociedad; la capacidad de relación de las cosas que existen. Por lo que no existe «lo social», sino que todo es social; social es ser-en-asociación.

Esto va a implicar también redefinir entonces qué entendemos como «comunicación social». Es un sintagma que, desde esa perspectiva, parece redundante (viene a significar «comunicación asociación»). No tiene sentido compartimentar o distinguir una comunicación «social» de una «no social», puesto que toda comunicación implica un intercambio y una afectación. Para esta visión de «lo social», la comunicación en el ámbito privado también es social; lo que pienso también es social; las ondas que capta mi receptor de radio también son sociales, así como la información que llega a mi enrutador y que se convierte en puntos de luz definidos en la pantalla de mi televisión. Es por ello por lo que Latour (2005, 99-120) afirmara de manera rupturista que «no hace falta una explicación social».

La crítica de Latour llevó controversia a las ciencias sociales, como no podría ser de otro modo. También despertó crítica hacia su teoría actor-red (ANT)⁷ por ser considerada como una teoría plana y simple de las relaciones de poder, así como su falta de espíritu crítico —no hay que olvidar que una parte muy pesada de la sociología, especialmente la europea, ha sido marcadamente una sociología crítica—. Parte de este argumento se basa en la demanda radical de Latour de simetrizar, poner al mismo nivel, cultura y naturaleza, material e inmaterial, humanos y no humanos. Es en ese sentido que reclama una simetría de la antropología —herramienta que encuentra adecuada para la explicación del mundo— y un parlamento de las cosas: «La mitad de nuestra política se hace en las ciencias y las técnicas, la otra mitad se hace en las sociedades. Empalmemos las dos, y la política vuelve a empezar» (Latour 2022, 210 [1991]).

Aunque hay que tomarla con matices, esa perspectiva abrió un nuevo campo de pensamiento más allá de lo que Latour nombraba como

7/ Del inglés *actor-network theory*.

«sociología de lo social». Lo que propuso era deconstruir los lazos para reensamblarnos de forma diferente. Es decir, reconfigurar la sociedad desde su propia razón de ser; reasociarnos con todo. Latour reclama un distanciamiento de la sociología crítica y remarca que debemos abstenernos de usar demasiado el concepto de poder —nos pide que seamos el máximo de abstemios en su uso—. Pero por otra parte afirmó que esa ANT era sobre todo un proyecto político; Latour lanzó unas preguntas sugerentes a la vez que un tanto crípticas: «¿qué haces cuando debes tratar con electrones y electores, con OGMs y ONGs al mismo tiempo?»⁸ (Latour 2005, 260). Su respuesta es focalizarnos en «el colectivo», pasar a un estudio de los colectivos, no de la sociedad, sino de las asociaciones, y hacerse preguntas como: «¿Cuáles son las asambleas de los ensamblajes?» (Latour 2005, 260). Creo que para nuestro cometido, podemos superponer otra pregunta: ¿Cuál es el foro de esas «asambleas de los ensamblajes?». Y finalmente: ¿Podría el periodismo contribuir a ese foro o ser parte del mismo?

Lo que plantea la perspectiva descrita produce una serie de fricciones con el periodismo: este implica un ejercicio de poder que no podemos negar o amagar. No hay descripciones de esos colectivos que no obedezcan a construcciones, a esquemas de poder. Es por eso por lo que esas interesantes ideas de Latour se deberían compatibilizar con las concepciones del binomio verdad-poder de Michel Foucault: en el sentido de que la producción de verdad surge de una «economía política» de la verdad (Foucault 2020, 131 [1976]), un régimen en base al conocimiento científico, la institucionalización y los procesos de hegemonía: el poder circula fuera del discurso como moldeador de relaciones. Los medios de comunicación y el periodismo forman parte de esa economía política de relaciones, son una de las arenas principales —como lo son la escuela y la universidad, la judicatura y el gobierno, el hospital y la prisión, etc.—. ¿Cómo casar estas visiones?

La sociología crítica arrastró a los estudios del periodismo hacia unos enfoques centrados en el poder; en el estudio y crítica ideológica del periodismo. En ese sentido, destacan las investigaciones y reflexiones que tuvieron lugar en torno a la «representación». En esa representación, el lenguaje, el discurso y la narrativa fueron centrales. El estudio del discurs-

8/ OGM (Organismo Genéticamente Modificado), ONG (Organización No Gubernamental).

so, del léxico o de las metáforas, de la codificación y decodificación de significados, centraron los esfuerzos. Ese ha sido el gran foco del análisis cultural en los últimos años. Pero hay que preguntarse si todo ello no ha ido muy lejos. Karen Barad cree que sí. Comenta que hemos dado al lenguaje demasiado poder: los giros lingüísticos, narrativos, discursivos, semióticos y culturales han invisibilizado la importancia de la «performatividad», del hacer y del ser. Una manía que la autora relaciona especialmente con las cosmovisiones de la cultura occidental; ante ello recomienda matizar esos giros y reinsertar las materialidades y las performatividades: «Lo que se necesita es una explicación sólida de la materialización de todos los cuerpos —“humanos” y “no humanos”— y las prácticas material-discursivas de que están marcadas sus constituciones diferenciales» (Barad 2003, 810).

El foco en el relato y la representación había invisibilizado la centralidad del periodismo como práctica narrativa en base a una experiencia. Al fin, todo ello ha desbancado su fenomenología y su aproximación más interpretativa y pragmática. El periodismo posthumano propone retomar o reimpulsar esa concepción experiencial, nuclear, primigenia, original. Volver al ejercicio de observación, toma de datos, interpretación y explicación del contexto; deshinchar el oficio de una crítica apriorística, que juega a la «construcción de la noticia», que coquetea con un postmodernismo relativista, que opina y no informa. Los bosques desaparecen, los mares se plastifican, las sequías desplazan a millones. ¿Qué sentido tiene seguir pensando en que podemos «construir una realidad» mientras se hunde la vida en el planeta? ¿No sería sensato explicarla en esos lugares, dar voz a los que no han hablado, intentar establecer un diálogo transespecie, escuchar a los cuerpos enfermizos y liberar las mentes torturadas en este sistema de la prisa, la presión y el acoso?

Para «ir a esos lugares» hay que explicar más premisas del materialismo vital y de las teorías de las posthumanidades críticas. Aquí soy deudor de autoras cuyas lecturas han ejercido una influencia como, entre otras, Jane Bennett, Rosi Braidotti o Anna Tsing. Bastantes ideas contenidas en esas contribuciones entre la ecología política, la antropología y la filosofía están presentes en los postulados del periodismo posthumano, que va más allá del ecologismo o del ambientalismo. La propuesta de las posthumanidades no es conservacionista o animalista *per se*. Surgen flecos y contradicciones que merecen discusión. Aunque los activismos ponen foco en prácticas de este tipo, el periodismo posthumano —como iremos

repetiendo— no es «activista» en ese sentido. No culpabiliza a «lo social» o a «lo cultural» —en abstracto— de los males que sufre la Tierra y los seres que la habitamos. Sí que indaga, sin embargo, en las asociaciones que nos han instalado en el maltrato y el sufrimiento animal, o en la desaparición de hábitats, o en nuevas epidemias —por ejemplo, la que sufren los jóvenes con un uso enfermizo de los móviles alentado por un corporativismo sin ética—. Su cometido implica interpretar los impactos y causalidades que genera la acción humana y no-humana en sistemas culturales, ambientales y tecnológicos, conectados (asociados).

Habrà que revisar los ensamblajes y las asociaciones que van más allá de las que establecemos «en sociedad» y en las que participan actores no-humanos —incluidos los pangolines, los metapneumovirus y los dispositivos neuroestimuladores—. En cierta forma el periodismo posthumano aplica lo que Félix Guattari (1990) denominaba una *ecosofía* (articulación ético-política) a los tres registros ecológicos: el medioambiental, el social —diríamos relacional— y el humano. Una ecosofía que busca un equilibrio ecopsicocultural. Siguiendo a Guattari, el primero requiere un cambio político profundo, el segundo una reinención de las relaciones, y el tercero una revisión de la experiencia de nuestro cuerpo.

El giro posthumano pide revisión de las teorías de la comunicación. Supone un cambio de perspectiva que insta a una relectura de las teorías que durante el siglo veinte ordenaron las funciones de los medios de comunicación (funcionalismo), su trabajo ideológico y contribución al establecimiento de hegemonías (teorías críticas), o su rol en la construcción de sentido compartido (interaccionismo y construccionismo). Si, como han indicado Anna Estrada y Miquel Rodrigo (2009, 18 cursiva nuestra), «el objeto de estudio de la teoría de la comunicación y la información es la *comunicación humana* y sus manifestaciones en la vida cotidiana», el posthumanismo propone expandir ese objeto. Otros autores, como Jordi Farré (2005, 51), problematizan que el objeto de estudio de esas teorías sea la información o la comunicación de masas y proponen que debe ser «la producción social de sentido», añadiendo aquí un interesante elemento en juego: es el proceso de producción lo que es sustantivo, más incluso que el sentido. Por ello, cabría descentrar el análisis del sentido en sí y centrarnos en el proceso de su construcción. Aunque hay avances, las teorías de la comunicación aún no han abordado de forma suficiente el giro posthumano. El periodismo posthumano viene a aportar una nueva pieza, a complementar todo ese trabajo

previo y, en algunos puntos, a problematizar sus postulados. Requerimos entonces un objeto de estudio que se centre en la comunicación como producción de sentidos en asociaciones más-que-humanas.

Desde las primeras compilaciones de las teorías de la información y de la comunicación hubo cierta atención tanto a procesos comunicativos biológicos como tecnológicos. Cabe nombrar los inicios de la cibernética, como una ciencia embrionaria para estudiar la interacción entre hombres, máquinas y animales (Wiener 1986, 36 [1946 y 1961]). El constructivismo descartó muy rápidamente estos enfoques, denunció el «cientifismo», el «determinismo tecnológico», y su incapacidad para entender los complejos procesos «sociales». Es muy interesante leer las reflexiones de esos avances embrionarios. Norbert Wiener entendía por ejemplo como «comunidad» diversas posibilidades de asociación: humana, de rumiantes, de abejas u hormigas, de células. «Hablando con propiedad, la comunidad se extiende hasta dónde llega una transmisión efectiva de información» (Wiener 1986, 224 [1946 y 1961]).

Las teorías problematizarían el paralelismo entre información y comunicación. Wiener, sin embargo, entendió que no todo era explicable desde un punto de vista «científico» y que cabía dejar un espacio para las narrativas culturales. Descartar esos primeros avances de las teorías de la comunicación por cientifistas, o simplificar las teorías matemáticas y de transmisión informativa que vendrían más tarde, no sería justo sin parar atención a que no todos los postulados fueron reduccionistas —quizás las lecturas fáciles desde la sociología y la crítica pensaron que remarcar eso era lo más sencillo para distinguir y justificar sus aportaciones.

Las teorías de la comunicación «de masas» tampoco descartaron el impacto de los fenómenos biológicos. Consideraban la comunicación humana como proceso biosocial en los que la memoria y la neurobiología tenían un peso en la interacción. Aunque esos mecanismos se consideraban más complejos y ricos que los que podrían establecer los animales, los primeros analistas no descartaron ni negaron una base biológica y material de la comunicación. Por ejemplo, ¿no sería «social» un grupo de ballenas coordinado con un objetivo (cazar) en un ensamblaje comunicativo con un propósito estratégico?

Los objetos, entendidos como materialidades o cosas percibidas, a lo sumo, fueron manejados como «signos». El posthumanismo especula sobre esas limitaciones. Considera que todas las existencias no solo emiten

signos desprovistos de valor comunicacional para nosotros, no son simples alertas, avisos o reacciones a estímulos. Propone empezar a plantear si todas las existencias, las humanas y otras-que-humanas, se rigen por sistemas de comunicación que quizás permanezcan ciegas unas a otras, o parcialmente ciegas, pero expresan, transmiten, conectan, en definitiva, afectan. Que los humanos estemos más o menos capacitados para coser nuestro sistema neurológico con esos otros sistemas no los desacredita como formas sociales de comunicación. Es desde ese punto de vista que podemos entender el «dolor» de la ballena, el «estrés» de los árboles, la «extenuación» de la tierra, la «sobrecarga» de las líneas de alta tensión, la «congestión» del servidor, la «fatiga» de materiales (piedra, hormigón, hierro), el «canto del cisne» de las bacterias que avisan a sus iguales de la presencia de un biocida.⁹

Este giro nos permite afirmar que el posthumanismo no es una mera expresión de una postmodernidad tardía. No podemos etiquetarlo como un post- más que se suma a la lista que se fue generando en las décadas pasadas —el postcapitalismo, la posteconomía, el postrabajo, la postcultura, etc.—. Si bien podemos afirmar que el posthumanismo forma parte del largo proceso de la crisis de la modernidad, si bien se consolida en una etapa en el que el postmodernismo ha dado paso a una era hipermoderna que según Giles Lipovesky (2006) nos ha hundido en una etapa de angustia —asimilable a la modernidad líquida que teorizara Zigmunt Bauman (2000)—, el posthumanismo crítico aparece como la cristalización de todos esos desajustes y patinazos de un ultracapitalismo maduro, ya senior, más disfuncional, que coloniza recovecos de la existencia humana en sociedad. El posthumanismo surge cuando tomamos consciencia de que esa «sociedad» no es solo humana. Reconocemos que los seres vivos, las plantas, los materiales también son sociales y no saben de capitalismo: ¿Con qué legitimidad les hemos impuesto esta forma de relacionarnos con ellos?

El relato de competición de «especies» y de la ley del más fuerte en la naturaleza es un relato humano, una elaboración más. Bien al contrario, el posthumanismo tiene la ambición de ofrecer un relato caleidoscópico y en forma de mosaico o rizoma. Configura una idea, una imagen con cierto

9/ Diversos estudios han detectado la existencia de «necroseñales» que avisan al grupo ante la presencia de antibióticos, lo que se ha conocido como una característica de la sociedad bacteriana (Bhattacharyya y Harshey 2021; Bhattacharyya, Walker, y Harshey 2020).

sentido general y que aspira a la coherencia holística —lo que rompe con el postmodernismo—. Se trata de un cuadro que dibuja un mundo en el que la humanidad se emancipa de ella misma. Por otra parte, reivindica no ya una objetividad sino el retorno a la materialidad y a los sentidos, la fisicidad. Es en este sentido una visión postidealista, pero desligada del postmodernismo. El posthumanismo implica una alternativa a los giros narrativos y lingüísticos del humanismo, un avance sobre las propuestas inoperantes y un giro de superación del construccionismo que incorpora un realismo moderado. En todo caso, es un espacio de diálogo y entendimiento.

Peces, cables e IA

¿Qué implica contar con las agencias no-humanas en el relato que elabora y divulga el periodismo? Por supuesto, no es incorporar las voces de los animales o de las plantas en el relato, como si fueran fuentes —aunque algún día quizás podamos contar con este tipo de expresiones; la IA estará allí para «ayudar»—. La investigación realizada hasta el momento no ha podido probar que los animales tengan lenguaje. Para Félix Guattari y Gilles Deleuze (1988, 83 [1980]), el lenguaje requiere poder transmitir de un individuo a otro sin haber visto o percibido: «El lenguaje es transmisión de la palabra que funciona como consigna, y no comunicación de un signo como información. El lenguaje es un mapa, no un calco». Que un corzo avise a otro sobre la presencia humana no es lenguaje. Sería lenguaje si un corzo comunica a otro que su madre le dijo antes de morir que los hombres existían. Si bien, los biólogos que han estudiado la cuestión utilizan el término de sistemas de comunicación animal y sospechan la posibilidad de que los cetáceos tengan un mecanismo de «habla» —sin que se haya concluido del todo hasta el momento (Mustill 2022, 108-9).

Esta condición animal no-humana no significa que los humanos no «entendamos» a otras «especie>s —el mismo concepto de especie es humano, no existe más allá de nuestras taxonomías, todo son continuos, matices, devenires—.¹⁰ Todos se comunican y comunican, de algún modo. La biosemiótica es una disciplina encargada de explorar cómo los sistemas

10/ Profundizaremos sobre el concepto de devenir en la sección «Granjas y devenires», siguiendo los postulados de Deleuze y Guattari.

biológicos de toda índole emiten códigos o signos que son recibidos o interpretados.¹¹ También los humanos conjeturamos que el gusano «se siente a gusto» en la tierra húmeda y podríamos interpretar su cambio de color como un posible agradecimiento a la lluvia que cayó antes de anochecer. Existe cierta comunicación entre animales. Los gritos de alerta de determinados pájaros sirven de aviso a otros animales de que el peligro acecha. En nuestro caso, esta escucha es evidente. Desde tiempos remotos, los humanos y demás animales hemos colaborado interpretándonos unos a otros para conseguir objetivos comunes; por ejemplo, cazar a otros animales —algunas de estas colaboraciones se están, sin embargo, rompiendo a partir de prácticas industriales de pesca o caza, o por culpa de problemas ambientales y del cambio climático, como pasa con las colaboraciones entre delfines y pescadores (Criado 2024).

Pero la sensibilidad contemporánea hacia los animales va mucho más allá de este colaboracionismo. En 2024 participé en una mesa redonda titulada «Los derechos del agua», organizada por el Ministerio de Cultura de España en Tortosa (Tarragona), en la que Teresa Vicente, profesora de Filosofía del Derecho de la Universidad de Murcia, explicó cómo los bañistas en el Mar Menor asistieron espantados al ahogo de los peces de la laguna. El Mar Menor sufre por la explotación de los acuíferos y la contaminación de sus aguas. Los peces saltaban con la boca abierta a la playa por la falta de oxígeno. Para Vicente (2024), las acciones que la ciudadanía impulsó para aprobar una iniciativa legislativa popular especial de protección fueron una traducción interespecie: «El grito de la laguna; el grito de “no puedo respirar”, de saltar los peces y crustáceos [en octubre de 2019] a nuestros pies con la boca abierta porque no les habíamos dejado oxígeno para respirar, convertir esto en un grito por el derecho a la vida del Mar Menor». Los movimientos que trabajan para incorporar otras «especies» o hábitats en la toma de decisiones políticas y económicas se incrementan. En el caso del Mar Menor, se realizó una amplia cobertura del hecho que consiguió el apoyo necesario en el Parlamento para dotar a la laguna de

11/ Siguiendo a Marcello Barbieri (2009, 236), existen dos familias en lo que se conoce como biosemiótica general, la de la biosemiótica de códigos (en la que el proceso de semiosis no produce interpretación) y la biosemiótica interpretativa (en la que sí que existe un signo interpretado, que requiere por lo tanto un organismo vivo complejo con capacidad de aprendizaje, comparación y memoria). Amplió esta cuestión en la sección «Éticas de la agencia».

una personalidad jurídica (C. Álvarez 2022; Amantegui Guezala 2022). Hoy el Mar Menor tiene NIF y cuenta bancaria (Vadillo 2025).

Podemos afirmar que el paradigma del construccionismo social antropocéntrico ha sido el marco hegemónico del grueso de los estudios sobre el periodismo y la comunicación. Parte de esa concepción tiene raíces en el interaccionismo simbólico de teóricos como George H. Mead y de Herbert Blumer, que otros autores del siglo pasado tomarían como base para las exploraciones interpretativistas de la comunicación. Los estudios de comunicación se fueron concentrando en el análisis de las audiencias, sus preferencias y decodificaciones. Las relaciones públicas se focalizaron en las agregaciones humanas, en organizaciones, partidos políticos o corporaciones. El capitalismo adoptó el término «corporación» para dar entidad jurídica a las empresas privadas; configurándolas como sujetos, agentes con derechos. Las marcas fueron dotadas de identidad, de prestigio y reputación. El foco de los estudios de la comunicación social (y el periodismo era una de sus expresiones y prácticas más notables) integró con naturalidad esos nuevos agentes que ahora financiaban investigaciones. Entonces, como remarca Vicente, si una corporación tiene derechos intrínsecos reconocidos, ¿por qué no los podría tener una laguna? Y entonces, ¿cómo debe actuar el estudio de la comunicación y el periodismo si una laguna tiene esa entidad? Debemos repensar ontologías.

La riqueza de aproximaciones incorporó elementos teóricos que fueron embrionarios para la comunicación social posthumana. La tecnología tendría aquí un papel fundamental en tanto que los medios se empiezan a explicar más allá de plataformas para la mediación. Quizás el autor más citado (más que leído) en este sentido fue Marshal McLuhan y su perspectiva ecológica de los medios. Como ha señalado Carlos Scolari (2024, 76), la aparición de una ecología de los medios en los años 60 y 70 fue un proceso relativamente extenso en el que las ciencias sociales, y particularmente los estudios de comunicación, fueron adoptando la metáfora ecológica en la comprensión de los sistemas de interdependencias entre medios de comunicación y de progreso tecnológico —que también va adoptando la metáfora de «evolución»—. Scolari (2024, 79) apunta que para entender esa línea de pensamiento hay que aplicar dos concepciones interrelacionadas según se considere el sistema como un espacio o entorno (concepción ambiental) en el que los medios operan y afectan a los sujetos y comunidades; o según se centre el foco de análisis en la relación entre los

medios, en la interafectación (concepción intermedial). Ese momento de inicio de una ecología mediática fue también un momento de concienciación medioambiental y política ante la carrera armamentística nuclear y los crecientes problemas de la industrialización.

McLuhan produjo textos muy sugerentes, algunos de ellos muy críticos y conectados con la cultura pop, que minimizaron el foco en el contenido de los medios y pusieron énfasis en las formas y las materialidades, la tecnología como ampliación de los sentidos. En McLuhan (2009, 31-32 [1964]) «el medio es el mensaje» y «el contenido de todo medio es otro medio». Estas crípticas ideas expresan que la forma en cómo comunicamos es realmente lo que configura la experiencia. No es el contenido lo más relevante sino el medio a través del que lo compartimos; indagar sobre los formatos, las tecnologías y las materialidades tomaba sentido. Las ideas de McLuhan son, en la era de la inteligencia artificial generativa, más vigentes que nunca. Para el pensador canadiense los medios de comunicación se convertían en extensiones de los sentidos: hoy, los teléfonos móviles serían ampliaciones de nuestros cerebros y extremidades. Sus propuestas fueron criticadas de determinismo tecnológico; la acusación de determinismo y esencialismo planea sobre este tipo de postulados. McLuhan puso acento en las interacciones entre deseos, tecnología, corporalidades; es el caso de su estudio crítico sobre la sexualidad, la publicidad y el uso de imágenes parciales de cuerpos. Su crítica hacia el consumismo apuntó al tratamiento sesgado que el capitalismo aplica a nuestros cuerpos (McLuhan 1998, [1951]). Si bien algunos teóricos dejaron de lado su obra, argumentando la poca consistencia y ese énfasis tecnológico, su visión no dio por entendida la idea de que la tecnología fuera inocua y, pese a los que lo pudieran negar, tuvo una aproximación crítica, por ejemplo sobre las campañas publicitarias de su época.

El periodismo es una producción creativa que ha convergido, los medios han implosionado, la interconexión ha generado nuevas prácticas. La diversidad tecnológica y el impacto de internet propició las teorías de la sociedad red y del poder de la comunicación de Manuel Castells (2008; 1997). Una de las ideas claves de Castells fue que la organización social en red implicaba no solo una intensidad y rapidez de interactividad que alteraba los parámetros del espacio y el tiempo, sino una forma diferente de hacer cosas, de proceder en comunidad, de operar, de organizar la experiencia. Su planteamiento, implícitamente, otorgaba cierta agencia a la red

en sí. Lo cierto es que las redes cambiaron la producción y el consumo mediático, así como transformaron nuestras sociedades. En ese proceso Castells articuló avances que otorgaban agencia a grupos sociales subalternos. Aunque algunos autores indiquen que esto solo parcialmente integraba las ideas de la ANT de Latour, para quien las redes son formas redistributivas de agencia en sociedad (véase Miconi 2023, 851), hay que remarcar que la sociología de la red de Castells reconoció en cierta forma esos ensamblajes tecnológico-humanos, de asociaciones que generaban nuevas formas de relacionarse, de organizarnos.

En todo caso, la noción de agencia dispersa (o distributiva para Bennett) entre agentes humanos y no humanos tuvo poco predicamento en las teorías de la comunicación social. Tampoco el ámbito de la comunicación organizacional fue mucho más allá, aunque algunas lecturas sobre el poder constitutivo de la comunicación flirtearon sobre las materialidades y sus capacidades comunicativas. Más adelante comentaré, sin embargo, las aportaciones de David Boje desde el relato organizacional. En mis indagaciones sobre la comunicación organizacional, ya apunté la relevancia de las materialidades en la constitución de las organizaciones (Castelló 2019b, 76-84). No todo pivota sobre la imagen o el mensaje: la fisicidad no puede ser descartada y es quizás la primera dimensión organizacional, que incluye los cuerpos físicos de los trabajadores que hacen posible cualquier proceso productivo, pero también los edificios, las máquinas.

Durante mucho tiempo fue hegemónica la idea de que lo físico, lo material dejaría de tener importancia, que los datos digitalizados ya no necesitaban soportes, que los edificios eran prescindibles, que la nube era un nuevo lugar infinito, virtual. Pero la realidad es que esos datos se almacenan en máquinas gigantescas, en edificios que ocupan miles de metros cuadrados en algún lugar del mundo, en instalaciones que requieren grandes cantidades de energía y operarios que acuden cada día para su mantenimiento. La materialidad está presente y es significativa en cualquier acción comunicativa. Por ejemplo, hoy, lanzar una publicación en papel es casi un acto político e incluso bastante controvertido. Algunos medios de comunicación que se sitúan en lo que podríamos denominar periodismo «alternativo» han vuelto al papel, a lo físico. Es una apuesta que si se realiza de forma consciente y respetuosa con el medio ambiente produce un efecto no solo en la cuestión económica —gastos, por ejemplo— sino también la forma en cómo se consume la información, en esa información misma.

En la academia está pasando un poco lo mismo. Hace años que se empezó a publicar todo digitalmente, descartando la producción de revistas científicas en papel y reduciendo los libros a pedeeefes descargables. Hoy, producir un libro editado en papel como este resulta un hecho casi a contracorriente. Sin embargo, creo que entre los jóvenes periodistas y comunicadores existe una consciencia creciente de la relevancia de las materialidades en los procesos para llegar a los públicos. La comunicación organizacional no solo se constituye en interrelaciones simbólicas entre sus miembros humanos sino que las materialidades (edificios, sistemas operativos, mobiliarios, soportes informativos) son altamente agénticas. Excluir las materialidades en la comprensión de la comunicación o del periodismo es un desacierto. Sin embargo, la discriminación de lo material continua tanto en los ámbitos académicos, en ciencias sociales y humanas, como en los profesionales de la comunicación y el periodismo. En los márgenes de las materialidades aparecen las flores creativas y de pensamiento sugerentes. Existen productores de contenidos, periodistas, profesores y creadores culturales que optan por habitar estos márgenes.

Se percibe una creciente consciencia de esa ecología de los medios en la que los dispositivos, las pantallas, los minerales, la luz, el plástico, el software, son percibidos como limitantes o promotores de nuestra capacidad creativa. Por lo tanto, tanto las tecnologías como las existencias no-humanas (animales, vegetales o materiales) tienen un impacto en cómo producimos y consumimos esa realidad social compartida que propugna el construccionismo. Jussi Parikka (2015) ha puesto el foco en la geología y en cómo los minerales han tenido una importancia inestimable en la construcción de los sistemas que hoy rigen nuestro mundo mediático. Parikka lleva a observar los medios más allá de las máquinas, se convierte en un geólogo que investiga orígenes y usos de minerales, aplicaciones, ensamblajes entre tierras, economías, culturas. El autor nos abre los ojos hacia un futuro digital incierto; ante la digitalización y la desaparición de los soportes físicos en nuestros domicilios —los casetes, los CDs, los discos duros y finalmente las memorias portátiles—. Con la adopción de la nube pensamos que nuestro mundo se iba independizando de la materialidad. Pero la realidad es mucho más compleja y no solo continuamos explotando minerales raros y revalorizando nuevos componentes como el litio, el galio, el germanio o

la celestina¹² sino que también hemos sabido que el coste de la IA va a ser mucho más oneroso de lo parece. Entrenar un sistema de IA puede equivaler a la energía de cinco coches durante toda su vida o generar una imagen por IA equivale a una carga entera de un *smartphone* (Heikkilä 2023; Hao 2019). Y no solo eso, sino que las necesidades de conducción, captación y almacenamiento de datos y electricidad están generando una industria de nuevos materiales y aleaciones en las que también está interactuando la IA. Es decir, la IA está diciendo qué nuevos materiales va a necesitar ella misma, de algún modo, y los humanos explotaremos las tierras, las comunidades humanas y no-humanas, los lugares, para encontrar esos materiales, transformarlos y seguir creciendo en capacidad.

¿Qué papel tiene aquí el periodismo? ¿No deberíamos estar investigando cómo está esto impactando a nuestro planeta? Por suerte, ya tenemos los primeros trabajos al respecto. El litio y el cobalto están llevando a las compañías mineras a utilizar mano de obra en condiciones de esclavitud en el Congo y otros países africanos; sabemos que esas prácticas han implicado condiciones inhumanas, trabajo infantil, destrucción de lugares y de hábitats (Hourel y Bashizi 2023; Frankel, Chavez, y Ribas 2016; Hairsine 2023). La explotación de estos materiales, de cobre y de níquel, amenaza una tercera parte de todos los grandes simios africanos, más de 180.000 individuos que viven en bosques tropicales que son talados o contaminados con este tipo de industria (Weston 2024). La situación aún se continúa dando con el oro u otros minerales con efectos devastadores en partes del planeta como en Latinoamérica. Aunque nuestros periódicos hoy sean digitales y guardemos nuestros archivos en la nube o veamos los documentales en una plataforma cuyos servidores están en la otra parte del mundo; la explotación material, física y de cuerpos continúa. Es paradójico que en muchos de esos mismos medios se ponga tanto énfasis en la migración de esas comunidades y sus jóvenes. Los minerales que componen nuestros chips transportan la información que distribuye los relatos de la incomprensión y el neocolonialismo.

Los trabajos de Carlos A. Scolari (2018) han resaltado nuestra interdependencia con las interfaces a la hora no solo de consumir sino de

12/ Recientemente se encontró en Granada una de las reservas más importantes de Europa de este último recurso que se utiliza para fabricar chips o pantallas (El Huffpost 2022)

producir significados; estas aportaciones han revivido la ecología de los medios y de las relevancias de las formas sobre los contenidos. Aunque esa propuesta no se autoproclama explícitamente posthumana, contiene elementos que podríamos decir reconocen esa sensibilidad. Para Scolari (2024, 112), la evolución de los medios es «una protodisciplina que estudia el cambio mediático desde una perspectiva a largo plazo, holística, intermedial, reticular y compleja». Se entiende que los medios evolucionan —aplicando una metáfora que tenemos reservada a los seres vivos— en procesos de continuidad y cambio, competencia, reutilización. Esa «protodisciplina», para Scolari periférica, ha venido a renovar el campo de las teorías de la comunicación dialogando con autores como Marshall McLuhan, Neil Postman u otros como Harold Innis, Paul Levinson o Lewis Mumford, que reflexionaron sobre las relaciones entre sociedad, medios y tecnología. Esas evoluciones se van configurando en interacciones entre tecnología y humanos, pero en los procesos que describe el autor también podríamos incluir interacciones entre tecnología-tecnología, tecnología-materiales, humanos-materiales, por ejemplo. ¿Cómo se relaciona una pantalla con el procesador de datos que hace que, en un determinado momento, adoptemos otra tecnología como una proyección en holograma? Se evidencia una agenciación tecnológica: «Los procesos de producción también se transforman cuando un medio tiene que enfrentarse al reto de la supervivencia» (Scolari 2024, 224). Este tipo de afirmaciones tienen resonancias spinozianas en tanto que se reconoce una fuerza integrada en las cosas, el conato que hemos apuntado. En conjunto, estas aportaciones exploran tecnologías y materiales. Pero en ello no incurren en un determinismo tecnológico puesto que se explican como modelos multifactoriales de relación en los que las asociaciones y la cultura siguen desempeñando un papel. Como la propuesta del periodismo posthumano, son movimientos que vienen a ampliar las miradas —Scolari habla de un foco de gran angular— y en esa mirada hay una relativización implícita, y a veces explícita, del antropocentrismo en el que está instalada nuestra comprensión del mundo.

En ese sentido, el periodismo posthumano requiere una revisión de los postulados del construccionismo social, no para negarlos sino para ampliarlos. No podemos articular una comunicación posthumana entendiéndola mal el concepto de «social», como advertía el propio Bruno Latour

(2005). Lo social sería por tanto lo relacional y no un ámbito de conocimiento o una disciplina. Así, el periodismo no es social porque hable «de la sociedad» sino porque se produce «en sociedad». Hay que transitar espacios medios, entre construccionismo relativista y el realismo esencialista. Los críticos del construccionismo, entre los que operaba Latour, intentan desacreditar la importancia del discurso y de la interacción en la formación de objetos socialmente funcionales. Pero tampoco se debe llevar la posición a extremos. La oposición al construccionismo ha producido desde alegatos contra el relativismo epistemológico (Boghossian 2009), a otras posiciones que han generalizado el descrédito hacia las teorías críticas, desde un liberalismo epistemológico que señala un «activismo» académico: el antirracista, el feminista o el defensor de minorías étnicas o identidades estigmatizadas (Pluckrose y Lindsay 2020).

Ya más recientemente, la aparición del concepto de *woke*,¹³ que en los últimos años ha generado un debate sobre un pretendido progresismo con impacto entre los jóvenes. En ese sentido Jens Balzer (autor de *After woke*) argumentaba que «la mayor parte de estos jóvenes izquierdistas no buscan espacios abiertos para debatir, solo quieren decir: yo tengo razón y tú estás equivocado» (Elola 2024). Pero el uso despectivo de la etiqueta *woke* y la crítica hacia las posiciones comprometidas puede naturalizar un pensamiento patriarcal y un racismo sistémico en nuestras sociedades. Así, vemos acertada la posición de Daniel Innerarity (2025), quien ha criticado que el antiwokismo más bien ha conseguido instalar un «victimismo inverso» que no se corresponde con una realidad: la justificación del poder de la mayoría, «el poder sin más, el de siempre, el más frecuente». Insistimos, se necesitan espacios intermedios y transitables que mantengan la rigurosidad científica y de las evidencias del conocimiento, a la vez que articulen una necesaria oposición contra las injusticias. El racismo, el machismo, el colonialismo y el extractivismo —a veces todos ligados— merman la convivencia y habitabilidad en el planeta. En esta línea, Manuel Chaparro y Susana de Andrés reclaman una comunicación que decolonice, despatriarcalice y ecologice. En definitiva, una «recuperación de lo esencial de la comunicación y su regeneración fértil» (Chaparro y de Andrés, 2022, 26).

13/ Etiqueta surgida tras el movimiento #staywoke en Estados Unidos que hoy se esgrime de forma peyorativa contra los posicionamientos progresistas, antirracistas, feministas o de clase.

El periodismo posthumano apuesta por un espacio consensual entre el materialismo y el construccionismo en el que esa práctica de explicar y dar sentido a los ensamblajes que operan en ese mundo es relevante. En ese cometido apuesta por el mantenimiento y reforzamiento de sensibilidades propias del periodismo en entornos democráticos: vigilar los poderes económicos, políticos y corporativos, estar atento a las injusticias y atender a los colectivos vulnerables. El periodismo siempre operó en ese marco de acción que, por otra parte, no es nada nuevo y se asimila a la función de *watchdog* clásica de la profesión.

Para el periodismo posthumano es crucial desglosar los conceptos de ensamblajes y agencias. El segundo tiene una larga tradición en la sociología, ya desde Giddens (2014 [1979]), quien argumentó que las agencias individuales y sociales estructuran el mundo social. Pero en la sociología del conocimiento hubo poco espacio para entender las agencias más allá del sujeto y la comunidad humana. La noción de ensamblaje que proporciona el materialismo vital de Jane Bennett (2022 [2010]) es en este sentido muy productiva para entender lo que estamos proponiendo. Desde la ecología política, Bennett indaga sobre un apagón masivo que tuvo lugar en Estados Unidos en 2003 y reflexiona sobre los efectos de causalidad y responsabilidad que se explicaron en los medios. La autora plantea una agencia distributiva que no diluye la responsabilidad humana o exculpa a quienes debieron mejorar la infraestructura. Pero esta aproximación materialista considera agencias más allá de las responsabilidades políticas que pudieran generarse. Intervinieron en el apagón, plantea Bennett, diversidad de agentes humanos y no-humanos; desde operadores, políticos, redes eléctricas, sistemas de comunicación, materiales físicos como cables, circuitos, torres, fenómenos naturales. Una historia periodística íntegra de aquel acontecimiento no debería desatender la complejidad de todo ese sistema de relaciones para producir efectos de toda índole.

Una historia al uso de un apagón suele centrarse en aspectos muy limitados y utilizar marcos interpretativos politizados. En abril de 2025 algo muy similar pasó en España. El país entero se quedó sin luz. La comunicación política se enfocó en buscar explicaciones simples bajo premisas polarizadas (contra el gobierno, contra las empresas, contra las energías renovables, etc., buscando respuestas rápidas y simples). La simplificación, la dramatización, la espectacularización, la reducción del relato a

una historia reconocible incluye el foco en las personas involucradas. De hecho, entre los criterios de noticiabilidad existen diversos que implican una visión cuantitativa (a cuánta gente afecta la información) y cualitativa (el interés humano de la historia) que pivota sobre una visión reducida de las complejidades de los hechos. En la narrativa periodística esas personas desarrollan roles (agresor, víctima, responsable, cómplice, héroe, etc.) en los que a veces aparecen agentes no humanos. El periodismo posthumano supera estos límites y ofrece una mirada más completa y compleja, en la que se indaga sobre los materiales, las otras existencias, las circunstancias que se escapan a ese entendimiento exclusivamente antropocéntrico del mundo. Está claro que la agencia no humana requiere explicaciones, indagar sobre los porqués y los contextos. Observar ese mundo como un todo en relación implica una complejidad que requiere de profesionales conscientes de esos afectos y causalidades.

El poder, aún

Hay que confrontar el periodismo posthumano con los postulados postestructuralistas. Existe confusión en describir la relación que establece ese materialismo vital de Bennett y las ideas del postestructuralismo crítico. En Rosi Braidotti encontramos claves para entender esa relación. En su explicación sobre el desarrollo de los estudios posthumanistas considera que el postestructuralismo de la década de los setenta fue una especie de primera oleada de visiones que iría configurando lo que entendemos por posthumanismo (Braidotti 2020, 53-54). Es remarcable, sin embargo, su inclusión de teóricos como Edward Said, Michel Foucault o Judith Butler. Fueron una base crítica de las aproximaciones al discurso, a las narrativas y a las prácticas humanas en la construcción social de categorías. Braidotti aboga por un posthumanismo crítico que debería ser decolonial y feminista. A la vez, reconoce que los objetos y agentes no-humanos están hoy a disposición de un «capitalismo del conocimiento» (Braidotti 2020, 180-81). Ese capitalismo cognitivo implica a la educación, a los centros de investigación, a los intelectuales y escritores, a los productores culturales.

No todo el posthumanismo toma esta perspectiva. Los sistemas de vigilancia pueden ser muy posthumanos: algunos regímenes pueden implantar mecanismos de control de presencialidad y productividad en el

trabajo, existen sistemas de valoración social, vigilancia masiva en lugares públicos donde con tecnologías de biométricas identifican transeúntes. Los regímenes iliberales podrían justificar esas estructuras de poder que perpetúan el desequilibrio: por ejemplo, el uso de tecnologías para un control social en un régimen en el que agentes humanos y no-humanos son usados para limitar los derechos de los ciudadanos. También los ejércitos usan drones para una guerra más «eficiente», destruir más infraestructuras, matar «mejor», en ensamblajes en los que se minimizan los riesgos de los agresores y se maximizan las pérdidas y el dolor de las víctimas. Las empresas pueden usar la inteligencia artificial en procesos de precarización laboral en las que los humanos acabamos desarrollando tareas repetitivas mientras que las máquinas toman las decisiones cruciales en base a los datos disponibles. Los organismos e instituciones pueden delegar la ética a la decisión logarítmica como si no fuera con las decisiones previas programadas. Para esas indeseables prácticas preferimos reservar simplemente el concepto de «inhumanismo». El posthumanismo que preconizamos en el periodismo quiere aportar una alternativa a las prácticas deshumanizadoras.

Los estudios centrados en denunciar las injusticias que provocan el racismo, las discriminaciones de género o el colonialismo en todas sus expresiones se focalizaron en el estudio crítico del discurso, un análisis interpretativo, de hermenéuticas y atento a las contextualizaciones, pero que tuvo un carácter muy antropocéntrico en realidad. El periodismo fue aquí un espacio discursivo donde se articulaban las narrativas que, a veces, generaban esos desequilibrios; un ejercicio de poder narrativo en los que se acentuaba el trato discriminatorio. Existe cantidad de trabajos sobre el trato de la migración, el racismo o el machismo en el uso de lenguaje e imagen o la invisibilización de fuentes alternativas. Pero esos análisis cayeron en una banalización de todo lo que no fuera humano, así como de las materialidades. Añadido a ello, el culturalismo fue arrinconando las aportaciones de la economía política, por reduccionistas, pero también eran más incómodas y complicadas de elaborar. La atomización de los objetos de estudio y de las especialidades no ayudaron. En conjunto, se obviaron las epistemologías centradas en la materialidad.

Por otra parte, la Ciencia ha generado opacidad entre disciplinas. El muro entre las ciencias positivas, la sociología y las humanidades es grueso y granítico. Pocas universidades están aplicando de forma efectiva po-

líticas para poner en práctica eso que llamamos interdisciplinariedad y que gritamos a los cuatro vientos. El periodismo posthumano requiere de un conocimiento transdisciplinar, o mejor, postdisciplinar, basado en la comprensión de los retos políticos y sociales, culturales y económicos, científicos y de salud que aparquen las miradas cortas. En todo caso, tiene sentido considerar, como hace Braidotti, que el posthumanismo sea derivación o escorrentía de aquellos movimientos que en las últimas cinco décadas pusieron de manifiesto esos desequilibrios. En especial, uno de los elementos que mejor argumentan este hecho es el rechazo de las categorías o de la estructuración de nuestra experiencia en ellas. Hoy, el concepto de «humano» está en entredicho, también el de «social» o el de «cultural». De hecho, el postestructuralismo tiene en su base esa premisa; nuestra incapacidad de explicar el mundo a través de categorizaciones, o la necesidad de contemplar dichas categorizaciones como meros castillos en el aire. El «poner en entredicho» amaga un riesgo, sin embargo: el del relativismo que utilizan los generadores de realidades alternativas y los que aprovechan la confusión.

Michel Foucault es un autor relevante y que podemos reciclar en la perspectiva posthumana. No hay que poner toda la diversa y extensa obra de Foucault bajo el paraguas del postmodernismo y del giro discursivo. Su legado es bastante ambivalente. Su primera etapa se centra en la arqueología del conocimiento, en la que desarrolla una perspectiva más discursiva e histórica, mientras que en la segunda etapa de su producción —que algunos etiquetan «genealógica»— desarrolla sobre el concepto de biopolítica y de biopoder, mucho más preocupado por la gestión que el capitalismo ejerce de la vida de las personas, a menudo mediante tecnologías y mecanismos de control físico. Sus estudios sobre las enfermedades mentales, la sexualidad o el sistema penal consideraron, sin embargo, que el foco de la cuestión no cabía buscarlo *en* el discurso, sino fuera del discurso; es decir, en lo que hace posible y distribuye ese discurso. En definitiva, si estudiáramos el periodismo no sería tan importante realizar concienzudos análisis sobre el lenguaje y las palabras que usan los periodistas sino saber relacionar ese uso del lenguaje con las estructuras que lo hacen posible, con el sistema de producción de verdad. No cabe duda de que entre las grandes instituciones de «producción de verdad» se encuentran la Iglesia, el Estado, la Universidad, la Escuela, y también los medios de comunicación y los periodistas. Pero ese poder no es uni-

direcciona ni ejercido siempre de «arriba a abajo», ni tampoco implica una subyugación en todos los casos. Existen contrapoderes y estructuras que problematizan las instituciones, hay un poder incluso más allá de lo humano. Rosi Braidotti (2020, 197) plantea la existencia de una *potestas* (estructuras represivas de sujetos dominantes) y de una *potentia* (o fuerza transformativa del sujeto empoderado). Para simplificar, el primero ejerce de estructura que limita, controla, pune; el segundo ejerce de contrapoder que libera, amplía y agencia.

Ponderar el poder de narrativas y discursos implica entender el texto de forma diferente a lo que hemos considerado (escritos, voces, imágenes, sonidos) y abrirlo a otros agentes que están constantemente significando o produciendo sentidos. Paradójicamente, se trata de una expansión en la que podemos entender esas expresiones no tan solo como signos, sino incluso como textos que pueden ser «leídos», interpretados. Aquí es productiva una semiótica pragmática, experiencial, *peirciana*. Esto nos aleja de una semiología estructural, *saussureuriana*. La segunda es binaria (como la dicotomía entre significante y significado) y genera, en su evolución, las categorías del análisis estructural (como emisor/receptor, canal/mensaje, etc.). La primera, la que nos conviene aquí, funda «un tercero» en disputa, lo que Charles Peirce identificaba como «objeto». Es eso que llamaríamos «realidad». Para Peirce existe independientemente de lo que podamos pensar sobre ella; aunque no tenemos otra forma de conocerla que mediante nuestros sentidos. Peirce (1998, 102-3 [1972])¹⁴ identifica tres elementos en la producción de sentido: representación, conexión real y cualidad material. El tercer elemento es percibido y por ello, simplemente existe: el virus que provoca la muerte de los primates o se detecta de forma química reactiva, por ejemplo. Cabe evitar el esencialismo o el realismo simplista. En definitiva, las cosas *son*, pero *lo que son* requiere un relato. La existencia y su percepción no implica que el relato sea neutral, para nada. Eso sí, el virus afecta la salud de los primates y los mata, un afecto negativo para ellos en un ensamblaje en conjunción con otras agencias (humanas, incluidas, al nosotros interactuar con los primates, o destruir los hábitats donde pueden generar mejores condiciones de vida y más anticuerpos, etc.).

14/ *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, originalmente publicados por Harvard University Press entre 1931 y 1958.

La aceptación del periodismo posthumano sobre la existencia de unos agentes materiales y no humanos percibidos y escuchados no está en contradicción con las filosofías propias de los conocidos como «maestros de la sospecha» (Marx, Nietzsche y Freud) tal y como los denominó Paul Ricoeur (2007 [1965]). Esta etiqueta se refiere a la idea transversal en estos tres pensadores de que problematizan el humanismo, o según Francesc Torralba, minan el antropocentrismo moderno: «El hombre ya no es el centro de la historia, sino el resultado puramente mecánico de la dialéctica de la materia» (Torralba 2018, 14). Por lo tanto, esa actitud ante el mundo nos hará sospechar de nuestros sentidos, de los textos, de la realidad tal y como se presenta. Esa sospecha se expresa en la desacreditación de un «hombre» alienado (Marx), demasiado humano (Nietzsche) y neurótico (Freud).¹⁵ Nada de lo que tenemos delante es lo que parece ser. Sugieren la existencia de fuerzas sobre las que caminamos como marionetas.

¿Por qué no puede ser el periodismo posthumano herramienta en esa dialéctica de la materia infinita? Es una hermenéutica de la realidad si se quiere, en la línea propuesta por el mismo Ricoeur (2016): el periodismo podría ser un dispositivo apropiado de generación infinita de (re)significados cuando todo está ya bajo sospecha y se explica con la consciencia puesta en las limitaciones, en las parcialidades, en los artificios. En esa interpretación incluimos a actores humanos y no-humanos. Todos los agentes generan el texto y se apropian de los existentes, los transforman. ¿Cómo podemos traducir esto a la práctica periodística? La respuesta está en un cóctel entre fenomenología y hermenéutica, experiencia e interpretación, estar y pensar. En esa mezcla, las categorías que diferencian objetivo y subjetivo son poco fructíferas.

Forma y contenido están cosidos, interrelacionados, mezclados, híbridos. El periodista, como agente, no deja de ser una fuerza más de interpretación en base a la interconexión, la identificación de ensamblajes, en cuyo cometido no solo aporta sus dotes y conocimientos, sino su creatividad en hacer de ese relato una historia entendible. En todo ese complejo proceso, centrarse solo en la agencia del profesional sería adoptar una visión sesgada del trabajo del periodismo. En tanto fuerza mediadora, y no intermediaria, el periodismo afecta también esas cone-

15/ Indagaré más sobre este tridente en la sección «El origen de las categorías».

xiones. La visión construccionista que quiere explicar todo el proceso se queda en un relato parcial del mismo; el construccionismo visualiza en tono de grises una complejidad en tecnicolor, pixela una imagen hasta el punto de ser irreconocible. Esto está muy relacionado con las ideas de Michel Foucault, sobre todo las de su etapa genealógica, en el sentido que el discurso y las materialidades van unidas; no hay que buscar uno en relación o referencia al otro, no hay un precedente discursivo o material (Hardy y Thomas 2015).

Las dinámicas de objetos en relación ofrecen en ese sentido una idea más clara, así como el uso de conceptos como afectación (*affect*), adoptados por el pensamiento de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Los afectos implican pasiones (alegría/tristeza) correlacionadas con la *potentia* o capacidad de acción (Deleuze 2023, 39 [1970]). El monismo de Deleuze y Guattari (1988, 259 [1980]), sin embargo, no es materialista ya, se trata de un monismo relacional, todo se mueve, todo está conectado: «No hablamos de una unidad de la sustancia, sino de la infinidad de modificaciones que forman parte las unas de las otras en ese solo y mismo plan de vida». Los ensamblajes positivos generan afectos que engrandecen nuestro ser, los negativos nos restan. Además, para Deleuze (1995, 37 [1990]), en nuestras relaciones semióticas con el mundo, el significante opera como un déspota, y tiene un carácter «tirano, terrorista y castrador». En su perspectiva todo lenguaje es función y pragmática, uso; un uso que se resume en una transmisión de consignas de normas, de control. Todo ello se expresa mediante ensamblajes colectivos (*agencements*)¹⁶ que funcionan como máquinas semióticas (Deleuze y Guattari 1988, 88- 90 [1980]). En su lectura, los ensamblajes se componen de una dimensión maquinal (corpórea) —que incluye todo sistema de relación.

Si llevamos estas ideas al mundo periodístico, podemos afirmar que existe la concepción liberal de un periodismo «neutral», «objetivo», que explica el mundo «como es». Forma parte de una fantasía: la noción de que el periodismo es (o debería ser) objetivo en la manera de mirar y explicar el mundo disloca el foco en lo que realmente lo constituye: las relaciones. El periodismo posthumano implosiona las categorías de objetivo/subjetivo; aboga por hablar de un periodismo ético e íntegro, en el sentido que su práctica ha asumido que el sujeto-que-interpreta forma

16/ La sección «Enlaces» desarrolla sobre esta cuestión.

parte de un todo conectado. Si la ética de Spinoza es una etología humana y más-que-humana, que descarta las categorías de especies y se centra en su poder de afección (Deleuze 2023, 38 [1970]), su trasposición al periodismo exige una revisión del objetivismo y un enfoque en el relato de los ensamblajes.

El periodismo posthumano no confía en la objetividad, como tampoco en la subjetividad. De manera muy confusa, la teoría liberal del periodismo insiste en que esa neutralidad se logra mediante técnicas (contrastación de fuentes, verificación de hechos) y lenguajes (géneros impersonales como la noticia, uso de léxicos denotativos y evitación de la adjetivación, amago del narrador). Pero cualquier periodista reflexivo es consciente de que todo eso son formas, maneras de lidiar con las propias limitaciones y condicionantes: otra vez, el medio es el mensaje. La actitud a la que suelo apelar es la de honestidad y transparencia: desde dónde hablamos, para quién, con qué propósito, con qué herramientas, activos y limitaciones. Como profesores de comunicación debemos compartir las limitaciones que tiene el periodismo antropocéntrico —no habría nada más altanero que pensar que un individuo puede escribir un reportaje de forma objetiva, que puede reportar «la realidad» como es— así como la necesidad de integrar objetos y materialidades en nuestras historias. Quizás la única manera de «objetivar» esos relatos sea la de tener muy presentes los «objetos» como actores que ejercen la *potentia* de la que nos hablaba Braidotti. Para una emancipación periodística de ese mito de la objetividad sin caer en un relativismo postmoderno necesitamos nuevos lenguajes y explorar innovaciones expresivas.

Debemos indagar sobre el lenguaje, empezar a trasgredir y a proponer una nueva lengua para describir esa realidad. Ese lenguaje se enfrenta al que ya circula por los medios que replican la comunicación corporativa e intervenida, con conceptos alienantes como «brotes verdes», «progreso», «crecimiento», «fuel limpio», y otras metáforas de la disonancia (Castelló 2019a). No hay que descartar formas de expresión heterodoxas, y se deben problematizar los géneros establecidos y organizados en informativos e interpretativos, versus los de opinión. Esto plantea cuestiones éticas de las que habrá que dar cuenta más adelante. El periodismo requiere de una renovación profunda de sus formas de expresión y de las actuales taxonomías de géneros que han quedado superados.

El periodismo posthumano se desenvuelve mucho mejor en el análisis, la descripción, el contexto, la explicación. La opinión está hoy sobrevalorada, mientras que la información ha caído presa de rutinas de réplica de fuentes que separan el periodismo de una experiencia directa. Frente a esas dos esferas, el periodismo de análisis, de trabajo profundo sobre fuentes, de exploración del territorio sobre el que se informa, de experimentación en los lugares, de consulta de archivos, etc., ha ido decayendo. El periodismo posthumano quiere recuperar el trabajo analítico de un profesional que sabe de lo que habla. En esa tesitura, hay una serie de géneros que se revalorizan. Continúan siendo importantes la información de profesionales destacados que describen los hechos, la crónica de fuentes y descripciones, el análisis fundamentado, el ensayo y el documental experimentales, la literatura de ideas y el reportaje en profundidad, o las expresiones que incluso trasgredan los límites para incorporar formas de expresión establecidas dentro de lo que entendemos como *factual*.¹⁷

Está claro que la tecnología y sus materialidades tienen un poder agéntico aquí y en las escuelas de comunicación y periodismo deberemos revisar los principios éticos y de autoría, así como estar atentos a los cambios y adaptaciones. No solo en la producción: habrá que entender la tecnología como un sistema inserto en un contexto cultural y sociológico, un sistema ensamblado a agentes humanos que para nada es neutral. Bien al contrario, tiene grandes posibilidades de «hacer cosas», de «mostrar cosas», de «esconder cosas». La IA generativa ha tenido un impacto en la producción y consumo de noticias. Su emergencia y adopción lleva a plantearnos cuestiones básicas como, ¿quién escribe? El entusiasmo inicial sobre los usos se ha ido adaptando a las realidades en las redacciones. En muchas empresas periodísticas usan la IA para realizar resúmenes temáticos o apoyarse en la redacción, pero los problemas éticos y de autoría, las demandas por el uso de contenido y la desconfianza de los públicos también juegan. Los últimos datos trabajados por el Reuters Institute for the Study of Journalism indicaban, sin embargo, que las audiencias tienen poco interés en que la IA realice resúmenes de informaciones para adaptarlos a sus gustos (Newman et al. 2025; Arguedas 2025).

17/ Este punto requiere una elaboración que se ofrece en la sección titulada «Expresiones».

Deberemos explorar casos de innovación en los que la tecnología es agencial, en los que la realidad virtual o la inteligencia artificial producen realidades sociales que obedecen a intereses, objetivos, causas o simplemente inercias —¿conatos de existencias spinozianas?—. ¿A qué se refieren los expertos cuando dicen que la IA generativa produce «alucinaciones»? Los analistas las tratan de incorrecciones, *gaps* de datos que la IA rellena, o cálculos sesgados. Pero ¿podemos aceptar que sean actos involuntarios? ¿Qué pasa cuando una alucinación implica una decisión fatal? ¿Pueden las alucinaciones crear informaciones falsas que se viralizan rápidamente sobre las que los periodistas ya no pueden hacer nada? En las facultades tenemos mucho trabajo para integrar estas preguntas en las discusiones con los estudiantes, inquirir sobre los impactos éticos, el rol del profesional y las tecnologías disponibles, trabajar sobre los aspectos legales —que en la UE ya tienen un marco normativo con la adopción de la AI Act (2023)—. Todo ello estaría ya formando un periodista con una sensibilidad posthumana.

El medio ambiente y las temáticas relacionadas con la ruralidad, la producción de alimentos y de energía son ámbitos en los que la exploración del periodismo posthumano es creativa y prolífica, especialmente en el primero. Podemos encontrar casos de medios alternativos, revistas culturales e iniciativas medioambientales que trabajan en ese marco interpretativo. El ecoperiodismo forma parte de un periodismo posthumano, aunque nuestra perspectiva supera el periodismo medioambiental. En el periodismo tradicional, incluso en medios hegemónicos, encontramos un creciente interés por la perspectiva posthumana, aunque aún no se denomine de esta forma. En 2017, una investigación explicaba cómo las plantas en determinados lugares de los Estados Unidos se habían movido más de quince kilómetros en los últimos años para soportar el cambio climático y en 2024 un reportaje divulgaba la evidencia de que los bosques en Europa «emigran» hacia el norte (A. Barbieri 2017; Aragón 2024). Son ejemplos en los que se otorga una agencia a la vegetación: su capacidad de reaccionar al cambio climático moviéndose hacia lugares habitables. La periodista Zoë Schlanger (2025, 314) ha trabajado a fondo con los científicos que más han indagado sobre la naturaleza de las plantas y todo lo que pueden hacer: «Reconocen a sus parientes, cooperan con el resto de las criaturas que enmarcan sus vidas. Quizá no se trate de un ejercicio filosófico. Quizá las características sociales ya estén ahí. Ahora creo que los están». Hace

unos años no hubiera sido comprensible hablar de la vegetación en esos términos. Ese lenguaje y su perspectiva más-que-humana ha ido tomando forma y espacio. Hoy no es difícil encontrar historias periodísticas que explican cómo los científicos se comunican con animales (Garay 2024), o la interdependencia entre árboles, vegetales o hongos y la mutación de microorganismos (Martins 2019) o sobre las conexiones estratégicas virales (Crespo 2022). No estamos hablando de webs bizarras o lugares pseudo-científicos sino citando medios como *La Vanguardia*, *Wired*, *BBC World* o *National Geographic* que basan estas historias en informes o publicaciones académicas, en revistas de prestigio. Es un cambio en marcha.

Volviendo al principio de nuestra historia, el periodismo posthumano tiene un amplio recorrido para avanzar en temáticas que se centran en el mundo rural por ser un espacio de intensas relaciones entre humanos y medio ambiente, animales y materialidades, energía y alimentación. He estado en los últimos años indagando en la articulación del concepto de *rural resituado* (Castelló 2023b); se trata de una familia de narrativas que ha significado un desplazamiento de los discursos victimistas y estereotipados de la ruralidad. Esa reubicación implica una sensibilidad de justicia social, sostenibilidad medioambiental, y con perspectiva de género. Muchos de los textos y creaciones de esa ruralidad reubicada disponen de elementos propios de lo que Rosi Braidotti definiría como un conocimiento posthumano. Son prácticas culturales diversas, que van desde el pensamiento a la literatura, del documental a la ficción, del *pod-casting* a los videos en plataformas en línea. Un ejemplo de ello pueden ser las narrativas que las pastoras han ido articulando en relación con su reivindicación feminista, el establecimiento de redes de solidaridad y la revalorización de una producción extensiva, respetuosa con el entorno (Castelló y Romano 2021). Esas prácticas comunicativas atienden agencias humanas y no-humanas, no son periodismo como lo hemos entendido hasta ahora pero sí formas de comunicación creativas e innovadoras —que pueden incorporar la poesía, el ensayo, la información, la crítica o el arte.

Algunos casos paradigmáticos son los libros e iniciativas de la pastora y activista de los Pirineos Vanesa Freixa (2023, 110 y sucesivas), en los que la autora trabaja especialmente sobre la cuestión de la soberanía alimentaria. Denuncia que la industrialización intensiva en el medio rural está generando grandes problemas de contaminación, explotación

y maltrato animal que debemos repensar. De igual forma, en el ámbito del pensamiento ruralista, Yayo Herrero (2024, 15) y otras autoras están planteando alternativas en las que cultivar una «consciencia terrícola que permita que las personas sepan y sientan que son vida, agua, aire, tierra y fuego». El periodismo debe estar atento a esas expresiones que a menudo quedan silenciadas tanto por los medios tradicionales como por los nuevos algoritmos e inteligencias artificiales que no solo replican las discriminaciones existentes en nuestras sociedades sino que pueden ahondar en ellas.¹⁸

En conjunto, el periodismo posthumano reporta sobre esas otras agencias distribuidas, en interacción. Es una idea que contiene una invitación a la especulación y la posibilidad, quizás una utopía, si leemos la utopía como un proyecto de mejora para la humanidad en la que hay un papel para un periodismo consciente, interconectado, que nos ayude a comprender y divulgue esos ensamblajes que configuran un mundo fascinante que está en peligro, que sufre una traumática transformación. Debe ser una mirada propositiva, no idílica pero que supere la crítica colapsista para proponer modos de actuación de acuerdo con esa nueva forma relatar el mundo.

La propuesta del periodismo posthumano ha de inspirar a los creadores, a los comunicadores y a los estudiantes a imaginar una nueva relación en la que ampliamos la responsabilidad del periodismo. Interpela a las jóvenes generaciones que miran con preocupación como aumenta el calentamiento global y cómo los estados y las organizaciones internacionales reaccionan con lentitud y titubeo ante una situación alarmante. Los estudios culturales y las humanidades ecocríticas ya hace años que mueven fichas e incorporan estas perspectivas. Es momento para que lo haga también el periodismo y la comunicación pública, ámbitos perezosos en adoptar esta sensibilidad— lo que me lleva a conjeturar que de hecho deberá ser a contracorriente de poderes económicos y políticos. Se trata de lugares que deberán retar a los imaginarios de un crecimiento irrespetuoso y sin ética. Este ritmo aletargado es más pronunciado en contextos como el nuestro. Creo que esto está conectado con nuestra historia reciente y con un modelo de progreso que ha sacrificado demasiado en pro de un crecimiento que no ha distribuido el rédito de forma ecuánime.

18/ Comentamos más al respecto en el capítulo «Expresiones».

Dicho todo ello, en las siguientes secciones me dispongo a ampliar la base teórica que he trazado en este capítulo, puesto que los lectores pueden haber quedado algo confusos con el uso de conceptos como ensamblajes, afectos, agencias distribuidas, y otros, aplicados al periodismo y la comunicación. También deberé ampliar un poco más sobre los precedentes: ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

Trayectorias

El giro posthumano es una corriente de pensamiento que ha experimentado un auge en la última década, especialmente en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales. Esta corriente se asienta en una perspectiva que integra cierto materialismo así como en una revisión de las relaciones entre seres humanos y no-humanos. Cuando remarcamos ese carácter materialista del posthumanismo nos referimos al hecho de que sus postulantes dan una relevancia a las materialidades y a los cuerpos físicos; son sensibles a los afectos que generan las existencias más-que-humanas. Como indica Rosi Braidotti, el posthumanismo hereda influencias de los filósofos como Nietzsche, Foucault o Deleuze, para tomar un rumbo propio. «Se apoya en la asunción del declinar del Humanismo pero va más allá explorando alternativas» (Braidotti 2013, 37). Para la autora hay tres pilares que sustentan el pensamiento posthumano: una filosofía moral, un análisis científico-analítico; y un subjetivismo crítico. En resumen, se trata de un esquema que se ajusta a la forma de trabajar del periodismo: deontología (posicionamiento ético), hermenéutica (verificación e interpretación de la realidad), situación (mirada y voz).

Ha sido Braidotti quien más coherentemente ha cosido los pedazos que cada aproximación fue aportando al posthumanismo. Este pensamiento no implica una negación de lo humano o de la humanidad, ni tan siquiera del Humanismo. De hecho, se puede interpretar como una revisión del Humanismo, en tanto que corrige un antropocentrismo exacerbado. El giro posthumano ha tenido una gran aceptación en los últimos años por diversas causas, pero quizás hay dos que son las más evidentes: la sensación del traspaso de un punto de no retorno ante las consecuencias del cambio climático para la vida en la Tierra y la superación de límites tecnológicos en relación con los avances genéticos, biotecnológicos y de inteligencia artificial. La visión posthumana crítica propugna que la tecnología deberá estar al servicio de un mundo conectado más justo, entre existencias diversas.

Es por ello por lo que el periodismo posthumano tiene en las temáticas de medio ambiente y la tecnología dos ámbitos de inmenso recorrido. En el ámbito rural encontramos un espacio inacabable para el debate: por

ejemplo, en lo que se ha denominado la agricultura «inteligente», en la selección genética de variedades, en los avances para la gestión de recursos como el agua o de contaminantes como los purines, etc. En todos estos avances podemos aplicar una mirada posthumana, a la vez que atenta a los desequilibrios que genera la práctica profesional que no tiene en cuenta otras existencias. Existe hoy una verdadera lucha, si se quiere usar esta metáfora, para el control del relato sobre la tecnología y el medio ambiente. Es una fricción que hoy señorea el discurso del *greenwashing*,¹⁹ amparado por el corporativismo a las tecnologías «verdes», que propugna una transición ecológica irreflexiva que no sabemos hacia donde nos lleva en el ámbito de la justicia social y de calidad de vida.

El periodismo posthumano se pregunta sobre adónde nos lleva el «progreso» en relación con la biodiversidad y la resiliencia socioecológica. No se trata de mitificar «la naturaleza» y de culpabilizar a la «humanidad». En este debate Slavoj Žižek (2025, 45) considera que «la naturaleza no es un sistema homeostático estable descarrilado por la arrogancia humana, sino que está repleta de perturbaciones y excesos autodestructivos». Cualquier agricultor sabe esto. Las lógicas transversales al pensamiento posthumano son de una profunda honestidad —entroncada con la deontología— y una genuina humildad —consciente de los límites. El posthumanismo «hace explícito el hecho de que históricamente lo que ha sido considerado como conocimiento y como sujeto conocedor ha sido decisivamente limitado por nuestro ser-especie» (Worsham 2015, 21). Para el periodismo posthumano, el concepto de especie mismo es sospechoso.

El posthumanismo implica una revisión del colonialismo y del antropocentrismo incrustado en las ideas de la Ilustración en las que se basa nuestra sociedad. Por ello es una aproximación incómoda. Demanda un (re) conocimiento de otros saberes pero el posthumanismo es profundamente científico. El problema es que necesita otro tipo de ciencias. Propugnaba el mismo Žižek (2025, 47): «Necesitamos una ciencia desconectada de ambos polos, tanto del circuito autónomo del capital como de la sabiduría tradicional, una ciencia capaz en última instancia de sostenerse por sí

19/ El término fue acuñado en los años ochenta por Jay Westerveld para denunciar prácticas comunicativas corporativas que utilizan el medio ambiente en el ámbito promocional, aunque sus prácticas reales no sean sostenibles; aun así el concepto no cuenta con una definición del todo consensuada (de Freitas Netto et al. 2020).

sola». Pero ¿es eso posible hoy? La postura díscola del posthumanismo con la Ciencia y la Economía, tal y como hoy las tenemos organizadas a nivel global, no implica que esta corriente sea anticientífica ni antieconómica. Al contrario, se trata de llevar más allá a las ciencias y a las economías, ser mucho más científicos y mucho más económicos. Y no solo expandir su alcance sino también ampliar su abasto; se trata de abrir el concepto de ciencias y, como proponía Leonarda García Jiménez (2007), superar una visión única de la ciencia desde la «perspectiva positivista» para poder generar un conocimiento más amplio de comprensión entre la humanidad y sus asociaciones. Aquí, de nuevo, el problema no son tanto los métodos como los propósitos, los intereses, la estructura. De nuevo, el poder. Un conocimiento científico desligado o que incluso subyuga el conocimiento local es inaceptable.

¿Qué dice la Luna?

Animales, plantas y lugares forman un continuo en el que la vida se expresa de formas diversas e inclasificables. Ese era «el» mundo. La Ciencia desmiente o aprueba determinados saberes situados en las comunidades de práctica. Por ejemplo, muchos agricultores piensan —en base a su experiencia— que las fases de la Luna tienen influencia en los cultivos. Así, siendo yo mismo agricultor, mi padre insistía en que determinadas semillas de hortalizas, como las acelgas, no se debían plantar en fase creciente de la Luna porque las plantas se espigaban. Mi abuelo ya le habría explicado esto a mi padre, y el padre de mi abuelo a su hijo, etcétera. Cuando la planta se espigaba, se atribuía el hecho al efecto influyente de la Luna, un afecto positivo para la reproducción de la planta pero que impacta en la calidad de sus hojas comestibles.²⁰

Cuesta entender que durante generaciones, centenares de años de práctica de plantación y cuidado de las plantas, los agricultores se guía-

20/ La situación nos permite entender la idea de afectos de Spinoza. No hay «Maldad» intrínseca en el espigar, sino afectos positivos (para la planta) y negativos (para el agricultor). Aparece la Luna como un agente en el relato que lleva a malinterpretar causas y efectos. Los afectos de la Luna quizás existan, pero nada tienen que ver con las dinámicas de espigado. La mera existencia de fases lunares y su afectos para/con los agricultores, sin embargo, es lo que propicia esa relación sin base. Aquí la planta es un tercero.

ran por lo que se considera una superstición para decidir cuándo enterrar las semillas. La realidad es que los estudios tildan esas creencias sobre la influencia de la Luna en los cultivos de pseudocientíficas (Mayoral et al. 2020). Incluso esas creencias se atribuyen a una especie de efecto placebo: los agricultores y cuidadores de plantas atribuyen influencia del satélite a sus propios cuidados añadidos; es decir, los agricultores que hasta incluso se fijan en esos detalles sin base científica son los que mejor cuidarían de las plantas de forma que sus resultados serían mejores (Maldita.es 2023).

Dicho esto, cuando intenté alguna vez comentar con mi padre la cuestión encontré su resistencia a descartar ese afecto. Su conocimiento del tema se basaba no solo en toda una vida sembrando y observando las plantas, sino también en la de sus ancestros, quienes desde pequeño lo formaron en una cosmovisión de conexiones: tierra, animales, clima, materiales, agua, Luna. La maestría en hacer crecer un huerto era la maestría en conocer las relaciones positivas, felices, que alimentaban la *potentia* de los animales y las plantas. Por su puesto mi padre no conocía a Spinoza, pero en su práctica cotidiana podríamos decir que tenía una concepción del mundo spinozista, aunque científicamente errónea.

El artículo que hemos citado y que refuta el valor científico de su creencia se basa en la literatura científica sobre el tema; es decir, es un conocimiento construido sobre una revisión de textos que exponen resultados científicos sobre la cuestión. El conocimiento de mi padre era en relación con su práctica durante decenios y las fuentes, para él absolutamente fiables, de su padre y su abuelo, quienes acumulaban una experiencia vastísima basada en la observación física de los elementos, en el trabajo en contacto directo con la tierra y los animales. ¿Qué debe hacer un periodista con visión posthumana ante este esquema?

El periodismo «moderno» dará veracidad a la Ciencia pero rechazará cualquier otra aproximación. Más aún, una posición altanera habitual desacreditará la epistemología «indígena» tratándola de «creencias», «supersticiones», «pseudociencia». Un pseudoperiodismo en el otro polo puede caer en lo opuesto; pone énfasis en ese conocimiento de mis antepasados como indiscutible, incluso más que la evidencia científica. Ese tipo de relato sin base ha dañado mucho la credibilidad de los medios de comunicación y de redes sociales. Es el mismo mecanismo que lo enmascara todo con teorías conspiracionistas, comunidades de perso-

nas que creen en relaciones sin base. El auge de las pseudociencias y las creencias más variopintas ha generado gran confusión. No hay que banalizar estos movimientos, que pueden ser muy perniciosos para la salud, el medio ambiente, y también para la democracia. Buena parte del negacionismo climático se ha recostado en este tipo de teorías, creencias, falsas evidencias. Si nos diagnostican un cáncer, no vamos a dejar ese problema en manos de un curandero, aunque podamos entender que la recuperación no depende solo de la quimioterapia —y eso también lo saben médicos y pacientes.

La ética periodística nos obliga a citar las fuentes, a atribuir las ideas. Así, el conocimiento de mi padre sobre la influencia de las fases lunares no pasa el filtro de verificación requerido por el periodismo. Su conocimiento no es fiable en ese sentido. Tampoco podemos decir que, en este caso, plantar en Luna menguante afectara a las plantas. Por supuesto, hay razones científicas que explican porqué las plantas se espigan, y hay otras razones que explican porqué muchos agricultores «escuchan» a la Luna. Debemos conocer y explicar cuál es la base experiencial de ese conocimiento, cómo se genera, si aún se percibe como útil. En ningún caso ese conocimiento debería ser menospreciado pero no es válido tal y como sabemos. Aunque yo actualmente planto en cualquier fase lunar, me alegra cuando, sin pretenderlo, mi actividad coincide en fase menguante, como si los saberes de mi padre fueran válidos, como si él mismo —que murió hace unos años— estuviera en el momento en que hundo la semilla en la tierra, aprobando el hecho. No subestimemos aquí el efecto placebo.

No hay que confundir las prácticas agrícolas sin fundamento científico con la agricultura ecológica o la agricultura regenerativa. La primera se abstiene de utilizar fertilizantes o fitosanitarios químicos y está muy regulada, mientras que la segunda se focaliza en la salud de los suelos y la aplicación de técnicas de la agricultura orgánica. Nadie puede refutar la idea de que un suelo fértil y bien estructurado (orgánica e inorgánicamente) va a dar unos resultados mejores que un suelo empobrecido que solo funciona a base de fertilizantes químicos. Algunas de las técnicas de este tipo de agricultura son premodernas y hoy se explican con más recursos, nuevas etiquetas. Más allá de lo explicable por la Ciencia siempre habrá claroscuros en los que operan intereses. En la Ciencia también operan intereses que tienen impacto en el conocimiento que construye, como pasa con la pseudociencia. Por eso, necesitamos como decía Žižek, unas ciencias más autónomas.

Hay por otro lado cuestiones que son difíciles de explicar científicamente; algunas tienen que ver con la identidad, con los sentimientos, con el sentido de lugar de las personas y las comunidades. Las creencias animistas consideraban que los animales y las cosas disponían de una especie de almas y vida interior, las fuerzas de la naturaleza eran el producto de la actividad de esas agencias. Los humanos formábamos parte de esos vasos comunicantes. Parte de esas creencias fueron la base de religiones en las que esas fuerzas se explicaron como dioses o espíritus. Por ejemplo, la noción del «sentido de lugar» actual tiene raíces en la idea de *genius loci* de la filosofía clásica adaptada por la cultura y las creencias de los griegos y los romanos. *Genius loci* hacía referencia a que en determinados lugares habitaban espíritus, seres, dioses; hoy podemos interpretar ese concepto como el «carácter intangible de un lugar material» (Vecco 2020, 230). El conocimiento científico suele pasar por alto este tipo de intangibilidades. Es decir, a un técnico al que se le pide que haga un informe sobre la ubicación de una planta solar en un determinado lugar le interesará básicamente tratar información como las horas de sol, los datos de erosión del suelo, la ubicación de acuíferos y escorrentías, los animales que viven allí, los caminos de acceso, etc. El sentimiento que los habitantes de ese lugar depositan en esa altiplanicie no son a priori un factor determinante en ese informe. Puede que el informe recoja elementos culturales o valores inmateriales; pero se suelen interpretar como datos secundarios, contextuales en todo caso.

Entonces ¿cómo expresar la relevancia que el sentimiento que alberga la comunidad sobre ese lugar tiene, de facto, para la planta solar? ¿dónde recoger el sentido de lugar de ese sitio y los afectos planta solar/sentido de lugar? El periodismo replicará los datos del informe, dará voz a las fuentes que promueven la instalación, quizás a los grupos opositores o activistas. Pero un periodismo posthumano puede ir más allá del periodismo de declaraciones. Podemos ofrecer también las historias que esa comunidad de personas comparte sobre ese lugar, dar voz a los sentimientos de las gentes, informarnos aún mejor sobre quienes habitan la montaña y explicar cómo viven, de qué se alimentan, además de ir más allá de los datos técnicos y buscar las narrativas de las diversas existencias.

En un estudio sobre este tipo de conflictos en entornos rurales defendí que el periodismo de proximidad tiene un papel fundamental para reportar el sentido de lugar (Castelló 2023a). Aquí, una mirada posthumana, que no se detenga solo en lo que expresan unos y otros, que explique la

complejidad de los ensamblajes que funcionan en relación con los lugares, que indague sobre ese *genius loci*, es adecuada: quizás sean las historias de los antepasados, los resquicios de las actividades agrícolas o manufactureras, las memorias contenidas en fotografías en blanco y negro en cajones de esa comunidad. ¿Por qué deberíamos descartar todo eso? Hoy ese periodismo está en retroceso; la falta de interés por las historias micro, así como las precariedades —existe toda una economía política que dificulta la mirada posthumana— no permiten desarrollar estas perspectivas como se merecen. En esta línea de reconocimientos, uno de los resultados de nuestra investigación sobre el tratamiento de las ruralidades en el periodismo y la comunicación presentó, con la colaboración del Consell de l’Audiovisual de Catalunya y el Col·legi de Periodistes de Catalunya, una guía de recomendaciones dirigidas a profesionales que informan y producen audiovisuales sobre el mundo rural (AADD 2025). Necesitamos integrar los sentidos de lugar en los relatos de la ruralidad.

El giro posthumano es, sin embargo, muy científico. Prestigiosos físicos como Carlo Rovelli (2018, 175) hacen recapacitar sobre los nebulosos límites entre lo material y lo inmaterial. Su relato especula que los humanos somos tiempo y espacio trazado en las líneas conectivas de nuestras neuronas. Para Rovelli (2016, 230), «la ciencia no es confiable porque provee certitud. Es confiable porque nos provee con las mejores respuestas disponibles en el presente». Pero esa provisión no tiene porqué descartar otras perspectivas, la existencia de otros saberes. El problema con los conocimientos locales, indígenas, no es que hayan sido descartados ante la evidencia científica, sino que a menudo han sido objeto de menosprecio o directamente usurpados. Los medios han contribuido a presentar los saberes no-científicos como patrañas, ignorancias, obtusos mecanismos.

Las representaciones en la cultura y los medios de los métodos rurales ancestrales, las tradiciones, las creencias, los mitos locales, etc., se han ofrecido como algo oscuro, depreciable, cuando en muchas de esas prácticas y conocimientos estaban contenidas relaciones positivas con la naturaleza y los entornos. En cierta manera, desoír las experiencias locales ha sido —y continúa siendo en muchas ocasiones— un error y el periodismo ha contribuido a agrandar esa zanja entre las inmaterialidades, los afectos, los sentimientos que ensamblan cuerpos y lugares.

Arqueólogos, antropólogos o paleontólogos de la talla de Eudald Carbonell han puesto de manifiesto que la humanidad ha llegado a una si-

tuación en la que se requiere un ajuste entre lo humano y lo no humano (Carbonell 2023a). Las lógicas productivistas, asentadas en conocimientos científico-técnicos, han llegado incluso a negar lo evidente también, incluso explotando recursos hasta su extenuación, condenando la biodiversidad, sacrificando los sentimientos colectivos. Carbonell (2023b) explica esta actitud con una metáfora muy ilustrativa: «El equilibrio ecosocial implica que no podemos serrar la rama en la que estamos sentados». Las evidencias que reclaman una mejor atención a la biodiversidad, una mejora de las relaciones que establecemos con la tecnología avanzada y una redefinición del progreso indican que la ciencia debería estar mejor conectada a los hábitats.

La pseudociencia es una enemiga del posthumanismo y del periodismo; no mejora la vida, ni la de los entornos. Esas pseudociencias nos pueden seducir con prácticas inocuas —plantar mis acelgas en luna menguante— o intoxicar con otras muy peligrosas —no vacunarse creyendo teorías conspiracionistas—. En conjunto, las corrientes pseudocientíficas están promoviendo más desconexión entre los humanos y los entornos, construyendo una capa más antropocéntrica del entendimiento del mundo. Por ejemplo, existe hoy un conjunto de relatos sin base científica que promueven el descrédito del calentamiento global, luchan contra políticas medioambientales o sanitarias, o discuten hasta el hecho de que la Tierra sea redonda.

En 2020, en plena crisis del coronavirus, una pareja de terraplanistas italianos que buscaban descubrir el fin del mundo fue rescatada en alta mar, exhausta y sedienta (Buj 2020). No hay quizás nada más «humano» que el esperar a que una creencia se convierta en una realidad, que la creencia en que la Tierra sea plana se autorrealice. Pero si el humanismo se obceca en la situar al «hombre» en el centro del Universo, y a calibrar ese Universo en base a esa percepción, podemos caer en grandes contradicciones. Se podría entender perfectamente que los terraplanistas fueran en ese sentido «ultrahumanistas».

El posthumanismo plantea una visión holística del universo que no pone a la humanidad en el centro como única entidad con capacidad agéntica y transformativa. Tampoco somos los únicos en percibir esa realidad, ni nuestro mundo. En general, en un mundo lleno de teorías conspiracionistas, de relatos pseudocientíficos que amagan intereses oscuros y de falsedades repetidas, cabe distinguir muy bien lo que podemos etiquetar como conocimiento. Sin duda, como diría Rovelli, el método científico provee de las mejores explicaciones desde un punto de vista técnico, pero ese conoci-

miento requiere de una modulación que supere el antropocentrismo. En ese cometido hay que escuchar otras epistemologías y sobre todo respetarlas, entenderlas en sus contextos y situaciones. El periodismo tendrá que saber discernir en la tarea más compleja; descartar lo que intoxica, las aleaciones envenenadas, e integrar lo que suma y fortalece, las relaciones que nos conectan a la vida en positivo, siendo integrador de los saberes locales.

El origen de las categorías

El antropocentrismo subyace también en relatos que para nada son científicos. En el Génesis, Dios crea al ser humano y ordena que este mande sobre los peces, las aves y todos los animales. Podemos decir incluso que es un androcentrismo: primero crea al hombre, Adán, y de su costilla a la mujer, Eva. En el siglo xiv el humanismo clásico centra esa superioridad del «hombre» en la cultura, el arte, la estética y la ética. Los valores humanísticos van creando una mística de independencia de «nuestra especie» respecto al resto. La naturaleza va acumulando un significado de grotesco, salvaje y violento, ante «la civilización». La civilización era, sin embargo, una categoría muy discriminatoria. Se entendía que civilizado era el hombre, europeo, blanco, apoderado, ilustre. La Ciencia y la Ilustración tuvieron en su «agenda» la domesticación de ese espacio salvaje y natural: la colonización, la tecnificación, y el desarrollo para el beneficio exclusivo de «nuestra especie». En ese sentido la Ciencia fue —y aún hoy es— antropocéntrica ya que generó un sistema de ordenación y de poder al servicio del «hombre».

Ese sistema desequilibrado implica la constitución de todo un conocimiento que, como bien diseccionara Michel Foucault, se basará en jerarquías y taxonomías. En el siglo xviii se radicaliza la separación entre lo orgánico y lo inorgánico: «Lo orgánico se convierte en lo vivo y lo vivo es lo que produce, al crecer y reproducirse; lo inorgánico es lo no vivo, lo que ni se desarrolla ni se reproduce; está en los límites de la vida, lo inerte y lo infecundo —la muerte—» (Foucault 2005, 228). Todo lo vivo se puso por encima de lo inerte. En lo vivo, lo animal se puso por encima de lo vegetal. En lo animal, la humanidad se puso por encima del resto. En la humanidad, los hombres y los blancos estaban por encima de las mujeres y los no-blancos. En pleno siglo xxi, aún tenemos grandes batallas a librar en todas esas intersecciones de discriminación. El posthumanismo aspira

a superar las discriminaciones para hacer compatible «nuestra vida» con «la vida».

El origen de las especies de Charles Darwin (1859) fue una revolución científica, social, filosófica y moral. El humanismo tuvo que readaptarse. La teoría de la evolución que relató que «el hombre» era último capítulo evolutivo con una raíz común animal tuvo, sin embargo, un doble filo. Por un lado, la idea hizo observar a las otras «especies» de forma diferente. Esos seres también eran el último capítulo evolutivo de otras posibilidades de existir; eran por lo tanto los especímenes más sofisticados de su clase. Pero la teoría de la evolución natural, de la competencia y de la adaptación a los hábitats también remarcó la noción de un «nosotros-humanos» como la especie más perfecta de ese proceso evolutivo. La humanidad era la única dotada con el raciocinio y el pensamiento, la memoria y el lenguaje. En la carrera evolutiva, nada se presentó más perfecto que «el hombre».

Otra de las cuestiones que se derivaron de esas teorías fueron las ideas de la «lucha entre especies», «la competencia natural» y «adaptación al medio». Esas ideas, por ejemplo, instalaron afirmaciones como «los más fuertes y mejor adaptados sobreviven». Se cultivó la noción de una naturaleza competitiva, una ideología que más tarde utilizaría el neoliberalismo para «naturalizar» el capitalismo como una «ley del más fuerte» en «la selva del mercado». Sin embargo, en «la naturaleza» no hay «leyes», ni «equilibrios», ni «competición» más allá del relato que los humanos elaboramos sobre todo ello.

La ecología nace en la segunda mitad del siglo XIX, de la mano del zoólogo Ernst Haeckel, quien tenía un ideario monista que consideraba la naturaleza como una unidad —y la existencia de Dios en todo, concepciones cercanas a Spinoza en ese sentido—. Argumentó que el monismo estaba en las religiones más primitivas y defendió que las religiones posteriores —así como la filosofía de Platón— se construyeron sobre un dualismo de separación entre espíritu (Dios) y materia (naturaleza). Comentó que esta era una idea antropocéntrica, «la convicción que el hombre es el punto central del universo, la última y más alta causa de la creación» (Haeckel 1892). Haeckel argumentó que nuestros sentimientos y pensamientos no eran más que el resultado de «funciones fisiológicas», de nuestra química, de nuestras conexiones cerebrales, etc. Alma y cuerpo van unidos; creía entonces en que la inmortalidad se expresaba en la fuerza del cosmos. Como Spinoza, Haeckel era monista. Se asentó en tres principios: conocimiento de la verdad (investigación), ética (trabajo por el bien), y estética

(búsqueda de la belleza).²¹ No fue coincidencia que estos movimientos científicos y de pensamiento se produjeran en paralelo a una ferviente revolución industrial, y en el mundo «desarrollado».

En la segunda mitad del siglo XIX las máquinas de vapor y la fuerza hidráulica consiguieron un avance gigantesco en la capacidad para producir, organizar y transportar. Pronto, con la electricidad, aparecería el telégrafo, se patentaría el fonógrafo y empezó a funcionar el teléfono. Estos progresos fueron, sin embargo, parejos al momento álgido del colonialismo y del imperialismo, con la expansión para el control de África, Sudamérica o Australia y la explotación de recursos, uso esclavista de la mano de obra, guerras y desplazamientos forzados de población y aniquilación de formas de vida y saberes locales. Es evidente que los avances tecnológicos y científicos no estuvieron desligados de la explotación y subyugación de recursos en diversos continentes. La Ciencia participó en la destrucción de la vida; es más, hizo esa destrucción más eficiente, barata, rápida, masiva. El periodismo acompañó todos esos procesos sin prestar mucha atención a los daños humanos y ecológicos que infringían las metrópolis, la industrialización, la intensificación productiva. Desde ese punto de vista, todo ello solo fue un «progreso».

En el ámbito de la filosofía y la política, hubo, sin embargo, aportaciones que se consideran, al menos, como prolegómenos del posthumanismo contemporáneo: llegaron Nietzsche, Freud y Marx. Ya hemos anotado que significaron un quiebro en el ideario del progreso y la confianza en la humanidad, por diversas razones. Como ha remarcado Francesc Torralba (2018, 13), estos autores «llevan a término una disolución del antropocentrismo moderno, de la misma forma en que la modernidad había descompuesto el teocentrismo medieval». Aun así, hay que desgranar que esa disolución tiene en cada uno de esos pensadores aristas específicas que, si bien pueden considerarse como los cimientos de un posthumanismo primitivo, están alejadas del posthumanismo crítico contemporáneo. Conviene comentar algunos de sus elementos distintivos.

Para el materialismo histórico de Karl Marx existe un determinismo tecnológico en el que el progreso científico condiciona las fuerzas de pro-

21/ Como hemos visto, esa dinámica concuerda de forma bastante precisa con lo que consideramos que debe seguir el periodista: verificar, tener una actitud ética, y ser capaz de interpretar y expresar todo ello de forma atractiva y exitosa (verdad, ética, estética).

ducción. Los profundos desajustes en los que había entrado la industrialización a mediados del siglo XIX y las precarias condiciones de vida de los trabajadores alentaron las ideas revolucionarias de esas masas a las que se refirieron también Freud o Nietzsche en sus ensayos. El de Marx, sin embargo, no se debe confundir con el materialismo filosófico sobre el que se asientan las ideas del posthumanismo. El marxismo, como indica Terry Eagleton (2011, 110), consideraba que la producción de bienes «determina en última instancia la naturaleza de cualquier civilización». Es por ello por lo que los medios de producción y quien los detenta son la clave del funcionamiento de la civilización. Buena parte de los estudios culturales criticaron esa fijación del marxismo en las fuerzas de producción y en la economía política, mientras que los aspectos ideológico-culturales e identitarios quedaban en un segundo plano.

Pero ¿qué ontología encontramos en Marx? En la primera idea de *El capital*, donde si bien indica que el capitalismo es una «gigantesca acumulación de mercancías», las mercancías se definen como un «objeto» o una «cosa» que satisface las necesidades de los humanos: «La naturaleza de esas necesidades —el que procedan, por ejemplo, del estómago o de la fantasía— no hace la cosa» (K. Marx 2010, 71 [1867]). Marx consideraba que existe «relación física entre las cosas físicas», pero las relaciones sociales son determinadas solo entre los hombres: esa relación entre hombres dicta «la forma fantasmagórica de una relación entre cosas» (K. Marx 2010, 89 [1867]). En definitiva, no hay sociedad sin «hombres», y tampoco hay relación con las cosas materiales o inmateriales sin «hombres».

Marx se referirá a esa determinación social entre objetos y humanos como «fetichismo». Para Žižek (2023, 251) ese fetichismo se «espectraliza» con la asunción de la virtualización del dinero y la economía por parte del capitalismo. Como indica el filósofo esloveno, para Marx, en ese fetichismo, «las relaciones sociales aparecen “*como realmente son*” (relaciones entre cosas)» (Žižek 2023, 260-61; énfasis en el original). Ese materialismo, sin embargo, coincidiríamos con Braidotti (2013, 23), mantiene al hombre (europeo) en el centro del motor de los cambios sociales. Desgaja la agencia (solo humana) de su dialéctica con el universo en su complejidad. Su materialismo dialéctico no es más inclusivo. Adorno ya señaló que Marx es finalmente un «darwinista social» para quien «la alternancia de las formas económicas sucesivamente constitutivas se produjo del mismo modo que la de las especies animales que

se expandieron y extinguieron a lo largo de millones de años» (Adorno, 2005[1970], pos 1059-61). En su dialéctica entre agencias materiales y humanas, la humanidad señorea el sistema sometiendo cualquier existencia hacia determinados objetivos políticos. Es en ese sentido un materialismo limitado y limitante.

En 1873, Friedrich Nietzsche dictó el texto de *Sobre verdad y mentira en el sentido extramoral* que, desde su célebre inicio, martilleaba:

«En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerales sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la “Historia Universal”: pero a fin de cuentas, solo un minuto» (Nietzsche 1990, 17 [1903]).²²

Podemos afirmar, como ha interpretado Vanessa Lemm (2021, 296), que la «naturalización del ser humano» (el *homo natura*) era para Nietzsche una liberación en la que los humanos descubrimos «la naturaleza como una fuerza creativa y transformadora que el ser humano puede incorporar». Además, en Nietzsche, la humanidad vive en un régimen de la mentira, por lo que el hombre intuitivo (el artista) supera al lógico (el científico) (Fink 2000, 37-40 [1960]). Este tipo de ideales suponen un órdago a la Ilustración.

En su programa de destrucción del platonismo y del idealismo, Nietzsche se enfrenta a la humanidad débil que sufre, esclavizada por la moralidad, pero, sin embargo, propone un nuevo hombre, liberado, y recenrado. Aunque su pensamiento exploró una filosofía del mundo como existencia o totalidad más allá de la moralidad humana (y sobre todo la cristiana), su visión es nihilista y de negación del humanismo; es antihumana. Si bien articula una idea de «verdad» —hay una verdad dictada por el intelecto— el mundo no tiene por qué casar con esa verdad construida. Lemm (2024, 18) insiste en la vigencia de Nietzsche para el posthumanismo. Su interpretación propone desligar el debate del *homo natura* de

22/ En Nietzsche, la esencia de Spinoza (Dios o Naturaleza) toma de nuevo relevancia. Pero ahora «Dios ha muerto», como advierte Zaratustra (quien ya no critica sino que entierra la moral) en el prólogo de sus discursos; nos queda la Naturaleza como origen, esencia. El superhombre se presenta inmediatamente en el discurso: «Yo os enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?» (Nietzsche 1997, 36 [1883]). *Sobre verdad y mentira...* sería publicado de forma póstuma en 1903).

un «naturalismo» o un «historicismo» científico y propone una conjunción, una «naturaleza integral (*ganze Natur*) del ser humano». Se plantea por lo tanto la inseparabilidad de la ciencia y el relato, de la materialidad (el cuerpo) y su mentalización (memoria, lenguaje, comunicación). Aquí yace para Lemm el carácter sobrehumano.

Se ha insistido en relacionar la filosofía de Nietzsche con el inicio de las corrientes posthumanistas contemporáneas. Edgar Landgraf (2023) apunta que, si bien hay diversos Nietzsche, algunas de sus ideas que rompen con el dualismo (cuerpo y mente), que reniegan del antropocentrismo, que se concentran en el comportamiento animal, que desechan la dicotomía naturaleza/cultura o que teorizan sobre la superación del hombre, conectan con el posthumanismo actual. Desde un punto de vista ético —y el mismo Landgraf reconoce este reto, y en especial por el abuso que la retórica nazi hizo de su pensamiento— es complicado defender la vigencia de su filosofía sin una profundísima revisión. Lo que es indiscutible es que en Nietzsche encontramos una filosofía que reta el humanismo cultivado hasta su época, se distancia del modelo de progreso y lanza una crítica destructiva a la Ilustración tal y como se había desarrollado—aspectos que son vigentes en el pensamiento posthumano.

Vanessa Lemm (2024, 206-12) propone diferenciar dos tipos de posthumanismo crítico, el biopolítico —de raíz nietzscheana en el que ella se inscribe— y el de ensamblaje —que incorpora las mediaciones tecnoculturales y humanas, y al que inscribe autores como Rosi Braidotti o Cary Wolfe—. Ambas son aproximaciones afirmativas y críticas, pero para la biopolítica de Lemm, inspirada en Nietzsche, la civilización y la tecnología «inmunizan al ser humano contra su propia naturaleza, separándolo de la comunidad de vida». En esa cultura-tecnología por lo tanto se gesta una profilaxis contranatura que el posthumanismo de ensamblaje descarta. La distinción ayuda a entender por qué un periodismo posthumano no puede llegar al final de lo que plantea el *homo natura* de Nietzsche. El periodismo se entiende mejor desde la idea de prótesis, desde la idea McLuhaniana de «extensión del cuerpo», desde la idea del ensamblaje zoe-geo-techno que plantea Braidotti.

En Freud, finalmente, la separación entre naturaleza y cultura en el humano vuelve a ser seriamente problematizada, porque la segunda está ligada a la primera, existe como su contraposición o encubrimiento. La cultura anula el placer y nos hace infelices. La imposibilidad de acceder al objeto de deseo genera mecanismos de sublimación. Para Freud, (2004, 35

[1930], énfasis en el original) «*cultura* designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres en sí». De alguna forma esa naturaleza forma parte inseparable del ser humano; se expresa en un inconsciente también, que puede ser violento y busca la liberación. Su negación (el ir a la contra) es retorcida por las leyes y pautas sociales: esta es la causa de la neurosis. El progreso tecnológico y de dominación de esa naturaleza no provee felicidad, sin embargo. Bien al contrario, genera insatisfacción y culpabilidad, asestada por el superyó cultural.

Para Freud (2004, 36 [1930]) «el hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis». El primitivismo adjunto a los humanos se expresa de forma clara en Freud al analizar el comportamiento de las masas. «La masa, se nos muestra pues, como una resurrección de la horda primitiva», para Freud (2003, 62-63 [1921]), quien relaciona el líder de esa horda con el superhombre de Nietzsche. Lemm (2024, 100), inspirada en los trabajos de Ludwig Binswangen, establece puntos de contacto entre ambos: el foco en la corporeidad humana y el valor del inconsciente —sobre la consciencia— en tanto el físico, el cuerpo, como ente vivo más allá de la consciencia o moralidad sobre el mismo para plantear un foco en «la historia interior de la existencia encarnada del ser humano», (de nuevo, la inseparabilidad biofísica que fundamenta la biopolítica).

Todas estas ideas que problematizaron el humanismo fueron, paradójicamente, parte de él; una rebelión *en* su imperio. Una premisa no se sometía a discusión: las sociedades humanas y el individuo (el «hombre») continuaban centrando cualquier racionalidad ligada a las ideas de progreso y futuro. Debemos leer las evoluciones del pensamiento en relación con los momentos históricos y tecnológicos.

En tiempo de aquellas «sospechas» fue posible transmitir código morse por medio de una comunicación sin cables. La prensa era el espacio por donde circulaba el periodismo y la información. El relato de la actualidad era escrito y leído, explicado y comentado en casinos y bares. Ese era un relato centrado en lo material de un mundo en truculenta transformación. Es una sociedad capitalista en la que el ferrocarril transporta personas y mercancías, en la que el mercado abastece alimentos y materias primas, pero también en la que las realidades físicas (como la climatología, la orografía, los grandes cursos de agua de los ríos, las materias primas) inciden

en todos los procesos socioeconómicos y cadenas de distribución. Estamos en la denominada sociedad industrial por excelencia en la que las condiciones de trabajo son infrahumanas.

Volvamos a poner un ejemplo al azar: el día 1 de diciembre de 1890, encontramos en *La Vanguardia* de Barcelona una relación de noticias sobre entierros y funerales, unas manifestaciones obreras en Valls y la oertura de líneas de mercancías entre Reus y Falset (Tarragona); el mal estado de la mar que impidió una sesión de natación y propició la cancelación de los vapores golondrinas del puerto de Barcelona; la suspensión de la sesión en la Diputación para nombrar interventores para las elecciones por falta de vocales que no asistieron (al parecer por culpa del frío y la lluvia); una niña herida por quemaduras en Hostafrancs (Barcelona); un incendio en Montoro (Córdoba); diversas informaciones sobre precios de harinas, vinos o aguardientes, así como una cantidad de anuncios sobre bordados, sombreros, droguería, métodos para combatir las lombrices (una dolencia muy común entonces), y sobre billetes para viajar en vapor a Cuba o Puerto Rico. Todo ello es el relato de una materialidad y un medio físico (mar, frío, lluvia, fuego) y unos cuerpos (enterrados, quemados). Hechos que rivalizan y se mezclan con los folletines, las ficciones y novelas.

En el ámbito de la literatura anglosajona había aparecido lo que hoy conocemos como *nature writing* o escritura de naturaleza. Tenía mucho de periodismo. Buena parte de la práctica moderna de este tipo de escritura había comenzado antes, con la Ilustración, con las descripciones de botánicos, naturalistas y los primeros biólogos que se dedicaron a observar y describir diversas «especies». La taxonomía de animales y vegetales, el estudio de su comportamiento, pautas y métodos de reproducción, sus habilidades y propiedades, había producido innumerables relatos descriptivos y de no-ficción que están en la base del ecologismo y el naturismo. En 1850, Susan Fenimore Cooper publicó *Rural hours*, un diario personal que describe la vida natural en Cooperstown, en Nueva York. Sus páginas contienen descripciones, conversaciones con gentes del campo, sentimientos que producen los objetos, animales o plantas. En sus páginas, las observaciones de Coopers nos trasladan una naturaleza ensamblada con los humanos, unos campos que toman vida, una ruralidad más agéntica.

Vemos esos ensamblajes en acción en el mundo rural (clima, animales, plantas). La historia, sin embargo, elevará a la fama a un hombre, Henry David Thoreau, por ser uno de los pioneros del *nature writing*. En *Walden*,

or, *Life in the Woods* (1854), Thoreau escribe unas memorias en las que se describe su vida en una cabaña en la que vivió más de dos años casi aislado. Hay que destacar que no fue una simple coincidencia que Cooper fuera un sufragista y que Thoreau fuera un antiesclavista. Son ejemplos de literatura periodística, de memorias, de naturalismo lleno de descripciones, pensamientos; literatura de hechos, al fin y al cabo. El reconocimiento de la naturaleza y de los derechos civiles atravesaba las existencias. Aunque se ha comentado mucho sobre *Walden* como una primera experiencia de la escritura de naturaleza, sus páginas desvelan mucho más: el texto contiene una crítica al sistema económico y a la forma de organización social de la época. La primera parte del libro es un compendio de razones y cálculos críticos sobre aspectos como el endeudamiento de los granjeros y los costes de la vida «moderna» de la época. En contraste, Thoreau reivindica la vida austera, la capacidad de producir su propia vivienda —comenta incluso la buena disposición de las tiendas de las poblaciones indígenas y su eficiente gestión de recursos naturales.

Mientras tanto, los diarios iban repletos de historias recopiladas por los periodistas en las calles y los cafés, notas recibidas mediante telegramas a través de la telegrafía. El proceso de producción es absolutamente analógico; cada página se debe componer mediante los tipos, letra a letra. El periódico es impreso en papel y explica las informaciones en torno a la materialidad de un mundo violento, en guerra casi continua, y cada vez más urbano y netamente antropocéntrico. Es un periodismo «moderno» en ese sentido, en el que la cultura se contrapone a la naturaleza, en el que la civilización y la educación se entienden como hechos de raíz europea, en el que el relato del progreso desatiende los márgenes que esos procesos de transformación profunda están provocando. A principios del nuevo siglo los medios de comunicación se ensamblan con ese sistema capitalista de producción y consumo masivo de bienes y servicios. Los medios son también un recurso de entretenimiento y junto a los folletines y primeras novelas por entregas en los periódicos, la burguesía adquiere las primeras gramolas, que permiten reproducir música en los hogares más pudientes.

El periodismo, además de ser una plataforma y espacio para el relato de la actualidad, es un foro para el ensayo y el debate de ideales. La intelectualidad se aboca a discutir en las páginas de los periódicos. En septiembre de 1914, apenas un par de meses tras el estallido de la

Primera Guerra Mundial, el ejército alemán avanzaba hacia París en el frente belga. Un corresponsal en Londres para *La Vanguardia* escribía lo que había leído en *The Standard* —una cruenta batalla de trincheras en el frente. El texto se pregunta: «Cuando esta formidable máquina humana —ó sobrehumana— se encuentra frente a frente con las fuerzas enemigas, ¿qué sucede?» (Wilson 1914). La crónica describe como las filas alemanas caen, una tras otra, ante las ráfagas de fuego francés. Pero las filas de soldados alemanes son «tan cerradas que, destruida una, era reemplazada por otra sin parar un paso». El periodista tilda esa máquina de guerra como una materialización de las ideas de Nietzsche: «¡Las teorías de Nietzsche y del Kaiser traducidas en hechos prácticos!» (Wilson 1914). El ensamblaje hombre-máquina para la guerra en una matanza escabrosa en la que Europa, civilización y humanidad se hunden. La tecnología, definitivamente, se había adoptado para la destrucción masiva planificada. Hoy, hablamos de drones que bombardean objetivos sugeridos por las inteligencias artificiales.

En los inicios del siglo xx, la comunicación de masas fue el gran escaparate y plataforma para el relato de todas estas evoluciones, revoluciones técnicas y colonialismos diversos. Se invirtieron grandes cantidades de recursos en los cableados y en las empresas de comunicación que hacían posible la comunicación a distancia en tiempo real. La tecnología de la comunicación, que pronto hizo posible la radiofonía, incrementó la alternería de la humanidad en relación con las otras formas de vida, y alimentó las ideas de un progreso ilimitado en el que las materialidades, inagotables, llevarían a las sociedades avanzadas a lugares inimaginables. Y hemos nombrado la radiodifusión porque con los avances científicos sobre las ondas y los descubrimientos en torno a la radiación y sus aplicaciones se incrementó el «ninguneo» hacia la materialidad.

El impacto de la electricidad y el avance tecnológico, junto a las atrocidades de la guerra están en la base del surgimiento y evolución de movimientos literarios y culturales como el futurismo, el dadaísmo o el surrealismo. El futurismo, incluso anterior a la Primera Guerra Mundial en sus manifiestos y múltiples expresiones, exaltó el maquinismo, la tecnología, la innovación, la ciudad, incluso el belicismo. Tanto el dadaísmo como el surrealismo son movimientos que problematizaron el orden y la razón. Sus idearios circulan en revistas literarias y en encuentros entre intelectuales en cafés y teatros. Impactaron en las artes, el pensamiento o la literatura.

Las revistas gráficas y los noticiarios cinematográficos van incorporando la imagen en el periodismo, lo que impacta en los imaginarios sociales sobre las realidades descritas. En medio de esa revolución gráfica el fascismo prolifera por Europa y en Rusia estalla la Revolución bolchevique.

En esta época se van estableciendo los cánones del periodismo en figuras literarias como Ernest Hemingway —son célebres sus crónicas sobre la Primera Guerra Mundial—; y los trabajos como las crónicas de John Reed sobre la Revolución rusa. En los años veinte los periodistas más reputados se acercan a la Unión Soviética para relatar lo que acontece en Rusia en crónicas, reportajes y ensayos: Joseph Roth publica sus escritos en 1926 en el *Frankfurter Zeitung*, Stefan Zweig en el *Neue Freie Presse* de Viena en 1928, Josep Pla en *La Publicitat* en 1925.

En los escritos de la literatura de naturaleza se rescatan y reciclan leyendas, mitos y fantasías. Una de las características de esas crónicas fue incluso el cambio de perspectiva narrativa al dotar a los animales de una vida propia, convirtiéndose en verdaderos personajes. Fue el caso, por ejemplo, de *Tarka the otter* (1927), de Henry Williamson, quien realizó minuciosas observaciones de la vida de una nutria durante dos años y escribió un relato que atrajo el interés tanto de jóvenes como de adultos. En ocasiones la idealización de la naturaleza se revistió de un romanticismo que buscaba en lo salvaje y en el campo una esencia identitaria. Hay que señalar que ese pensamiento naturalista no necesariamente se identificó con ideologías progresistas o de justicia social. Los inicios de la literatura de naturaleza, que en la actualidad algunos han bautizado como *liternatura* (Soria 2023),²³ indagaron en las fronteras entre lo humano y lo animal y, mediante técnicas de observación y experienciales, urdieron una crónica diferente de las relaciones entre los humanos, las otras «especies» y los hábitats. Cuando en los años sesenta afloró el pensamiento ecológico, este tipo de literatura de no ficción fue un referente. En ese contexto, uno de los pioneros en apuntar la «deshumanización» en las formas de expresión cultural y artística fue precisamente el filósofo español José Ortega y Gasset.

Más que sus escritos sociales, fue la fenomenología de Ortega su aportación más innovadora. En sus primeros textos indaga sobre la creciente

23/ Soria atribuye al escritor Gabi Martínez la propuesta de este término para referirse al género *nature writing*, que él mismo cultiva.

separación entre la experiencia y la materialidad. Ortega criticaría duramente el racionalismo y defendió un vitalismo:

«El tema de nuestro tiempo consiste en someter la razón a la vitalidad, localizarla dentro de lo biológico, supeditarla a lo espontáneo. Dentro de pocos años parecerá absurdo que se haya exigido a la vida ponerse al servicio de la cultura. La misión del tiempo nuevo es precisamente convertir la relación y mostrar que es la cultura, la razón, el arte, la ética quienes han de servir a la vida» (Ortega y Gasset 2010, 111 [1923]).

Su pensamiento va contra el relativismo que afirma que «la» verdad no existe y que solo hay verdades «relativas». Pero también rechaza un racionalismo radical por negar la historia: «El racionalismo es antihistórico» (Ortega y Gasset 2010, 81-83). El intelecto puro destruye la experiencia maravillosa de la vida. Por eso Ortega hacía referencia a sus «circunstancias», como su experiencia, su estar-en-el-mundo. Más tarde ilustraría esa idea entre realidades. Mediante una situación en la que aparecen un hombre moribundo en el lecho, su mujer a su lado, un periodista que relatará la escena y un pintor que la pinta, explica la existencia de una realidad «vivida» (humana) y una «contemplada» (inhumana); interrelacionadas y dependientes la una de la otra. Cada actor, desde el moribundo y su mujer al artista, experimenta una separación mayor en relación con la escena. Pero lo pensado, la idea y contemplación de esa realidad desde la distancia, acaba constituyendo un objeto: «En vez de ser la idea instrumento con que pensamos un objeto, la hacemos a ella objeto y término de nuestro pensamiento» (Ortega y Gasset 2017, 62-67 [1925]). Su fenomenología critica ese proceso como una «inversión inhumana» que fomenta una «deshumanización del arte».

Ortega plantea alternativas al idealismo imperante de su época —íntimamente creo que ese idealismo hoy es un hiperidealismo, la deriva que anotaba Ortega es hoy estratosférica—. El filósofo Graham Harman (2018, 67) ha señalado que la contribución orteguiana significa una «obra maestra de la tradición realista de la filosofía». En sus obras sobre arte y estética, Ortega criticaba la aversión a la realidad y la evitación de la vida y sus formas que contenían los nuevos movimientos como el cubismo y el arte abstracto. Interpreta esos movimientos como un rechazo hacia la realidad experimentada y un repliegue hacia la realidad subjetivada. Son un viaje que suplanta la vida por las ideas, que lleva a la mentalización de todo.

Sacamos a Ortega a colación porque en aquel momento el periodismo también emprendió y se sumó a la deriva. El periodismo forma parte de la cultura y de los movimientos estéticos y de pensamiento de su tiempo, en cada momento. En aquel, el relato periodístico se va separando de las realidades tangibles, de esa realidad «vívida» a una realidad cada vez más «relatada», de los hechos a los dichos, de las materialidades a las idealizaciones. La crisis actual del periodismo no es nueva, lo que ahora estamos viviendo con las realidades alternativas e inteligencias artificiales generativas no es más que una expansión de ese proceso que viene de lejos. La deshumanización del arte que teorizaba Ortega se daba en todas las esferas de la sociedad, en la economía, en la política, en la cultura. También se dio una deshumanización de la literatura y del periodismo.

Ortega fue adquiriendo nuevas tonalidades a lo largo de su carrera. Tras estas ideas, que fueron un advertimiento, un darse cuenta, una premonición, Ortega derivó hacia un pensamiento contra los movimientos políticos de los años treinta. Como sabemos, fue un teórico profundamente escéptico ante la política y la cultura de masas (véase Ortega y Gasset 1999 [1930]). Las masas representan una deshumanización, al fin, son antihumanas; la ciencia, la tecnificación y la mecanización llevan a la destrucción de una élite humanística que se desmorona. La visión de su ideario más maduro fue conservadora y elitista —un elitismo que también formó parte de los críticos y de la Escuela de Frankfurt tras la Segunda Guerra Mundial.

En los años veinte del siglo pasado la ecología se politiza y en los años treinta algunos científicos, como el zoólogo Herbert Weber, aúnan la biología y la ciencia política (Deichmann 2020). El racismo y las ideas de eugenesia contaminaron a la ciencia. En la Alemania nazi el conocimiento científico se supeditó aún más a la ideología. En ese contexto el conductismo y las teorías de corte psicologista empiezan a observar el periodismo como objeto de estudio sociológico. No solo por una razón ideológica sino también comercial: el periodismo y la publicidad podía generar más votos, más apoyos a la guerra, más capacidad de negocio, más ventas.

Es imposible caracterizar todos los contextos, puesto que el norteamericano y europeo no tienen nada que ver con lo que sucedía en la URSS o en los países latinoamericanos o en muchas regiones de África. En general, las historias del periodismo y los medios son muy contextuales. Pero di-

remos que el periodismo se había *ideologizado* mucho más; no solo en el sentido político, sino en el sentido de que otorgó más peso a las ideas que a las cosas, a la *idealización* del mundo que al mundo.²⁴ Se doblaba aún más a un pensamiento antropocéntrico. En convertirse en el escenario, en el foro de debate político, el periodismo es visto como «el cuarto poder». Mientras que en los regímenes autoritarios se ejercerá un control férreo de la libertad de prensa, en los democráticos se fue alimentando una concepción del periodismo liberal en torno al mito de la objetividad en un contexto de festín alentado por el consumismo y el crecimiento desbocado.

En ese primer tercio de siglo el periodismo se sigue contaminando de propaganda política y publicidad comercial, a veces encubiertas, otras descaradamente evidentes. Esto ha sido una constante en la historia de ese oficio que es contar el mundo. El uso de la propaganda como herramienta bélica generó algunas de las interpretaciones sociológicas de las funciones del periodismo de masas. La práctica periodística en los países occidentales de la primera etapa del siglo xx es un relato centrado en temas políticos, sociales y culturales en los que el gobierno, los conflictos bélicos, la economía, los sucesos (con alto grado de sensacionalismo), los avances tecnológicos, las oportunidades y crisis económicas y el ocio y la cultura —sin olvidar el auge del deporte como espectáculo—, son hegemónicas. En ese relato no existía la sensibilidad actual por los temas de carácter medioambiental como hoy los concebimos. La mecanización de los procesos productivos era un avance —eso sí, que costaba puestos de trabajo— pero la prensa y la radio estuvieron al lado de todo ello. Los impactos que todo ese «progreso» tienen en la relación entre los humanos y las cosas que les rodean eran efectos colaterales. Esto implicaba claro está accidentes, enfermedades, contaminación, destrucción de hábitats, etc.

El periodismo se polariza en posiciones propagandísticas del socialismo, el capitalismo, el nacionalismo, etc. La literatura realista denuncia las pésimas condiciones de vida de los trabajadores en las fábricas. Muchos habían migrado desde el campo y se convierten en asalariados en las ciu-

24/ Destaco en *itálicas* la raíz “*idea*” (de apariencia o patrón) no para rechazar el concepto de ideología, sino para acentuar el significado más «radical» de ideológico: una lógica basada en ideas y no en experiencias, una lógica basada en la imposición de un pensamiento sobre la evidencia de una materialidad, una lógica que doblaba la realidad a un «relato de la realidad», una lógica que supedita cuerpos a mentalizaciones.

dades. Allí encuentran insalubridad, falta de educación, explotación y miseria. Existe una prensa obrera y cabeceras socialistas que abogan por sus derechos. Pero los ríos siguen trasladando los productos químicos, aguas residuales y peces muertos hacia el mar. En torno a las ciudades humean las pilas de basura, se acumulan vertederos en barrancos, en montañas cercanas, en cauces de los ríos. Lo que esos procesos de acumulación de capital producen no son solo coches, combustibles, plásticos, bebidas azucaradas, fármacos, electrodomésticos, sino también desechos, pobreza, enfermedades, problemas mentales, explotación de cuerpos.

¿Qué estaba pasando en el ámbito de las teorías? Entre otras cosas, en los años treinta se había desarrollado el interaccionismo simbólico de la Escuela de Chicago, que recogería avances de la psicología social y la sociología. Para teóricos como George Herbert Mead el lenguaje y la interacción humana están ya en la base de la formación de nuestra sociedad. El interaccionismo tendrá en cuenta elementos psicológicos, como la memoria o la percepción selectiva, y culturales y antropológicos, incluidas las creencias. Existe una focalización general en saber cómo los humanos percibimos y damos sentido al mundo; ese mundo incluye otros seres vivos y materialidades; elementos que a lo sumo se entienden como emisores de signos interpretables pero que no tienen lenguajes, memoria o cultura. Melvin L. De Fleur y Sandra J. Ball-Rokeach explican que uno de los conceptos básicos de ese interaccionismo fue el de «gesto». El gesto es un signo, implica ya una comunicación: «Cuando dos organismos pueden responder de forma paralela al mismo gesto (signo), la comunicación se hace posible» (De Fleur y Ball-Rockeach 1986, 167 [1982]). Los animales nos comunicamos mediante gestos y sonidos, tienen sistemas de comunicación, aunque evidentemente el interaccionismo simbólico se centraría en la comunicación humana.

El relato científico evolucionó en la comprensión de cómo los animales percibían el mundo. Pero no fueron los sociólogos o los primitivos comunicólogos los que mejor se aproximaron al posthumanismo; más bien fueron los científicos como Jakob von Uexküll, un biólogo que fue más allá de las convenciones del momento y trabajó sobre cómo los animales daban sentido a su entorno, como lo percibían, cuál era su *umwelt* (o medio, en inglés *environment*). Sus trabajos dialogaron con los de filósofos, entre ellos Martin Heidegger, y semiólogos que trabajaron sobre el sentido del mundo, qué puede ser interpretado, cómo per-

cibimos la realidad. En su obra, el *umwelt* es una unión de la percepción de cada individuo, incluidos los humanos, y la producción de efectos que producen los mismos sentidos (Uexküll 2010 [1934]). La zoolo-gía y concretamente la etología tuvieron un gran desarrollo en los años treinta; para Deleuze (2023, 152), Uexküll resucitó en cierta forma el spinozismo puesto que observó a los animales en su capacidad de afectar y ser afectados por otros. Los animales dejarán de ser observados como objetos o seres pasivos para ser interpretados como sujetos, con percepciones propias, formas de interpretar su mundo.

Entre las escritoras importantes en estas evoluciones se encuentra la bióloga Rachel Carson quien desde los años 30 había publicado diversas obras sobre el mundo marino. Su escritura estuvo caracterizada por transgredir el género del ensayo científico y conseguir un estilo literario; sus descripciones poéticas y su sensibilidad sobre los entornos marinos revolucionó la forma en que hasta el momento se había descrito el mar: o bien en elegíacos poemas, o bien como un medio hostil que escondía criaturas monstruosas. Publicó *Undersea* (Carson 1937) en el que con estilo cercano y literario presentaba un medio poblado, desde la consciencia de la existencia de otros seres. La bióloga se hizo popular más tarde por sus trabajos sobre la contaminación por pesticidas de los suelos y las aguas de diversas regiones de Estados Unidos.

En los años cincuenta, Carson había estado investigando sobre la mortandad de pájaros y el uso de pesticidas, entre ellos el DDT (dicloro difenil tricloroetano, hoy prohibido en casi todo el mundo), con efectos letales para el medio ambiente. Escribió algunos artículos al respecto para algunos medios como *The Washington Post* y *The New Yorker* hasta que en 1962 publicó *Silent spring*. En ese libro, Carson propone algunas soluciones alternativas a los nocivos usos de agentes «biocidas», como empezó a denominarlos en vez de «pesticidas». Una de ellas eran las «soluciones biológicas», centradas en la comprensión de cómo funcionan los sistemas y las fuerzas animales y vegetales. Estamos ante el nacimiento de las soluciones basadas en la naturaleza. El conocimiento de la reproducción de insectos y el impacto de las esterilizaciones, los usos de depredadores, y otras técnicas que en ese momento eran muy pioneras. Pero Carson (1964, 243) advertía que el concepto de «control de la naturaleza» surgía de la arrogancia. De alguna forma, sus propuestas indicaban que era posible usar la agencia no-humana a través de su entendimiento y del trabajo coordinado con ellas.

La Segunda Guerra Mundial desplegó una maquinaria comunicativa y de manipulación de masas sin precedentes. La movilización de tropas a nivel global y de maquinaria bélica dan una medida de las capacidades de interrelación entre discursos y materialidades, ensamblados a merced de la destrucción. Dos hechos son cruciales en la maduración del pensamiento posthumano: el holocausto y el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. La literatura y las crónicas sobre el holocausto (véase Primo Levi, *Se questo è un uomo*, 1947), así como la explicación de las atrocidades en los juicios de Núremberg (1945-1946), superaron todo lo que la humanidad había presenciado hasta el momento y tuvieron un impacto global en la opinión pública. La humanidad había traspasado todos los límites imaginados de barbarie. Quizás fue a partir de ese momento que se activó la semilla definitiva ante la necesidad de imaginar una existencia posthumana. Por otro lado, las imágenes sobre Hiroshima y Nagasaki conmocionaron al mundo. El relato de John Hersey (1985 [1946]) publicado un año más tarde en *The New Yorker*, cuando los periódicos ya habían explicado el grado de devastación que había producido la bomba nuclear, generó un debate sobre la carrera armamentística que se empezaba a gestar. Incomprensiblemente, la respuesta geopolítica tras la guerra fue la polarización del mundo en dos bloques y una escalada armamentística nuclear durante la Guerra Fría; las guerras y los genocidios no cesaron.

En los años cincuenta la comunicación corporativa y el márketing promovieron un estilo de vida basado en el consumo masivo en el bloque occidental. La expansión del capitalismo y del nacionalismo generó una fantasía compartida por la masa social y replicada en los periódicos y en las arengas radiofónicas; en las noticias y en las ficciones, en los periódicos y en las telenovelas —llamadas *soap operas* en Estados Unidos por la cantidad de anuncios de jabones que se publicitaban—. El periodismo forma parte de una máquina de deseo consumista y esa desahogada cultura de masas genera una industria cultural de gran alcance, sobre todo en Estados Unidos y poco a poco en la Europa occidental. Todo este festín consumista generará, sin embargo, visiones críticas en los años sesenta y setenta.

La revisión y reinterpretación del psicoanálisis dio en ese sentido algunas obras que conjugaron las nociones de deseo, psicosis y consumo. Por ejemplo, Gilles Deleuze y Félix Guattari interpretaron que la producción social era en ese sentido deseo-producción, la sociedad era producto de ese

deseo colectivo, que funda una fantasía que deriva o hacia la más cruda represión o a una idea revolucionaria de liberación. El capitalismo sería desde ese punto de vista una máquina que produce una gran cantidad de energía esquizofrénica (Deleuze y Guattari 2009, 29-34 [1972]). La revisión del psicoanálisis y el marxismo planteó las relaciones de producción como máquinas de deseo o como una «economía libidinal» (Lyotard 2015 [1974]). Estas visiones son importantes de cara a no desligar los procesos colectivos y la organización económica de las corporalidades, los deseos (humanos) y las subyugaciones de colectivos fuera de las normatividades que impone ese sistema productivo. El periodismo posthumano hereda parcialmente este enfoque en el que los cuerpos adquieren una relevancia en la forma en como producimos y consumimos relatos.

Como ha indicado Rosi Braidotti (2013), las teorías postmodernas que reivindicaran los derechos de los más azotados por esas dinámicas, como fueran las minorías culturales, los colectivos de mujeres, gais y lesbianas, superaron las limitaciones del marxismo y el psicoanálisis. Cuando a finales de los años sesenta los movimientos críticos y estudiantiles se alzan con un grito por los cambios, podemos decir que los escritos sobre pacifismo —contra las guerras como la del Vietnam—, el ambientalismo —contra las energías nucleares y las contaminaciones masivas— y los derechos civiles —contra el racismo y el machismo—, están bien conformados para que ese posthumanismo crítico y consciente empezara a enraizar: el periodismo también acompañaría. Esas contrahegemonías generan contraculturas que Theodore Roszak (1970 [1968]) atribuyó a los «hijos de la tecnocracia». El periodismo juega un papel crucial puesto que muchos escritores y reporteros se sumaron a esas sensibilidades pacifistas, antiracistas y ecológicas en su tarea de denunciar injusticias, desequilibrios (pobrezas), belicismos y maltrato hacia los hábitats.

Hilos, cuerpos y relatos

La carrera espacial que se desencadenó durante la Guerra Fría generó imágenes de nuestro planeta tomadas desde el espacio. La llegada del hombre a la Luna (1969) y las fotografías de la misión del *Apolo11* fueron hitos para la comprensión de la posición de los humanos en el universo. En 1972 el *Apolo17* consiguió una fotografía histórica del disco terráqueo iluminado completamente por el Sol. Programas de televisión como *Cosmos. A Per-*

sonal Voyage (Sagan, Druyan, y Soter 1980), presentado por la carismática figura de Carl Sagan, alimentaron el discurso de la pequeñez no solo de la humanidad, sino del planeta Tierra. El periodismo se interesó por los avances científicos del descubrimiento del espacio; el mundo era más consciente de la inconmensurabilidad del Universo y del relativo significado de la humanidad. También los avances de la antropología divulgaron la brevedad que significa en términos evolutivos la existencia del denominado «Homo sapiens»; tan solo unos doscientos mil años en relación con los casi cuatro millones de años de los que se tiene constancia, hasta la fecha, de la presencia de los australopitecos en África, de los que creemos que se desprendieron los homínidos que se fueron extinguiendo durante el Pleistoceno.

La Guerra Fría y la amenaza de un desastre nuclear fue el contexto en el que creció más la consciencia de que la humanidad tenía la capacidad de autodestruirse. La escalada de tensiones entre el bloque occidental y el comunista, y los conflictos bélicos que se produjeron en los países que habían sido colonizados durante siglos, trajeron a los medios de comunicación más historias de terror. Ahora televisadas y servidas ante el sofá. Desde que en 1945 los estados más desarrollados habían comenzado a realizar pruebas nucleares, se han contabilizado más de 2.000 ensayos (Naciones Unidas 2019); hasta 1996 no se adoptó un tratado internacional de prohibición de estas pruebas. Pero las generaciones que vivimos los años 70 y 80 recordamos vivamente como nuestros ojos de niño observaron los hongos gigantes de esas bombas nucleares que hacían desaparecer islas enteras en mares remotos. La onda expansiva arrasando vegetación. Sin embargo, se explicaba poco de toda la fauna y la flora marina afectada.²⁵

En los medios de comunicación de los años setenta y ochenta se producen grandes cambios en las representaciones del medio ambiente y en las informaciones sobre los movimientos ecologistas y conservacionistas (Greenpeace surge en 1971). También se asiste a un avance sin precedentes en el ámbito de la genética y los medios se abocan a reportar los logros tecnológicos y científicos. Es una época de auge del periodismo

25/ En 2021, el presidente francés Emmanuel Macrón visitó la Polinesia francesa, donde el país galo realizó casi 200 pruebas nucleares y desde donde los habitantes asociados piden un derecho de reparación por la contaminación y los problemas de salud y de destrucción de hábitats. Hasta el momento, el máximo mandatario francés tan solo ha prometido mejorar las indemnizaciones (Casado 2021; *El Periódico de Catalunya* 2021).

científico. En 1977 se secuenció por primera vez el ADN de un virus (Phi-X174) por parte de un equipo liderado por Fred Sanger en el Laboratorio de Biología Molecular en Cambridge. El teletipo, que elaboró Associated Press (1977) y fue publicado por muchos medios tras haber sido el trabajo publicado en *Nature*, destacaba que la pequeña secuencia de nucleótidos en el virus parecía ser usada «con gran economía» y que los investigadores podían «leer» químicamente cómo esta producía dos tipos de proteína. El periodismo posthumano es heredero de estos reportajes científicos e informaciones sobre los avances en biología, genética, robótica, informática, ingeniería y otras disciplinas centradas en el estudio de seres no humanos y materialidades. La microbiología y la genética empezaron a observar agencias diminutas de elementos microscópicos que «hacían cosas» y producían el mundo como lo experimentamos los humanos.

Aun así, en los años setenta y ochenta la consciencia sobre los límites de esos avances, de la explotación de recursos naturales y de la extracción de combustibles fósiles era aún limitada. Otras cuestiones y temáticas, sin embargo, atrajeron la atención de los medios de comunicación y desbrozaron los caminos de la consciencia posthumana. A medida que las clases medias adquieren vehículos privados, se hace más evidente el problema de la contaminación del aire en las ciudades; también las zonas densamente industrializadas producen gases y materiales contaminantes. En un principio, el capitalismo solo tenía una propuesta para ello: barrerlo todo debajo de la alfombra y aceptar que el crecimiento implicaba unas zonas (comunidades) de sacrificio. En la década de los setenta el mundo sufrió las crisis del petróleo, y se empezó a ver que el uso de los combustibles fósiles acarrea grandes problemas de carácter económico y geopolítico. En ese momento aún no existe una consciencia generalizada sobre el cambio climático pero sí sobre el problema de la contaminación.

En especial, la energía nuclear generaba grandes miedos e incertidumbres; alimentaba las sensibilidades en aquellos lugares donde se instalaban tenebrosas plantas de energía y donde se enterraban las basuras radioactivas. En los años ochenta, Greenpeace comienza una serie de campañas para denunciar el vertido de barriles con basura nuclear en la fosa Atlántica, no lejos de las costas gallegas. La población de Galicia se volcó con las campañas de los ecologistas, que logran poner el tema de esos vertidos

en la agenda mediática internacional (RTVE 2010).²⁶ Los movimientos ecológicos y los partidos verdes impulsan desde entonces campañas antinucleares. En 1986 el accidente de Chernóbil contamina Ucrania, Rusia y parte de Europa, causa la muerte de decenas de personas y genera miles de desplazamientos. Este fue otro acontecimiento relatado en los medios —recientemente llevado a la ficción en una serie televisiva (Renck 2019)—. Años más tarde, en 2011, la catástrofe de Fukushima en Japón, tras un terremoto, volvía a mostrar a la humanidad su grado de altanería e inoperancia ante los ensamblajes de las materialidades y las tecnologías que habíamos creado; la ilusión de un control total por parte de los humanos era evidente.

Debemos reconocer el papel que el periodismo jugó en el surgimiento del posthumanismo actual. Una de las ideas motor de este movimiento filosófico es la consciencia de la posibilidad de un colapso, de una sexta extinción a nivel planetario, producto ahora de la actividad humana. La Guerra Fría había marcado una escalada de aprovisionamiento de armas nucleares que había empezado ya en los años cincuenta. Hasta principios de los años noventa el mundo vivió cuatro décadas de auténtica psicosis mediática en torno a la posible utilización de bombas nucleares. Esa realidad de una geopolítica militarizada fue también un motor de surgimiento de nuevas ideologías pacifistas y antinucleares.

En los círculos académicos, y entre los estudiantes universitarios, la crítica de los pensadores de los sesenta y los setenta iría virando hacia posiciones ecosociales. Mientras en el primer mundo las actividades agrícolas y ganaderas se habían industrializado y las explotaciones extensivas habían ido desapareciendo, grandes regiones del planeta se fueron deforestando. En treinta años desde 1990 a 2020 la Tierra perdió 178 millones de hectáreas de bosque (Europa Press 2020). Organismos internacionales como las Naciones Unidas o la Unión Europea activaron mecanismos de monitorización y aprobaron documentos para incidir políticamente en el asunto. Uno de los mayores informes sobre biodiversidad alertaba como desde 1900 se disparó el porcentaje de «especies» animales desaparecidas y señalaba que unas mil estaban en peligro de extinción. La acción humana, la industrialización y los modos de pro-

26/ En verano de 2025, científicos franceses localizaron más de 2.000 barriles en el Atlántico, donde se calcula que pueden haber sumergidos unos 200.000 con residuos (Efe Verde 2025).

ducción de energía y alimentos estaban en la base de este impacto en la vida (Ayuso 2019).

En el campo de la genética, el logro de clonar una oveja en 1996 sacudió de nuevo nuestra consciencia. Dolly apareció ante las cámaras tras haber sido reproducida en el Instituto Roslin de Escocia. El logro propició la Declaración Universal sobre el Genoma Humano y los Derechos Humanos por parte de las Naciones Unidas (1996). Esta creación genética, en la que los humanos intervenimos «como dioses» en la existencia de otros animales, atrajo gran interés periodístico por lo científico, social y ético. Fueron profundos los debates e intervenciones en los medios; la tecnología genética no solo podía ser utilizada para «mejorar» antropocéntricamente a otros seres, animales y vegetales, sino también para «mejorarnos» a nosotros mismos en tanto que muchas enfermedades pueden tener su origen en el código genético que ahora podemos editar. Estos descubrimientos empezaron a producir más periodismo consciente con el posthumanismo; y esa consciencia acabaría trayendo también posiciones críticas a determinados usos de la ingeniería genética aplicada a plantas y animales.

En 1992 se celebró la primera Cumbre de la Tierra en Rio de Janeiro auspiciada por las Naciones Unidas. Fue un hito en el que se trabajó sobre los problemas de desertificación, contaminación, y otros problemas medioambientales. Allí se firmó la Convención marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, un documento que entraría en vigor un par de años más tarde, y que se fue concretando en el Protocolo de Kioto (1997), para reducir los gases invernadero. A partir de ese momento las Cumbres de la Tierra fueron acontecimientos de amplia cobertura mediática en las que se puso énfasis tanto en el desarrollo sostenible como en el cambio climático. Los periodistas cubrieron esos hitos, pero mediáticamente uno de los acontecimientos que más impactó a nivel global fue la temporada de ciclones atlánticos de 2005 cuyos desastres fueron protagonizados por la tormenta tropical *Katrina*, en agosto de aquel año, que produjo el caos en Florida y Luisiana en Estados Unidos, y en Cuba.

En el año 2000, el meteorólogo Paul J. Crutzen (Crutzen y Stoermer 2000), premio Nobel por sus trabajos sobre química atmosférica, popularizó el término Antropoceno para denominar lo que se consideraba una nueva etapa en el Cuaternario en la que la actividad humana tenía efectos notables en la Tierra, en el clima y en los seres vivos, con consecuencias

para la vida en el planeta. Aunque no hay un momento del todo consensuado en estimar cuándo habría comenzado esta etapa —se baraja desde el inicio de la industrialización hasta el momento de la detonación de la primera bomba nuclear— hay evidencias de que desde el siglo XIX la Tierra se ha ido calentando por la emisión de dióxido de carbono (CO₂). Desde entonces se han acuñado diversas etiquetas para expresar este cambio de ciclo geológico. Aún así, no hay consenso y veinte años más tarde se puso en tela de juicio el concepto de Antropoceno por parte de los expertos (Zhong 2024). Uno de los problemas apuntados por los geólogos es que es muy pronto para poder determinar el inicio de una nueva era geológica, que Crutzen situó hacia la invención de la máquina de vapor en el siglo XVIII y otros apuntaron a mediados del siglo XX cuando se empiezan a esparcir desechos radioactivos de las bombas nucleares (Granados Mateo 2024).

Las ansiedades sobre un posible colapso medioambiental y de una extinción global se incrementaron con la generación y distribución de las narrativas del Antropoceno. En términos mediáticos, a menudo son mucho más influyentes las ficciones televisivas o el cine que los relatos que consumimos en las noticias. Fruto de ello fueron las películas sobre desastres naturales, un género que se puso de moda tras el estreno del filme *The Day After Tomorrow* (Emmerich 2004); la historia del comienzo de una nueva era tras un cataclismo climático. Este tipo de narrativas existen desde tiempos remotos. La Biblia relata la gran inundación y el pasaje en el que Noé salva los animales que habitan la Tierra. Forma parte de la humanidad misma la elaboración de un relato sobre un volver a empezar tras un gran cataclismo natural, ya sea la caída de un meteorito, la irrupción de una era volcánica, un desastre de terremotos y tsunamis. El filme coincidió con el terremoto en el océano Índico que impactó las costas de Tailandia y en diversas islas de la región; el acontecimiento causó centenares de miles de víctimas. Los científicos se pusieron a trabajar para detectar los incrementos de temperatura, el ritmo de deshielo de los polos y la desertificación o la subida del nivel del mar. Poco más tarde el documental *An Inconvenient Truth* (Guggenheim 2006) puso en la agenda mediática un problema ineludible: los gases invernadero estaban calentando el planeta y provocando catástrofes climáticas que irían en aumento. El documental formó parte de una campaña promovida por el exvicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, quien escribió el guion e hizo apariciones mediáti-

cas promoviendo una nueva sensibilidad que cuestionaba el consumo de combustibles fósiles.

Ante todos estos hechos, buena parte del periodismo continuó con sus rutinas habituales: se retransmitieron las cumbres y los comunicados oficiales, se informó sobre los tornados y los desastres con imágenes impactantes y recuento de víctimas, se dramatizaron las noticias y se espectacularizaron los telediarios, se dieron datos sobre la velocidad del viento, las zonas inundadas y los daños materiales y económicos. Pero en paralelo a estas formas de reporterismo, también se desarrolló una sensibilidad posthumana y crítica. Esa sensibilidad era consciente no solo de las pérdidas humanas, la destrucción de hábitats y los desastres, sino también de la necesidad de un cambio en la forma de producción y distribución de bienes y alimentos, una crítica directa al sistema de crecimiento sin control.

La crisis financiera de 2007, producida por la debacle de una economía basada en la especulación, fue un contexto propicio para que el periodismo indagara más sobre los límites de un sistema que empobrecía a la mayoría de la población y la sometía a una precariedad estructural. Parte de ese periodismo posthumano pudo empezar a establecer las interconexiones entre economía, destrucción del planeta, empobrecimiento, desaparición de biodiversidad. El concepto de «progreso» que reinó en el discurso mediático de los ochenta y los noventa empezó a ser un sospechoso habitual en esas narrativas. Pero parece ser que la humanidad aún requería más evidencias.

La pandemia de la covid-19 en 2020 puso en jaque todo el sistema. Nuevas narrativas de colapso aparecieron en los medios. En algunos foros críticos se indicó que esa era una ocasión para repensar la sociedad. Sin embargo, recuperados, los gobiernos no parece que hayan tomado medidas que puedan reformular la forma en como producimos y consumimos alimentos y energía, abandonar el consumismo sin límites, reconvertir las redes de distribución o la explotación de recursos naturales y frenar la destrucción de hábitats. En ese marasmo, las inteligencias artificiales generativas propiciaron nuevos debates sobre el alcance de las tecnologías, el futuro de las profesiones culturales, los miedos sobre el control poblacional y la privacidad, y otras cuestiones que ponen en el punto de mira la capacidad de nuestras propias creaciones tecnológicas para adquirir una agencia propia y «hacer cosas» que quizás no hemos planificado del todo.

Un ejemplo cercano ilustra nuestras limitaciones. En 2024 una DANA inyectó un tren de tormentas torrenciales que produjeron más de doscientas víctimas mortales, decenas de desaparecidos y la destrucción en diversas poblaciones de Valencia. Muchos medios de comunicación se centraron enseguida en las controversias políticas y reprodujeron los cientos de fotografías con pilas de vehículos amontonados, arrastrados por las corrientes y los barro. Las redes reprodujeron bulos y falsedades, y se practicó un pseudoperiodismo poco ético (véase Montagut 2024). Pero algunos profesionales acertaron abriendo focos hacia tratamientos más amplios. Por ejemplo, se publicaron fotos satelitales que ponían de manifiesto que la inundación había invadido las zonas bajas que se extienden entre los ríos Turia y Júcar; en esas fotos se observa cómo la orografía hace posible el llenado de aguas pluviales de la Albufera valenciana (Grasso, Galán, y Sevillano 2024; Sevillano, Grasso, y Galán 2024). Algunos expertos también señalaron el impacto de planificaciones urbanísticas poco adecuadas y de la poca previsión en la forma de gestionar el territorio (Bolland 2025). La tragedia fue inenarrable y puso de manifiesto un modelo de crecimiento urbano poco racional. ¿Qué hemos aprendido de todo ello? Entre las voces expertas, algunas lúcidas como la del geógrafo Josep Vicent Boira (2024), señalaban: «Sometidos al espejismo de la tecnología, la inteligencia artificial, la red 5G y la desmaterialización de la política, hemos olvidado que nuestras alas son de cera y se pueden derretir, cual un Ícaro del siglo XXI». Una nueva sensibilidad se explora en estos abordajes.

Es relevante ese aviso ante la «desmaterialización de la política» que advertía Boira. También podríamos anotar que esa desmaterialización ha llegado al periodismo. Significa que la política y la comunicación desatenden aspectos tan básicos como la geología, la hidrografía, u otros conocimientos técnicos sobre la materialidad de nuestro mundo. Pero no solo eso, sino que el mundo político-económico se desarrolla desvinculado de lo material, de lo físico, de lo evidente. Los peligros que ello conlleva son infinitos. La crítica de Boira hacia como estamos aplicando las nuevas tecnologías, como un «espejismo», es del todo pertinente. Y no solo eso: en esos avances y crecimientos, ¿hasta dónde hemos descartado los saberes de nuestros antiguos, esos que evitaban construir en determinados lugares, esos que observaban los cursos naturales y el comportamiento de los animales, esos que respetaban algunos límites, esos que la Ciencia denostó? Habrá que ampliar la noción de conocimientos.

Una tecnología irrumpió de nuevo y narrativas sobre sus aplicaciones nos volvieron a entusiasmar. Las inteligencias artificiales se conocían y se empezaron a aplicar ya en decenios anteriores, pero en 2022 adquirieron una nueva dimensión con el desarrollo de IAs generativas y sus aplicaciones a todos los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales. Esta tecnología ha vuelto, sin embargo, a levantar dudas y a azuzar los miedos sobre una gran aniquilación. Un informe encargado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos advertía que, si bien las IAs significaban grandes oportunidades económicas y sus aplicaciones en salud, por ejemplo, serían muy positivas, también podría traer «riesgos catastróficos», volverse «incontrolables», mientras decenas de líderes industriales y científicos firmaban un manifiesto para advertir del «riesgo de extinción» debido a sus potenciales usos peligrosos (Fung 2024; Egan 2024).

Todos estos acontecimientos relatados en los medios y que aúnan noticias sobre tecnologías, catástrofes naturales, contaminación y degradación de hábitats, conflictos bélicos y problemas de salud global, maduran la necesidad de pensarnos como humanos, de repensarnos. El medio ambiente y la tecnología están ligados a la política y a la comunicación. Nuevas sensibilidades entre generaciones de jóvenes activan movimientos y liderazgos, como el de Greta Thunberg, que ha denunciado la inactividad de los gobiernos y de las estructuras globales ante una situación de emergencia. Las reacciones a las catástrofes medioambientales tienen lecturas muy dispares y posiciones extremistas se nutren de esas situaciones para poner en jaque a los sistemas democráticos que hemos conseguido construir en muchas partes del mundo. La democracia requiere un periodismo atento a las violencias que utilicen el cambio climático para fines destructivos de la convivencia.

A lo largo de los últimos años se han ido desarrollando diversas sensibilidades posthumanistas. Rosi Braidotti (2013) apunta que las corrientes actuales son diversas, identifica tres de fundamentales: la reactiva, que desarrolla una teoría liberal y universalista; la tecnológico-científica, que plantea una aproximación integrada de las tecnologías y las redes humanas y no-humanas; y la crítica, que ella misma defiende y que evoluciona hacia un posthumanismo propositivo, anticolonial, feminista y medioambientalista. Ese posthumanismo crítico que define Rosi Braidotti es contemporáneo y podríamos decir que no se desarrolla hasta los años noventa del siglo pasado. Es sincrético.

Para Braidotti (2020, 156 [2019]) lo posthumano trata de enfrentarse a lo inhumano para obtener una comprensión más holística de lo que significa ser-humanos. De alguna forma, la posthumanidad sería la forma más honesta y comprensible de ser-humanos en un mundo en el que el calentamiento global, la contaminación, la destrucción de hábitats, la implementación de técnicas genéticas, la inteligencia artificial o la robótica requieren un replanteamiento de (1) lo que entendemos como un «nosotros» y de (2) cómo actuamos ante ese nuevo entendimiento. Esta forma de pensamiento requiere cambios estructurales en pensar el mundo y nuestra posición. Una opción la propone Donna Haraway (2016b) —incómoda con el término posthumano— quien indica que hoy requerimos un pensamiento tentacular que funcione a través de lo que denomina figuras encordadas (*string figures*). Son prácticas de pensamiento interconectado *simpoiéticas*, en el sentido que funcionan o «trabajan-con». En su propuesta no hay unidades existentes en nuestro universo que sean autosuficientes o persistan de forma aislada de otras formas y existencias. En esta concepción tampoco hay fronteras claras entre seres y materiales; toda unidad está en relación con otra (cooperando, sobreviviendo, interactuando).

A la práctica, este pensamiento filosófico implica reconocer que no podemos pensarnos como seres autónomos, ni individualmente —hasta nuestros cuerpos están compuestos de otros cuerpos— ni como especie —porque las «especies» son categorías que debemos repensar tal y como las hemos entendido—. Estamos interconectados y dependemos de, o mejor, «pendemos-con»; colgamos de esos hilos unas existencias de otras. Sin la microbiota, sin los sedimentos, sin los fotones, sin el carbono, sin cualquier existencia..., todo cambia y se precipita. Todo existe por lo tanto «con». Formamos parte de sistemas de interacción humana/no-humana. No se trata por tanto de un interaccionismo simbólico limitado a ideas entre «hombres», sino que es un interaccionismo de afectos. Esto nos aboca a una necesidad de establecer alianzas con todo lo que nos rodea.

El periodismo posthumano contribuye así a problematizar todo un sistema eurocéntrico y desequilibrado de organización que opera en una caja de lógicas ultracapitalistas y antropocéntricas incapaz de ver más allá de sus limitaciones. Forma parte de lo que se entiende como un nuevo marco epistémico (Bignall y Braidotti 2019, 2), una manera de generar conocimiento sobre nuestras realidades que desplaza ahora el foco hacia

un renovado valor y un ampliado elenco de actores o agentes que superan dichas limitaciones. Ese periodismo también discute o problematiza ideas asumidas que dan por hecho el individualismo, el consumismo, la competitividad, y se acerca a las lógicas de colaboración e interdependencia. Hemos revisado una selección de hechos históricos, pensadores y propuestas que precedieron esta deriva de la que el periodismo forma parte. Sin embargo, necesitamos esclarecer aún más las premisas de ese periodismo; en qué conceptos teóricos se soporta; qué implicaciones tiene esa perspectiva desde el punto de vista de las rutinas profesionales; cómo impacta en los valores noticia; cómo redefinen entonces elementos básicos de la profesión; cómo, quién o qué es una fuente; qué entendemos como evidencia informativa y cómo se expresa narrativamente.

Enlaces

Las máquinas y los logaritmos toman decisiones en base a lo que «saben». Hace tiempo que esos sistemas se usan para la guerra o el espionaje; la cuestión es si solo son «herramientas» o los podemos considerar «agentes» en ellos mismos. En los años ochenta Donna Haraway ya escribió en su *Manifiesto de un cyborg* que esa teoría militar C³I (*command, control, communication, intelligence*) también se había instalado en la genética, en la medicina, en la biología. Para Haraway, en una tradición occidental del capitalismo patriarcal, del racismo, del colonialismo, del belicismo y del extractivismo, todos nos habíamos convertido en ciborgs. De una biopolítica —de control de los cuerpos según había teorizado Michel Foucault— pasábamos a una ciborg-política que según Haraway ya en esa década nos había instalado en una nueva red de dominación informática. Las fronteras entre naturaleza y cultura se desdibujan, las fronteras tecno y antro se diluyen. El feminismo de Haraway reconectaba en esas disoluciones y criticaba esta nueva estructura: «La actual situación de las mujeres es su integración/explotación en un mundo de producción/reproducción y comunicación llamado la informática de la dominación» (Haraway, 2016a, 33 [1985]).

En la época actual esa informática de la dominación está conectada con la sociedad de la vigilancia que ya señalara el sociólogo del MIT, Gary T Marx (1985), en un artículo en los ochenta, para advertir del peligro de una sociedad sujeta a las técnicas propias del Gran Hermano en *1984* de George Orwell. En la teorización de Shoshana Zuboff (2019), quien elaboró el concepto de «capitalismo de la vigilancia», es un sistema en que los algoritmos permiten un consumismo dirigido que monitorea nuestros coches, nuestros relojes y electrodomésticos, recoge información y la procesa. El método de recogida, almacenamiento, procesamiento y explotación de datos no solo permite a las grandes corporaciones ofrecer más productos y servicios adaptados, también termina siendo un sistema de control recuperable. El capitalismo de la vigilancia se apoya en un sistema de comunicación y en un periodismo que redundan en el discurso del

miedo y en la alerta continua. Estamos constantemente en riesgo, en un mecanismo que ha mapeado David Altheide (2002; 2010) y que termina ensamblando los mecanismos del miedo con los del control en un círculo vicioso.

Podemos decir que la inteligencia artificial y las máquinas forman parte de la sociedad, en ese sentido. Así, un periodismo posthumano atiende a lo que Bruno Latour (2005) plantea como una sociología de las asociaciones: el foco no está en «la sociedad» como temática o campo informativo, sino en las relaciones. Más que una sección de «Sociedad» en los medios periodísticos, necesitamos insertar esas sociedades como asociaciones en todas las secciones y temas. Aquí, el giro evolutivo que apunta Carlos Scolari es de utilidad: este periodismo explora el espacio de relaciones entre humanos y no humanos. El trabajo del periodista posthumano se asimilaría, por lo tanto, más a una «ecología sincrónica» —esa que según Scolari (2024, 113) estudia las relaciones e interdependencias entre agentes—. El periodismo vendría a ser una ecología sincrónica de la actualidad. Es lógico situar aquí el nivel de la indagación periodística —aunque esa ecología esté teorizada como perspectiva académica—. El periodismo relata sobre un fenómeno actual, multifactorial, enlazado, efímero. El análisis evolutivo diacrónico que Scolari plantea sería compatible con trabajos periodísticos que reconstruyen situaciones a través del tiempo: cómo hemos llegado a «este punto» con las redes sociales; de dónde viene el problema del *big-data* que origina «este colapso aéreo»; etc. Para abordar estas cuestiones, recomendamos que cualquier periodista se acerque al «kit metodológico» que propone Scolari. Se trata de combinar tanto técnicas cuantitativas como cualitativas —que por supuesto el teórico plantea con fines de investigación y no tanto periodísticos pero que como decimos podrían ser útiles para el periodismo que explora esas redes, las asociaciones.

Nodo y develación

¿Está la información política, económica o deportiva fuera de esas asociaciones? No, claro. El periodismo posthumano es una práctica que analiza los ensamblajes humanos y no-humanos en cualquier temática. Por ejemplo, la adopción de sistemas de arbitraje electrónico y diferido (el famoso Video Assistant Referee o VAR) ha repercutido en las retransmisiones de

partidos de fútbol. El VAR es hoy un ensamblaje entre humanos, cámaras y sistemas de comunicación instantáneos en el campo, que refuta decisiones o las ratifica. Un VAR ensamblado con una IA podría convertirse en un árbitro inapelable. El impacto del VAR en como jugamos y disfrutamos del fútbol es tan evidente que la Premier League discutió en junio de 2024 sobre su mantenimiento. Fue un debate sobre afectos entre tecnologías, deportistas, árbitros, normas, cámaras, aficionados. Se decidió mantener el VAR, pero modificar y mejorar ese funcionamiento (Núñez-Villaveirán 2024). Todo está conectado en redes que se concretan en momentos, en acción, en hechos. Periodísticamente, como vemos, podemos aplicar esta lógica a temáticas que van del deporte a la política, de la educación a la sanidad, del medio ambiente a la cultura.

El periodismo es aquí una red que agrupa profesionales, tecnología, información, literatura, formatos, computadoras y plásticos, chips, cables, ondas, creadores, políticos... Todo periodismo es asociativo por definición, de salida. El periodismo de sociedad no son solo los temas de educación, sanidad, estilos de vida, tendencias, microeconomía, medios, energía, medio ambiente, criminalidad, movimientos sociales, sexualidad, consumo, religión, etc. Hoy la sección «Sociedad» es un verdadero cajón de sastre que en realidad amaga un sesgo de lo que se consideran los temas duros (política, economía, internacional) y los temas blandos —en inglés se refieren a *hard news* y *soft news*.

El periodismo es un gran «etiquetador» de nuestro mundo. Agrega las existencias (individuos y grupos) en agentes saludables, enfermos, víctimas, agresores, jóvenes, ancianos, nacionales, emigrantes. Nombrar y empalabrar es ineludible pero hay que descentrar la práctica y focalizar en las relaciones que producen esas etiquetas. Por ejemplo, tenemos la migración de niños no acompañados en Europa. Se remarca sobre aspectos secundarios —así, en España hemos asistido a un lamentable debate sobre cuotas de reparto de esos niños por comunidades autónomas— y se entra en una batalla léxica (del nombrar). Pocos trabajos periodísticos explican bien cómo y qué hace que un niño llegue a un centro de acogida de menores desde el continente africano. En todo su periplo han intervenido innumerables factores, comenzando por las violencias estructurales que hacen que en su país no haya tenido oportunidad para estudiar o para desarrollar un futuro, pasando por las redes criminales que generan un negocio con el tráfico de humanos, y continuando por

radículas interminables de conexiones con agentes tecnológicos (móviles que globalizaron las comunicaciones, sistemas de GPS que ayudaron a localizar lugares, mecánicas que transportaron los cuerpos por tierra y mar, balsas de salvamento que rescataron), y redes de solidaridad, junto a otras de vigilancia y de represión. No podemos olvidar la emergencia climática, que en los países con menos recursos tiene consecuencias aún más destructivas. En muchas ocasiones estamos ante migraciones climáticas. Visualizamos un vasto sistema de ensamblajes en cuyo centro se encuentra ese niño en un aquí y un ahora. El centro de etiquetaje —que redonda sobre el concepto de *mena*— funciona igual que otros métodos para construir una narrativa entendible pero que no hace más comprensible la realidad de ese niño.²⁷

«Hacer comprensible» la realidad no implica reproducirla a escala 1:1 con técnicas periodísticas. No podemos explicar la historia individual y circunstancias, enlaces, de cada existencia. El periodismo, como todo acto comunicativo, es un ejercicio que implica simplificación. Acabamos funcionando con lenguajes y metáforas; no podemos escapar de ellos. Un mecanismo de elisión es intrínseco para la efectividad comunicativa. Un ejemplo: en abril de 2024 el mapa ferroviario de Barcelona se rediseñó «para hacerlo más comprensible». El mecanismo utilizado fue reducir el grado de información y presentar unos trazados «alejados de la cartografía real» (Guerrero 2024). El mapa se «comprende» mejor con menos información y alejándolo de la realidad; el mecanismo nos puede parecer paradójico pero no lo es. El relato periodístico también lo utiliza: no reproduce el detalle de las historias de una forma exacta y ajustada a la realidad, sino que opera en ese mecanismo de comprensión: da la información justa (y por lo tanto elimina la mayoría) y la presenta en una narrativa que, de hecho, se aleja de «la cartografía real». Toda noticia del mundo ejerce ese distanciamiento de forma ineludible. Esto difiere de falsear la realidad. Además, simplificación y simplismo son diferentes; el primero es a veces necesario, el segundo casi siempre interesado.

27/ El uso de *menor* puede responder a una descripción técnica, pero como suele pasar con cualquier palabra, la pragmática depende de cómo y cuándo se usa determina su significado. El Consell de l'Audiovisual de Catalunya (2021) recomienda evitar el término *mena* (menores extranjeros no acompañados) por ser un término estigmatizante, y sustituirlo por niños, jóvenes migrados solos, o sin referentes familiares.

El periodismo «moderno», especialmente desde la irrupción de internet y las redes sociales como principales vías de distribución y consumo, prima la inmediatez y la cantidad de información, el impacto y la viralidad. Produce un simplismo en la superficialidad. El periodismo posthumano trabaja en la complejidad, pero se hace comprensible. El periodismo que hoy se produce no solo corre en línea, sino que se produce en línea: los periodistas observan las redes de los políticos y de las empresas, bajan informaciones de otros medios, de fuentes diversas, reproducen sin cesar. El periodismo posthumano procede de forma diferente. El periodismo al que nos hemos acostumbrado funciona mediante la réplica textual y por lo tanto corre en los estereotipos (simplismo en la superficialidad); se produce en discursos derivados, conocimientos dados por sabidos y desconocimientos; trabaja para captar una atención basada en la repetición, en lo ya dicho, en lo reconocible. El periodismo posthumano implica otro mecanismo; indaga sobre un conocimiento de asociaciones y agentes silenciados o no escuchados; trabaja sobre lo menos sabido, lo inaudito en el sentido literal; observa la complejidad inconmensurable. Esos profesionales elaboran una historia particular, específica y centrada en las relaciones profundas que dan sentido a las acciones de los actores. En esas historias, que requieren espacio o tiempo de producción y de consumo, se producen lo que denomino un *efecto develación*.

El *efecto develación* describe el momento en el que la historia periódica produce en el lector, el oyente o el espectador una rotura de las etiquetas, esquemas, cuadros, marcos, estructuras y elementos que se dan por asentados para generar un nuevo entendimiento de una cuestión. Si habláramos de marcos interpretativos, el *efecto develación* implica la salida del marco habitual y la exploración de un marco inédito. El mecanismo requiere tiempo de comprensión, escucha e interpretación bien informada. El *efecto develación* es muy diferente al asombro. No es el *wow* que identificaba Nereida Carrillo (2013) en su caracterización de un «periodismo volátil». No se trata de la sorpresa como valor noticia o del tratamiento de algo extraño o bizarro —los lectores se han acostumbrado por otra parte a esa práctica de estridencia, gritos, imágenes trágicas y detonaciones—. Se trata, por otro lado, de una historia que genera un proceso de transformación cognitiva que se consigue mediante la explicación de una historia desde puntos de vista poco o nada transitados. Las etiquetas y los

lugares comunes actúan como un velo, ese velo enmascara y esconde las relaciones que constituyen lo que hay detrás del mismo.

El *efecto develación* permite romper con etiquetas (como la de *mena* o *menor*) y los estereotipos que llevan adosadas; se trata de una toma de consciencia de redes y factores complejos que influyen en las acciones y agentes, una redistribución de los elementos que superan el foco en el individuo, en la explicación atribuida a las decisiones de una persona. Volviendo a Latour, la acción se convierte en un nodo, un punto de encuentro de diversas fuerzas; no es producto de la agencia de un solo individuo o de un solo factor o de una organización. Ese es el velo que enmascara lo observado. En términos de la ANT el actor no es un individuo humano que actúa de forma consciente, sino un elemento que interactúa con las fuerzas de la red; es un actor-red. Creo que aquí podemos recuperar el concepto de «sujeto» pero desde un punto de vista físico: todas las existencias están «sujetas». Más que ser sujetos, estamos sujetos. Es una lectura ampliada del concepto de sujeto de Louis P. Althusser, aquí no son solo las fuerzas ideológicas las que operan, sino también materiales: es una estructura ideológico-material. El *efecto develación* permite a nuestro público visualizar, por un momento, estas estructuras.

Las fuerzas se concretan en momentos específicos que podemos explicar, cuando las concretamos en lo que denomino un *hecho-nodo*. Si aplicamos esta lógica al periodismo abrimos un espacio productivo inmenso, pero también una tarea compleja y laboriosa. El relato informativo tiende a buscar los porqués de las noticias y a dar contexto; a menudo se habla de *background* periodístico. Pero si vamos más allá, entendiendo que la acción de cualquier agente «asociado» repercute en la explicación de cualquier otra acción, el relato se convierte en una maraña rizomática de elementos. En las facultades de periodismo se explican los criterios de noticiabilidad para seleccionar un «tema»²⁸ (es un *hecho-nodo*) y constituir un relato sobre el mismo (un *hilo* en nuestro caso). Ese tema tiene un peso (un valor noticia) que determina su importancia en la agenda: esa relevancia se traduce en minutos y posición en la portada o en el sumario, también en recursos que vamos a destinar a su relato. Esos criterios operan en términos de espacio y tiempo: un tema es importante por su grado

28/ Los periodistas suelen usar el concepto de «tema» como la cuestión que tratan, no es por tanto una temática (corrupción, por ejemplo), sino una historia concreta (el caso específico), el tema es al final la pieza, el relato, la cuestión.

de afectación (de forma sesgada normalmente solo para otros humanos o comunidades humanas), su novedad, su interés público y otra serie de factores que han sido revisados en la literatura académica para incorporar elementos como la viralidad, el grado de negatividad, y otros (Harcup y O'Neill 2017). Ahora bien, en esta dinámica de agencias distribuidas toma relevancia otra forma de abordar los temas. El periodista debe ser capaz de indagar en las redes que producen ese *hecho-nodo*. El *hecho-nodo* es el punto en el que confluyen innumerables acciones, es producto de fuerzas (*potentias* y *potestas*, siguiendo a Rosi Braidotti) distribuidas; nada suele tener una única explicación. En esa tarea, para el periodismo es imposible desentrañar todos los factores y elementos.

El periodismo es un relato limitado, simplificado, de las inconmensurables asociaciones. No tiene más remedio que seleccionar qué conexiones y asociaciones son las relevantes. Pero debe ser cauto y crítico ante aquellos criterios de valor noticia. En esa selección se produce un factor sesgo que determina el relato o hilo que podemos explicar del *hecho-nodo*. El periodismo de calidad suele ser muy consciente de este sistema de fuerzas y elementos que determinan las cosas que explica. Los buenos profesionales arrugan la nariz cuando leen una historia periodística; hay más preguntas, hay más hilos, hay más agentes, hay otros *hechos-nodo* que sujetan a los agentes involucrados en el hecho explicado y que no se explican en su complejidad. El periodismo es en ese sentido un buen oficio para los que buscan sin cesar, para los que hacen de la búsqueda un estilo de vida; la curiosidad es el motor para desanudar la próxima conexión. El periodismo posthumano es la práctica de lo inacabable, de lo inabarcable, y en ese sentido es imperfecto. Aunque se asienta en la utopía que sería comprender el mundo como es, se realiza en la práctica de explicarlo en hilos conectados pero constituyentes de una maraña inextricable, caótica.

En muchas ocasiones el relato periodístico es solo un sencillo hilo relacionado con el *hecho-nodo*. En otras —cuando pueda destinar más tiempo y recursos— tendrá la oportunidad de explicar conexiones con más agentes y fuerzas en ese *hecho-nodo*. Por ejemplo, unas declaraciones políticas están motivadas por innumerables elementos que se han concretado en aquellas palabras, en un contexto determinado; el periodismo de declaraciones entra en dinámicas absurdas, replicando frases y sentencias, buscando la contrarréplica y, al final, confundiendo mucho porque trabaja en aquella lógica del conflicto. Aunque el acto de hablar es un *hecho-nodo*, el

periodismo se centra en el contenido. Un mejor periodismo desvela otras aristas y explora puntos de fuga (*efecto develación*). Además el foco analiza bien los elementos de ese «dicho» e identifica los agentes y las agencias que lo han propiciado.

En el periodismo de declaraciones lo sustantivo es producido por otro agente humano. A menudo son los periodistas quienes incluso propician la noticia cuando en la pregunta ya va implícita la realización del hecho: «El secretario [del otro partido] ha insinuado que ustedes han cometido una irregularidad, ¿qué responde usted?». En la noticia se destaca la respuesta, que a la vez puede llevar una contracusación hacia la otra parte (la de mentir, por ejemplo). El problema del periodismo de declaraciones lo apuntó el mismo David Randall (1999, 32): «Las noticias de menor interés son las que tratan sobre algo que ha dicho alguien». También el maestro Lorenzo Gomis (2008) anotó el peso que los «pseudoacontecimientos» tenían en el periodismo en el momento de escribir sus obras (ruedas de prensa, comparencias, eventos, presentaciones). Hoy ese «pseud» es un marasmo de historias que circulan por las redes: un tuit, una nota, una imagen, un clip, una grabación bajo sospecha. El periodismo posthumano reivindica pues un relato sobre *hechos-nodo*, sobre porqués y cómo, en los que los quiénes son muchas veces colectivos y los qué son producto de relaciones complejas entre agentes humanos y no-humanos.

Internet produjo un renovado interés en el estudio de los medios de comunicación y el periodismo para evaluar los impactos e influencias que la tecnología tenía en el resultado de su trabajo. En algunas de estas investigaciones tuvo una relevancia la perspectiva de la ANT, ya que las herramientas y conceptos que ofrecía (agentes, actores, objetos) eran útiles en la comprensión de los afectos en los medios de comunicación (por ejemplo, véase Couldry 2013; Domingo 2008; Boczkowski 2004). Algunos de esos trabajos señalaron que la tecnología producía o era parte del proceso de producción del periodismo puesto que, como un actante más, la tecnología no sería una mera herramienta de intermediación, sino lo que Bruno Latour identifica como un agente mediador que transforma aquello sobre lo que actúa. Esta perspectiva se intentaba interponer a un determinismo tecnológico o, mejor dicho, escapar de ese punto de orientación polarizado hacia el determinismo tecnológico, sus defensores y detractores (Primo y Zago 2015). Entre los primeros trabajos sobre la cuestión, Boczkowski (2004, 155) identificaba que una redacción de periódico era un «espacio

sociomaterial donde las consideraciones técnicas son centrales a las decisiones sobre qué tipo de historias son contadas, quien puede explicarlas, y a qué tipo de audiencia van dirigidas». Aunque el fantasma del determinismo tecnológico planeó sobre este tipo de afirmaciones, los autores insertaron matizaciones del tipo: «Las nuevas capacidades técnicas no transforman las rutinas periodísticas establecidas, pero el hecho de que esto ocurra es resultado de prácticas dependientes del contexto» (Boczkowski 2004, 155). Desde el punto de vista posthumano, sin embargo, podemos reconocer que la tecnología transforma las rutinas, y viceversa. Es una interdependencia y las transformaciones se producen a ambos lados: los periodistas cambian las rutinas según el uso tecnológico, las tecnologías se adaptan y se construyen para dar respuesta a las necesidades de las rutinas. Por ejemplo, la gestión de las redes sociales requiere una aplicación de gestión de redes, con su programación y adaptación a una interfaz. Cuando el periodista dispone de ese gestor, acorta el tiempo dedicado a gestionar redes una a una y, si la aplicación es eficiente, lo hará mejor. No hay mucho más misterio en ello. La tecnología tendrá impacto en la redacción y en el trabajo. Si una IA termina gestionando la información o escribiendo las piezas, ese agente determina toda la rutina de trabajo.

En los estudios etnográficos sobre la producción de noticias, en este periodo de irrupción de internet, uno de los focos de tensión fue debatir hasta qué punto la tecnología determinaba y condicionaba al periodismo. Así, y considerando el espacio social como una red de interacciones, los investigadores vieron que el periodismo no es una producción solo de individuos, no produce piezas de autoría o de creación individual, sino que más bien es producto de un sistema de relaciones ensambladas, de agencias que trabajan en asociaciones (comerciales, ideológicas, activistas, etc.) y que hacen inútil tomar esfuerzos en definir qué es periodismo o quien es periodista (Ryfe 2022). Esta perspectiva es adecuada puesto que en el periodismo posthumano no importan tanto las categorías clásicas de definición de los profesionales (periodistas, cronistas, locutores, etc.), y de género y formato (noticias, entrevistas, reportajes), sino la capacidad de la historia, de la narrativa, para interrelacionar objetos y agentes. Ante el trabajo periodístico, ¿qué amplitud de redes me ha mostrado este hilo? ¿Qué fuentes han tenido voz? ¿Qué conexiones ha develado la pieza?

Por lo que respecta a las preguntas de investigación en comunicación, también deberíamos ir repensándolas. Por ejemplo, si trabajo en una in-

investigación sobre periodismo y ruralidades, ¿qué relaciones y de qué tipo hacen que una comunidad rural sea capaz de autorelatarse?, ¿cómo afecta el periodista rural que informa sobre una comunidad a la igualdad de género en esa comunidad? ¿qué animales tienen un papel relevante en la historia? ¿qué resistencia ofrece el bosque al incendio? Son preguntas, a bote pronto, extrañas, bizarras o que nos pueden descolocar. En todo caso, en el periodismo rural, estas cuestiones que interseccionan discursos, existencias y materialidades es necesaria. Como ha propuesto Nico Carpentier (2021; 2017) estamos ante una nueva agenda de investigación donde podríamos abrir el foco hacia las relaciones humanas y más que humanas, a un nudo material-discursivo.

El estudio de la interacción con la tecnología llegó incluso a destacar el giro hacia las materialidades y se integró una metafísica de la orientación a objetos, que incluían desde el cableado a las interfaces de trabajo o el *software*. Se pretendía así una comprensión dinámica e innovadora de lo que producían esos objetos ensamblados con el trabajo de los profesionales en las redacciones (Anderson y De Maeyer 2015). La propuesta no solo reconoce ese impacto tecnológico en las narrativas, sino que también reclama una práctica periodística abierta de relatos que se desprenden de esas agencias distributivas. Se trata de explorar como el giro posthumano puede ser incorporado en la profesión periodística sin renunciar completamente al construccionismo y al factor cultural —en el fondo, llegamos al mismo punto; la necesidad de ampliar y de implosionar las categorías existentes (cultura/naturaleza; humano/no humano; social/tecnológico; etc.).

El periodismo posthumanista pasa a ser relator de una realidad ensamblada, asociada, y sus historias explican los *hechos-nodo* de esas agencias y de esos ensamblajes. Para algunos de los estudiosos de esos ensamblajes en las redacciones, las técnicas de estudio eran la etnografía (incluidas la observación y las entrevistas en profundidad). Estos dos son también los métodos básicos del periodismo (observar y hablar con personas). Se incorporarían la lectura en profundidad y la interpretación documental de fuentes secundarias (de notas de prensa a estadísticas, de otros medios a libros). Sin embargo, como en su momento interpretó Pablo J. Boczkowski (2015), el giro de la ANT hacia un interés más centrado en las materialidades requeriría otros métodos de análisis, o lo que denomina el «análisis de artefactos». Si el foco continúa siendo el análisis del discurso, al menos sería adecuado integrar el análisis multimodal, en el que somos capaces de

integrar objetos semióticos, materialidades y agentes no-humanos (Dicks 2019). En esos trabajos hay que estar atentos a los hilos no-explicados, discriminados y subalternos. Sylvia IV (2021, 146) ha propuesto que el ejercicio de investigación del relato posthumano es un ejercicio de postmemoria sobre «voces, narrativas y conocimientos que están típicamente excluidos de las historias oficiales contruidas en los modos dominantes de relaciones de poder». Estamos ante un espacio para innovar técnicas y lenguajes.

El periodismo renueva su exploración de las realidades: cómo usamos los logaritmos, qué propiedades tiene la IA, qué tecnología se usa en las escuelas, de qué están hechos los aparatos que usamos, qué productos fitosanitarios ingerimos con las verduras y qué producen en nuestro sistema corporal, qué reviste los edificios donde vivimos y de dónde se obtiene el material, qué y cómo es el virus-SARS-CoV-2, por qué la industria está interesada en el litio y dónde se encuentra ese material, etc. Muchas de estas preguntas solo se pueden explorar con ayudas expertas y mediante una inmersión exigente y bien fundamentada en las temáticas. Por el contrario, el periodismo rápido y superficial ignora demasiado a las materialidades o simplemente las da por supuestas. Son elementos pasivos que usamos, explotamos, o herramientas. Hay una explicación propia de la economía política en ese tipo de desprecio: es mucho más barato tener a tres tertulianos opinando una hora sobre las energías renovables que pagar un reportaje en profundidad a una periodista experta sobre la temática que consulte a corporaciones, comunidades rurales afectadas, geólogos o agrónomos para que produzca algo visualmente atractivo, que se entienda, que tenga en cuenta aspectos de salud, la biodiversidad, etc.

En el fondo de las preguntas que indagan en agencias otras-que-humanas subyace una de las premisas y cualidades más básicas del profesional: la curiosidad por las cosas más cercanas, cotidianas y supuestamente irrelevantes. Por ejemplo, el subsuelo de la última industria que se instaló en campos de cultivo. ¿Qué hay allí? ¿Qué hubo? En cualquier rincón de lo que el lector puede observar, si levanta la cabeza de estas páginas, hay un *hecho-nodo* esperando a ser develado. En ese sentido, la idea que comúnmente en periodismo se articula de que «hay historias esperando a ser contadas», es literal. A menudo se comenta que, en las pequeñas poblaciones, donde parece que no sucede nada relevante, *existen* historias extraordinarias con un interés no solo local sino conectadas con la globali-

dad. ¿Por qué remarcamos *existen*? Pues porque ese verbo aquí sintetiza la base de la ontología del periodismo posthumano. A menudo se repite en los grados y másteres de comunicación que lo que no se cuenta, no *existe*, pero esto no es así. Lo que no se cuenta quizás no se conozca, pero *existe*. Que no se conozca no anula su *existencia*, y además decir y actuar como si no existiera es despreciar las comunidades que sí que conocen ese espacio del que al parecer nadie habla.

Podríamos elaborar un sinfín de piezas periodísticamente valiosas sobre la luz que requieren las explotaciones agrícolas bajo los plásticos de los invernaderos, la composición de esos plásticos que inundan zonas de huertas, los acuíferos que utilizan esas explotaciones, el listado de conservantes de una sopa deshidratada que se ha hecho con esas verduras, etc. Todo esto requiere de cantidad de información de calidad. Es decir, salir de la oficina para entrevistar a expertos, visitar los lugares donde se fabrican esos productos, indagar sobre el origen de las materias primas, los métodos de recolección o cultivo, las relaciones entre los agentes involucrados. El periodismo posthumano va más allá incorporando una visión vigilante sobre los poderes y las estructuras que están derivando hacia un mundo contaminado, una población enferma, unas comunidades y colectivos sometidos, una democracia debilitada. Podemos partir de la anécdota y de la curiosidad, pero si ejercemos un periodismo con valores iremos más allá de la anécdota, y la curiosidad nos llevará al *efecto develador*, porque lo que subyace en esa práctica periodística es la capacidad de despertar consciencia.

Ulises existe

Hay que definir mejor lo que consideramos «objetos». El lector puede estar interpretando que nos referimos a la acepción general de la palabra. Una silla, un cuenco de madera son objetos en ese sentido. Aquí, sin embargo, nos referimos al sentido de objeto diferente al de «cosa» y lo podemos entender como lo haría una ontología orientada a objetos (OOO). Uno de los autores que más ha indagado en esta perspectiva es el filósofo del realismo especulativo Graham Harman. Este reconoce el avance que significó la ANT que cultivaron autores como Bruno Latour o Michel Callon y que desde los años ochenta generó una escuela de sociólogos innovadores y que revisó los postulados críticos y postmodernos del momento. Sin em-

bargo, es muy crítico hacia la ANT. La forma en como la ANT entiende los conceptos de actor y objeto es diferente a como lo hace la OOO. Para esta, los actores son objetos también, y considera una limitación de la ANT el observar a los actores como una especie de ejecutores de acciones. Para Harman (2018, 53), el único requerimiento de los objetos para existir es que no sean reductibles a sus partes, «un objeto es más que sus partes, pero menos que sus efectos». Un humano, una rata, un vaso, una novela son más que sus partes (cabeza, sílice, óxidos, tapas, páginas) pero menos que los efectos que producen —¡pensemos tan solo en los efectos de *Ulysses*, de James Joyce!—. Harman (2018, 110-11) también critica que para la ANT los actos, las acciones, estén todas al mismo nivel y solo se diferencien en el sentido de que movilizan a más o menos actores —pone el ejemplo de la caída de un cabello de Napoleón y su victoria en Jena, ambos hechos transforman a Napoleón. La ANT argumentará que el segundo es más relevante por movilizar a muchos más actores, pero la OOO critica que esto no es suficiente para distinguir lo trivial de lo realmente transformativo. Evidentemente, para el periodismo, esos grados de movilización son fundamentales para establecer el peso de un *hecho-nodo*.

Podríamos decir que ambas perspectivas (ANT y OOO) coinciden, sin embargo, en una ontología bastante plana de la realidad, en la que actores, acciones y objetos parecen operar a un mismo nivel. Es plana también porque ponen al mismo nivel de existencia cualquier objeto (humano o no-humano, físico o no-físico, etc.). También que ambas ofrecen una perspectiva poco crítica del mundo y de las relaciones de desequilibrio que se dan entre actores. La falta de una visión crítica sitúa la OOO como solo parcialmente útil para el periodismo posthumano. El periodismo no puede evaluar el mundo desde la consideración de que todas las acciones y/o actores operen al mismo nivel: por ejemplo, causas/efectos de cualquier «desalojo de una vivienda» o de cualquier «explotación ganadera». Necesitamos situar esos objetos con relación a elementos como «familia sin recursos», «cabruno extensivo», u otros. Mirados desde la OOO o incluso desde la ANT podríamos describir *hechos-nodo* en estos temas de forma aséptica y similar: hay gente que sale acompañada por agentes de seguridad de un edificio; hay niños llorando y adultos preocupados; los animales son muñidos; la leche que se extrae se intercambia por dinero, etc. Pero los hechos que suceden ante un periodista no pueden ser explicados mediante la perspectiva de la ontología plana. En ese sentido, el periodismo

no es una mera descripción de acciones, objetos, espacios, actores, etc. La mirada incide sobre los objetos.

No podemos aquí desgranar las coincidencias y desavenencias que Harman va apuntando respecto a Latour; interesa más bien explicar la noción de «objeto». Para la propuesta posthumana las cualidades que enumera la OOO para los objetos son relevantes o, como mínimo, sugerentes. Cualquier cosa podría ser un objeto, pero no todos los objetos son «cosas» en el sentido común. Para la OOO, no podemos alcanzar un conocimiento directo de los objetos; existen objetos reales y sensuales (que están basados en otros). Los objetos pueden ser cosas materiales, animales o humanos pero atención, también ficciones: Ulises, el Quijote (tanto como los personajes como las novelas) o la varita mágica de Harry Potter son objetos. Para la OOO, es una falsa asunción que todo lo que existe deba ser físico, real, conocido, nominado (Harman 2018, 25-38). Para la OOO, deberíamos dar atención a todos los objetos (humanos, no humanos, materiales, culturales, reales o ficcionales); los objetos tienen una relación con sus propiedades, pero no son sus propiedades; los objetos reales no se pueden relacionar entre ellos sino a través de objetos sensuales (Harman 2018, 9).

Porque, ¿quién puede sostener que el personaje de Leopold Bloom del *Ulises* de Joyce no existe? No solo hay en Dublín un recorrido turístico sobre la trayectoria de Bloom en la novela de Joyce, también se celebra el Bloomsday (en otras ciudades existen cantidad de actividades al respecto); Bloom tiene una placa conmemorativa en la ciudad húngara de Szombathely donde James Joyce localizó el origen del padre de Bloom. Todo indica que Leopold existe; al parecer Joyce se inspiró en personas reales.²⁹ Las ficciones, (como las novelas, las naciones, las fronteras), existirían en ese sentido también, en el sentido de «objetos». Son objetos en relación (Dublín, Leopold, Joyce) que afectan las acciones de personas y cosas —por ejemplo, cualquiera de ellas es un motivo para erigir un monumento—. Si hemos dicho que los discursos pueden constituir cosas, entonces debemos aceptar la existencia de esas cosas como objetos. Para la OOO, existe la posibilidad de comunicación entre objetos, aunque no es fácil.

Tampoco es cierto para esta perspectiva que aquello que no podemos nombrar o percibir no exista. Solo en 2022 se descubrieron más de 140

29/ Véase, a modo de curiosidad, Blooms & Barnacles (2020) «Who was the real Leopold Bloom?», <https://www.bloomsandbarnacles.com/blog/2020/02/19/who-was-the-real-leopold-bloom>, último acceso 8 de julio 2025.

nuevas «especies» de animales (H. Rodríguez 2023). Está claro que el construccionismo no afirma que esas «especies» no existan antes de ser descubiertas —sería ridiculizar el fondo de esta perspectiva— pero hay en el construccionismo un empeño en separar la cosa de su conocimiento. La OOO no acepta este tipo de separación. Quizás la afirmación que de forma más sencilla define la OOO es que *todo* existe. Ese *todo* implicaría un todo-absoluto, la energía que no vemos, los personajes de las series de ficción, las matemáticas (el uno), los espíritus, los zombies...

Como podemos intuir, esta perspectiva filosófica implica un gran reto para el periodismo. Si bien a nivel filosófico es una concepción productiva, es verdad que no podemos imaginar la nivelación de objetos sin intervenir como humanos. Sin embargo, aunque la radicalidad de la OOO no nos sirve del todo para explicar el periodismo posthumano, el concepto de objeto que delimita este realismo especulativo permite innovar en la mirada periodística y comunicativa. Así, para la OOO la saga de la *Guerra de las Galaxias* puede ser un objeto, las compañías y empresas son también objetos, como un equipo de fútbol. Cuando un periodista publica una crónica sobre el FC Barcelona informa sobre un objeto; ese es su objeto (club de fútbol). Su crónica se convierte en objeto (crónica sobre un club de fútbol). Cuando lo hace sobre la guerra, lo hace sobre un objeto (guerra), las imágenes se convierten en objeto a la vez (imágenes de la guerra). La OOO diferencia los objetos sensoriales que percibimos (imágenes de jugadores dándole a un balón, estruendos que destruyen edificios) de los objetos «reales» (en sí, más allá de nuestra percepción). Para la OOO, estos objetos periodísticos (jugadores, explosión) son sensoriales, pero hay existencias más allá de nuestra forma de percibir (más allá de los sentidos). Una forma interesante de entender esta perspectiva es ponerse en la mente de un niño: el superhéroe samurái existe. No lo podemos reducir a su máscara o a su catana, la suma de todos esos elementos, sin embargo, tampoco son el samurái, como no lo son todo lo que produce (la fascinación, un anime, beneficios económicos, etc.).

Las teorías construccionistas postulan que el periodismo es una máquina que construye una realidad social. Entonces, los analistas se enfocaron a estudiar cultural y discursivamente los medios —por ejemplo, si hablamos de «operaciones militares especiales» o de «guerra», de «violencia intrafamiliar» o de «maltrato machista»—. Pero mientras que la mirada construccionista sobre el mundo pone énfasis en cómo construimos esos

artefactos a través del lenguaje (mediante rutinas, léxicos, institucionalizaciones, legitimaciones), el realismo no se satisface en una explicación humana de esas existencias; todas son por igual. Ambas perspectivas son problemáticas y requieren espacios intermedios.

Para la OOO, las existencias son más cercanas a la estética que a la matemática o la física (Harman 2018, 9). Esa cuestión es interesante en aplicaciones periodísticas también, porque el periodismo no va de probar científicamente los *hechos-nodo* sino de evidenciarlos mediante la develación de conexiones hiladas en un relato. Para la política orientada a objetos, «los objetos no-humanos son actores políticos cruciales» (Harman 2018, 146). Para el periodismo también los objetos inertes, materiales e incluso inmateriales son actores políticos. Lo fue el petróleo, lo es el oro o el litio, el carbón y el CO₂, las turbinas y el agua. Para la OOO que postula Harman (2018, 137), la dicotomía política entre izquierda y derecha tampoco es operativa, lo que encuentro muy sugestivo para el periodismo posthumano. El autor asume, sin embargo, una diferencia gradual entre política-verdad versus política-poder: la primera parte del apriorismo de que se detenta «la verdad» política ya sea progresista o conservadora, liberal o socialdemócrata. Esa verdad genera un suelo ético sobre el que se actúa. La segunda mantiene que «la verdad» es aquello que el ganador decide que sea y puede ser igualmente de izquierdas o de derechas. Se incluirían de igual modo el activismo político o los populismos de toda índole.

El periodismo «moderno» opera en esa pugna por «la verdad»; esa política-poder es hoy hegemónica. Lo que diferencia a ambas perspectivas (política-verdad vs. política-poder) es la consideración de una existencia, a priori, de «la verdad» por la que luchar políticamente (la primera) o si se debe luchar políticamente por establecerla a posteriori (la segunda). La política-verdad es apriorística y la política-poder no. En todo este debate, debemos de saber diferenciar entre «la verdad» y el relato del *hecho-nodo*. El periodismo interacciona con ambas cuestiones (poder-saber y saber-poder). En esa diatriba el periodismo se ha ido sesgando hacia el segundo tipo de política; habrá que manejarnos entre las dos, entre la quimera de la política-verdad y la quimera de la política-poder. Habría que salir de ambas cajas obsesionadas por «la verdad».

¿Por qué es útil para el periodismo observar ese concepto de objeto que nos brinda la OOO, entonces? Pues porque el periodismo es muy ciego

a la existencia de esos objetos que hacen posible que las cosas ocurran o no. Por ejemplo, pocos periodistas que cubren incendios forestales se preocupan de entender bien qué es el fuego, qué necesita el fuego, por qué el fuego avanza o se detiene: llegan al lugar, hablan con los bomberos, informan de las hectáreas quemadas, consiguen unas fotos o imágenes de los helicópteros operando —normalmente ofrecidas por el cuerpo de bomberos—, entrevistan a una mujer que llora porque se ha quemado su casa, vuelven a la redacción, escriben o editan su historia y la publican. Está bien, pero no cabe duda de que esa historia, repetida una y cien veces por los centenares de profesionales, no es un periodismo completo, por muy exactas que hayan sido las cifras e impactantes las imágenes. Hay margen para innovar en las narrativas —¿es la información obtenida la mejor manera para entender el incendio?—, los lenguajes —¿qué significa un «fuego» o «ataque al fuego» para quién?—, las fuentes —¿cómo viven plantas y animales los incendios? ¿Por qué hay seres y comunidades más resilientes a los incendios?—. Todo ello tiene explicaciones que no se desarrollan adecuadamente.

Tras los devastadores incendios del verano de 2025 en España, en el que quemaron más de 400.000 hectáreas, empezamos a observar algunos cambios interesantes en las aproximaciones periodísticas hacia la interpretación del fuego como objeto. Se va aceptando que el juego de dominio de «una verdad» (apriorística o fabricada) es inefectivo para una comprensión plena del «hecho-nodo incendio». Hay que conocer las realidades, estar en los lugares y hablar con los expertos. En ese proceso, muchos periodistas han ido virando de marcos interpretativos extincionistas a marcos más estructurales donde trabajan los ensamblajes del fuego. Este nuevo foco sobre un relato sistémico del fuego se ha ido fraguando en los últimos años en los medios y la comunicación, como hemos anotado (Castelló, 2024d; Castelló y Montagut, 2019). Todo ello requiere de más estudios sobre un hilo narrativo que enlaza fuego-comunidades rurales-políticas. Una solución pasa precisamente por refundar un conocimiento del fuego con perspectiva ampliada, posthumana, y revisar las políticas para, entre otras cosas, revalorizar el sector agroalimentario y el mundo rural.

Para la OOO, este reconocimiento amplio de los «objetos» no implica aceptar un relativismo en el que todo es igualmente cierto o incierto. En palabras de Harman (2018, 192): «Desde la perspectiva de la OOO, no hay verdad: no porque nada es real, pero porque la realidad es tan real que

cualquier intento de traducirla en términos literales está condenado al fracaso». En términos periodísticos este fracaso es cierto. El periodismo, tampoco el posthumano, no puede explicar «la verdad»; puede difundir un saber o una experiencia, pero no «la verdad». Cabe aceptar que la categoría de «verdad» es poco operativa tal y como la estamos usando periodísticamente para relatar toda «una realidad» sensual, sentida, vista, oída. El resto, no lo podemos saber ni explicar. No pasa nada. ¡Qué inmodestos seríamos si pretendiéramos conocer «la realidad»! Esta posición puede dar alas a los hechos alternativos y a las falsedades, tema que debo abordar puesto que el periodismo posthumano insiste en indagar sobre el *hecho-nodo*. No tenemos otra manera de conocerlo y explicarlo que describir los hilos que explican de forma plausible los ensamblajes que lo hacen posible. Es en todo caso una ínfima parte, una radícula en la inmensidad de la selva amazónica.

Setas ensambladas

¿Qué son por lo tanto los ensamblajes que relaciono con el trabajo periodístico? Hemos utilizado diversas veces ya este concepto sobre las relaciones entre actores/agentes que materializan acciones de forma interdependiente. Los ensamblajes son asociaciones entre esos actores que hacen posible que pasen las cosas. Esas asociaciones tienen lugar en el tiempo y el espacio. Por ejemplo, para hacer posible este texto han sido necesarios ensamblajes entre mi cerebro y los músculos que consiguen que mis dedos den en las teclas acertadas; también en el teclado diseñado en California y montado en China; y por lo tanto de los ingenieros que lo idearon, pero también de los operadores que lo fabricaron. Intervienen otras muchas personas y objetos, desde las tazas de té que me mantienen hidratado y con niveles de teína adecuados para seguir aporreando las teclas, hasta las prótesis (gafas) que permiten que pueda observar la pantalla a una distancia adecuada para que mi espalda pueda soportar las horas que paso sentado escribiendo. Algo le debe el texto entonces al recolector de té, y al conductor que llevó las cajas al supermercado de donde lo compré. Esa planta de té creció gracias a los nutrientes orgánicos e inorgánicos, a los productos fitosanitarios con los que fue fumigada, y a otras cadenas de ensamblajes de las que no tengo ni idea. Todas esas asociaciones se han cristalizado, al fin, en un libro que quizás existirá o ya empieza a existir.

Entraran nuevos actores entre el corrector, el maquetador, el diseñador de la portada, el caracol que aparece en la foto, etc. Y por supuesto el papel, el agua que se utilizó para fabricar la pulpa, los cloros químicos para el blanqueo, las tintas y la energía para que todo funcione. Estamos hablando de actores que residen en tiempos (hace un año, hoy, mañana...) y espacios diferentes, actores humanos y no humanos (incluidas las plantas del té, los polímeros y metales que componen mi computadora...).

Giles Deleuze y Félix Guattari (1988, 9) afirman que un libro «no tiene objeto ni sujeto», porque atribuirlo a un único autor descuida las materialidades, las exterioridades, los agenciamientos múltiples. Su entendimiento de lo que es un libro sirve aquí también: para Deleuze (1995, 38 [1972]), un libro es una máquina. O sea, más que las ideas o las esencias que pueda transmitir, lo importante de cualquier obra es si se goza en su creación y en su lectura; y por supuesto si algunas partes pueden ser inspiradoras, útiles. Así, un libro se parece mucho a un pañuelo: no sabemos si será útil para limpiar una herida, mocarnos o ir al lavabo. Es tan solo un modesto logro con capacidad, una potencia: será lo que haga. Los ensamblajes explican el mundo, pero quedan invisibilizados. El sistema reduce el libro a un bien de consumo y a una serie de transacciones de valor que se intercambian por dinero. El ejemplo más claro del ocultamiento de los ensamblajes en nuestro mundo es quizás el que se produce en la cadena alimentaria, en la forma en cómo producimos y consumimos alimentos. Es una necesidad básica, primaria. En el acto de comprar unas manzanas envasadas en plástico en un supermercado a cambio de un euro participamos en un mecanismo que ignoramos: implica la actividad de decenas de personas, uso de recursos hídricos, gasto de combustibles fósiles, actividad química de productos fitosanitarios, investigación para la creación de la clase de manzana, así como de los productos que la han hecho posible, etc.

No sabemos mucho de los ensamblajes que posibilitan alimentarnos. Nos debería ocupar más. Parece que nos va bien así: no se explica cómo llega el huevo a la mesa. Se producen avances. Por ejemplo, nos han indicado ahora que los códigos impresos en los huevos indican la forma en cómo viven las gallinas. Esos códigos empiezan por 0 para las que se crían de forma responsable y pueden llegar hasta el 3 para las que viven en jaulas diminutas. Pero el sistema es muy opaco. La ocultación de ensamblajes productivos está en relación con la maximización de los beneficios y a los sistemas de escalabilidad. Con todo ello, el nivel de masificación y acumulación de nuestra

sociedad es tan alto que ya no podemos imaginar —o esa ocultación nos impide hacerlo— otra forma de funcionar: el 0 es el huevo caro, el 3 el barato. Nuestro compromiso se ha comodificado en la operación, el intercambio agranda la distancia. Este distanciamiento implica también mecanismos de alienación entre las personas y sus entornos. La alienación significa que los trabajadores que cultivan los campos tengan poco o nada de vínculo con la tierra, que los operarios en las granjas no desarrollen lazos con los animales e incluso desconozcan de ellos más allá de aspectos técnicos —ingestión, pesos, rutinas vitales mínimas—, que los consumidores tampoco tengan vínculos fuertes con lo que consumen ni con los productores, ni incluso sepan qué consumen —en alimentación procesada, que es la mayoritaria—. El sistema funciona por desvinculación y por ocultación. Nos fascina, sin embargo, cómo se producen las cosas y esa fascinación, por ejemplo, es la base de programas documentales como la serie *How it's made* (Hoss 2001). En muchos de esos programas —es un formato y hay diversas producciones exitosas al abasto— podemos experimentar ciertos efectos develadores de procesos materiales ensamblados que ayudan a entender como está fabricada la cotidianeidad que nos rodea.

Una de las autoras que más brillantemente ha dibujado un circuito de ensamblajes sobre un producto y sus resortes culturales, económicos y sociales ha sido Anna L. Tsing. Sus trabajos sobre la recolección, el comercio y el consumo de la seta matsutake (una de las más caras del mundo) explora una etnografía de los afectos (Tsing 2015; 2011). Es altamente apreciada en el mercado japonés. Su investigación dibuja todo un camino desde las cuadrillas de recolección del hongo en las montañas del estado de Oregón (Estados Unidos) o en la provincia de Yunan (China), a las cadenas de distribución, primero informales y oficializadas más tarde, hasta los restaurantes. En ese recorrido innumerables ensamblajes funcionan entre humanos —recolectores e intermediarios de diversos orígenes y con diferentes circunstancias— y no humanos—, desde bosques de pinos en Laos o Japón a insectos que promocionan la putrefacción de los árboles caídos. El matsutake es un agente más, el central en la red de ensamblajes que analiza la investigadora. Un agente que moviliza a los recolectores, a los compradores, distribuidores, comerciales, restauradores y consumidores.

Pero quizás lo más interesante de este trabajo monumental son las categorías con las que Tsing ha interpretado las relaciones de esta seta con el sistema capitalista. En su estudio identifica lo que denomina la «acu-

mulación de rescate» (*salvage accumulation*), un mecanismo que consigue integrar en el sistema lo que está fuera: se trata espacios en los que el capitalismo se apropia del valor generado más allá de sus lógicas. Por ejemplo, el mecanismo incorpora a las comunidades de recolectores en Estados Unidos, algunas compuestas por nativos o migrantes asiáticos y sus descendientes que viven en los bosques y operan en redes informales. En palabras de Tsing (2015, 63), esa acumulación se basa en «conseguir una ventaja producida sin el control capitalista». Los lugares donde ocurre son, en sus palabras, «pericapitalistas». Esas conexiones, o ensamblajes fuera del sistema, son afectivas (de afectación y de afectos) y existen en todas las latitudes. Los recolectores tienen motivaciones para mantener la actividad, incluidos el sentimiento de libertad y la forma de vida en los bosques. Su ensamblaje con el comercio internacional es posible gracias a diversas piezas entre las que destacan los compradores de la seta en el lugar, que ya tienen relación con distribuidores. En esos puntos de contacto en la red, se da lo que Tsing denomina relaciones de traslación (*translation*): la conversión de actividad social en actividad económica que produce beneficio.

En buena parte del mundo se opera de esta forma de manera que las estructuras sociales someten a colectivos enteros a dinámicas de producción en regímenes que fomentan el desequilibrio. Entre los resultados contamos con la producción de minerales mediante el trabajo de niños en minas; el negocio de la producción textil con jóvenes que trabajan sin condiciones; o la producción barata mediante el sometimiento de recolectoras migradas de otros países para recoger todo tipo de fruta o procesar materias primas, y un largo etcétera. Las traslaciones están en la base de todo tipo de relaciones sociales que trabajan de forma ensamblada con las lógicas extractivistas. Estas lógicas ya las había trabajado Tsing en el contexto de los bosques de Indonesia. Allí delimitó las múltiples fricciones que generan los procesos de globalización; una fricción productiva a través de «alianzas inesperadas» que son especialmente significativas en las áreas rurales (Tsing 2024[2005], 12).

El periodismo está atento a esos ensamblajes, así como a esos espacios en los que ese extractivismo opera sin control. No es nada nuevo en ese sentido, si entendemos que el periodismo es una tarea de vigilancia de los poderes económicos y políticos (*watchdog*), y que debería estar al lado de valores como la paz, los derechos humanos, el respeto a la naturaleza o la justicia social y la democracia. Tsing (2015, 132) comentó sobre los

periodistas en este ámbito y los equipara a los etnógrafos cuando ofrecen «reportajes de la supervivencia». Su visión destaca cómo todo el sistema de explotación y extracción, que opera de forma diferente en diversos países, somete al mundo a una existencia en la precariedad. Vivimos en un mundo precario, sostenido con pinzas, explotado, maltratado. Siempre nos quedan las esporas, la capacidad de renacer. El periodismo posthumano sigue esos trazos de supervivencia y genera lazos de comunidad. En ese sentido es un movimiento afirmativo. Es un ejercicio en diversos niveles: se puede trabajar en un gran medio, pero también en una pequeña comunidad, o mediante un blog o un podcast de alcance local o especializado. Los impactos son relativos; un gran reportaje en un canal de televisión puede tener mucha audiencia y no cambiar nada, un podcast colgado en una web personal puede mejorar una huerta urbana en un barrio degradado de una ciudad tras conseguir dar a conocer la iniciativa entre un grupo de gente involucrada. ¿Cómo medimos el impacto periodístico entonces?

En torno a esos ensamblajes debemos conocer lo que Jane Bennett (2022, 23) concibe como el *poder-cosa*. Se trata de la capacidad de las cosas materiales de «manifestar rasgos de independencia o vitalidad». La misma Bennett indica que esa manera de pensar conlleva parecer ingenuo o necio a ojos de la comunidad académica. Puesto, ¿quién puede creer que una piedra, una hierba o una botella de plástico tiene algún tipo de poder? Sin embargo, si una piedra rompe el parabrisas del coche, si un arbusto enraíza profundamente en nuestro jardín y agrieta un muro, o si una botella de plástico nos sirve para llevar agua durante una excursión en la que nos hemos perdido, podemos pensar que esos objetos tienen un tipo de fuerza, un ser que los eleva a agentes. Los ensamblajes entre agentes están en relación con lo que estos hacen (a otros). Bennett utiliza el término ensamblaje, adaptando la filosofía de Giles Deleuze y Félix Guattari, y a la vez estos se remontaron a Spinoza para explicar los grados de potencia de los cuerpos, que quedan definidos por «lo que pueden», y su «conato». Para estos filósofos los cuerpos se definen por los afectos: a qué afectan, por qué son afectados. En palabras de Deleuze y Guattari (1988, 266), los ensamblajes son momentos individuados, en espacio y tiempo, que se definen por su longitud (o abasto) y su latitud (o capacidad). En ello se apoyaron en las ideas de Uexküll cuando definió que un ser, en su ambiente (*umwelt*), ejerce acciones activas y pasivas. «Nada sabemos de un cuerpo mientras no sepamos lo que puede, es decir, cuáles son sus afec-

tos» (Deleuze y Guattari 1988, 261 [1980]). Su spinozismo plantea que volvamos a preguntar como los niños, «¿Cómo está hecha *una* persona?» (Deleuze y Guattari 1988, 260).³⁰

Ensamblaje o agenciamiento expresan lo mismo.³¹ Bennett habla de la agencia de los ensamblajes, por lo que podemos entender que las asociaciones son en ellas mismas productoras. Esa forma de ver una fuerza en las cosas no conduce a una simple fetichización del objeto —en tanto que posee un valor de cambio sujeto a un sistema político como conceptualiza antropológicamente Arjun Appadurai (1986) en su «vida social de las cosas»—, sino que comporta un programa político en él mismo, que Bennett (2022, 56-57 [2010]) etiqueta como una «ingenua ambición que conduce «a tratar a los no-humanos —los animales, las plantas, la Tierra, incluso los artefactos y las mercancías— de manera más cuidadosa».

Los ensamblajes son caracterizados en Manuel DeLanda, quien hizo una labor de interpretación de Deleuze y Guattari a la que añadió ordenación y aplicabilidad. DeLanda explica que establecen relaciones entre partes y a la vez generan las propiedades de un todo (de un sistema). Los ensamblajes, para este autor, forman familias, comunidades de vecinos, organizaciones, empresas, corporaciones, asociaciones, estados, etc. Los medios de comunicación mismos son sistemas ensamblados en los que operan profesionales, tecnologías, fuentes de información, patrocinadores y anunciantes. Esta

30/ Énfasis en el original. Para los autores es especialmente remarcable el uso de un artículo indefinido, puesto que la pregunta no va hacia las personas en genérico, sino hacia una persona en particular. Los filósofos consideran que estamos ante una «pregunta-máquina» y la pregunta va a inquirir sobre los órganos, las partes que configuran cualquier existencia y sus relaciones para hacer que la misma sea como es. El periodismo posthumano necesita más preguntas-máquina.

31/ El traductor de Bennett (2022, 29-30), Maximiliano Gonet, en la traducción al español de Deleuze y Guattari (1988 [1980]), apunta que usa «agenciamiento» ya que en el original los autores usaron el término *agencement*. Las traducciones al inglés optaron por *assemblages* y más tarde las teorías humanísticas y posthumanistas han trabajado sobre ese último concepto, que en español se tradujo como *ensamblajes*. Hoy este es el común en la discusión académica. Aquí hemos optado por ensamblajes también. Véase el uso contrastado en la traducción de *Mil mesetas* (Deleuze y Guattari 1988, 263 [1980]) en español y *A thousand plateaus* (Deleuze y Guattari 1987, 257 [1980]) donde se tratará este término como *assemblages*. Gonet referencia a Jasbir K. Puar (*Ensamblajes terroristas. El homonacionalismo en tiempos queer*, Barcelona, Bellaterra, 2017), en el que se debate esta traslación de significado.

forma de visualizar la realidad se decanta por negar las totalidades como entidades monolíticas: «Los ensamblajes están hechos de partes autosuficientes relacionadas en exterioridad, lo que implica que un componente puede ser arrancado de un ensamblaje e integrado en otro» (DeLanda 2020, 29).

Esta descripción tiene consecuencias productivas en su adaptación al periodismo. Imaginemos que un periodista llega a un bosque cercano a un pueblo donde ha tenido lugar un incendio. Cada momento para describir y relatar se explica de forma «individuada» en ese sentido; y el periodista también forma parte de ese ensamblaje. En el incendio, analizar la situación teniendo en cuenta los ensamblajes que están interactuando da una perspectiva holística de valor. No solo operan cuerpos de seguridad y de emergencias, evacuando a los vecinos. Existieron aquí todos los elementos que han provocado el fuego y su expansión. El periodismo convencional se queda en la causa puntual —pongamos por caso, una «máquina segadora»— y analiza la situación generando un relato a modo de puntillismo de hechos —tantos evacuados, seis mil hectáreas afectadas, dos víctimas mortales, número de efectivos y horas, una carretera cortada—. Si analizamos entonces los «ensamblajes del fuego», vamos a obtener un relato de conexiones, de líneas en relación. El trabajo sobre los ensamblajes requiere invertir en tiempo y no podrá salir con la urgencia que nos piden en la redacción, aunque en los primeros relatos podremos ir apuntando los elementos que dan sentido a la presencia de ese fuego —imaginemos, nivel de despoblación en la zona, estado de los campos de cultivo, condiciones meteorológicas que propiciaron la extensión del fuego, capacidad operativa del cuerpo de extinción y condiciones de trabajo, toxicidad del humo, etc.—. Cada elemento del ensamblaje del fuego en ese lugar interactúa con otros elementos: el fuego es un *hecho-nodo*.

Así, un periodismo de ensamblaje, condición para el desarrollo de un periodismo posthumano, dibuja una red de causalidades rizomáticas (no lineales ni unidimensionales). Si indagamos más, podremos descubrir que ese pueblo está situado en una zona que se ha ido degradando (pongamos), en la que se abandonó la ganadería extensiva y en la que operan diversos agentes de especulación energética que acaban comprando terrenos para (vamos a seguir suponiendo) invertir en instalaciones. ¿Cuál es la línea de cuerdas entonces que une «ensamblaje del fuego» con «ensamblaje de inversión energética»? Podríamos hablar entonces de lo que DeLanda (2020, 32) denomina «causalidad no lineal», que «existe en casos en los

que grandes causas producen pequeños efectos, o en los que pequeñas causas tienen grandes efectos». Poner el foco en causalidades no lineales o incluso catalíticas —por ejemplo, como indica el autor, un racimo de hechos al parecer inconexos pero que se derivan de un detonante, o muchas cuestiones diferentes o detonantes que coinciden en un hecho—, tiene rendimientos en términos de relato periodístico. Pero hay que ser extremadamente cautos ante el peligro de establecer relaciones inexistentes cuyo relato es insostenible. Finalmente, DeLanda habla de las causas estadísticas, que juegan con la probabilidad de que ocurra algo en relación con otra cosa, sin que esta sea necesariamente la que propició el hecho. El autor pone el ejemplo de la población fumadora, sobre la que el cáncer de pulmón es más común. En tanto que el periodismo no se debe basar en conjeturas, deberá trabajar para establecer sólidamente las narrativas en base a *hechos-nodo*; no establecer causalidades que llevan a sesgos, errores o incluso falsedades. El periodismo de ensamblajes es un trabajo de precisión, que requiere evidencias, materialidades en juego, develación de *potentia* y *potestas*, siguiendo a Braidotti.

La visión posthumana exige referentes, pruebas fehacientes, reporte de relaciones ya sean materiales o expresivas. No se basa solo en una base ideológica. No estamos hablando de un sistema social injusto en abstracto. El periodismo ofrece datos sobre las conexiones entre ensamblajes, objetos y comunidades. No es una crítica sin base que grita «contra el sistema» —una posición activista que nada tiene que ver con tener un posicionamiento crítico— sino un trabajo minucioso, de precisión, sobre realidades y conexiones que permite elaborar un relato que explica, por ejemplo, por qué en una región rural donde una determinada fuerza política sube, las mujeres han migrado a la ciudad. Las afirmaciones se deben contrastar con hechos y las conexiones se deben documentar reportando los momentos en que fueron establecidas y se produjeron los intercambios entre ensamblajes aparentemente inconexos. El punto de vista crítico no hace referencia al periodismo de opinión, o al periodismo militante, elementos que poco tienen que ver con lo planteado por el periodismo posthumano; la operación del periodismo posthumano es justamente la otra: trabajar más en las evidencias, replantear los temas y los enfoques, conseguir un efecto *develación* en base a *hechos-nodo* correctamente informados.

Ver la sociedad como un juego de ensamblajes en movimiento inyecta dinamismo al trabajo del periodismo. Para DeLanda, la sociedad no es

monolítica ni se puede explicar centrándonos en aspectos micro o macro. Buena parte de las ciencias sociales se han especializado en analizar la sociedad desde esta polarización. Así, toman una determinada óptica, abren al máximo el zum intentando captar panorámicas amplias o utilizan macros para detallar los elementos minúsculos que se centran en los individuos o en las relaciones personales. La perspectiva que propone con su teoría de los ensamblajes es la de descartar el estatismo y romper con ese dualismo micro-macro para observar que todo está conectado. Por ejemplo, la decisión de un individuo en una sala de operaciones de un hospital está conectada con procesos intermedios, realidades alejadas físicamente. Aunque en un contexto así pensemos que tenemos la situación «controlada» y conozcamos los factores que están impactando en un proceso (por ejemplo, sacar el tumor), la realidad es que la mayor parte de esos elementos que están interactuando o que han hecho posible la situación ni siquiera sabemos que existen.

Así, DeLanda (2020, 51) pide reconocer que existen muchas escalas, como capas o niveles, actuando al mismo tiempo y que «cada nivel tiene su propia historia». Por lo tanto, hay que considerar no solo cómo las actuaciones micro —por ejemplo, el cirujano erró durante la operación al paciente— tienen unas consecuencias, sino también cómo los niveles superiores y estructurales están interactuando en la situación —por ejemplo, las condiciones de trabajo del cirujano, el recorte en plantilla, la falta de tecnología adecuada, etc.—. Esta perspectiva puede activar la crítica de que el foco en los ensamblajes diluye responsabilidades, pero esto no tiene por qué ser así. El error del cirujano continúa siendo un error y la responsabilidad individual continúa existiendo, pero sería miope quedarse en ese nivel de estudio de la situación. Lo que encontramos en el periodismo es demasiada miopía, fomentada por la premura, la espectacularización, la lucha por la atención del público, la superficialidad en el consumo de relatos, la falta de recursos en las redacciones, la precariedad laboral de los profesionales de la información, la poca consideración de su trabajo. Tenemos suerte de que existen profesionales, publicaciones y canales que aún apuestan ir más allá, pero son pocos y están en peligro —en el contexto ibérico esta realidad es muy cruda—. El periodismo posthumano es, desde ese punto de vista, un ejercicio profesional de más calidad, dinámico y exigente que el periodismo del clic fácil, volátil y frágil que acaba explicando los hechos como puntos aislados y sin conexión.

Podemos ver en el periodismo un sistema que evidencia conexiones rizomáticas, hilos de afecciones. El rizoma es la estructura propia de los ensamblajes y el periodismo posthumano dibuja esas líneas rizomáticas, más que arbóreas o de estructuras previsibles. Las estructuras rizomáticas son las propias de una filosofía de las conexiones (Deleuze y Guattari 1988, 17-18). El periodismo tiene el encargo de dar sentido a esos mapas. El periodismo actual no dibuja nada comprensible que nos explique de forma entendedora el sistema de conexiones. En una entrevista a Zygmunt Bauman sobre el periodismo, en el contexto del auge de internet y de las redes sociales, el sociólogo que imprimió el concepto de modernidad líquida articuló precisamente una crítica a ese periodismo caótico, que trabaja para un océano de usuarios que zapean. En la entrevista, Mark Deuze (2007) no consigue que Bauman articule mensaje optimista alguno sobre el papel del periodismo en una «sociedad líquida», inestable, trepidante e incomprensible. El escéptico Bauman no regaló ni una brizna de esperanza y articuló la idea de que el periodismo actúa mediante un «puntillismo sin forma». La técnica del puntillismo permite al espectador de la obra tener una idea de la figura, de la configuración final, si se separa de la misma. La cantidad de puntos o detalles no tienen sentido cuando se está encima, cuando recibimos mensajes, cuando navegamos pasando páginas con los dedos sobre la pantalla de nuestros teléfonos inteligentes.

Un ejercicio reflexivo y de distanciamiento nos permitiría hacernos una composición de un relato comprensible, divisar una forma en la lejanía. El periodismo debería ayudar a eso. Pero por lo general fracasa. Consumimos la historia dramática, las imágenes y el lenguaje puede activar empatías o rechazo, pero no somos capaces de configurar mapas generales, conexiones. Cuando empezamos a establecerlos, ya tenemos delante otra historia que reclama nuestra atención. Así seguimos consumiendo un sinfín de noticias sobre incendios masivos, el asesinato machista de una mujer, unas declaraciones políticas que polarizan, bombas que caen en una ciudad arrasada, con otro golpe digital sobre el cristal del teléfono, sin llegar a comprender. Ese fracaso se da en parte por la inoperancia a la hora de delimitar sistemas ensamblados que trabajan a diversos niveles y cuya agencia se concreta en esos acontecimientos que explican en imágenes y crónicas. Uno termina el noticiero o se agota de hacer *scroll* desconcertado.

El relato posthumano de ensamblajes ayuda a comprender mejor las conexiones entre puntos; dilucidar formas, sentidos. Además, contribu-

ye a integrar narrativas en las que los humanos encontremos un espacio de interconexión, de revinculación con nuestro entorno. Por todo lo que estamos argumentando, un periodismo posthumano se suma a aquella «ingenua ambición» que remarcaba Bennett: la de integrar a los animales, plantas y a las cosas en un sentido amplio. Esa integración es, en realidad, un ejercicio último de democracia y humanidad. Podemos imaginar un mundo en el que el periodismo nos ayude a encontrar esas vinculaciones, en el que recompongamos una imagen entendible. Es un primer cambio en el sentido que el posthumanismo incorpora en su programa, una conexión con existencias otras-que-humanas. Ya hemos empezado a desarrollar una sensibilidad a otras —a los árboles y a las plantas— y pronto valoraremos aún más los suelos y las tierras, los minerales y las composiciones geológicas, ya que sin suelo no hay vida en el planeta.

Estamos ante una realidad híbrida y de agentes que interactúan de forma inexorable. Imaginemos cómo podemos explicar las historias del coral, cuyos pólipos forman colonias de vastas extensiones cuyo futuro está en peligro por culpa del cambio climático (Europa Press 2024); centrémonos en los impactos que una guerra tiene en los bosques y los acuíferos, efectos que tendrán consecuencias no solo en el momento de la barbarie sino durante muchos años más tarde para todas las personas y animales que allí habitan (CREAF, 2024); indagemos en cómo los microplásticos han entrado en la cadena trófica y cómo se han aliado con gambas, lenguados y sardinas para llegar a nosotros (IEO, 2024).

El periodismo posthumano plantea al fin abandonar los postulados de la modernidad —el trabajo incesante e improductivo de separar lo humano de lo no-humano, lo cultural de lo natural, lo científico de lo social. Por mucho que nos empeñemos en ver la naturaleza separada de la cultura, lo humano diferente de lo tecnológico, la sociedad como un tema o ámbito, o disciplina, la práctica y la experiencia nos llevan a evidenciar lo contrario. Buena parte de los bosques actuales son una mezcla de naturaleza y prácticas socioculturales, producto de incendios—muchos provocados para la creación de pastos—, usos de materia prima. Los animales somos una mezcla entre naturaleza y cultura. Dona Haraway (2016c [2003]) introdujo el concepto de especies naturculturales y con él reflexiona sobre los mastines del Pirineo. Su perspectiva tiene en cuenta no solo la historia de cómo estas razas de perros tomaron la forma actual, sino también de las relaciones con los sistemas económicos, la ganadería y las migraciones

humanas, en una historia personal, una cuasi-autoetnografía, que busca una reconexión inter-especie.

Otro ejemplo de esa perspectiva se ofrece desde el Institute for Post-natural Studies, donde se han propuesto usar la noción de postnatural para referirse precisamente a hibridaciones entre lo creado por los humanos (plásticos, edificios, nanosensores) y lo que aporta la naturaleza (moluscos, arena, agua); el resultado es una realidad amalgamada de mundos otros-que-humanos. El periodismo posthumano se alía con estas alter-ontologías que han visto la superación de la naturaleza como un espacio separado de la cultura, un lugar que vivimos como puro y salvaje; «la tesis sería que, la naturaleza, pese a ser válida conceptualmente, habría quedado obsoleta debido a nuestra creciente afectación sobre el medio durante el Antropoceno» (Alonso, Benito, y Otras 2024, 29). Este texto propone justamente que el concepto de postnatural sirva para cuestionar «quién o para quién» narramos, «a través de qué medios» materializamos esos mundos otros-que-humanos (Alonso, Benito, y Otras 2024, 30). No se me ocurre nada más cercano a la llamada, al requerimiento, al ya quizás inexorable movimiento, de un periodismo posthumano; uno atento a esos otros mundos y sensible a la evidencia de la extenuación de la sostenibilidad.

En general, el periodismo posthumano no es un periodismo a favor o en contra de la tecnología o de la «naturaleza», —hay que superar polarizaciones y mirar de entender el mundo como es. Es un periodismo no antropocéntrico consciente. Tomamos prestados esos conceptos del materialismo y del posthumanismo, como son agencias distribuidas y ensambladas, para dibujar una nueva forma de relatar el mundo. Muchos profesionales ya están poniendo en práctica esta visión holística, pero también cabe ir más allá del periodismo ambiental o de la ecología; las realidades ensambladas nos ofrecen una oportunidad de cambio narrativo que requiere en todo caso una aproximación ética.

Éticas de la agencia

El trabajo del periodismo es el trabajo de un relator que observa, pero en esa tarea hay una autoría distribuida. En la bifurcación que Bruno Latour hace entre intermediarios y mediadores, el profesional de los medios de comunicación toma el segundo rol: es un agente transformador de lo que explica. Las informaciones y las historias noticiables merecedoras de ser publicadas surgen del trabajo con las fuentes. Centrémonos en la metáfora que utilizamos para referirnos a estos agentes. Las fuentes son lugares de donde surge agua, que podemos canalizar. El agua circulaba por debajo de la superficie de la tierra, pero en algún lugar aflora, surge por accidentes físicos, grietas o filtraciones de terrenos porosos. Existen relatos infinitos en circulación en todo tipo de agentes, soportes físicos y que fluyen en conexiones. El periodismo solo es capaz de visualizar los que afloran en esos «accidentes». Normalmente ese periodismo se nutre de fuentes que bombean agua de manera mecánica, como pozos, en caudales inmensos, y que inundan todo de información y versiones de la realidad. Son máquinas corporativas y políticas, en su mayor medida, que tienen fuertes equipos humanos y recursos, infraestructuras, que no dejan de ofrecer volúmenes inasumibles, lo que en ciencias de la comunicación se conoce como una infoxicación.

El buen periodismo sabe discernir esas aguas —a menudo turbulentas— de otras que es capaz explorar y que hacen aflorar relatos que circulan por debajo de la superficie visible. El periodista es un zahorí. Reclama volver a ese trabajo de búsqueda. No solo busca aguas producidas por agencias humanas, organizaciones o corporaciones, individuos o gabinetes. Los actores son múltiples y el periodismo requiere ahora una ética de agencias distribuidas donde entran en juego ecosistemas biológicos y físicos, tecnologías y plantas, seres vivos y materias. Todo ello está transmitiendo una información que el periodismo traduce en relatos. Por ello, el profesional también debe convertirse en un trujamán: ¿cómo interpretar esas agencias?

Como indica Latour (2022, 97-99 [1991]), la semiología fracasa si no es capaz de coser naturalezas, sociedades y discursos. La incapacidad

de los estudiosos para relacionar naturaleza y cultura implica un fracaso. El postmodernismo, sigue Latour, leyó esa limitación, pero se limitó a aceptar esas existencias (naturaleza/sociedad/discurso) de forma autónoma, sin reconocerlas cosidas. El postmodernismo, en realidad, se limitó a evidenciar la confusión y la complejidad, a certificar el caos. Por eso el posthumanismo, como hemos indicado al principio, no se adscribe a ese postmodernismo. Para Latour, nunca llegamos a ser «modernos» en el sentido que nunca llegamos a aceptar la sociedad moderna como ese sistema agéntico de asociaciones: «Miren alrededor: los objetos científicos circulan como sujetos, objetos y discursos a la vez. Las redes están llenas de ser. En cuanto a las máquinas, están cargadas de sujetos y de colectivos» (Latour 2022, 101 [1991]). No fuimos modernos porque fuimos ciegos a ello. Gollin G. Brooke (2000, 779-80) hace de esto una interpretación interesante cuando afirma que para Latour —así como para Hayles— «el humanismo representa un ideal que no se ha realizado nunca del todo», mientras que el posthumanismo «ha estado siempre con nosotros»; por ello plantea que el posthumanismo no es nada nuevo sino simplemente un «reconocimiento».

Un circuito de cables y chips, por el que opera un código, genera una estadística que contiene datos en busca de un relato. Esa estadística la convertimos en una historia. El antropocentrismo sigue enrocado en la idea de que detrás de esos chips y lenguajes de programación solo hay agencias humanas. El «moderno» dirá que la estructura y la forma en cómo se ha diseñado el algoritmo determina completamente el resultado de la búsqueda, del dato y por lo tanto del relato. Pero podremos contrargumentar que ese algoritmo genera, por ejemplo, «alucinaciones», así como resultados inesperados o incluso indeseados, disfunciones, derivadas. ¿De dónde sale todo ello? IBM (2024) ofrecía una definición útil: «La alucinación de IA es un fenómeno en el que un modelo de lenguaje grande (LLM), a menudo un chatbot de IA generativo o una herramienta de visión por computadora, percibe patrones u objetos que son inexistentes o imperceptibles para los observadores humanos, creando resultados que no tienen sentido o son completamente inexactos». Algo «percibe» algo que existe para esa máquina, no para nosotros, y algo que «no tiene sentido» para los humanos, o que encontramos «inexacto» —siguiendo los parámetros que tenemos de «exactitud»—. En todo ello, parece razonable sospechar que se manifiesta una agencia más que humana.

En este juego de agencias también tendemos a descartar las propias fuerzas de las organizaciones, el agéntico organizacional. Así, los partidos políticos, las instituciones o cuerpos de seguridad, las empresas y corporaciones, los estados y organismos judiciales, todos esos agentes se constituyen como fuentes en las que se producen interconexiones tecnológicas, biológicas, psicológicas. En otros trabajos hemos puesto énfasis en que esas organizaciones son corpóreas (cuerpos y materias), mentales (psicológicas), proyectadas (comunicación y discurso) y pragmáticas (experimentadas) (Castelló 2019b); la semiología que fracasa —como decía Latour— es la que solo se encarga de la tercera dimensión (el discurso), lo que implica una incomprensión de las agencias distribuidas que operan en cualquier organización entendida como asociación, como sociedad.

Cuando el semáforo se pone en rojo el automatismo indica que los vehículos deben parar, pero entre los coches involucrados en el accidente uno «se saltó la indicación». Todas las señales organizadas en sociedad comunican y deben ser interpretadas. Aunque las fuentes periodísticas estén reservadas a individuos (por ejemplo, el conductor) u organizaciones de individuos (por ejemplo, el cuerpo de policía), operan todas esas fuentes en relación a un sistema tecnológico (de semáforos) con capacidad agéntica, un sistema biológico (el estrés del otro conductor que salió demasiado rápido cuando su semáforo cambió de color), un sistema físico (el pavimento resbaladizo por la lluvia acabada de caer, la pastilla de freno desgastada de un tercer coche), un sistema mentalizado de normas (códigos de circulación y morales sobre cómo se debe circular).

Sin embargo, en ese trabajo el periodismo no repara en los múltiples factores que operan en esos sistemas, más allá de los humanos constituidos como «fuentes legítimas». Los sistemas tecnológicos son los más evidentes. Por ejemplo, buena parte de los profesionales actuales están enganchados a las redes sociales desde donde siguen lo que emiten sus fuentes (los políticos, los famosos, las instituciones que publican materiales audiovisuales y textos). El periodista opera considerando esas fuentes como exclusivamente humanas, pero en realidad son mucho más que humanas. Además, en esas redes sociales operan algoritmos que visualizan o amagan, que mejoran imágenes, producen textos y usan otras fuentes de donde emanan otras historias. Lo que operan son de hecho ensamblajes, son partes de ese todo que es un medio y que a la vez ese medio es parte de ese todo que es

un sistema mediático, etc. Entonces, ¿qué respuesta obtendríamos si formuláramos la idea de que las fuentes no necesariamente son estrictamente humanas? Muchos empezarían a cambiar su semblante y considerar aquello que Jane Bennett advertía, que somos ingenuos o necios. En realidad, ya hemos incorporado un elemento no humano (el tecnológico) en esa ecuación. Hoy, la IA produce textos e imágenes, contenido que usan las oficinas de prensa y replican los medios. Los periodistas no pueden estar ya seguros de que las historias e imágenes que una organización o individuo pone a su disposición hayan sido generadas por un humano. Los sistemas de aprendizaje autónomo han cambiado la forma en cómo debemos tratar a esas máquinas también.

El periodismo posthumano debe plantear si no es el momento de sospechar del actual concepto de fuente informativa entonces. ¿Qué es una fuente informativa hoy? Los códigos deontológicos están actualizando la forma de interpretar el uso de la IA para aceptar su inclusión en el ensamblaje periodístico, como lo están haciendo las universidades y escuelas en el sistema científico y educativo, o los hospitales en el sistema sanitario, o como hemos dicho los cuerpos de seguridad o hasta en los ejércitos—los algoritmos han empezado a decidir por nosotros, los humanos, y el mundo sigue girando—. Insistamos, las fuentes, por lo tanto, ya no son *solo* humanas. El argumento de que detrás de cualquier tecnología existe un equipo de personas que la ha diseñado y que rige su operación es válido, pero no anula la agencia de esa tecnología que opera de forma autónoma. Existen sistemas independientes de nuestra capacidad y posibilidades —y esto es un ámbito que se desarrolla a marchas forzadas en los últimos años—; podemos como mínimo aceptar que la tecnología opera ensamblada con nuestra agencia. No todo depende de ella, pero tampoco de nosotros.

El chip cuántico Willow, diseñado por Google, puede resolver operaciones en cinco minutos que llevarían a una computadora actual un tiempo de diez cuatrillones de años (Vallance 2024). Willow —la primera antropomorfización es dar un nombre— hace muchas cosas ahora. ¿Qué significa todo esto para el periodismo? El periodismo posthumano deberá, más pronto que tarde, saber identificar que existen aguas de diversa densidad y origen: las hay que provienen de fuentes que surgen de organizaciones humanas, otras que no. Son signos y datos generados por sistemas ensamblados y que pueden ser objeto de interpretación, generan relatos, alucinan, perciben cosas que nosotros no percibimos, leen e interpretan,

escuchan y vigilan, crean arte, ficciones y realidades. Revisando este texto un colega periodista me explica que detectó un error en la respuesta de un chatbot de IA; tras diversas interacciones el periodista intenta que el sistema rectifique y admita el error. El sistema sin embargo insiste y no rectifica. ¿Quién está aquí al mando de esa afirmación? ¿Vamos a empezar a dudar de un hecho? El contexto actual requiere de una revisión profunda de los sistemas de verificación y de una observación ética reforzada.

El periodismo posthumano va más allá de este paso tecnológico que podríamos tildar de transhumano. Lo hace para ampliar el sistema agén-tico a los seres vivos y a las materialidades. Pero ¿cómo podríamos decir que esas existencias son una fuente periodística? Cuando una periodista escribió hace poco una historia sobre las cucarachas y el incremento de su resistencia a los insecticidas, así como su presencia más temprana en las ciudades debido a las altas temperaturas, las fuentes fueron los científicos que estudian a estos animales y las asociaciones de empresas de prevención de plagas (Barceló 2024). Nadie espera que los periodistas pregunten a esas cucarachas cómo están resistiendo los insecticidas, cómo se han adaptado al incremento de la temperatura del asfalto y el subsuelo urbano, etc. La cucaracha no parece articular un relato para los periodistas. Pero de ese animal emanan datos e informaciones, su complejidad es tan o más sofisticada que cualquier chip que podamos construir.

Simplemente, nos resistimos a aceptar nuestra limitación y negamos otras agencias, negamos su ser-como-agente. Los periodistas interpretaran los datos que se desprenden de su fisionomía y comportamiento a través de la traducción de agentes humanos especializados en tratar con ellos: los biólogos, por ejemplo. La ciencia tiende asimismo a simplificar. Por suerte, los científicos han empezado a abrir sus perspectivas, incorporando preguntas que, aunque a menudo tienden a la antropomorfización, dan cuenta de que cultura y naturaleza se diluyen: como indicaban Deleuze y Guattari (1988, 242 [1980]), «las relaciones de los animales entre sí no solo son objeto de ciencia, sino también objeto de sueño, objeto de simbolismo, objeto de arte o de poesía, objeto de práctica y utilización práctica». Por lo que respecta al periodismo, no solo reporta sobre datos científicos, también es relato literario y espacio donde compartimos imaginarios, utopías, ilusiones.

El periodismo se ha servido de esos agentes para trasladar una interpretación de las «especies» no humanas: sobre todo a través de los científicos. Estas son las fuentes homologadas, las que son fiables, creíbles.

Una conversación con una cucaracha podría ofrecer un texto ocurrente, literariamente valioso, original e incluso genial. Pudiera ser publicado en un periódico, pero por lo general no va a ser considerado una información fiable. Un ejercicio de creatividad literaria con valor periodístico, algo así como: «Conversación con una cucaracha sobre las medidas que el ayuntamiento ha implementado para acabar con su colonia». Una licencia de este tipo, en el que el profesional recrea un texto ficticio, tendría un valor más allá de los *hechos-nodo*, aunque quizás pudiéramos trabajar esa pieza con datos científicos y elementos factuales: el periodismo debe innovar. La verdad es que conocemos muy poco de vecinas tan cercanas y comunes como las cucarachas; la mayoría de la gente no sabe casi nada al respecto. Reaccionamos aplastándolas o huyendo tan pronto vemos uno de esos bichos que, aunque generan gran repulsión, no dejan de ser fascinantes criaturas de gran adaptación y resistencia. Entre ellas y nosotros fluyen historias compartidas como la novela de Franz Kafka sobre la transformación de Gregor Samsa. Que no haya conversación fluida con las cucarachas no significa que no existan interacciones, comunicación, al fin y al cabo.

Escuchar, aprender, contar

Desde sus inicios, la semiótica ha indagado sobre la capacidad de los sistemas biológicos para comunicarse. Marcelo Barbieri (2009) ha diseccionado bien como desde los años 60, diversos semióticos y lingüistas propusieron que los procesos de semiosis —creación de significados mediante signos— no responden a la separación entre naturaleza y cultura. De la conjunción de la biología y la semiótica nació la biosemiótica precisamente para estudiar estos procesos. Incrementó su interés tras el descubrimiento del código genético y las indagaciones sobre la idea de que las células, de facto, estén gobernadas por símbolos (atribuida a Howard Pattee). Hoy, seguimos usando la metáfora de que los genes contienen —y transmiten— la información necesaria para el desarrollo de esas células en un determinado orden. Barbieri explica que Thomas Sebeok fue el primer semiótico en aventurarse a afirmar que los animales operaban con sistemas de semiosis; la zoosemiosis conectó con las ideas de Jakob von Uexküll sobre la capacidad animal no-humana para comunicarse. Sebeok (1965) recompuso la zoosemiótica como un campo entre la semiótica y la etología que era necesario evolucionar para comprender no solo el surgimiento

del lenguaje sino los múltiples sistemas de comunicación que se dan más allá de la humanidad. La conjunción de esas perspectivas con la filosofía hermenéutica de autores como Martin Heidegger y Hans Georg Gadamer produjo, indica Barbieri (2009, 227), lo que Anton Markoš (2002) bautizó como semiótica hermenéutica.

¿En qué podría contribuir la semiótica hermenéutica al periodismo? En Anton Markoš encontramos una crítica a los que quieren reducir los procesos de semiosis a procesos científicos, de mecánica, información, códigos y datos. Sigue el argumento de Gadamer de que algunos ámbitos de nuestra experiencia siempre resistirán la objetivización (Markoš 2002, pos 259). Markoš (2002, pos 365) se apoya en Mahner y Bunge³² para desplegar una crítica sobre los reduccionismos materialistas. Contemplar el mundo biológico como una suma de partes físicamente interdependiente es desde este punto de vista un tipo de (micro)reduccionismo materialista: todo se puede reducir a una materia objetivamente analizable, describible a través del estudio de los átomos, las composiciones químicas, las reacciones y movimientos físicos. Lo contrario, el materialismo holístico es otro tipo de reduccionismo (macro), según Markoš: conocemos el mundo a través del conocimiento de la posición de las cosas en el mismo. El materialismo vital formaría parte de este macroreduccionismo. Por ello, para este autor se necesita una combinación del materialismo y los métodos científicos con los métodos hermenéuticos propios de las ciencias humanas. Un camino de en medio. La biología no sería solo una ciencia física, y los procesos de semiosis en torno a los seres vivos (humanos, animales) requerirían una aproximación interpretativa sobre su experiencia. «Esto, por supuesto, nos lleva fuera del reino de la ciencia natural estricta, con su lógica y metafísica declarada, y nos adentra en el reino de las narrativas, mitos» (Markoš 2002, pos 391). Markoš se pregunta cómo extraer significado de los «textos biológicos». Afirma que, si la hermenéutica es «el arte de entender», ese entendimiento se puede aplicar a un texto o a un código genético. Se trata por lo tanto de crear sentido a partir no de una «decodificación» automatizada, unívoca y objetiva, sino a partir de la comprensión y la capacidad de contextualizar ese texto.

32/ Mahner, M. y Bunge, M. (1997) *Foundations of biophilosophy*. Springer: Berlin.

Esto llevaría a conjeturar pronto que los animales comunican, que los humanos interpretemos solo a algunos —de un perro que ladra decimos, por ejemplo, que «está asustado»— no significa que esos seres nos hayan dicho nada en concreto, ni que los interpretemos bien, ni tan solo que lo que esos seres emiten tenga nada que ver con lo que nosotros pensamos que comunican. Barbieri termina desplegando sus argumentos sobre la escuela de la biosemiótica hermenéutica de Anton Markoš, quien sostiene que la capacidad creativa se extiende a todos los seres vivos. De los trabajos de ambos (Barbieri y Markoš), y los avances de diversos autores, apareció una biosemiótica más unificada hace unos veinte años (M. Barbieri 2009, 230). Esta escuela se diferencia de la pansemiótica o fisiosemiótica, que atribuye sistemas de semiosis en toda existencia o materia. ¿Sería este el último estadio de una semiosis posthumana?

Cuando planteamos que otros seres tienen capacidad de «contar historias» no nos referimos a conversar con los animales o con las plantas —aunque, curiosamente, muchas personas hablan con perros o silban respondiendo a los pájaros cuando arreglan el jardín—. Nos referirnos a una relación más compleja e igualitaria, una relación que implicaría ser capaces de interpretar las formas en que animales, plantas y objetos tienen de intercambiar y relacionarse con otros animales, plantas y objetos. Esa relación reconoce una comunicación que se expresa en sonidos, olores, pigmentaciones, texturas, secreciones, señales y signos que podemos o no podemos percibir desde nuestras limitaciones como humanos. En realidad, hemos considerado que la nuestra es una superespecie y que las limitaciones son las de los otros animales y sobre todo de las plantas. Esta sería una primera premisa para reconsiderar.

La etología ha avanzado en los últimos años para entender a otros seres. Por ejemplo, hablando de las cucarachas, estos animales son más resistentes que nosotros al ayuno o a la falta de agua. Además, tienen una organización específica y toman decisiones de forma colectiva. Se comunican mediante secreciones químicas y contactos táctiles; cuando se enfrentan a recursos escasos como un cobijo, intercambian información y se dividen en grupos —por lo que parece que la lógica colaborativa es más fuerte que la competitiva—; para entenderlo con nuestros parámetros, se ha afirmado que «viven en democracia» (Viegas 2019). Pero no solo eso, estudios recientes han comprobado que las cucarachas pueden coordinarse con robots, con diminutas máquinas, con no-cucarachas. De manera que se ha visto que esos robots

cooperan con los bichos y viceversa. Este estudio, publicado en *Nature*, llegó a la conclusión de que «las sociedades animales podrían ser uno de los sistemas biológicos en los que artefactos autónomos cooperan con individuos vivos para resolver problemas» (Halloy et al. 2007, 1158). Sin un sistema de comunicación este tipo de organización no funcionaría. Pensar que estos avances científicos se han encontrado con una investigación concreta con cucarachas estremece. Estamos en los albores de entender las complejidades y fascinantes historias que hay detrás de los organismos y seres no-humanos.

En agosto de 2021 un grupo de científicos tuvo un contacto exitoso con las ballenas en las que los humanos «conversaron» con un ejemplar en Alaska. Fue un intercambio de sonidos durante veinte minutos en los que Twain —así llamaron al ejemplar de ballena jorobada— y los científicos pudieron mantener una «interacción acústica (y de comportamiento) humano-ballena» (McCowan et al. 2023). Algunas de las piezas periodísticas que cubren este tipo de hechos-nodo explican que los científicos están «aprendiendo a hablar ballena» (eg. Latham, 2024) y que esta y otras experiencias son los primeros pasos de comunicación con una inteligencia no-humana. El periodismo posthumano está ya en práctica. Este tipo de piezas en las que se empiezan a utilizar verbos que subvierten el antropocentrismo —aunque sea mediante el antropomorfismo— implica un cambio. Aún no sabemos qué dijo la ballena, pero la interpretación de sus «palabras» llevaron a los científicos a determinar un momento de acercamiento o saludo, uno de agitación y uno de alejamiento o despedida. ¿Podiera ser esta la primera «declaración» de un animal registrada científicamente? ¿Podremos citar periodísticamente en el futuro a las ballenas de alguna forma? Los científicos trabajan ahora utilizando bases de datos y procesando con potentes sistemas de IA; quizás puedan hacer posible convertir las «conversaciones» en conversaciones. Los científicos manejan miles de sonidos de ballenas y equipos multidisciplinares de biólogos, lingüistas, informáticos, expertos en AI, de las universidades y centros de investigación más importantes del mundo (Barkham 2022).

No es una locura afirmar que algún día podremos sacar algún tipo de significado de todo ello. Tom Muskill (2022) escribió un ensayo al respecto, tras experimentar cómo una ballena jorobada saltaba por encima de su cabeza sin llegar a aplastarlo. Se pregunta qué pasará cuando podamos entender lo que dicen los animales y cómo podría esto cambiar la forma de organizarnos. Muskill explica sobre los avances para entender a

los cetáceos, pero también los experimentos con primates, aves o roedores son prometedores. Estamos empezando a descodificar la comunicación otra-que-humana y lo que tienen que decir todas las criaturas que nos rodean es mucho. Nos lo están diciendo desde hace tiempo, pero no las escuchamos.

Hasta el momento la forma que tenemos de conectar con animales, plantas y cosas es una interpretación basada en comunicación no verbal (sonidos, gestos, miradas, movimientos, colores, olores). Nos guiamos en base a unas sensaciones y presencias en contacto con esas existencias. Los saberes ancestrales llevaron esas interpretaciones a la elaboración de cosmologías, mitos y creencias, sobre las que se asentaron organizaciones sociales en las que no solo se ordenaban las relaciones humanas. Esas sociedades, o asociaciones, eran más amplias y no tan antropocéntricas. El conocimiento científico descartó todo lo que no fuera empíricamente válido y se perfeccionaron técnicas de producción de alimentos, sanación de personas y animales, y comprensión del mundo físico. En contrapartida, las epistemologías nativas que interpretaron su entorno y dieron un sentido a los lugares, las plantas y los animales, fueron devaluadas a meras supersticiones. Sin embargo, por el camino hemos perdido también una comprensión más profunda de los mensajes que expresa nuestro entorno y hemos descartado la posibilidad de existencias conscientes no-humanas, como también hemos limitado nuestra capacidad empática transespecie y no pensamos en el contexto y realidad en la que vive cada existencia, en su *umwelt*. Hoy vivimos un cambio de perspectivas y aproximaciones; se intuyen avances.

En nuestro lenguaje persistió una comprensión del mundo más holística. Por ejemplo, cuando vemos un bosque seco, que técnicamente tan solo indica una falta de humedad, podemos entender como las hojas caen o se retuercen quemadas por el sol. Son indicios que basan la evidencia técnica que un ingeniero puede medir. Pero en nuestro día a día, en nuestra experiencia, decimos que el bosque «está triste». Incluso a nivel técnico hablamos de un «estrés hídrico». Ocurre todo lo contrario cuando llueve, todo reverdece y los arroyos bajan llenos de agua y de vida: el bosque «está alegre». Nada en la ciencia justifica el uso de esas expresiones que caen en el antropomorfismo ineludible.

Es en esa experiencia en primera persona, en los lugares y espacios, donde percibimos que la lógica del construccionismo social es incompleta. El

dualismo (objeto-idea) se muestra a sí mismo limitado. Si bien hemos visto que los objetos y existencias diversas interactúan, el construccionismo social solo considera un interaccionismo humano como mecanismo capaz de generar sentido. Es por ello por lo que, desde un punto de vista teórico, necesitamos volver un poco hacia atrás —tal y como sugería la flecha pintada en el olivo del que habla el resumen de este libro—. El periodismo sobre el mundo rural es uno de los ámbitos que más claramente requiere tomar esta perspectiva posthumana puesto que la ruralidad siempre fue un espacio de agencias más-que-humanas en conexión e interdependencia. Su comprensión requiere práctica y encuerpamiento. El periodismo posthumano opera mediante una perspectiva pragmática.

El pragmatismo fue una escuela filosófica que puso en valor la práctica humana como vector para generar conocimiento sobre nuestro mundo. John Dewey fue uno de los fundadores de esa visión, junto al semiótico y matemático Charles Sanders Peirce y al psicólogo William James. Dewey dedicó buena parte de sus esfuerzos a la pedagogía y fue un promotor de ideas progresistas para su época que veían en la experiencia la mejor manera de educar a los niños; la filosofía del *learning by doing* tiene las bases en esas ideas. Fomentó que los niños participaran en salidas al campo, tuvieran tiempo de experimentar con materiales, supieran plantar y observar el crecimiento de los vegetales; esa era la mejor forma de aprender.

Discusiones recientes sobre el legado de Dewey han propuesto que este primer pragmatismo contuvo el reconocimiento de una agencia propia para los seres no-humanos. Conocer implicaría una relación material con el mundo. Forma parte de los teóricos que consideraban que el ser y el hacer no estarían separados, la ontología y la epistemología (las existencias y sus conocimientos) irían entonces unidas. Algunos de los autores que recientemente han interpretado sus teorías, como Jane Bennett (2022 [2010]) o Daniel Richards (2019), sostienen además que la filosofía de Dewey ya concibió la posibilidad de que entidades no humanas formen parte de procesos de «acción conjunta», a veces a través de agencias diminutas. Richards pone el ejemplo de los gusanos que fabrican el compost en los campos: su acción «mínima» se alía con la del agricultor para obtener una exitosa cosecha. En este sentido, en nuestra interacción con animales y cosas los agentes sobre los que afectamos no son solo públicos pasivos. La consideración de su teoría de los públicos ya habría integrado una

semilla de que en los públicos no-humanos emerge un poder perpetrado por agentes de acción conjunta que impactan en otras acciones y generan públicos activos: en ese sentido los públicos emergen «con su capacidad de producir efectos y afectar para resolver un determinado problema en cuestión» (Richards 2019, 390-91).

Bennett (2022, 222 [2010]) ofrece una interpretación de esta visión de los públicos como un «cúmulo de cuerpos dañados por las acciones de otros cuerpos» y aunque reconoce aún un antropocentrismo en ese pragmatismo inicial, señala que este foco en la acción, los públicos contingentes y en la corporeidad marca un acercamiento al posthumanismo. Con todo ello, el vitalismo de Bennett (2022, 226 [2010]) no pretende igualar ontológicamente en una tabla rasa a humanos y no-humanos sino conseguir «un cuerpo social con más canales de comunicación entre sus miembros». La misma filósofa reconoce que esto es verdaderamente complejo cuando los intercambios de los miembros de esos públicos no son lingüísticos. Podrían bien ser los sonidos de las ballenas o la caída de toda una población de árboles que habitaba una ladera. ¿Cómo puede entonces el periodismo interpretar esos intercambios que parecen ciegos a la comunicación? Esto es un reto que hay que abordar en el futuro.

El pragmatismo ofrece una perspectiva potente para interpretar ese mundo que cambia. Pero el método de observar, escuchar y aprender requiere una exposición física al medio, al lugar donde pasan las cosas; y esto se está perdiendo en el periodismo. El periodismo posthumano reclama entonces la necesidad de volver a las calles, de volver a confiar en los sentidos e interpretaciones de los periodistas, de revalorizar su experiencia como acto válido. Esto está en crisis. Para superarla, en el ámbito del periodismo rural, una de las primeras recomendaciones fruto de nuestro trabajo en el proyecto de investigación sobre imaginarios del rural que coordiné desde la Universitat Rovira i Virgili, fue la necesidad de volver a pisar el terreno, de desplazarse a los sitios. En ese compendio de recomendaciones proponemos que «la fidelidad se consigue visitando los lugares, observando el contexto, hablando con las fuentes *in situ*» (AADD 2025, 6). En la ciudad, esta es una tarea relativamente sencilla, pero en lugares remotos, en sitios donde hay pocas conexiones, este requerimiento es más complejo. Recomendamos también incorporar fuentes y voces de la ruralidad, así como evitar miradas urbanocéntricas (casi siempre también antropocéntricas). En los procesos creativos, propusimos contar con

los autores, artistas y periodistas locales y rurales, para así tener un impacto positivo en los lugares.

Observar y escuchar no equivale a grabar. Cuando empecé en los años noventa a ejercer la profesión en una redacción local recuerdo que era suficiente ir a un lugar, tomar notas de lo que había dicho el político o el escritor, asistir al acto de inauguración o presentación, calcular las personas asistentes, para volver a la redacción con unas líneas esbozadas en ese cuaderno. La grabadora ya se usaba, pero era una herramienta más bien indicada para reportajes complejos y en profundidad, o reservada para temas complicados o extensos, problemas judiciales, etc. La mayoría de las historias comunes, incluso las entrevistas, se redactaban en base a la experiencia, usando papel y lápiz. En la redacción nadie te exigía las grabaciones tras una rueda de prensa o una breve entrevista —a no ser que como digo estuvieras trabajando en un tema complejo o con derivadas judiciales—. Unas notas sobre el terreno eran la clave. La frase anotada se reproducía literal en el periódico. Hoy el periodismo trabaja a golpe de grabación. Pocos toman notas y observan, se preocupan de que todo quede grabado, eso sí. En las redacciones, sin embargo, parece existir más desconfianza en el profesional y su experiencia, también en su capacidad interpretativa y autorial. El periodismo posthumano reclama de forma acuciante devolver esa confianza al profesional.

La experiencia física de los cuerpos es relevante. Dewey pone énfasis en el papel del cuerpo en la producción de significado, lo que permite afirmar con más rotundidad que aquél fue un camino hacia las posiciones posthumanas que aquí estamos trabajando (Guernsey 2017). En base a las ideas que el autor propuso, como la de que el lenguaje extraverbal es también comunicación, el cuerpo pasa a formar parte de esa expresión. No solo el cuerpo humano es significativo sino también el de los animales y las plantas, cualquier cuerpo. En general, Dewey indicaba que todo lo que puede generar un significado a alguien que «lo entienda» sería un modo de lenguaje (Guernsey 2017, 251- 52). Para Paul Guernsey (2017, 255), Dewey propone que la experiencia vital, que es significativa, se realiza en un entorno en el que «los objetos son experimentados como de forma inmediata, tal cual (la comida, un paraguas roto, una mano, etc.)». En esa experiencia creamos sentido. No estando en esos lugares perdemos cantidad ingente de información de calidad y relevancia en las crónicas: todo lo que esos cuerpos y materialidades expresan se desvanece.

Por ejemplo, en la observación del arte, Dewey da por sentado que colores, formas y objetos transmiten un significado. «La experiencia es equivalente al arte» (Dewey en Guernsey 2017, 266), no en el sentido de «ser lo mismo» sino en el sentido de proceso. Es decir, de igual forma que decodificamos un cuadro o una pieza musical, o un baile, hacemos interpretaciones de las experiencias no-performativas (o bien podemos llegar a la conclusión de que toda experiencia es performativa). Por lo tanto, si en un paseo por el campo nos echamos sobre una alfombra de hierba, miramos hacia el cielo observando las ramas de un gran pino, y escuchamos el canto de un pájaro, esa experiencia puede ser significativa para nosotros. Esa situación, nuestro cuerpo en contacto con la hierba, nuestra visión de las hojas verdes, el oído que escucha el canto, todo ello, nos ha transmitido una sensación, un sentimiento, quizás una memoria, un significado de tranquilidad, de felicidad, quizás de dicha. Nos «ha dicho» algo. Quien configura esa situación es la experiencia misma. No es el cuadro de un artista que la ha dibujado o la escena de una película que, paradójica, aceptamos que nos «dice cosas», sino el momento en sí experimentado el que nos brinda un significado. Por otra parte, podemos considerar el reverdecer de las hojas o el canto del pájaro como formas performativas no-humanas. El periodismo posthumano está atento a las indagaciones sobre el encuerpamiento³³ como método exploratorio de ese rango de actos comunicativos.

En 2023, mientras avanzaba en investigaciones sobre periodismo rural, indagué sobre esta cuestión caminando por los campos y reflexionando sobre el significado del paisaje. En lo rural aparecían elementos en composición: árboles dispuestos, construcciones de piedra, pintadas o señales en troncos y paredes, delimitaciones. Todo empezó un día ante la flecha pintada en un olivo centenario. Indicaba o parecía señalar que retrocediera. En un ejercicio hermenéutico me apropié de esos elementos para darles un significado específico: las limitaciones, el orden, la armonía, el caos. Ese paisaje había significado algo para mí, esas piedras dispuestas, así como los árboles en las *antaras*³⁴ o las paredes rehechas por parte de los

33/ El concepto de *embodiment* no tiene una traducción exitosa en castellano. Si bien los diccionarios abocan la solución de «encarnación», esta noción no transmite los usos que se hacen del mismo en el terreno de las humanidades, el arte y la filosofía. Encuerpamiento refleja mejor ese sentido.

34/ Línea de olivos que delimita un campo, normalmente plantada en los márgenes.

agricultores explicaban usos, historias. Eran producto además de agentes dispares. La ruralidad no solo es un constructo social producto de las representaciones en la cultura o en los medios, sino que se develó como un sistema de ensamblajes entre humanos y no-humanos en el que tomamos conciencia de una realidad y de unas materialidades que escapaban de las formulaciones que podemos hacer sobre ellas (Castelló 2024b). Toda esa experiencia fue el germen de mis indagaciones sobre la necesidad de un periodismo posthumano. Pero ¿cómo leer todo esto?

La ciencia es la forma más ajustada que hemos conseguido de conocer el mundo, pero no ha sido la única, ni lo será. Incluso si los cambios de color o las direcciones de parte de un cuerpo material pueden ser interpretados como signos, podemos aún ampliar más la hermenéutica de las conexiones no-humanas. Si decimos que un árbol «dice cosas» el cientista se lo tomará como una metáfora; si insistimos un poco pensará que seguimos una especie de animismo. En ese «decir cosas» es evidente que el árbol no nos está hablando, ni escuchamos voces, pero sí que podemos percibir o entender algo en base a su forma, a cómo han crecido sus raíces buscando la humedad, incluso nos puede ayudar a decidir sobre nuestra vida; sus ramas buscando el sol nos pueden hacer entender algo de la vida. El periodismo forma parte también de las humanidades, de la música, del cine, de la literatura, por supuesto. Si bien hay un periodismo informativo que no va a afirmar que «los árboles hablan», no hay ningún problema en escribir un artículo sobre lo que «nos dicen» los árboles, que son muchas cosas —por ejemplo, que falta agua o que la lluvia está contaminada.

Laurent Tillon (2024) ha escrito un admirable libro sobre un roble. Es un texto entre la ciencia, la historia, el pensamiento y también el periodismo. Estos híbridos son los propios del posthumanismo. En su historia, *Quercus*, el roble, padece, teme, pone esperanzas, establece alianzas, es engañado, disfruta, apoya. Por supuesto, el autor se sirve de una antropomorfización, pero es a través de su relato —en el que se mezclan datos, descubrimientos y especulaciones— que entendemos los ensamblajes entre conocimiento y materialidades. Son obras, estas, las que mejor relatan los hilos de ese continuo naturaleza y cultura. Por otra parte, incluso los físicos y matemáticos más respetados han sabido ver en la especulación, en la fabulación o en lo inexplicable un valor intrínseco para su trabajo. No todo se explica por y mediante la Ciencia; las ciencias son el relato más

seguro, el mejor que tenemos para entender ese caos, pero no es infalible ni totalizador de la realidad.

El periodismo no opera solo a nivel científico, *relata hechos-nodo*, su tarea es genuinamente hermenéutica, interpretativa. Su aproximación a los fenómenos que observa es un conocimiento en base a la interpretación de hechos vistos, percibidos, escuchados. Y eso se puede aplicar ante un accidente aéreo, ante un incendio forestal, ante una plaga en un cultivo o ante una pandemia. Las fuentes científicas son necesarias: peritos, médicos, ingenieros, físicos. Pero el ensamblaje de esos conocimientos, con las observaciones, sensaciones, intuiciones, valores morales y éticos, en conjunto, con sus interpretaciones, requiere de un ejercicio interpretativo profundo. El periodismo no (solo) es un citar lo que dicen las fuentes fiables, no (solo) es un describir denotativamente lo que ocurre ante la cámara, no (solo) es replicar los hechos «tal y como suceden»; es todo eso interpretado, ensamblado con un *background* (una historia anterior), filtrado por las proyecciones a futuro (probabilidades de que sucedan cosas), significado por el contexto en qué sucede (lugares, momentos, prácticas, experiencias). Se trata de superar el descuartizamiento de los acontecimientos (en *posts*, en *reels*, en frases cortas), descontextualizando y buscando impactos (tráfico, atenciones), sin poner atención suficiente. Planteo explorar mejor ese camino de en medio, hermenéutico, y atender mejor a los enlaces para generar nuevas narrativas del mundo que permitan transformaciones en positivo.

Fake is fake

Quizás la noción de construcción social de la realidad que introducimos en los estudios de periodismo tiene algo que ver con el hecho de que sospechemos de nuestra experiencia física, de lo que oímos, vemos y olemos directamente. El hecho de que lo estoy escuchando en una aplicación en el móvil da más certidumbre que el hecho de estar escuchando en directo. El proceso escucha directa-transcripción se sustituye por escucha mediatizada-transcripción. Mientras graban en directo, algunos no escuchan. Como ya grabamos ya escucharemos, no a la persona directamente sino al móvil, el archivo allí donde lo reproduzcamos. El fenómeno se da también en conciertos y acontecimientos en directo: miles de personas no miran directamente al escenario, sino que interponen su móvil (que graba) y mi-

ran la imagen que aparece en aquella pantalla. La experiencia del concierto es veraz en tanto que nos llega por la pantalla de móvil: la «autenticidad» la da la pantalla. No es solo como decimos una seguridad de «tenerlo grabado», estamos ante una (in)certidumbre de orden ontológico: «es» porque lo escucho-veo-mediante una tecnología, un ordenador, una pantalla. Es el «mediante» lo que le da calidad de «ser». Vivimos en un mundo de «ser-mediante». Hemos invertido la experiencia ontológica, de lo que es: antes se desconfiaba de algo grabado, hoy se desconfía de alguien que te dice algo cara a cara que no ha grabado.

El paradigma construccionista en el ámbito de la comunicación es común y tiene un carácter antropocéntrico. Ese paradigma se explica en las facultades de comunicación y periodismo —en el ámbito estatal, además, fue muy aceptado y poco problematizado—. Los medios de comunicación son mecanismos de ese consenso social; divulgan y legitiman a otras instituciones como los gobiernos, la universidad, los hospitales, etc. Siguiendo la crítica de Bruno Latour (2005, 90), un problema vino cuando el concepto de «construcción» social se asimiló a que «lo construido» no era equiparable a «lo real», o bien, si algo era construido eso le quitaba estatus de realidad.

No hay duda de que esa idea del construccionismo fue mal interpretada. El afirmar que la «realidad social» es construida no desacredita dicha construcción. Ese construccionismo problematizó los procesos de esencialización de los objetos y conceptos sociales. Los analistas y estudiosos, incluido el que escribe, lo utilizamos para des-fetichizar lo que en el «sentido común» eran objetos de estudio como las identidades, las memorias, los conflictos colectivos, etc. Aquí, Rosi Braidotti (2022) argumenta que en el ecofeminismo encontramos posiciones pioneras que problematizaron el construccionismo dominante en las teorías sociales y del poder de las representaciones. Sin embargo, el construccionismo aportó y sigue aportando una perspectiva necesaria en muchos ámbitos sociopolíticos, y no deja de ser una mirada productiva y que alerta de los peligros que encarna el esencialismo.

El construccionismo funciona en el estudio del periodismo. Es necesario explicar esta perspectiva en las aulas y trasladar a los futuros profesionales de la comunicación que el uso que hacen de las palabras y los conceptos —como aplican el léxico, las metáforas, etc.—, las prácticas que desarrollan con las fuentes —a quien entrevistan, en qué orden, en qué lugares,

etc.—, y como presentan esos relatos —qué estética usan, músicas, colores, géneros—, todo ello «construye una realidad social». Es de esta forma que transmitimos la responsabilidad profesional. Gracias a esa concienciación, el periodismo ha reforzado las democracias. Por mucho que un ideario propugne que el periodismo ha de estar ausente del debate político, que ha de ser un «taquígrafo de la realidad», la verdad es que el periodismo ha estado activo en los debates sobre las violencias contra los trabajadores, contra las minorías étnicas, contra las mujeres, contra los homosexuales, contra los migrantes. Esas violencias estructurales son reales, aunque se hayan construido socialmente. Esas violencias solo eran visibles para los que las padecían; son reconocidas y se han aplicado mecanismos para prevenirlas y políticas para actuar contra quiénes las ejercen y proteger a las personas que las padecen. El periodismo contribuyó a ganar libertades y justicia social; esa era también su función, fortalecer las democracias.

Sin embargo, el construccionismo tuvo contrapartidas y hoy es usado por todos. Determinados sectores académicos, políticos y sociales entendieron: si la realidad social es construida, podemos constituir la mediante acción comunicativa, recursos y leyes. Técnicamente es así, pero es una lectura relativista del construccionismo. El argumento de que todo es relativo y que depende del cristal cómo se mire (si la realidad no te gusta la cambias, que la realidad no te desmonte un buen titular, etc.), es hoy tristemente común. La disposición de herramientas tecnológicas avanzadas (bots, vigilancia masiva de datos, ahora inteligencia artificial) hace más cruenta esa «batalla constructora» en la que el periodismo opera. En realidad, se basa en técnicas antiguas de propaganda, desinformación, falsedad, infoxicación y sesgos, con nuevos lenguajes, tecnologías y alcances. Con recursos y dispositivos tecnológicos a mansalva, se crea confusión sobre los consensos establecidos y esa confusión crea réditos a quiénes están interesados en interferir, a quienes ven en la cultura un campo de batalla. A diversos niveles, y viendo el problema que esto genera en los sistemas democráticos, se han ido poniendo límites a determinadas prácticas. La Comisión Europea (2022) aprobó un Código de Prácticas contra la Desinformación en el que se exige que se dejen de subvencionar y poner publicidad en medios que incurran en la desinformación y difundan noticias falsas. Se exigen comités de verificación y medidas de transparencia al respecto. Estas directrices se han comenzado a adaptar a las legislaciones, como en el caso español (Consejo de Ministros, 2024).

Desde un punto de vista periodístico, la diferenciación entre cierto y falso es esencial. El actual panorama de posverdad, realidades alternativas, falsedades, pseudociencias, etc., pide a gritos una reforzada rigurosidad profesional. Renée DiResta (2024) ha cartografiado como grupos políticos y de poder han ido conformando realidades paralelas con gran impacto en la opinión pública norteamericana —lo mismo funcionaría en otras latitudes— en procesos de polarización, circulación de rumores —a través de molinos de rumores (*rumor mills*)—, y mecanismos que fabrican cortinas de humo, teorías conspiranoicas, etc. Víctor Sampedro nombraba sin ambages la existencia de una «realidad basura», generada por algoritmos al servicio de poderes políticos populistas y corporaciones, y ante la mentira, la calumnia, el barro, el enmascaramiento, y las mil y una estrategias de ocultación y enmarcación. Reconocer esa realidad tan evidente duele, es el primer paso para apelar a la responsabilidad; como comentaba Sampedro (2018, 192), reconocer la «función social» de un medio es una garantía para poner coto a la mentira y la mera estrategia comercial. Esa función social está claramente conectada con una «función relacional».

Existe una creciente cantidad de personas que viven esas falsedades como «verdades», esas ficciones como sus realidades, o incluso a las que no les importa el grado de falsedad o de certitud de los hechos. El periodismo posthumano debe ser simple y llano en ese sentido: el falseamiento es un mecanismo, una forma de relación con esa realidad en la que ahora ya operan algoritmos, generadores de contenido inteligentes y robots, y de la que el periodismo contemporáneo forma parte. Ver lo evidente, identificar lo presente, tocar lo existente, volver a lo básico, obtener el dato. Solo entonces podemos interpretar y relatar. El periodismo posthumano se desmarca del relativismo. Si bien acepta que determinadas realidades sociales son consensuales, legitimadas en prácticas de interacción social, es una praxis profesional consciente de las limitaciones de esa construcción. Además, entiende que hay existencias más-que-humanas, sociedades no-humanas y materialidades agénticas, así como lugares y objetos que no conocemos aún o que nunca conoceremos. El periodismo conducido por la *ideología* contribuye a un desastre medioambiental, de gestión, político, social (en el sentido asociativo). El periodismo conducido por el *hecho-nodo* y su sistema de relaciones es urgente.

Con el periodismo posthumano necesitamos un construccionismo matizado, débil, permeable a un materialismo no-esencialista. Es más,

estamos hasta obligados a que esto sea posible. ¿Hasta cuándo y dónde deberemos si no aceptar los negacionismos del cambio climático mientras las temperaturas siguen desbocadas, los glaciares se deshacen y los mares siguen subiendo? Hay evidencias científicas que están siendo cuestionadas por esa construcción de realidades alternativas, de hechos fabricados. Quizás como indicó Tomás Ibáñez (2001), el construccionismo proporcionará herramientas para la disidencia, pero hay que preguntarse quiénes son esos «disidentes», cuál es su programa. Hoy las fuerzas que doblegan realidades mediante las técnicas del relato juegan más fuerte que nunca. Pueden ser disidentes de la democracia o del estado de bienestar. En ese espacio antidemocrático y antisocial no se ve lugar para un periodismo aceptable. Por mucho que haya profesionales que se autoproclaman «periodistas» en esos espacios, la propaganda es la propaganda, la falsedad es falsedad. Frente a eso, el periodismo posthumano toma una perspectiva de matices entre un construccionismo moderado —consciente de los poderes que ejercen las estructuras, una idea cercana al *habitus* de Bourdieu (1991) o al *potestas* de Braidotti (2020)— y un realismo matizado no-esencialista, incluso cierto materialismo vibrante (Bennett 2022), un espacio de intercambio con la experiencia y fisicidad. Ese espacio de operaciones es ideal para observar y explicar el mundo desde aquel pragmatismo de la experiencia.

El periodismo posthumano se mueve en los grises entre el hecho y la actitud vigilante. Esos espacios son los que pueden ser productivos para una profesión que tiene en su cometido explicar el mundo, construir un relato en base a referentes. Si bien le ataña una hermenéutica y una visión interpretativa de esa realidad, si bien el lenguaje y su praxis está en el centro de esa profesión de construcción de significados, el periodismo no puede «reducir» la realidad a esa práctica. No hay una esencia de esas cosas, tampoco el relato las hace ni las extingue.

Al respecto, Gilles Deleuze apuntaba esto en una entrevista:

«Durante mucho tiempo los conceptos han sido utilizados para determinar lo que una cosa es (esencia). Por el contrario, a nosotros nos interesan las circunstancias de las cosas —¿en qué caso? ¿dónde y cuándo? ¿cómo?, etc.—. Para nosotros el concepto debe decir el acontecimiento, no la cosa» (Deleuze 1995, 44).

El periodismo también va de eso, no trata tanto sobre la esencia de las cosas sino sobre las relaciones y las circunstancias en las que esas cosas se realizan. Relativizar fue útil para, por ejemplo, desmitificar el concepto de

«verdad» o el de «objetividad»; el periodismo no es una práctica que pueda existir en la absolutización. Sigue explicando esas circunstancias en las que los objetos se relacionan, interactúan y producen nuevas situaciones. El construccionismo social dirá que el lenguaje está aquí constituyendo el incendio o el accidente. El periodista posthumano está, sin embargo, trabajando sobre las circunstancias que llevan a afirmar los *hechos-nodo*; no debería presuponer, no debería prevaricar con «la verdad». Empalabrar ese acontecimiento no nos da carta blanca para decir que el relato «hace real» ese hecho. En palabras de Bruno Latour (2005, 111), en efecto no hay relación entre «ser real» y «ser indiscutible», por lo que en última instancia discutir sobre esa realidad forma parte de la profesión.

Los géneros son aquí herramientas indispensables. Hay que experimentar con ellos a la vez que hay que reconocer que siguen operando en una transmedialidad que no cesa. Por lo que respecta a los géneros informativo-interpretativos, la noticia continúa relatando hechos contrastados. Esos hechos son *hechos-nodo*, resultado de innumerables acciones y no de una causalidad sencilla. La brevedad y exigencia del género no permite desplegar el abanico de interacciones, pero sí operar con conciencia de esa agencia distribuida entre humanos, otros-que-humanos, tecnologías, materialidades. En explicar ese hecho como el producto de un sistema de agentes en relación, el periodismo debe identificar dichos agentes. Actúan como fuentes de información y como actores en el relato. Cuando se actúa se genera un acontecimiento, y esto lo puede hacer cualquier objeto existente, material e incluso inmaterial. Un agente es por tanto alguien o algo.

Pero vayamos más allá. El accidente de un autobús se puede resumir con un simple «Fue un error humano», pero en ese relato no podemos dejar atrás el cúmulo de aspectos que llevan al «error». Ya hemos visto que el accidente es un *hecho-nodo*, multifactorial, en el que, pongamos por caso, han intervenido otros agentes que requieren hablar de precariedad laboral que impide el suficiente descanso, el mal estado de la carretera rural por falta de inversión, un despiste ocasionado por un animal en la cuneta que quería cruzar la vía que no dispone de un corredor ecológico, etc. Es decir, el *hecho-nodo* pide cierta autopsia del acontecimiento. ¿Cuántas veces el periodista fue consciente de todo ello, pero impotente para explicarlo? ¿Cuántos volvieron cabizbajos a casa tras publicar algo que sabían que era mucho más complejo y que pedía más tiempo? ¿Cuántos descartaron esas

conexiones e hilos aún conscientes de su relevancia? ¿Cuántos dejaron la profesión frustrados por esas dinámicas de trabajo?

Todo ello requiere de más tiempo y el periodismo rápido y ajetreado reporta simplemente el «error humano» y no vislumbra mucho más allá. No puede o no tiene tiempo para ello. El relato puede tener a un humano como protagonista, o responsable (por ejemplo, el conductor se despistó), una materialidad (por ejemplo, el asfalto estaba en mal estado), o un animal no-humano (un jabalí que hizo el amago de invadir la calzada). Pero, por regla general, diversos agentes interactúan. Es un todo a la vez. La gran tarea del periodismo posthumano es encontrar el equilibrio de todos estos factores para elaborar un relato fiel a los hechos y equilibrado, con recursos limitados y bajo condicionantes específicos, que explique de forma sencilla esa complejidad. Creo que, de raíz, requiere de profesionales muy preparados. Por suerte, muchos buenos periodistas vuelven y, tras la noticia en caliente, nos regalan ese relato ensamblado que nos produce un *efecto develación*; un bálsamo de inestimable valor. Porque ahora entendemos ese todo a la vez, sin quitar responsabilidad a quiénes la tengan.

Pero ¿qué pasa cuando los agentes no son humanos? ¿Qué sucede cuando intervienen las tecnologías por ejemplo? Katherine Hayles (2022) ha teorizado que las agencias múltiples que interfieren en cualquier proceso que implica a humanos, no-humanos, tecnologías y máquinas son «ensamblajes cognitivos» en los que cabe preguntarse entonces «¿Quién está al cargo»? Las agencias distribuidas no deben diluir las responsabilidades éticas (y mucho menos legales) de los actos. Sin embargo, explica Hayles, las agencias dirigidas por datos (*data-driven agencies*) pueden estar socavando este tipo de responsabilidades, no solo por los mecanismos legales que las corporaciones ponen en marcha (como los *disclaimers* y aceptaciones a los que estamos constantemente sometidos), sino porque el sistema legal mismo es más incapaz de dar respuesta a la complejidad, la rapidez y la distribución de correlaciones, que en un sistema garantista democrático deben responder a los fundamentos del estado de derecho. La autora pide con urgencia el desarrollo de una ética al respecto y unos límites a la autonomía técnica que erosione una de humana (Hayles 2022, 1220). Estamos tan solo observando el alba de las consecuencias de la inteligencia artificial en las decisiones éticas; el periodismo será un espacio crucial para dirimir estos debates.

Granjas y devenires

Bruno Latour prefirió hablar de actante que de agente para referirse a actores humanos y no-humanos que hacen cosas en cadena, de forma simultánea y deslocalizada. Se forman en red: «Una línea de acciones en la que cada participante es tratado como un mediador en toda regla» (Latour 2005, 128). Es decir, ningún actor está sin hacer nada; todos son mediadores significa que todos son transformadores (no simples transmisores) de lo que acontece. Aunque ese esquema dibuja una ontología plana de las relaciones, el periodista, sin embargo, debe seleccionar los hilos que puede y merecen ser convertidos en relato. El peso. Es decir, ante el vertido tóxico de una industria en el río, el relato periodístico no puede poner al mismo nivel el actante que ordenó abrir la válvula que hizo posible que el veneno llegara al agua que la reacción química que provoca la muerte la fauna fluvial. Tampoco pone en el mismo nivel lo que explica el responsable de la empresa donde se produjo el vertido que la interpretación de lo que el periodista pueda observar en los peces agonizando en la orilla del río.

Esto ya lo advierte Jane Bennett (2022, 46) cuando remarca que al «aplanar» las existencias y verlas horizontalmente debemos entonces considerar un sistema vertical de jerarquías que explican el hecho. Hay jerarquías entre agencias, por lo tanto, fuerzas hegemónicas y fuerzas supeditadas; poder. Sigue en este argumento a John Frow (2001, 285), quien remarca que más que centrarnos en la oposición humanos-cosas, y en las dicotomías vivo-inerte, etc., nos debemos centrar mejor en la «cosidad» (*thingness*) de las cosas y el flujo de relaciones entre esas categorías. Aquí, las relaciones también establecen jerarquías. En el periodismo esas jerarquías se deben explicar puesto que forman parte del criterio de selección también: en la información sobre la caída del muro de una iglesia rural por un vendaval, no podemos informar sin tener en cuenta la falta de protección del edificio por parte de la autoridad competente. La culpa no es del viento, solo. El periodismo es ante todo un relato que evidencia las jerarquías. Todo ello no impide escribir una buena historia periodística sobre el pez que boquea en la orilla —si estaba desovando, por qué aún aletea, qué químicos lo están matando, afectando qué partes de su sistema nervioso—, o sobre el componente que está infestando el agua —cuál es su fórmula, de donde proceden los materiales que lo componen, dónde se fabrica y en qué condiciones, etc.—. A medida que nos preguntamos

sobre la cantidad de actantes en juego, vamos configurando un conocimiento mucho más amplio de cualquier *hecho-nodo*. El periodista es un relator de hilos jerarquizados, un visualizador de nudos.

El problema es que, en la práctica actual, el profesional no llega ni a visitar el lugar donde esos peces perecen; tiene pocos minutos para reproducir una nota de prensa que le ha llegado de una asociación ecologista, hablar con los agentes rurales, hacer una llamada telefónica a la empresa involucrada, recibir una información o una fotografía de un colaborador, montarlo todo y plasmarlo todo en su relato. El impacto del veneno en el animal y cómo este intentó sobrevivir buscando un flujo de agua, por ejemplo, es un hilo del *hecho-nodo* que no llegamos a saber y queda enterrado en las jerarquías. Ese agente animal, que podemos etiquetar como víctima, no juega el papel de fuente en ese relato. El lugar y las fuerzas que ese agente activa en todo el entramado son invisibles, indetectables en el hilo del acontecimiento narrado.

Sabemos poco de los animales, casi nada. Estamos integrándolos aún como agentes, más allá de como seres pacientes. Pero esto está cambiando. Las entidades no-humanas son hoy más reconocidas como agentes con derechos, incluso de autor. Spotify creó en abril de 2024 una lista de reproducción musical en la que la naturaleza recibe una parte de los derechos de autores que han utilizado sonidos del viento, cantos de pájaros, ladridos de perros, ritmos del agua, etc., y quieren compartir una parte de sus ingresos. El dinero recaudado, se explicaba en la nota, se revertería en causas medioambientales. Los medios reprodujeron que la naturaleza se había convertido en un músico y Spotify la presentó como *feat. Nature*, «Nature now officially an artist» (Savage 2024; Spotify 2024). Este tipo de iniciativas son relevantes para el cambio de paradigma.

Necesitamos lo que Jussi Parikka (2010, xiii) ha identificado como una tarea de traducción no tanto lingüística, al uso que los humanos entendemos la lengua, pero como una transposición capaz de transformar esos elementos científicos que están produciendo la biología, la etología o la entomología hacia la filosofía, las humanidades y la comunicación. Como indica este autor, también tenemos que reformular el concepto de «medios», en tanto que en la naturaleza y el reino animal contamos con infinidad de ejemplos de agentes que transmiten, que comunican, que registran informaciones, que se coordinan: «Los medios son una contracción de las fuerzas del mundo en entornos resonantes específicos: entornos internos con resonancia, entornos

externos que proporcionan sus ritmos como parte de la resonancia (Parikka 2010, xiv)». Así, el canto de una ballena sería un acto de comunicación en su medio marino, adaptado a su circunstancia, que utiliza cierto «lenguaje» (ondas acústicas a diversas intensidades), que comunica determinada información (localización de comida, un peligro).

La comunicación incluye aquí esas afectaciones hacia el entorno. Son las que como humanos debemos ser capaces de decodificar: una picadura de un mosquito o la tonificación de la piel con la espuma del agua salada del mar; el olor de las heces de los animales en las granjas o el aroma del campo de almendros floridos; el rebuzno del burro en la lejanía y el canto del jilguero en el camino: son nuestras maneras de percibir ese mundo. No se espera de nosotros una decodificación literal, sino una capacidad de apropiarnos de ese «texto» y ser capaz de «interpretarlo»: quizás sea una alarma por nuestra presencia, el canto para el apareamiento, el quejido de la madera doblegada por el viento. Nos hemos sentido por encima de esas expresiones que etiquetamos como desagradables o candorosamente bonitas, sin darles ningún tipo de relevancia cuando son, en sentido literal, vitales. Esas expresiones están ensambladas con el entorno, en un contexto, en un tiempo y lugar. Nuestro físico se adapta al espacio que puede ocupar o sentir, pero también al uso de tecnologías de conexión y transmisión (químicas, sonoras, visuales, eléctricas).

Esas expresiones son formas comunicativas, informaciones, elementos para tener en cuenta, cuyos «lenguajes» son particulares, indecodificables (no sabemos qué dice) pero interpretables (entiendo algo, como que está a gusto) —un proceso que desgaja el acto comunicativo de la transmisión e incorpora un entendimiento particular, como cuando alguien en lengua extranjera nos grita enfadado e interpretamos algo de su enfado—. Esas expresiones configuran culturas —tan milenarias o más como las humanas— que operan a niveles que hemos desechado pero que existen. Como sugería Yuval Noah Harari (2011), aunque solemos explicar la historia de la humanidad como la domesticación de otras «especies», quizás no seamos conscientes de que los humanos también somos «domesticados» por ellas. Harari explicaba como los humanos empezaron a asentarse en determinados lugares y a dejar de ser nómadas cazadores-recolectores cuando pudieron sembrar determinados cereales, como el trigo. Seleccionaron las mejores variedades y consiguieron una fuente de alimento que podían guardar y consumir. Ese cereal que se encontraba de forma dispersa y pun-

tual proliferó con los humanos que empezó a cultivarlo de forma masiva. Harari se pregunta: ¿domesticó entonces el hombre al trigo, o fue el trigo quien domesticó al hombre?

En 2024 se dio de alta el primer humano al que se le había trasplantado un riñón de cerdo modificado genéticamente —era la tercera prueba que se hacía—. El paciente murió unas semanas más tarde pero el hecho de que fuera dado de alta fue considerado un hito de la medicina (Jiménez 2024; Paura 2024). La modificación genética consigue reducir el riesgo de rechazo y ayuda a compatibilizar el órgano animal; la edición genética está progresando de forma exponencial y brinda esperanzas para las personas que esperan un riñón o un corazón. Ahora se están haciendo pruebas con hígados (Ansede 2025). Pronto los xenotransplantes pueden ser una forma de salvar vidas humanas. Pero también hay que pensar cómo se van a tratar a los animales para esto. Ya no solo criaremos animales para comerlos, para enfermarlos y aprovechar sus reacciones, sino también para trasplantar sus órganos. Ahora, un sistema está mapeando la cara de los cerdos para saber si están sanos y felices en China. Mediante las expresiones y gruñidos, la tecnología usa millones de datos y podría detectar ejemplares enfermos (Wee y Chen 2019). La tecnología puede ayudar a detectar patrones que presentan animales enfermos, lo que puede prevenir mortandad animal y humana. Ahora, sin embargo, asusta pensar que un día podamos interpretar qué «piensan» o qué «sienten» esos animales. La UE ha dictado nuevas normas de bienestar animal, pero en España se crían más de treinta millones de cerdos (Maté 2025). Con esa tecnología de ganadería inteligente o *smart farming*, ¿podremos identificar también lo que esos animales sienten?

La aplicación de las tecnologías forma parte de estas amalgamas bio-tecno que nos afectan. Implantar chips a perros y gatos puede ser positivo a todos los efectos. También las técnicas de lo que se ha denominado *smart farming*: no solo implican el control de la humedad o la temperatura en los cultivos o las granjas, sino también el monitoreo del estado de salud. El problema, sin embargo, es cuando estas técnicas operan en una superestructura extractivista: más producción a menos coste, y una ilusión de control. Las técnicas o tecnologías de este tipo pueden ser útiles, pero no es aceptable un uso cruel o irrespetuoso que provoque padecimiento a los animales. Un posthumanismo crítico y responsable entiende unas dimensiones pequeñas o medianas de las ex-

plotaciones, así como las medidas ecológicas y técnicas responsables de producción. Un ejemplo de ello puede ser la agricultura y la ganadería extensiva y regenerativa, las apuestas ecológicas y alternativas al uso de pesticidas y herbicidas, las prácticas que se preocupan por los niveles de biodiversidad y los hábitats. Aquí este tipo de agricultura regenerativa está generando un relato periodístico singular que cuestiona muchas de las asunciones que el discurso corporativo y la narrativa tecnocientífica instalan en los medios de comunicación y las redes. Otra agricultura y ganadería son posibles.

Somos animales y parte de un continuo animal. Para Giles Deleuze el devenir-animal implicaba explorar las vías en que los humanos formamos parte de los animales, indagar sobre los espacios de transición. Los devenires, sin embargo, «no son correspondencia de relaciones», «no son sueños ni fantasmas», «no es una evolución», el devenir «es el orden de la alianza» (Deleuze y Guattari 1988, 244-45). Deleuze y Guattari (1988, 249) pusieron el ejemplo de la novela *Moby Dick*, como una obra sobre el devenir: el capitán Ahab «tiene un devenir-ballena irresistible». Existe en la cultura popular y los medios una interminable lista de devenires-animal —del hombre lobo a la sirenita, de Lovecraft a Sánchez Piñol, por no hablar de la cantidad de comics y dibujos animados que exploran en ese mecanismo—. ³⁵ Pero el devenir-animal no es exclusivo: para Deleuze y Guattari hay devenires diversos; devenir-mujer o devenir-niño. En la lectura de Braidotti (1993, 44), el devenir deleuziano «es la afirmación de la posibilidad de diferencia, entendida como un proceso múltiple y constante de transformación». ¿Cómo explorará el periodismo posthumano los devenires-animales?

El posthumanismo exige el respeto por todos los seres vivos y las materialidades. Esa ontoepistemología requiere observar a animales, plantas y cosas en un mismo plano horizontal existencial, advirtiendo jerarquías verticales de acción. Es por eso por lo que el posthumanismo va más allá del debate animalista. La relación que tenemos con los seres vivos, las plantas y los animales se debe recomponer. En la naturaleza existen la depredación o la parasitación de unos animales respecto a otros. No hay moral en ello. El zorro entra en la madriguera y se come

35/ Un caso que vale la pena mencionar es *Los Hermanos Kratts* (Kratt y Kratt 2011), cuyos poderes permiten a sus protagonistas ver el mundo y actuar en la *umwelt* de los animales.

a las crías del conejo. La hormiga cuida el pulgón que produce azúcares, pero acaba debilitando la planta hasta que muere. Todo ello existe en una escala que no controlamos los humanos —aunque puede ser masiva cuando se desencadenan plagas que infestan y destruyen—. Otra cuestión son las macrogranjas proyectadas u operadas con parámetros que someten a los animales a unos niveles de crueldad intolerables. Christian Stache (2021, 28) propone una perspectiva socialista en la que el capital animal, producto de una superexplotación que va más allá de la que el capitalismo ya inflige a los humanos, debe desaparecer y la necesidad de «integrar a los animales dentro de una constitución democrática genuina». ¿Cómo podemos llegar a ese estadio?

No es irracional pensar que el momento en el que se produjo una ruptura más evidente de nuestras relaciones con el resto de las existencias fue la irrupción de la industrialización y los sistemas de producción masiva. La aplicación de las lógicas de crecimiento sin final en el trato de los seres vivos y de los recursos materiales produjo una brecha inmensa. Upton Sinclair (1906) ya aportó en *La jungla* un relato cruento y realista de las condiciones de trabajo y el trato animal en la industria de los mataderos de Chicago a principios de siglo veinte. Su descripción tuvo un impacto en la opinión pública norteamericana que llevó a avances. Si bien una economía de intercambio y un sistema de producción artesanal mantenían ciertos equilibrios, la escalabilidad sin fin generó un desequilibrio inasumible.

Por ejemplo, era sostenible un mercado a dimensión humana o de comunidades pequeñas. El mercado era un lugar físico, normalmente en las plazas y centros de pueblos y ciudades a las que acudían artesanos, agricultores, granjeros y creadores de índole diversa. El intercambio funcionaba, también los tratos y trueques más allá del dinero. Hoy el mercado es un ente globalizado, algorimizado, financiarizado hasta la abstracción incomprendible. También ocurre que las lógicas de escalabilidad y acumulación acaban corrompiendo cualquier relación racional con el entorno. La forma en como producimos y sacrificamos masivamente hoy a los animales es el epítome de la necropolítica (Mbembe 2008), o si se quiere de la necroeconomía, una especie de cóctel entre neoliberalismo y biopolítica (Haskaj 2018).

El posthumanismo crítico contiene la semilla antiespecista, pero no considera que las acciones con/de/para los animales humanos y otros-que-hu-

manos puedan estar absolutamente a un mismo nivel, no totaliza en ese sentido. Žižek fantasea con una pregunta:

«¿Y si la vida como biomasa nos fuerza a rechazar la reordenación izquierdista habitual de las jerarquías y a abrirnos a lo que no podemos por menos que definir como la *belleza objetiva* de la realidad (humanos, animales, bacterias, ruinas en descomposición...), dejando atrás el orden jerárquico y existiendo en la uniformidad y la solidaridad?» (Žižek 2025, 165).

No hay respuesta a dicha propuesta, pero hoy es difícil de plantear. Esa «uniformidad» o «solidaridad» no se atisba tampoco más allá de la moral humana. Imponer la moralidad humana a las relaciones entre todos los animales sería lo que Donna Haraway (2007) considera un imperativo moral totalizador. Existe aquí un debate entre el ecofeminismo animalista y las corrientes materialistas y posthumanas (véase Gaard 2017). Eva Giraud (2013) o Cary Wolfe (2010; 2012) ven necesario conjugar el posthumanismo con un ecofeminismo vegano. No están, sin embargo, al mismo nivel la producción intensiva e industrial de carne con las prácticas de pastoreo extensivo en las que pequeñas explotaciones crían animales en espacios abiertos; ayudan a mantener el sotobosque limpio, y cuyos productos lácteos o cárnicos son elaborados y distribuidos en cadenas de corta distancia, en mercados locales.

Pol Dunyó explicaba cómo los medios de comunicación habían tergiversado buena parte de esas relaciones. En su libro habla de la vida y la muerte como ciclos de transformación (Dunyó 2021). Este agricultor había rescatado el trabajo de arar con un caballo. Ese ruralismo es un ejemplo de cómo podemos compaginar una existencia humana en sintonía con otros seres vivos. Dunyó, secretario de la Asociación Catalana de Tracción Animal, y el caballo aran los campos juntos. Explica sobre la unión caballohumana, las sensaciones conjuntas, su comunicación —se hablan y se indican—, y su respeto mutuo —si uno para, el otro también, no hay prisa en la tarea—. La escala de estas prácticas es asumible. Hay coexistencias posibles, ensamblajes que funcionan dentro de una ética aceptable.

Existen numerosos ejemplos en el ámbito de la creación audiovisual como el documental de Andrea Arnold (2021a), *Cow*. Es una mirada netamente posthumana en la que se nos pone en el punto de vista de una vaca lechera en una granja, su vida allí. El trabajo documenta los momentos difíciles de separación del animal con sus crías, la rutina en esos espacios en los que circulan los animales. Su estética y sus opciones en

el seguimiento de la vaca consiguen transmitir esa consciencia animal al espectador. La directora proclamó que la razón de rodar ese filme estuvo en la idea de que la forma en cómo tratamos a los animales no-humanos es parte de nuestra existencia también y que «estamos conectados con todo lo que vive» (Arnold 2021b). La historia de esa vaca es un hilo en la estructura rizomática, pero a la vez es algo que acaba donde va a comenzar todo de nuevo.

El posthumanismo pone acento en todo el proceso de la vida. Una existencia en el respeto, ensamblada en un entorno propio, en interacción directa con los pastores que conocen a cada individuo, en la calidad de la alimentación y los cuidados que ha recibido, etc. En ese sentido, más que la muerte final del animal —la muerte siempre es una parte del proceso de la vida en un entorno rural—, lo relevante sería la recuperación de ese vínculo humano-no humano que hemos perdido. Vanesa Freixa (2023) explica bien esa necesidad que va entroncada con el restablecimiento de una soberanía alimentaria, de una reconquista de los procesos de producción y de las cadenas de distribución por parte de las comunidades; en definitiva, de una «descapitalización» de la alimentación, que no puede convertirse en un ámbito de especulación globalizada en la que todos los animales, humanos y no humanos, sufrimos.

El periodismo posthumano conoce los ensamblajes humanos y no-humanos y calibra los impactos y afectos. Nuestro planeta requiere que reduzcamos drásticamente el consumo de carne animal, pero también de cualquier otro producto con huellas tremendas (de carbono, hídricas, sociales), o de procesados. El sistema de producción y distribución de alimentación globalizada es ineficiente, injusto e insostenible. Pero el centro del problema no es solo el «comer carne», sino el coste de ese proceso. La humanidad ha avanzado con el reconocimiento del derecho animal pero nos queda mucho camino por recorrer. La calidad de la democracia está relacionada con nuestra capacidad para seguir asegurando esos derechos, aunque quizás aún no estemos preparados para equipararlos a «los nuestros». Todo es cuestión de tiempo. El primer paso será restablecer los vínculos y entender que formamos parte de lo mismo. Estamos hablando de lo que Yayo Herrero (2024) plantea como una «sostenibilidad de las vidas dignas», de todas las existencias, incluso de los entornos y las materialidades, de los medios como el agua, el aire, la tierra. En ese cometido, explica esta antropóloga y activista, nos hace falta ciencia e información

—en el que este periodismo que estamos glosando va a ser crucial—, pero también arte, poesía y pasión —en donde el relato periodístico tiene un rol a desarrollar puesto que se trata también de plantear una nueva narrativa, de hacerla llegar a la gente, un relato que se apoyará en los hechos y el conocimiento, pero que necesita también desplegar el lado emotivo y estético—. En las próximas secciones indagaremos como podemos cultivar un periodismo ético y atractivo, ya que llegar a la gente es tan crucial como elaborar una narrativa bien trabajada.

Expresiones

El periodismo posthumano explora el relato en la difracción y la dispersión. Tiende a transgredir los límites creativos que imponen taxonomías y corsés de género y formato. Eso no significa que se salte los preceptos éticos periodísticos, pero sí que problematiza las convenciones que funcionan por inercia y petrifican las posibilidades expresivas. El reto expresivo es justamente el circular entre esas expresiones en transición sin confundir a sus públicos.

Los géneros periodísticos desempeñan funciones sobre la producción y el consumo periodístico. El periodismo es un relato factual, sobre hechos. Pero esto no descarta que en los lenguajes de expresión se deje de integrar los elementos propios de la ficción; hay mucho de documental en películas de ficción y los noticiarios se asimilan a microhistorias seriadas con grandes dosis de drama, crimen e incluso comedia o ciencia ficción. Hugh O'Donnell (2014) remarcaba que las noticias incorporan una ficcionalización —uso de técnicas propias de la ficción en las narrativas— y una dramatización —que incluye tanto el tono dramático como la estructura serial—. Esto implica que «para la mayoría de los lectores la relación entre los relatos que constituyen las noticias y *lo real* no se puede saber a ciencia cierta» (O'Donnell 2014, 35-34). Estas cuestiones explican que el periodismo no relate los hechos tal y como sucedieron. Son una reconstrucción narrativa que se constituye como «realidad», pero que no es «la realidad».

El periodismo posthumano también opera en la transición entre género y formatos. Pero ello requiere más creatividad, responsabilidad y flexibilidad. El alto grado de precariedad, la falta de tiempo para producir y la premura en publicar, el nivel de rotación que complica la especialización, la falta de confianza en el periodista como profesional, el descrédito y desprestigio social que ha acumulado la profesión, y otros condicionantes hacen que la creatividad sea hoy tan necesaria como sospechosa. Pero desde los inicios del periodismo fue ese romper moldes, ese hacer algo diferente, lo que permitió la evolución hacia unas formas de expresión rompedoras y exitosas. Cuando Orson Welles relató *La guerra de los mundos* en 1938 para la CBS Radio hizo algo nuevo, rompió esquemas. El ejemplo no es

el mejor ya que como sabemos ese episodio produjo el pánico en muchas ciudades y el magnífico locutor tuvo que pedir disculpas; pero a la vez contribuyó a crear eso que hoy conocemos como *mockumentary*. Hoy podemos hablar de *realities*, de docudramas, de docuficciones y otras hibridaciones ahora ya en las redes. El último elemento ha sido la aparición de la IA y su incorporación en el trabajo de ficción y periodístico. Ante esta implosión de los géneros y los formatos ¿cómo podemos ejercer un periodismo posthumano y qué elementos debemos preservar?

Hay que emprender una reflexión profunda sobre el peso que en los géneros tiene la información, la interpretación y la opinión. De la primera y la última tenemos demasiada, de la del medio poca. Necesitamos menos mera transmisión informativa y meros juicios de valor, pero más análisis e interpretación. Por expresarlo en un dicho muy catalán, *menjar poc i pair bé* («comer poco y digerir bien»). El dicho también se refiere a moderar la ambición, ser modesto en lo que se puede conseguir, ganar, producir, etc. La metáfora de «digerir» como «interpretar» va como anillo al dedo. Excesiva información causa una indigestión que nuestro cuerpo no aprovecha y eliminará (o bien acumulará sin procesar, causando enfermedad). Opinar infoxicados sería como expulsar sin digerir bien la ingesta. Nuestro sistema mediático se ha convertido en una máquina de deglutir información y expulsar juicios de valor sin tomarse el tiempo para una interpretación pausada, un reposo, un aprovechamiento. El resultado es un sistema mediático bulímico.

¿Qué impacto tiene en los géneros? Podemos abrirnos a un tipo de producciones y expresiones más ricas. Existe sobre ese objetivo la mediación de la tecnología y de los mecanismos de producción y consumo del relato. La experiencia del periodista en el lugar y su interacción con contextos y materialidades toma importancia. Esto fue siempre una premisa del periodismo. La crónica tiene en ese cometido uno de sus principales pilares. Sin embargo, la transformación de la crónica como género periodístico ha derivado hacia piezas en las que se opta por la opinión y la réplica de otros discursos; hay poca interpretación *in situ*.

Mirada y voz

Cuando en julio de 2024 un problema de actualización de *software* hizo caer los sistemas informáticos, se generó un caos tremendo en la red global.

El acontecimiento provocó cancelaciones masivas de vuelos, afectó a medios de comunicación, hospitales, bancos, juzgados y entidades públicas de todo tipo a partir de un fallo de seguridad informática. El hecho puso la duda sobre los sistemas que dependen de «la nube». Algunos periodistas hicieron un buen trabajo para entender lo indescifrable y explicarlo de forma sencilla. Siempre hay ejemplos destacables como el infográfico que publicó *The New York Times* en el que con un rápido vistazo somos conscientes de la dependencia de nuestras computadoras del sistema «en la nube» (Gamio, 2024). Al final, esa «nube» se apoya en unas computadoras bien físicas, que existen en algún sitio, que se deben reiniciar una a una, en un problema que era difícil de solucionar en línea, a distancia. Esta crisis fue un caso destacable en el que complejos ensamblajes provocaron que una agencia no humana tuviera repercusiones globales. Las computadoras centrales entraron en un bucle de reiniciación provocado por un código. Desconocemos si las máquinas hicieron una «mala interpretación» del código o si el código «interactuó» con otras instrucciones en la máquina. El hecho es que esas máquinas decidieron, por decirlo así, no ponerse a trabajar y volver al inicio de su estado de forma recurrente —como si un trabajador se levantara de la silla para acudir a su puesto y se volviera a sentar en un bucle incesante.

Aunque el caso expone un tema global tratado por un gran medio de comunicación, el periodista opera en cualquier entorno. Sin embargo, las noticias con un enfoque más nítidamente posthumano se dan en medios de primera mano, físicamente cercanos a los lugares donde suceden los *hechos-nodo*: son medios de proximidad. Ese mes de julio de 2024 en el que el mundo se sumía en ese «caos informático», un chico desapareció mientras se bañaba en un embalse, en la pequeña población pirenaica de Talarn. Excepto en el ámbito catalán, esa información no saltó a los grandes medios, pero *Pallars Digital* trabajó en la noticia de la búsqueda del joven. El medio citó fuentes como los bomberos y la policía catalana pero además tuvo un acceso directo al lugar y contrastó con fuentes de primera mano, conocedoras del lugar y que pudieron explicar que esta era una zona de baño muy frecuentada en verano (Ubach, 2024). Era un tema complejo de tratar si no se está en el lugar de los hechos y se habla con las fuentes. Ese medio rural hizo un seguimiento del caso hasta el trágico desenlace. Se encontró días después el cuerpo sin vida de ese joven, que era de Tremp (Pallars Digital 2024). Ese tipo de medios de

comunicación de proximidad tienen acceso a las fuentes directas y pueden informarse en los pueblecitos a donde no llegan otros medios. Sus coberturas son cercanas donde otros medios solo destacan lo más espectacular o lo que se espera de ese entorno rural y remoto. El periodista rural ofrece un relato que permite reseguir los rizomas que dibujen un *hecho-nodo*. Además, esos medios tratan temas que no son «noticiales» para los grandes medios, lo que hace que sus piezas sean extra-ordinarias.

Por ejemplo, ese mismo mes el digital del Pallars contaba la historia de que los ataques de perros salvajes que rondaban por la zona de Hortonedá y Sossís —dos pueblos de 28 y 26 habitantes respectivamente que pertenecen al municipio de Conca de Dalt— habían provocado la pérdida de veinte ovejas y la necesidad de que los rebaños, que en pleno verano están pasturando en las montañas, vuelvan a los corrales. La historia iba acompañada de fuentes sindicales, pero también de una fotografía cedida de una oveja herida y de las declaraciones de esos pastores, concedores como nadie del terreno y de los comportamientos animales. Explicaban los pastores que las heridas y el estrés harían abortar algunas ovejas, que ese hecho les provocaría pérdidas: «Uno de los rebaños, de Casa Buñol de Hortonedá, lleva más de 100 años pasturando en verano en Boumort, donde su subsistencia también ha sido complicada, en este caso por culpa de una superpoblación de ciervos» (García Espot 2024).³⁶ Son ejemplos en los que los periodistas se aproximan físicamente a los lugares, hablan con las gentes, observan a los animales, el entorno y sus materialidades y orografías (profundidad del embalse, funcionamiento del sistema de compuertas, lugares de pastura), los diversos agentes humanos implicados (equipos de rescate, pastores) y los agentes no humanos (perros, ovejas, ciervos, automatismos de compuertas, tecnología). Ese periodismo es necesario. ¿Quién explicaría esas historias si no fueran los medios rurales y los periodistas que decidieron quedarse en sus pueblos para seguir develando esos ensamblajes? ¿Cómo hacerlo sin desplazarse y sin trabajar una mañana entera en un tema que requiere hablar con un pastor a veinte minutos de trayecto? ¿Cómo hacerlo si no se conocen los rincones, los problemas de las personas y los animales, los espacios sobre los que explican *hechos-nodo*? Porque esos hilos narrativos están atados a otros que cristalizan en un momento dado, en un lugar específico, sus explicaciones

36/ Traducción del autor.

van más allá de sus casos, los agentes implicados son diversos, sus historias son tan complejas como las que suceden en Manhattan.

Tanto para el relato de los códigos y la nube, como para el rescate de los ataques de los perros salvajes al rebaño, podemos decir que el periodismo posthumano sería la práctica que consiste en acercarse más para identificar los puntos que cristalizan un *hecho-nodo*. Los periodistas especializados en ciencia o medioambiente son los que mejor están visualizando estos ensamblajes de temáticas que en un primer momento nos pueden parecer desemparejadas. La visión de esas conexiones y el hilo que lleva a definir una historia que se debe contar comporta mucho tiempo de conocimiento, trabajo de fuentes, verificación de hechos. Es un tipo de periodismo mediador, siguiendo el concepto de Latour, y no un simple intermediario entre las fuentes o instituciones y el público.

En el periodismo, la opinión está sobrevalorada. La crónica debe relatar hechos, no enjuiciarlos. Se debe refinar con la descripción y alternar con la narración. Un vicio de muchas crónicas es que acaban siendo una exposición de motivos personales, gustos y adjetivaciones ideologizadas que se desentienden del *hecho-nodo*, para abocar una opinión. Una opinión bien razonada, en la que se ofrezcan elementos que sustentan los juicios, en la que el opinador tiene una amplia experiencia en el tema, tiene un valor incuestionable. El problema es que esos casos son escasos y en tertulias radiofónicas, espacios televisivos matinales, *late-shows* periodísticos, redes sociales, etc., lo que tenemos es una retahíla de «me gusta» o «no me gusta» sin demasiado criterio.

Hemos mediatizado el estatus de realidad. La crónica es género, pero también técnica: ¿cómo hay que estar-en-un-lugar para escribir una crónica? Algunos estudiantes ponen atención a cómo actuar en el lugar desde donde informa o desde donde se toman datos para construir una pieza. Saber mirar es fundamental. El periodista debe preguntar, tener una curiosidad y estar atento a los detalles, a los gestos, a la comunicación no verbal. Debe resolver dudas. Finalmente, debe explicar la historia, su historia. En las clases de periodismo se explica la crónica como género informativo, sus partes, su lenguaje, el tipo de titular, cómo citar o como introducir declaraciones, la locución. Algunos buenos profesores de radio dieron ejemplos para construir una «imagen sonora» —la descripción de un hecho o de una situación en directo en la que conseguimos que el oyente forme en su mente una imagen de lo que le contamos—.

Sin embargo, el comportamiento del periodista en el lugar se daba por sentado: tú vas allí y explicas lo que pasa, lo que dicen los políticos, lo que grita la gente, etc.

Hoy, más que nunca, necesitamos profesionales que vayan más allá de la descripción y tengan herramientas de indagación propias, y capacidad interpretativa entrenada, una hermenéutica del momento-lugar. No se trata de que los jóvenes estudiantes de periodismo estén más o menos capacitados —esto sería otro debate— sino que la ultramediación en la que experimentamos la realidad hace más compleja la tarea. La experiencia en el lugar, cara a cara, física, se está encriptando mientras que la mediada se experimenta como diáfana, clara. Una parte muy evidente de la crónica implica observar, escuchar, interpretar y «empa-labrar» —poner todo ello en palabras (escritas, dichas)—, «visibilizar» —poner todo ello en imágenes (grabadas, editadas)—. Esa operación se ha convertido en algo complicado e incierto. Ponemos acento en esa incertidumbre porque es el corazón de la transformación de la experiencia mediada.

Explicamos que se deben usar fuentes diversas y realizar entrevistas. En los últimos años pedimos una ficha de realización (con campos para ubicar el acontecimiento, explicar quién y cuándo se habló). Observo reacciones de interés cuando hablamos de grabar o no grabar. ¿Cuándo y qué hay que grabar cuando estamos haciendo una crónica? En esa conexión en clase, con interferencias de todo tipo, muchos estudiantes reaccionan con incomodidad cuando les explicamos que se podría hacer una crónica escrita sin grabar. Tomando apuntes y algunas frases literales que entrecorillaremos en nuestro texto puede ser suficiente. Se perciben dos ansiedades, la primera de ellas ontológica, muy interesante: es la inseguridad con la que se opera si no hay grabación —hay que aclarar que en muchos temas la grabación es una herramienta necesaria y por supuesto si la crónica es audiovisual—. Pero volvamos a la escrita. Estás en la gala de premios, en la presentación del certamen, en la fiesta del libro y no grabas; observas, tomas notas de las frases de algunos protagonistas. Luego escribes. ¿Cuál es el problema? La incertidumbre de la existencia de todo para el joven periodista. La grabación (sonido o/e imagen) parece que ofrece el único valor, constancia y estatus de realidad: lo que he visto o lo que he oído no tiene estatus. Lo que le da estatus es, al parecer, lo que veo y lo que oigo en un medio, en mi grabadora, en mi teléfono móvil. Hemos llegado a

ese punto: el descrédito de lo evidente, de la experiencia física, y el crédito de lo mediado, la experiencia diferida. El estatus de realidad, entonces, se consigue mediante un falso ejercicio de reproductibilidad (puedo reproducir el corte, pero no estoy reproduciendo el acto, lo experimentado), mediada (no lo hago yo, no te cuento yo lo que pasó o lo que se dijo, lo hace mi móvil, la pantalla, el dispositivo). Pronto subrogaremos la hermenéutica de la experiencia; un algoritmo o la IA explicará el *hecho-nodo*. ¿Será eso periodismo? ¿Quién lo ejerce?

El periodista recibe una información vía medios sociales de que se produjo un vertido tóxico en un río que ha matado centenares de peces. Hace veinte o veinticinco años preguntaba en clase: ¿cuál sería la mejor manera para confirmar ese vertido y verificar la cantidad de peces muertos? Los estudiantes no tardaban más de unos segundos en responder lo obvio: ir al lugar del vertido, al río, y comprobar que esa sustancia corre por el agua sucia, huele, que hay un número de peces muertos; quizás diez, quizás miles. Hoy el estudiantado tarda más en llegar a esa respuesta obvia. No es que los jóvenes futuros comunicadores sean más lentos o tímidos, sino que el sentido común o evidencia (lo obvio) hoy está en entredicho. Claro, pronto alguien levanta la mano o simplemente dice «yendo». Yendo. Parece que estamos empezando a dudar de lo obvio, mientras damos estatus de veracidad a lo incierto. Los profesionales también han desarrollado una reticencia a ir a los sitios, a moverse, a preguntar, a interpelar. Deberíamos intentar reforzar la autoconfianza de los periodistas desde las aulas.

En la crónica hay dos claves: la mirada y la voz. La crónica no es un espacio para el «yo» —aunque puede estar relatada en primera persona—; es un espacio para el «ello». En todo caso, surge de una voz. Un narrador que articula el relato. Esas dos claves son hoy escasas: hay poco tiempo para observar, la mirada no se entrena, y no se fomenta la voz propia. Anna Pagés (2022, 28) remarca que la voz «indica la procedencia. ¿quién habla?. Como cualquier pregunta sobre un tema, surge ordeando el discurso, organizando las palabras». La voz es del periodista, que ordena las fuentes y conduce al lector o al espectador: «Sirve para localizar la subjetividad» (Pagés, 2022, 32). Porque el periodista es sujeto, y está sujeto, mientras deshila nudos de los *hechos-nodo*. Sin mirada ni voz no hay crónica de un mundo ensamblado. El periodismo posthumano rescata la mirada y la voz; el detalle significativo, la relación con el contexto y la

memoria. Aunque pueda significar paradójico, sin memoria tampoco hay nada nuevo, no hay creatividad. Temperaturas, texturas, colores, sabores, olores, sonidos, ritmos, fricciones, silencios, gestos..., hay que dominar el lenguaje, cultivar oficio. La crónica no solo es ir y explicar lo que pasa. Hay que ser capaz de darle profundidad y volumen, de superar lo evidente para desplegar lo invisibilizado.

En los acontecimientos musicales, en las manifestaciones políticas, en las sesiones parlamentarias, en el deporte; la clave es saber conectar con el momento en el ámbito simbólico y material, saber transmitir las agencias humanas, colectivas e individuales. Por ejemplo, cuando una cronista relata para *El País* como Rosalía cerró su gira con un concierto multitudinario en la plaza del Zócalo de México, se aprecia la capacidad del texto para transmitir esa fuerza colectiva y los elementos que inyectan ese tipo de *potentia*: «Vestida de superheroína, con un buzo negro, peto y botas rojas hasta las rodillas. Coleta al viento. 160.000 entusiastas, dicen las autoridades, elevan su estatura cinco centímetros y hay que recurrir a pantallas gigantes para ver a la artista española» (Morán, 2023). Los gritos, las descripciones de la plaza, los ensamblajes con el momento político del país; todo ello es explicado a través de una mirada y relatado con una voz periodística. Una buena crónica como esta atiende a diversos los agentes en juego. Lo que ocurre ante los ojos es la guía para identificar las conexiones que llevan a «otros lugares». Lo evidente se debe saber transmitir a la vez que se debe transitar por esas conexiones que no están en la plaza donde se desarrolla el concierto. Los medios periodísticos, por lo tanto, no son una plataforma que explica «la sociedad» como un lugar estático, sino que relata la sociedad como sistema de conexiones: coleta-botas-gritos-cabezas-política-elecciones.

No hay género que se resista a la aplicación de esa sensibilidad. Pongamos el caso de una retransmisión de un partido de fútbol; la crónica deportiva, es quizás uno de los géneros más limitados para lo que sería un relato reflexivo y pausado puesto que lo que acontece en el campo cada minuto dicta el relato que estamos elaborando. Las retransmisiones al uso se quedarán en esa descripción, nombrando jugadores, relatando pases y tomando un tono de excitación a cada momento en que el balón se acerca a portería. Los lugares comunes del deporte. Algunos cronistas retransmiten un acontecimiento deportivo observando las imágenes realizadas por otros, mientras ellos mismos se graban para ser retrans-

mitidos como acontecimiento: los usuarios asisten a la retransmisión de la retransmisión. La experiencia misma de la retransmisión se convierte en una actuación y objeto del relato, mediante los gestos y reacciones del periodista. El periodismo se convierte en una metaexpresión. Algo similar pasa con el juego cuando se convierte en un metajuego (ver jugar al que juega). Ver jugar fue participar de alguna forma en el juego. ¿Acabaremos observando a los que observan a los que juegan? Algo similar pasa con el «periodismo» que explica lo que ha visto que explican los que ya no estaban allí.

¿Podríamos tomar en ese contexto una posición posthumana? También, aunque de nuevo va a requerir recursos, mirada y voz: por ejemplo, de un periodista especializado que toma nota de aspectos que parecen secundarios y al que podemos ir consultándole en esos momentos muertos, en el descanso, en los segundos en los que el balón no se mueve, etc. Ese periodista indaga sobre hechos que pueden parecer anecdóticos, pero son de gran significación: ¿dónde se ubica ese campo, en qué barrio, en qué entorno? ¿cuánta agua requiere mantener unas instalaciones en buen estado? ¿el estadio cuenta con elementos para reciclar residuos? ¿de qué están hechas las vallas, pancartas y otro mobiliario? ¿cómo se han desplazado los aficionados hasta esa ciudad? ¿qué decir de las equipaciones, *merchandising* y productos que se comercializan? ¿qué dan de comer en los bares? Esto solo por comentar cuestiones que pueden surgir en cualquier evento deportivo. El periodismo deportivo tiene mucho para innovar si consideramos el deporte como una expresión social (asociada) de la cultura, la economía, la política, la ciencia, el medio ambiente, etc. Por ejemplo, ninguna temática debería desatender los retos que implica la descarbonización de todas estas actividades, o como impactan las tecnologías. Pintura, fútbol, literatura, videoarte... todo ello está ligado a la tierra y a todos los seres vivos y existencias.³⁷

El periodismo deportivo clásico argumentará que todo esto no es objeto del interés de una audiencia ávida de resultados, espectáculo, anécdotas y emoción. El periodismo cultural puede argüir que lo que quiere ver y escuchar la audiencia son los momentos álgidos del espectáculo, las coreografías más sonadas, los hits y las reacciones del público. Bien, no

37/ Una iniciativa destacable es la revista *Panenka*, publicación que aporta una mirada reflexiva e innovadora sobre el fútbol, más allá de las historias comunes y los enfoques *mainstream*.

se trata de sacrificar ese relato por un discurso medioambiental ni mucho menos moralista o filosófico; el partido se puede retransmitir con el mismo ahínco y ritmo, el espectáculo se puede relatar con fuerza, pero estar atentos a los *hechos-nodo* ofrecería un periodismo más transversal y holístico que hoy, por desgracia, no tenemos. Por otro lado, el periodismo cultural y deportivo no puede obviar el impacto de CO₂, la justicia social y medioambiental, los valores sociales y éticos. Los últimos acontecimientos en campos de fútbol han ido sensibilizando en relación con la igualdad de género y el antirracismo; también la cultura se ha ido moviendo al respecto y los gobiernos más avanzados toman medidas para descarbonizar el sector cultural. El periodismo posthumano cuenta en ese sentido con dos retos: el de incorporar esa mirada a sus prácticas y el de inquirir sobre como toda la actividad humana y más-que-humana contribuye a los retos propios de la era del Antropoceno.

Esta práctica implica explorar géneros diversos y todo tipo de plataformas. Una de las tendencias innovadoras al respecto es integrar la novela gráfica y el cómic como forma de expresión para generar periodismo. Aquí el periodista aparece experimentando, investigando, relacionándose con el entorno, no cómo una estrategia de autenticidad o de autenticación, sino como una forma de narrar (véase, por ejemplo, Wook y Medley 2023). Hoy se trata de un ámbito de expresión al alza que empieza a producir obras de valor y reconocidas, como la novela gráfica *Welcome to the New World* (Harlpen y Sloan 2020), basada en una serie publicada por *The New York Times* que ganó un Pulitzer y que explica la vida de una familia de migrantes sirios en Estados Unidos, o *The Boat* (Huynh 2021), un comic interactivo que adaptó un relato corto de Nam Li que explica la travesía de los miles de refugiados vietnamitas que desde los años setenta zarparon hacia Australia en condiciones infrahumanas, tras la invasión comunista de Saigón en 1975. Estos relatos ilustrados exploran relaciones humanas y ensamblajes desde la investigación previa. Ello no quita que el equipo creativo reproduzca en sus dibujos lo visto, incluya en los audios del multimedia lo escuchado. En el caso de *The Boat*, por ejemplo, se incluyen fotografías de archivo y grabaciones, sonidos que meten al lector en la historia. No cabe duda de que esa reproducción es la representación de una realidad mediada por la tecnología, como fueron todas las formas de explicar nuestro mundo, del papiro a las tabletas electrónicas. La tecnología se enlaza con nuestra capacidad de entender una situación, de explicar

una historia. Por ello el periodismo posthumano no es un periodismo que rechace la tecnología, ni las inteligencias artificiales, ni los algoritmos, sino un periodismo que, bien al contrario, reconoce cómo todos esos artefactos transforman como explicamos un mundo conectado.

Contaminaciones

Los ortodoxos del periodismo quizás clamen al cielo, pero hay que permitir pasos más creativos en la hibridación y en la contaminación entre géneros, formas de expresión y plataformas. El periodismo se «contamina» de la ficción, del arte, del ensayo, de la literatura, y viceversa. Siempre fue así. El periodismo nació parejo a la literatura, con la literatura. Sus técnicas fueron prestadas de la ficción, de los cuentos, de la narrativa. Esa mezcla entre literatura y periodismo es evidente desde los inicios, así como las confusiones entre ficción y realidad, en las que obras de ficción relatan hechos verídicos y obras periodísticas se recuestan en reproducciones (desde diálogos a situaciones) inciertas. Albert Chillón (1999) ya ofreció una excelente radiografía de estas relaciones «promiscuas» revisando los autores más relevantes en el ámbito de la literatura de hechos y del periodismo literario. El periodismo posthumano entronca con esta tradición de promiscuidad. Es una creación en los devenires. Las aguas turbias de la literatura de hechos y del periodismo literario son espacios para indagar sobre esos ensamblajes entre agentes humanos y no-humanos. Pretender una comunicación inmaculada en cualquier categoría que determinemos ya sea en relación con los hechos reales (ficción/no-ficción), a un género (entrevista/reportaje), a un formato (revista/informativo), a una plataforma (red social/podcast), etc. es una pretensión anacrónica. Es más interesante aceptar esas difracciones narrativas e investigarlas, pues es en las hibridaciones donde podemos innovar.

La entrevista es un género que se ha ido replegando en los periódicos y la televisión, la radio por suerte mantiene un pulso conservando espacios interesantes. Un documental puede basarse en una buena entrevista. Es en todo caso un género dialógico en el que interpelamos a un agente con una serie de cuestiones. El podcast ha sido aquí un bálsamo y los periodistas que le saben sacar punta a una buena entrevista siguen cultivando el diálogo, la exploración y la visión curiosa ante un personaje y su obra. En la radio, la entrevista puede interseccionar con la literatura, la música,

el sonido de la naturaleza. Una buena entrevista debe poner todos estos elementos en solfa. Los ejemplos de periodismo radiofónico con esa sensibilidad son numerosos.

Pondremos el caso de *Dents i ungles*, un modesto podcast de periodismo cultural sobre poesía que se desarrolla —aún en el momento de escribir estas líneas— en Tarragona Ràdio. Las buenas prácticas suelen aparecer en estas iniciativas de pequeño alcance, en el que un equipo de creadoras bien coordinadas y motivadas realizan un producto de factura cuidada. En su entrevista a María Sánchez, autora del influyente ensayo *Tierra de mujeres* y de poemarios como *Fuego la sed*, el programa nos conduce integrando agencias múltiples (Romano 2024). Se trata de una entrevista que repasa la obra de Sánchez, su poesía, temáticas, estilo e influencias. El episodio empieza con el croar de una rana, escuchamos los versos entre cantos de pájaros. María José Romano conduce el espacio entrelazando la voz de Sánchez con músicas, animales, agua. Ello se expresa en una pieza que va más allá de las entrevistas a las que nos tiene acostumbrado el periodismo cultural que se mueve a golpe de novedad, dato de taquilla y el resumen de la película o el libro que ofrece la productora o la editorial. Hay que ir más allá.

La entrevista es un género que requiere escucha y conexión. En televisión, sin embargo, solemos atender a esas entrevistas guionizadas en las que quien pregunta no escucha, solo corta al entrevistado con la siguiente cuestión. La televisión ha ganado mucho ritmo en las últimas décadas, pero ha perdido reflexividad. Espera una respuesta concreta y llega a imponer una visión, de forma que no comprende. Al otro lado, encontramos personajes cerrados, con respuestas ensayadas, guiones que no se moverán de su sitio. La entrevista requiere emprender un viaje con el entrevistado; el entrevistador marca rumbos, pero el entrevistado emprende rutas alternativas que hay que recorrer. En ese circular por lugares que no se habían previsto están las conexiones no visibles. Cabe entonces indagar, repreguntar, romper el guion un instante. Los hilos narrativos no se definen si no se escucha. Con los estudiantes, remarca- mos la importancia de ir presencialmente al lugar y hablar en persona con el entrevistado para la elaboración de una buena entrevista. Si se envían las preguntas en línea y se recibe un formulario, o se realiza una conexión o incluso se envía por una red social un audio, se pierde el contexto. Son atajos productivos que ayudan a salvar distancias, pero no a realizar una entrevista de calidad. No se lea esto como el clamor de un

viejo profesor o la nostalgia por lo antiguo, pero los que hicimos entrevistas antes de internet visitábamos el lugar de trabajo del entrevistado, o su barrio, su espacio. Tomábamos un café y observábamos. Todo sumaba significados, sus gestos y sus movimientos, su personalidad, su forma de actuar, su tono de voz.

En un mundo interconectado y asistidos por inteligencias artificiales muchas de las entrevistas que leemos no serán respondidas por los personajes, sino por otro periodista que trabaja para ellos, su oficina de prensa, el departamento de comunicación, o un chatbot. Algunos estudiantes están usando IAs generativas para elaborar guiones; ¿quién pregunta entonces? ¿Dónde está la mirada y la voz? En la elaboración de reportajes, es aún más crucial visitar los lugares de los entrevistados. Si bien a veces los imperativos de la producción y los contextos lo harán difícil, cabe rescatar lo valioso del lugar. Una entrevista sin lugar pierde. Ese lugar es un encuentro entre agentes en un espacio y tiempo, de ahí nace a menudo la historia, de ahí surge un relato valioso. Por eso la entrevista debe recuperar su método, el periodismo se debe aproximar a la etnografía, a la entrevista como espacio de conocimiento, diálogo, observación abierta. Eso contrasta con las entrevistas y entrevistadores que desdeñan de los lugares e incluso de sus gentes, que les da igual donde quedar para entrevistarse. En el audiovisual, el espacio adquiere un valor indiscutible: la localización interactúa con el contenido de lo que se dice, es un agente adicional. En radio guiamos con sonidos ambientales, descripciones plásticas, silencios en los que hablan los otros: los coches de la calle, el rozar de las sillas y las mesas, los gritos de los niños en un parque. En todo tipo de expresiones hay que integrar mejor los ambientes, lugares y entornos. ¿Dónde estamos? Era un elemento valioso comenzar con un perfil y una descripción del lugar donde trabajaba, o del sitio donde tenía lugar la entrevista; este recurso parece que se ha ido diluyendo.

Por otra parte, el reportaje ha sido históricamente el género más cercano al periodismo literario y creativo. Por ejemplo, Ernest Hemingway daba un gran valor a la experiencia personal vivida, era una especie de condición para poder explicar una historia veraz. La clave de sus textos era una fuerza, una potencia. Escribió reportajes y crónicas con un lenguaje llano, directo. Aun así, en las entrevistas que ofreció dijo que el periodismo era un espacio poco interesante. «Trabajar en un periódico no es perjudicial para un escritor joven, y podría ser una ayuda si el escri-

tor sabe irse a tiempo», declaró una vez a su entrevistador para después rematar: «No creo que la escritura sea una forma de autodestrucción, aunque el periodismo, llegado a un punto, pueda ser una autodestrucción cotidiana para un escritor creativo serio» (Plimpton 1996, 92). En 1937 Hemingway cubría la Guerra Civil española y el avance hacia Cataluña de las tropas sublevadas. Publicó una noticia de la retirada de la población cercana al Ebro, pero más tarde produjo en forma de «relato» *El viejo y el puente*. «No tengo ideas políticas. Tengo setenta y seis años. He caminado doce kilómetros y no creo que pueda caminar más...», comenta el viejo en el relato (Hemingway 2007 [1938]). ¿Es ese relato ficción o realidad? ¿Es una crónica, una entrevista o un reportaje? ¿Es periodismo o literatura? ¿No lo es todo al mismo tiempo? Leyéndolo, uno visualiza aquel hombre que está aterrizado en el puente por qué no sabe si cruzarlo o volver atrás, puesto que ha dejado a sus animales en la casa y piensa que morirán.

Quiero comentar aquí a Josep Pla, quien como indicaba Chillón (1993, 94), y han estudiado otros analistas, transgredió todas las convenciones, mezclando crónica de viajes, biografías, crónica. Los autores más interesantes han sido los relatores que han hecho, un poco, lo que les venía en gana más allá de las convenciones. En el caso de Pla, Joan Fuster (1988, 257-62) consideró que sus reportajes periodísticos fueron de menos elaboración literaria, pero desglosó en los mismos biografías o crónicas viajeras, en las que se encuentran pasajes propios del género. Pla fue un personaje controvertido, pero un ejemplo claro de periodista que cultivó cierto materialismo; así opina también Fuster. Para el ensayista de Sueca, el escritor de Palafrugell tenía una voluntad «notarial», de dar fe de lo que el escritor «ha visto y ha vivido». Fuster supo identificar que Pla «aplica en su preferencia a un orden de realidades que, según él, son las únicas auténticas: el mecanismo material de la vida en todos sus niveles (naturaleza, sociedad, individuo). Su concepción materialista del mundo es radical —y su literatura: “estos papeles... materialistas, por qué no decirlo?”» (Fuster 1988, 260)—. Su materialismo y su pragmática son hoy un referente para retomar.

En *El pagés i el seu món* Pla (1992 [1952]) comienza su relato con una recomendación a los jóvenes escritores: que viajen a pie. Pla aboga por que los jóvenes escritores se dediquen a pasear por los caminos secundarios, a pie, como él dice que elaboró buena parte de ese texto que detalla paisajes,

personajes y trabajos en el campo. Pla vivió la ideologización de la prensa llevada a un extremo. En ese marasmo, acabó repudiando los idealismos y se agarró a un periodismo repleto de hilos, conexiones. Su estilo reflejó esa obsesión. Por ejemplo, en sus reportajes de viajes, como *Weekend (d'estiu) a Nova York*, salpica las anotaciones históricas y los datos con figuras descriptivas:

«Las piedras se han ennegrecido con el paso de los años, lo que aún aumenta su semejanza con el centro de negocios londinense (p. 72); “Ante la mesa hay una larga barra, enfrente de la que hay, alineados, unos tubos fijos rematados por protuberancias como setas, recubiertas de cuero rojo, donde poner las piernas” (p. 76); “Por sus caminos, las criaturas se pasean sobre unos coches tirados por ponis y conducidos por lacayos de pantalones rojos y casaca gris. La clásica estampa inglesa” (p. 96); El East River tiene una situación distinta: brazo de agua más estrecho que el Hudson, está cruzado por muchos puentes, entre los que sobresale, por su elegancia y su majestad, el Brooklyn Bridge, verdadero prodigio del dominio del hierro y de la ingeniería del siglo pasado» (p. 129) (J. Pla 1999 [1955]).³⁸

Y así, las crónicas de Pla cosieron materialidad con política, historia con economía, cultura con cocina, paisaje con pintura. Su visión toma tintes antropológicos en ese sentido de observar personas, objetos, alimentos. Y no solo eso, para Pla el cuerpo humano, como cuerpo físico, tuvo siempre una relevancia, fue un motivo literario, como indica su mayor exegeta Xavier Pla (2024, pos 97): «El cuerpo es visto y percibido como una realidad brutal e ineludible, como una presencia existente llena de densidad». El materialismo de Pla no era posthumano en el sentido que hoy entendemos del término. Pero en Pla realidad e imaginación se mezclan, ficción y no-ficción, plasmación y reproducción. Xavier Pla (2024, pos 2623) asemeja su técnica con la de un pintor. No trata de copiar la realidad sino de presentar una copia de una copia de la realidad en la que el lenguaje toma una «autonomía ontológica». A Pla le decepciona el mundo de las ideas —causa de desgracias personales— y cree que «la felicidad, la alegría, son lo concreto, la concentración sobre un punto de realidad» (X. Pla 2024 [pos 10632]). Describiendo a Hermós, un hombre sencillo del Empordà con el que Pla había compartido pesca y conversaciones, el escritor apunta por carta: «Las ilusiones de Hermós son terrestres. Es un hombre anterior a Platón, inventor del idealismo —de las ilusiones ideales—. ¡El mal que

38/ Traducción del autor.

ha hecho este invento, el dolor estéril que ha producido!» (Pla en X. Pla 2024 [pos 11374]).

Pla se despreocupó de hacer algo estipulado y común; su prosa no siguió las convenciones de géneros y los transgredió cuando le pareció oportuno para seguir escribiendo. Su obra fue en el sentido literal, extraordinaria. Una lectura de los estudios sobre el periodismo que practicó Pla nos lleva a considerar que tenía una concepción laxa de los géneros. Casasús (1986, 83) indica que Pla utiliza «informaciones» para referirse a los «reportajes» en diversos momentos, o hablaba de «artículo» para referirse a cualquier tipo de pieza. Cabe indicar que en la etapa más periodística del autor (en sus comienzos), los géneros periodísticos no estaban estipulados como hoy y las convenciones de escritura eran diferentes. Como indica Casasús, aún no existía en nuestras latitudes una definición concreta de lo que hoy entendemos como «reportaje». Casasús (1986, 152) recoge una definición que dio Pla en 1977, en la que indica que «la piedra de toque de un reportaje es el fondo objetivo». Pero el «fondo objetivo» para Pla era un juego de palabras más que una práctica consciente. Claramente no cultivó un periodismo «objetivo»; pero sí sobre objetos y enlaces, sobre texturas y lugares, sobre paisajes y personas.

En general, no es que Pla confundiera géneros periodísticos o conscientemente los transgrediera, sino que simplemente no daba más importancia a la cuestión. Los creadores como él no se ciñen a una regla, sino que usan lo que tienen para expresarse. El escritor del Empordà tenía una técnica de observación y recreación de la realidad en ese sentido. Estaba obsesionado en detallar y describir. En ello, acababa estableciendo conexiones materiales. Sospecho que esto enlaza con su condición de propietario rural, con la observación de los trabajadores del campo, aunque él, como indica Fuster (1988, 260) cultivaba un «materialismo primario, pragmático y reticente del “payés” que tantas páginas le sugiere». Para ello, tomó un estilo diáfano —como también hiciera Hemingway, aunque hay que salvar distancias entre ambos—. Un lenguaje sin ampulósidades ni barroquismos, que evita idealismos, dimes y diretes. Pla fue un periodista obsesionado en poner por delante lo materializado a lo idealizado: el reto es la recreación de ese mundo tangible, no la verborrea ideológica que en su tiempo —y actualmente— enmascaraba los periódicos. Como indicó Xavier Pla (1997, 267-69) su realismo es subjetivo: el narrador conduce todo el relato, en cada frase y momento, en su descripción del mundo se

recargan los adjetivos, comparaciones, metáforas: es la presencia, la voz. El ser del texto es un ser filtrado. Hay mirada. A eso nos referimos también cuando afirmamos que el periodismo no es un mero descriptor objetivo, no pone un espejo ante esa realidad y, en todo caso, su espejo sería deformante. El acceso a la realidad que ejerce Pla es un acceso ensamblado escritor-entorno, en el que además los agentes de su memoria —selectiva y volátil—, las cosas vistas, oídas, degustadas y sentidas interactúan con una realidad palpable, evidente, sensual. Creo que valía la pena anotar sobre aquel estilo para trasladar cómo podemos acercarnos a las materialidades mediante este periodismo diáfano.

El periodismo posthumano es un relato de contaminaciones productivas entre formatos y estilos, de probaturas e incursiones en elementos que a priori parecen romper con lo que se espera. Por eso hay que explorar qué puede salir de hibridaciones entre reportaje, cómic, multimedia, redes sociales. La tecnología está aquí como agente; transforma la creación y la lectura. Cuando decimos que nos debemos «contaminar» no estamos hablando de confundir hechos reales con elucubraciones o ficciones. El periodismo informativo debe ser cuidadoso al respecto, más en la época de las falsedades. Como indica Albert Lladó (2019, 28), decir que el periodismo es creativo implica invertir en el tono, el ritmo y el lenguaje, «pero lo que cuenta es necesariamente cierto». Siguiendo los consejos de Albert Camús, Lladó pide lucidez, desobediencia, ironía y obstinación. De esos consejos el último es el más valioso desde nuestra perspectiva; un periodista es una persona obstinada en contar historias sobre la realidad, el contexto que le da sentido a esa realidad y los ensamblajes que cristalizan en *hechos-nodo*. Creo que el reportaje es el género más completo para ello, un espacio de creatividad en el reino de lo factual. Lladó (2024, pos 1840) ha afirmado que «la realidad no necesita realismo»; su visión es cercana a lo que vamos desgranando aquí cuando afirma que nuestro mundo «se constituye a través de un juego de relaciones», el periodismo tiene entonces el cometido de «atender lo que tienen de *potencia* los hechos, los gestos y las palabras» (itálicas nuestras). Como Lladó, consideramos que esto no implica aplicar un método científico a la realidad, no es una cuestión de desgranar el mundo «tal como es». Existe aquella mirada; personal, tamizada por un sujeto creativo, situado y consciente.

La lógica de hibridación va pareja a la naturaleza de fluido del periodismo. El continuo de texto, sonido e imágenes sobre pantalla nos pide una

redefinición hasta de los conceptos básicos como «programa» o «género». Ya apuntamos hace una década sobre la sensación general que había en los estudios de comunicación de que el sistema clasificatorio de los géneros televisivos se había roto pero que, como sucedió en otras épocas de disrupción —como en el Renacimiento o el Romanticismo—, el género no muere, sino que se transforma y se adapta estratégicamente a las formas de comunicación (O'Donnell y Castelló 2014). La irrupción de la inteligencia artificial o de la realidad virtual tampoco acabará con los géneros actuales en ese sentido. Ahora bien, esa nueva tecnología va a producir formas de expresión innovadoras y nuevas categorías. Entre otros muchos retos está el de releer el significado de autoría. Imaginemos que preparamos un programa de cultura y le pedimos a la IA que elabore un currículum de la directora de cine entrevistada y que proponga diez preguntas: ¿qué sabe o qué elabora ese logaritmo sobre su obra? ¿qué similitudes y diferencias detecta en relación con otras obras o escuelas? Ese robot puede aportar información, quizás poniendo énfasis en algo que el periodista no había anotado. Pero entonces, la IA también compone y forma parte de la autoría. El problema grave es que la IA se equivoca, miente, inventa, propone. No asiste de forma certera. Todo se rompe aquí para el periodismo, ¿quién se quiere ensamblar o aliar con alguien o algo que alucina y no es fiable?

La inteligencia artificial generativa ya se usa para redactar piezas sobre resultados electorales en tiempo real. En mayo de 2024, RTVE elaboró más de ocho mil noticias usando la IA para cubrir los resultados en una selección de más de ochocientos municipios en Cataluña (Corral 2024). La IA ahorra tiempo y permite componer noticias clonadas usando todos los datos. Es uno de los usos que permitirá producir mucho más contenido. No es que sustituya a los redactores, sino que permite cubrir y producir allá donde no se llegaba. Expande. La tecnología interviene incluso para generar un avatar que presenta las noticias. En Asia, y cada vez más en Europa y en América, asistimos a un auge de la utilización de presentadores virtuales de informativos (EFE y Cadena SER 2024). La IA ya está creando periodismo, literatura y cine. Quizás necesitamos revisar los formatos y géneros para incorporar el hecho de que se use la IA para la elaboración de textos. ¿Sería recomendable marcar bien todos esos contenidos con alguna etiqueta del tipo «IAG» (Generado por IA), visible en todo momento por el público? Quizás un marcador de este tipo se convertiría en aviso de esas agencias para el público. Creo que sin ese reconocimiento se juega

a una confusión perniciosa para el periodismo. Es un error considerar la tecnología como mera intermediaria. Una vez entra en juego y participa, se ensambla a todo lo que producimos los humanos; la autoría queda distribuida.

¿Vamos hacia una hibridación indescifrable y mixta entre el contenido generado por IA y el contenido generado por humanos? ¿Consumiremos ese contenido «contaminado» por la IA sin ninguna medida de trazabilidad? ¿Dónde está aquí la mirada y la voz? ¿Es esto aún periodismo? ¿Quién es entonces aquí el periodista?

Tendré que pedir disculpas por articular más preguntas que respuestas, pero ¿deberíamos abandonar entonces el periodismo? Quizás los textos más interesantes en el trazo de los *hechos-nodo* se dan fuera del periodismo. Pongamos dos ejemplos paradigmáticos en el ensayo de Vanesa Freixa, *Ruralisme. La lluita per una vida millor* (2023) o el documental de Mercedes Álvarez, *El cielo gira* (2004). Ninguno de esos dos textos puede ser calificado de periodismo, pero los temas y debates que ponen sobre la mesa son de gran actualidad. Ambos plantean el relato desde las afectaciones. El primero es un ensayo con momentos de manifiesto que aboga por la soberanía alimentaria y la adopción de un ruralismo, el segundo un documental sobre la vida en la población de Aldeaseñor (Soria) mientras parte de su paisaje es transformado por la instalación de molinos de viento. Nos encontramos con dos textos entre los que hay casi veinte años de diferencia pero que comparten conexiones con el posthumanismo. Despliegan lenguajes expresivos en los que las narradoras aparecen en primera persona. La primera frase de *El cielo gira* es: «Una vez fui a la casa del pintor Pello Azketa y me enseñó este cuadro». La primera de *Ruralisme*: «Aquestes muntanyes m'han guardat sempre» [estas montañas me han guardado siempre]. Son relatos en los que la experiencia de las autoras y su relación con la materialidad (la pintura, los animales, los elementos físicos) están, son el motor del proceso creativo. Una vez nos han metido en ese texto, se intercalan elementos de la crónica, de la crítica, de las memorias. Se mezcla el reportaje con la etnografía, la historia con la política, la emoción con la racionalidad. Ambos textos están en todo caso atentos a los agentes humanos y no-humanos que hacen de los mundos de las autoras, en las montañas del Pallars o en Aldeaseñor, ser lo que son. Son el producto —desde el ensayo o el documental— del reporte de materialidades con la mirada y la voz de sus autoras. En ese relato el lector y

el espectador llegan a entender los ensamblajes que producen la transformación de esos espacios rurales, o su transformación, mientras aparecen resorts turísticos, molinos de viento o se imponen políticas desde lógicas exógenas a las gentes que lo habitan, o que lo habitaron. La bióloga Teresa Franquesa ha señalado que esos procesos de destrucción y construcción de paisajes generan solastalgia, la sensación de haber perdido «el entorno al que pertenecías» (S. Castro 2024). Debemos indagar en esas expresiones fuera de las convenciones y los constreñimientos periodísticos.

Cuerpos y ciencias

El periodismo actual ha dejado demasiado de lado al cuerpo humano. No nos referimos al cuerpo humano como tema. Es muy claro que los espacios de belleza, cuidados, vida sana, psicología, etc., producen cada vez más contenidos. Son sobre todo eso, mero contenido, muchas veces sponsorizado por marcas. En ese sentido, el cuerpo humano se ha comodificado, se ha convertido en objeto sobre el que se organiza una vasta maquinaria consumista: cremas, accesorios, suplementos alimenticios, productos farmacéuticos, medicinas alternativas, *coaching*, clínicas estéticas, etc. Los cuerpos humanos son el centro gravitatorio del *body building*. Pero esto está lejos de la corporeidad que requiere la visión del periodismo posthumano. Es precisamente esa transformación del cuerpo en objeto de consumo lo que ha propiciado una invasión de la publicidad y la información comercial, en definitiva, del *branded content*. El periodismo posthumano propugna recuperar el cuerpo en todos los sentidos y en relación con todos los seres existentes. Esto requiere incorporar las afectaciones físicas en las historias que elaboramos de los *hechos-nodo*.

El medio ambiente y los espacios en los que nos movemos se representan como una exterioridad que nos afecta. La comunicación de la salud y del bienestar se ha ido interesando sobre los afectos que ese ambiente tiene en nuestro cuerpo, pero continúan elaborando un relato en el que el cuerpo sigue siendo una entidad aislada, unificada. El cuerpo, en esta información comercial, acaba siendo parte de la estrategia de la marca. El contenido de marca coloniza nuestros cuerpos y fomenta la comodificación de la profilaxis. La estrategia comercial está en poner a nuestra disposición toda una serie de productos y servicios de «aislamiento» y «protección». En el fondo de la cuestión subyace la idea de que nuestros

cuerpos son entes que debemos mantener apartados, desvinculados a toda costa de lo que los rodea. Más allá de las necesarias medidas de prevención de la salud, como pueden ser las mascarillas, los preservativos o las cremas solares, existen toda una serie de productos que repelen, aíslan, conservan, esterilizan. La comunicación se ha mantenido muy ciega a aceptar otra perspectiva: la concienciación de que nuestros cuerpos forman parte de un continuo de flujos, bacterias, químicos, partículas, metales, etc., que nos atraviesan constantemente, a cada segundo.

Desde el punto de vista del periodismo posthumano es útil el concepto de transc corporalidad que trabaja Stacy Alaimo (2010), en el sentido de que el cuerpo humano es inseparable del medio que habita, entendido como el medio ambiente o como el espacio en general. Una idea básica inicial de esta perspectiva viene a ser que formamos parte de lo que nos rodea de la misma forma en que lo que nos rodea forma parte de nuestro cuerpo. Para Alaimo, requerimos toda una serie de información científica que medie en este intercambio de materialidades: el periodismo posthumano podría proveer un mejor entendimiento científico y experto sobre las materialidades que afectan los cuerpos y sus continuos intercambios con las exterioridades. De hecho, la propuesta de Alaimo invita a vernos como un todo material en contacto inexorable, lo que tiene profundas implicaciones políticas y éticas en tanto que somos cuerpos que ingerimos y excretamos sin cesar. Nuestras viviendas y lugares de trabajo están conectadas a tuberías que transportan fluidos que pasaron por nuestros organismos, que modificamos, y las distribuyen y reparten en una miríada de nuevas localizaciones. En el medio rural este continuo cuerpo-entorno fue más evidente; la interacción directa con los elementos —sol, agua, frío— así como con otros seres vivos —insectos y otros animales— y la experiencia con otros cuerpos —que nacen, que mueren, que se pudren— nos daba una perspectiva mucho más conectada. La masificación en ciudades y la gestión externalizada de todo lo que necesitan y es desechado por nuestros cuerpos ha incrementado distancias.

El discurso del aislamiento es una narrativa hegemónica adoptada y promovida también por el individualismo. Ese discurso implica operar de forma independiente con nuestro entorno social, como si pudiéramos desconectarnos de los vecinos que habitan nuestro edificio, de los animales que rondan por el barrio, de las nubes de humo que emanan de los coches en la calle, del ruido de los camiones y autobuses que nos ensordecen mientras esperamos en la parada. Ante el consumismo que

concibe un cuerpo en una burbuja, unos hogares aislados, las propiedades separadas, de los barrios delimitados, etc., el periodismo posthumano pone énfasis en la permeación y transición de seres y materialidades. Ante la obsesión por el aislamiento que genera toda una serie de productos que teóricamente necesitamos —desde cierres de seguridad y alarmas, a ropas cada vez más impermeables, ultraligeras, pero más resistentes, factores de protección más altos, insecticidas infalibles, selladores definitivos, etc.—, el periodismo está para evidenciar que está bien tomar precauciones, pero, al final, todo está en contacto y el aislamiento completo es una quimera.

Volviendo a Alaimo (2016, 112), la transc corporalidad implica un «nuevo sentido materialista y posthumano de lo humano como interconectado perpetuamente con los flujos de sustancias y de agencias de los entornos». La autora remarca la importancia de la divulgación de la ciencia y precisamente menciona la relevancia de las revistas, los medios sociales, los libros comerciales o las webs realizadas por aficionados en ciencias, aun cuando estos medios son poco considerados por la literatura académica sobre posthumanismo (Alaimo 2016, 3). Los medios de comunicación —incluyen aquí desde los podcasts de grandes empresas a propuestas amateurs, los reportajes en periódicos o de estudiantes de comunicación, los medios sociales abiertos o los que usamos en grupos reducidos son un espacio adecuado para ejercer esa divulgación—. El periodismo posthumano se expresa en todas estas plataformas y formatos, en los que son habituales textos que superan ese enclaustramiento que hemos señalado, esa forma de clasificar —académica, popular, mediática, opinativa, personal.

Tratemos un minuto sobre el periodismo en salud. Por ejemplo, quedarnos con una visión construccionista social del cáncer es insuficiente y limitado. Incluso cruel. La fotografía científica tiene un alto valor periodístico y aporta documentos que ayudan a entender mejor como evoluciona la enfermedad. Imágenes como las captadas por el Institute of Cancer Research y el Royal Marsden NHS Foundation Trust en 2020 sobre el proceso de metástasis celular, por ejemplo, son muy relevantes en el ámbito periodístico (Ackerley 2020). Equipos multidisciplinares de médicos, investigadores, diseñadores y periodistas innovan con imágenes en relatos sobre cómo y por qué las células se multiplican sin control, qué elementos químicos interactúan, y cómo podemos traba-

jar mejor para paliar la existencia de estas y nuevas enfermedades que aparecerán en los próximos años. Todo esto es muy físico y corporal, también social, pero no por la construcción que podamos hacer en el debate público sino por qué forma parte de una realidad ensamblada, de *hechos-nodo*, de hilos e interconexiones. Por otra parte, hay que explicar mejor la vida de las personas que padecen las enfermedades y evitar relatos basados en heroísmos o dramatismos. Aquí es donde la intervención de otros expertos como antropólogos o trabajadores sociales puede añadir más valor. La vida cotidiana de personas con enfermedades crónicas, mentales o de larga duración conlleva retos que se pueden entender desde un relato que explique mejor las complejidades, con historias en primera persona y que tengan en cuenta las corporeidades.

Por suerte siempre hay buenas piezas periodísticas en las que se expresan estas cuestiones. Por otro lado, se sabe aún poco sobre cómo muchas enfermedades son respuesta a un estilo de vida, a los productos que consumimos, a la forma en cómo trabajamos, a cómo nos relacionamos, a la velocidad a la que vamos, y a la desatención generalizada y sistematizada a nuestro físico. Vivimos en desconexión con nuestros cuerpos; esto no está desligado con el sistema de producción y crecimiento ilimitados. Hasta que no sepamos explicar mejor la relación entre todos esos factores y tomemos consciencia de la necesidad del cambio no dejaremos de enfermar como respuesta a esa forma de organizarnos y relacionarnos. Un periodismo de salud que atienda mejor a los estilos de vida y de organización y su impacto en nuestros cuerpos es urgente.

Todo con lo que tratamos son híbridos, no existen categorías puras, todo son gradaciones: ¿qué determina una enfermedad y nos indica que uno ya no la padece? ¿es humano un corazón que funciona con válvulas artificiales? Con la medicalización de la sociedad, ¿no somos todos parte de la tecnología? ¿qué decir de todas las derivaciones que estamos creando con la edición genética? Estamos más bien en lo que Karen Barad (2014) denomina existencias difractivas, continuos y discontinuos, existencias en gradación. Por ello propone apartar los dualismos y las diferencias. Se trata de superar la identidad como unidad. Necesitamos sacarnos las gafas de una realidad hecha de individualidades, singularidades, unidades, para visualizar los fluidos, las interrupciones e intermitencias del ser, las indeterminaciones.

En todo este debate sobre los cuerpos, sus limitaciones, las enfermedades y los afectos, tendremos que pararnos solo un momento para dis-

tanciarnos del transhumanismo. El epítome de este pensamiento se materializa en la figura del ciborg y del robot antropomórfico. Una buena parte de la crítica cultural posthumanista se ha centrado en estudios sobre las representaciones fílmicas de las relaciones entre humanos y robots, así como de los seres mitad humanos mitad máquinas, un imaginario que recorre la literatura, la cultura popular y el cine desde los tiempos de *Metrópolis* (Lang 1923) y del imaginario literario-cinematográfico de *Blade Runner* (Scott 1982; Dick 2001 [1967]). La experimentación de hasta dónde podemos llegar en implantar la tecnología en nuestros cuerpos, genera un ávido debate mientras progresamos con implantes que en muchos casos incluso nos salvan la vida, y en otros mejoran nuestra salud o nuestra experiencia vital.

La historia de Neil Harbisson, quien puede «visualizar» los colores gracias a un implante cerebral, fue una de las más conocidas. Harbisson se preguntaba si quizás no somos todos un poco ciborgs. En cierta forma estamos también hablando de gradaciones puesto que nadie hoy se puede escapar de las prótesis (las gafas o los audífonos lo son), los implantes en los huesos, los aparatos de medición, cuentapasos, detectores de niveles de azúcar e insulina, y otros muchos artefactos que interactúan con nuestros cuerpos, los miden y controlan.³⁹ El tema se ramifica hacia el uso de la tecnología aplicada a los cuerpos también en el deporte, en la seguridad, en la guerra incluso.

El posthumanismo toma una postura crítica y cauta, no ante las experiencias ciborg sino ante el pensamiento transhumanista tecnófilo. Algunos trabajos señalaron el riesgo tecnológico-determinista del transhumanismo, especialmente por su fe en el progreso científico-tecnológico como la clave de la superación y la llegada de un mundo mejor (Francesch 2014; Ferrando 2013). En este sentido, como señalaba Francesca Ferrando (2013), es confuso poner bajo el paraguas del posthumanismo la compleja y cada vez más fragmentada familia de líneas de pensamiento (antihumanismo, transhumanismo, metahumanismo o materialismo). El imaginario del transhumanismo está anclado en la cultura del videojuego y de la literatura, en la que ciborgs y androides interactúan con humanos generando mundos fantásticos. Este relato está muy arra-

39/ Sobre diversas experiencias véase el reportaje de Llanos Martínez (2018) o el documental *Cyborgs among us* (Duran Torrent 2017).

gado en los medios de comunicación, en sus secciones de «Tecnología» o incluso de «Sociedad». En general, si bien el posthumanismo explora los usos tecnológicos y sus ensamblajes en todos los sentidos, no es un espacio centrado en la exploración transhumana. Si bien reflexiona sobre el continuo tecnología-cuerpos y valora los progresos en la mejora de la salud, no deberíamos pensar que la tecnología resolverá todos los problemas de la humanidad y nos expandirá sin límites. La tecnología implica, sin embargo, peajes. Hay que tomar una visión crítica al respecto también.

Los teléfonos inteligentes y nuestra dependencia de sus pantallas pueden ser la evidencia más clara de que los humanos hemos traspasado diversas fronteras. El ensamblaje de esos dispositivos, con las tecnologías de biometría y la inteligencia artificial, augura futuros de superación de todas las fronteras, un devenir no necesariamente utópico. En este punto, y viendo cómo de aferrados estamos a ellos, ¿utilizamos nosotros a los móviles o ellos nos utilizan a nosotros? Cuando en los años noventa internet empezó a generalizarse en los hogares y en las empresas, la disponibilidad de ese mundo digitalizado, la superación de los parámetros de tiempo y espacio, la posibilidad de construir un alter-ego y desligarnos de nuestras mochilas analógicas, infundió un sentimiento de optimismo. Treinta años más tarde todo había cambiado y la disposición de la red en la palma de nuestra mano pasó de «nosotros acceder a la red» a que «la red accede a nosotros». Desde entonces ha habido críticas hacia los efectos perniciosos de internet para la humanidad y la sociedad en general (Turkle 2015; Keen 2015; 2018). Como decía Andrew Keen, internet no es la respuesta y debemos luchar por seguir siendo humanos en esta etapa de alta conexión, en la que estamos más aislados que nunca; el posthumanismo propone ese «seguir» dejando atrás lo que hemos hecho mal, es una respuesta para que la tecnología no nos deshumanice. El último pensador que se ha sumado a estas ideas es Yuval Noah Harari (2024), quien nos advierte del error con el que operamos en la red y de las inteligencias artificiales como mecanismos predadores.

El periodismo posthumano tiene base científica, pero va más allá del periodismo científico. Se trata de una perspectiva por lo tanto aplicable a todo tipo de contenidos y que puede producir nuevos géneros y formas de expresión que van desde las historias informativas centradas en datos a otras más literarias e interpretativas. El reconocimiento de una construc-

ción social del cuerpo humano no debería ir en detrimento del reconocimiento de nuestro físico, de su condición biomaterial. La información periodística está infestada de bulos en torno a los cuerpos, desinformación producida y consumida por todo tipo de públicos, desde preadolescentes a una creciente comunidad de personas mayores que consumen, distribuyen y generan contenidos con impacto sobre la salud. Llegar a esas comunidades con informaciones fundamentadas está en el corazón del periodismo, trabajado a fondo, contrastado y verificado. La información científica y médica es necesaria y crucial, pero no suficiente. Debe ir acompañada de una información sobre la experiencia, sobre la vivencia de las enfermedades. Debe ir guiada por un trabajo sobre los recursos que ponemos en las curas. Debe ir orientada por una indagación sobre las innovaciones en la organización de la sanidad pública, explorar nociones de salud comunitarias y denunciar los casos en los que la salud se ha convertido en un negocio sin escrúpulos.

Las ciencias democratizadas son las que priorizan la experiencia y el contacto directo con los fenómenos. Existen conocimientos diversos y el periodista visualiza jerarquías en busca las respuestas posibles: ante una grieta en el edificio, un arquitecto; ante un cáncer, un médico especialista; ante una plaga, un agrónomo y un biólogo. Además de entrevistar a esos expertos, habla con los vecinos que viven en el edificio, con los pacientes que padecen la enfermedad, con los agricultores que cultivan los campos. Pero, además, conoce los materiales con los que se hizo el edificio, se documenta sobre el tipo de cáncer sobre el que está informando, o pasea y observa con sus propios ojos qué le ocurre a la planta cuando la plaga aparece. El peor enemigo del periodismo es el relativismo y la equiparación de las fuentes; poner en el mismo saco todo o no saber distinguir entre lo relevante y lo accesorio. Un determinismo tecnocientífico ciego a las pragmáticas suele imponer invisibilidades, pero un relativismo que equipara todo acarrea problemas. No es una profesión sencilla, por lo que requiere de oficio y experiencia, dos valores que reivindicamos a contracorriente.

Bruno Latour planteaba la necesidad de activar un relacionismo, como mecanismo para escapar de esos dos polos en los extremos. El periodismo entonces sirve de eslabón entre las ciencias y las comunidades, entre los conocimientos de todos los agentes. Además, estar atento a los elementos no-humanos que generan informaciones valiosas. Para Latour las cien-

cias deben dejar de ser entendidas como un espacio de imposición de conocimiento que dicta qué es racional y qué no lo es sin contar con una perspectiva amplia del *demos*. Quizás sea una visión utópica pero el periodismo ayuda precisamente a lo que Latour propugna, a fortalecer las relaciones para democratizar las ciencias.

Latour distingue la «Ciencia» en mayúscula —como conocimiento impuesto— de «las ciencias» en plural— que justamente incluyen una democratización y una abertura a los conocimientos diversos—. Pone acento en la necesidad de evitar la indisputabilidad o imposición del conocimiento, y que aceptemos que «los hechos no están constituidos por las simples pasiones humanas» (Latour 2024, 322 [1999]). Añadimos que para ello se requiere de un proceso doble. Primero, el periodismo posthumano se basa en los conocimientos científicos para fundamentar las historias. Son cada vez más las informaciones que indagan sobre las evidencias que hay tras determinados hallazgos y que piden una visión más integral de la investigación científica. El periodismo debe descartar la pseudociencia, contrastar afirmaciones, buscar la verificación en base a los datos y hechos. Segundo, las ciencias se deben acercar más al periodismo y dejar de operar en burbujas especializadas repletas de tecnicismos y textos cobijados en oscuros procedimientos ininteligibles para la mayoría de los mortales —a veces por la complejidad técnica de los procedimientos de obtención de conocimiento, pero otras por una mera estrategia de distanciamiento o simple inoperancia.

El periodismo necesita a las ciencias, y viceversa. Divulgar está en la base del posthumanismo. Las ciencias han de aproximarse más y mejor a los públicos amplios, deben abandonar las lógicas endogámicas y productivistas que poco o nada tienen que ver con el conocimiento. Existe una inflación de producción en revistas especializadas de las que el público sabe muy poco y cuyo impacto es residual. Existe una obsesión por resultados publicados en revistas en los mejores ránquines. Pero necesitaríamos un nuevo tipo de medios de difusión sobre conocimientos científicos, perspectivas postdisciplinarias, que se enfoquen a retos transversales y, sobre todo, sean conscientes de la multiplicidad de actores que deben formar parte del proceso de construcción del conocimiento. El periodismo debe ser un traductor de eso, entrar en los laboratorios, entender lo que observan los médicos en los microscopios, los mecanismos de escaneo de nuestros cuerpos, saber qué entra en juego en la representación de nuestros

cerebros, huesos y músculos. Es más necesario que nunca un periodismo científico y divulgativo.⁴⁰

Contar y adaptar los medios de expresión a una historia estructurada y narrada para ser distribuida entre un público amplio y no experto está circunscrito a eso que se llama periodismo científico, pero debería ser más común en todo tipo de periodismos. En política, economía, medio ambiente, salud, deporte o cultura hay espacio a un periodismo abierto al estudio profundo de los procesos, al análisis informado, a la experimentación. Las ciencias «sociales» y las humanidades están rezagadas en esa presencia también, porque el periodismo que se acerca a las universidades y centros de investigación es aún poco atento a las humanidades. El periodismo científico hoy se encarga de hablarnos de la última terapia contra el cáncer o del descubrimiento de un nuevo agujero negro. Pero en temáticas sociales o humanísticas los periodistas son más reticentes a incorporar geógrafos, lingüistas o antropólogos con experiencia en el tema: para hablar sobre una enfermedad se contacta con un médico, pero para hablar sobre una obra de arte o un escritor raramente se entrevista a un historiador del arte o a una estudiosa de la literatura. Parece que los periodistas esquivan a los sociólogos, los antropólogos, los historiadores, los comunicólogos, los filósofos. Nos hace mucha falta todas estas perspectivas para cultivar visiones fundamentadas y críticas.

Por ejemplo, sociólogos y filósofos de la ciencia han puesto énfasis en el impacto de los artilugios, máquinas y herramientas que usan los científicos para generar conocimiento: la instrumentación no solo es un intermediario entre el hueso roto de nuestra cadera y los médicos; la manera en cómo genera la imagen incide en el ensamblaje hueso-negatoscopio-traumatólogo. Esto último es importante cuando hablamos de reportar el mundo material «invisible», el sumergido, el diminuto o el intergaláctico. Pero, además, debemos ir más allá de considerar que solo lo que percibimos es material. Tecnología e instrumentación juegan un papel en la visualización de lo invisible. Ocurre cuando la usamos para crear imágenes, estadísticas, detectar ondas. Las máquinas que empleamos para detectar realidades están en la base de la creación de esas historias en formatos innovadores.

40/ Hay que destacar la notable aportación de publicaciones como *The Conversation*, que llenan un vacío entre las ciencias y los públicos amplios.

En los años noventa, Andrew Pickering (1995, 22-23) utilizó la metáfora de la escurridora de ropa —un artilugio antiguo para secar la ropa mediante un rodillo que ejercía presión sobre las prendas— para describir el proceso de generación de conocimiento científico como resultado de una dialéctica de resistencia y otra de acomodación (las partes del rodillo). Según el autor, la resistencia describiría el fallo en captar las agencias materiales en base a nuestra práctica y medios tecnológicos; la acomodación implicaba entonces una revisión de los objetivos y de los medios. Esa dialéctica sin fin opera en un «baile de agencias» (humanas y materiales), y la ciencia, como el periodismo, acaba convirtiendo la agencia material en un «relato de la agencia material». La ciencia opera con una intención (objetivos), bajo unas normas. Siguiendo la metáfora del «rodillo» de Pickering (1995, 26) debemos superar la dicotomía humano—de la sociología, la comunicación, el humanismo— versus antihumano (de la física) y tomar una perspectiva integradora. Así, la práctica científica tiene un componente cultural, es una práctica «de extensión cultural». Por otra parte, los científicos —como los creadores culturales— desarrollan un rol ambivalente: activo y pasivo. Es también un rol pasivo ante el trabajo de las máquinas y la tecnología, existe en ese sentido una agencia maquina —el trabajo de la tecnología y los instrumentos— y una agencia disciplinaria; siguiendo a Wittgenstein, el autor traza una relación entre uso y significado dictado por las normas (Pickering 1995, 115).

La semiótica tiene un papel crucial para acceder a las agencias materiales. La semiótica era, para Pickering, un desatascador del dilema entre considerar la agencia material como un simple relato científico o considerarla en ella misma y desmembrarla de la autoridad del conocimiento científico. Ambas vías llevan a un camino sin salida para el autor. La primera posición es la habitual en la sociología del conocimiento, mientras que la segunda no permitiría divisar instrumentos para dar sentido a dichas agencias. La semiótica fue para Pickering (1995, 12-13) una opción que intermedia —ya hemos revisado en secciones anteriores el posicionamiento pragmático como un espacio de posibilidades explicativas—. Hay otros autores que criticaron estas perspectivas que otorgan agencias a los instrumentos que usamos (véase, por ejemplo, Jones 1996), pero la idea es sugerente incluso cuando se nos explican avances sobre física cuántica.

Hasta el momento, podemos afirmar que el periodismo no ha puesto mucho énfasis o atención a la existencia de esas cosas materiales más

allá de sus significaciones económicas (PIB, recursos energéticos, materias primas), geoestratégicas (armamento), o físicas (fenómenos meteorológicos, catástrofes naturales), por ejemplo. Hay, sin embargo, materialidades cotidianas que pasan más desapercibidas. Sobre todo, en el periodismo ambiental y científico se ha mantenido una atención a ese mundo físico que contribuimos a contaminar de forma masiva. Para ello se han servido del resultado del relato científico —esas fotografías, estadísticas, observaciones y mediciones en base al uso de instrumentales— como de las tecnologías de la comunicación —cámaras, micrófonos, teléfonos móviles— para hablar de esas agencias. Pero de manera general hay mucho por recorrer en este ámbito. En el periodismo la tecnología y las máquinas son cocreadoras de esas narrativas; pero las máquinas no pueden separar ficción y realidad; los humanos, como hemos dicho, tampoco somos buenos en esta distinción.

El foco exclusivo en los conocimientos técnicos, científicos o expertos y el descarte de los conocimientos generados por la experiencia comunitaria lleva a problemas que el periodismo conoce. Decimos que la ciencia y la técnica se debe democratizar porque sus aplicaciones son políticas. Podemos ilustrar la idea. Hemos trabajado sobre el tema de los documentales que tratan la reintroducción del oso en zonas de montaña (Berti y Castelló 2024). Es un caso claro en el que las políticas y medidas de *rewilding* (resilvestramiento) para la reincorporación del oso —o de otros grandes carnívoros— que se lanzaron en los años noventa en algunas regiones de Europa como Italia o España y Francia, no acaban de funcionar. Desde el punto de vista científico se seleccionaron los ejemplares de osos que vivían en Eslovenia, se trabajó sobre un número de individuos, los momentos para transportarlos, los lugares de introducción, el control de las ubicaciones, etc. Pero las primeras reintroducciones no tuvieron suficientemente en cuenta los impactos en las poblaciones rurales, las prácticas culturales y sociales, la relación de los humanos con los osos, y los agentes locales. Más tarde, cuando aparecieron las fricciones, se puso más cuidado en esos conocimientos y prácticas, en los elementos que hacían incompatibles, por ejemplo, ciertas técnicas de pastoreo extensivo. La presencia del oso significaba un cambio radical de gestión del ganado. Los osos proliferaron, por lo que científica y técnicamente aquellos proyectos fueron exitosos en relación con los objetivos marcados. Pero los problemas y conflictos se incrementaron con un obvio impacto en bajas de animales de pastoreo.

Todo esto tuvo un momento muy interesante hacia 2021 y 2022, cuando un par de documentales sobre esa cuestión aparecieron para relatar los casos en Trentino (Italia) y en los Pirineos (España y Francia). Esas producciones tuvieron sentido porque incorporaron el relato de agentes que en todo ese proceso no habían sido tenidos en cuenta lo suficiente (Berti y Castelló 2024). Esos documentales, titulados *El no a l'os* (Freixa y Camps 2021) y *La frequentazione dell'orso* (Betta 2022), fueron un ejemplo de divulgación, en ese sentido, aunque quizás sus autores no describirían sus piezas como periodísticas. Una motivación de esos documentales fue precisamente la falta de relatos periodísticos que ofrecieran una historia más completa.

Es eso lo que debe hacer mejor el periodismo, indagar sobre los flecos que la técnica y la política se dejan en la explicación de los retos y en la aplicación de tratamientos. Sobre estos temas, una perspectiva posthumana no solo incorporaría esos relatos, sino también entendería la agencia de los osos mismos, ya no como especie —aspecto que está muy estudiado por los biólogos y controlado por los agentes rurales que monitorean los programas de reintroducción—, sino como agente ensamblado con el medio ambiente y las comunidades rurales humanas y no humanas. Aquí, la innovación de los documentales no fue solo desde un punto de vista de enfoque, sino también en la manera cómo las producciones dispusieron las estructuras narrativas, las imágenes y los testimonios. Los expertos tuvieron su espacio en el relato, pero también los pastores, los colmeneros o los hombres y mujeres mayores que comentaron sobre como sus antepasados habían llevado al oso casi al exterminio. Esos documentales no defendían la desaparición del oso, ni su reintroducción a toda costa. Sus propuestas narrativas iban más allá de esas polarizaciones para centrarse en el impacto de su repoblación, así como para problematizar y profundizar en conocimientos expertos, científicos y locales, en diálogo —no de unos sobre otros—. Al final, lo que se produjo fue un texto reflexivo que contranarró el relato hegemónico en torno a los osos (Berti y Castelló 2024, 9).

El periodismo posthumano se desmarca del periodismo corporativo que se apropia de términos como «sostenible», «verde». Esos conceptos aparecen al lado de productos de todo tipo de los que no sabemos casi nada con relación a quien los produce, cómo, dónde, activando qué ensamblajes. Esa apropiación, de nuevo el *greenwashing*, amaga un «seguir haciendo

lo mismo diciendo que lo hacemos diferente». Para Alaimo (2016, 170), es un síntoma de los miedos del sistema capitalista, y culpa a los medios de comunicación, a las noticias y reportajes, de promover esa apropiación y aplicarla a la economía, a la deuda, a la migración. «Fuel limpio», «energía verde», o «ropa eco», son conceptos que surgen y desaparecen. El periodismo debe ser capaz de ir más allá de esas etiquetas apropiadas por el corporativismo que se han adueñado de objetos lo «ecológico», lo «regenerativo», lo «renovable», lo «reciclado», lo «verde»; el periodismo posthumano supera ese etiquetaje e indaga en los procesos específicos en cada caso. Se ha formulado esa crítica para diversos usos como la «agricultura regenerativa» (Grain 2023). Ya se habla de una «comunicación regenerativa». Estamos ante una constante relectura y apropiación, un moldeamiento a la máquina de consumo. El periodismo debería ayudar a discernir y a entrenar en el criterio.

El periodismo debe seguir controlando los poderes —corporativos y políticos— que juegan en ese teatro, hoy en día, con más ventajas que nunca. Planteamos un periodismo consciente, enraizado en lo material, con referentes, y que se desprende del encasillamiento en el que esos poderes corporativos y políticos han ido metiendo a la profesión. El contexto demanda aquí una visión clara, editorial, más allá del *branded* y de la propaganda. El uso de las fuentes verificables continúa siendo la clave. Tenemos las fuentes oficiales, las fuentes reputadas, las fuentes que ofrecen información que muchos periodistas dan por buena, y luego tenemos las fuentes problematizadas, las que son «poco fiables», sobre las que vaga una penumbra de incertidumbre. Existen por lo tanto diversidad de capas que no permiten poner todos los hilos narrativos en un mismo nivel.

Michel Foucault (2012, 189-90 [1971]) pensaba que era precisamente la estructura de jerarquización lo que se generaba como un «régimen de la verdad» que funciona en una «economía política de la verdad». ¿Podemos aceptar entonces que «la verdad» es siempre política? ¿Llevaría ello a afirmar que hay tantas verdades como políticas? Volvemos necesitar un flotador para escapar del remolino que generan las fuerzas del relativismo —que daría una respuesta afirmativa— y las del realismo simple —que negaría categóricamente—. Todo es más matizado: que existan unas «políticas de la verdad» no implica que todas las «verdades» sean políticas. Quizás este argumento sea más entendible con un ejemplo.

Un reportaje afirma que se han abatido unas 600 ciervas, gamas, corzas y crías en Aragón, por parte de unos 124 cazadores inscritos en una batida extraordinaria. Esto es un hecho verificable mediante los datos que pueda suministrar el gobierno de dicha comunidad autónoma. El hecho es la eliminación de seres vivos, mamíferos, herbívoros. Pero en el tratamiento de ese hecho no debemos de quitar ojo al lenguaje que se utiliza para relatar ese hilo narrativo, con el uso de conceptos como «batidas organizadas», «custodia de responsables», «quitar animales», «control poblacional» (Sánchez 2024). Todo ello construye un relato sobre el hecho, más allá de la cifra de 600 ejemplares. Otro ejemplo. En Cataluña, la Generalitat anunció en 2022 un plan de choque para controlar los jabalíes que se paseaban por Vallvidrera, un barrio cercano a la montaña de Collserola. El problema aquí era la falta de cazadores que abatían en aquellas fechas unos 60.000 ejemplares en todo el territorio. En la pieza se hablaba de «cazadores expertos», «poblaciones cerradas» o «control cinegético» (M. Rodríguez 2022). Los lenguajes no son en ningún caso inocuos. Conllevan un entendimiento de la situación. Fijan significados. Pero tras ellos está la experiencia concreta y los hechos.

Podríamos decir que en esos relatos opera una «política de la verdad», pero los miles de animales muertos no son una «verdad política». Tampoco es «una verdad» sino un hecho el impacto nocivo de los animales en los cultivos, es real y tiene una repercusión económica. En el caso barcelonés, las imágenes de los jabalíes paseándose delante de una farmacia abierta, en una calle cualquiera,⁴¹ nos confrontaba al hecho de cohabitación animal en nuestras ciudades. Un caso extremo similar al anterior se da en la ciudad tailandesa de Lopburi, donde las familias de macacos han tomado la ciudad y las autoridades no dan abasto aplicando esterilizaciones masivas, ya sea con métodos químicos como mediante castraciones. Mientras algunos de esos macacos han ocupado edificios enteros donde aplican sus propias reglas de convivencia y vecindad (AFP 2024; Torres 2024). Esos animales viven entre nosotros y se aplican actuaciones para eliminarlos. Esto son *hechos-nodo*, no «verdades».

Vemos que las «políticas de la verdad» operan como estructura, en la que la humanidad se ve legitimada para controlar la proliferación de esas otras existencias. En todas estas historias no podemos olvidar que la sobre-

41/ Firmadas por Gianluca Battista y tomadas en 2021 (M. Rodríguez 2022).

población de esos animales se debe, también, a la aniquilación de sus depredadores, así como a la transformación de sus hábitats. Formamos parte de un sistema que genera sobrepoblaciones de unos individuos mientras elimina la diversidad, al mismo tiempo que nuestra actividad se ensambla para crear un paraíso de contenedores rodeados de basuras comestibles para los jabalíes o hectáreas de montes sin lobos para los ciervos. Entonces, jugamos a intervenir sobre todo ello, pero sin tener en cuenta que cada pieza mueve a otras, y que esa «política de la verdad» no es tan democrática como rezamos.

Las «políticas de la verdad» estructuran, operan y justifican acción ensamblada. El periodismo visualiza esas políticas, es consciente de esos regímenes y de las economías políticas. Pero al final, como hemos dicho, quedarnos dándole vueltas al concepto de «verdad» —ya sea construida (mediante fuerzas y poderes) o relatada (porque pensemos que existe una realidad que podemos explicar como «verdad») — es limitante y bastante improductivo. Sin embargo, poner en marcha mecanismos para explicar *hechos-nodo* que develen trazos de los ensamblajes que operan en la constitución de nuestro mundo puede ser una actitud más razonable y, sobre todo, factible. El periodismo posthumano es en ese sentido un verdadero baño de modestia, un reconocimiento y aceptación de nuestros límites. Desde esa aceptación y modestia podemos construir propuestas en positivo, afirmativas.

Afirmación

En verano de 2024 se celebraron los Juegos Olímpicos de París. La inauguración consistió en un espectacular acontecimiento con las delegaciones de los países paseándose en barcas por el río Sena. La organización de los juegos estuvo muy atenta a la seguridad y las crónicas se llenaron de metáforas de blindaje, cordones, hermetismos y otras figuras que remarcaban la pretensión de aislar diversos kilómetros a lo largo del río Sena del mundo exterior. Resultó que, por la mañana de ese día, el sistema ferroviario francés fue sabotado en diversos puntos, afectando a decenas de miles de desplazamientos en todo el país. Minutos después de empezar los fastos, empezó a llover, lo que afectó a la ceremonia. Más tarde, las pruebas de triatlón que debían disputarse en el río fueron aplazadas por contaminación del agua. En ese contexto, fue destacable la forma de comenzar su crónica Carlos Arribas (2024), un relato en el que la lluvia ejerce una agencia aportando «dramatismo teatral», «amenazando con gastroenteritis a los triatletas» e infestando las aguas del río de *E. coli* y enterococos. La profilaxis total no es posible, todo lo que producimos retorna, está aquí, entre nosotros, nos afecta. El relato de esa crónica plantea ensamblajes relevantes entre deportistas-bacterias-lluvia-río. Parte de esas bacterias habían estado en los cuerpos de los parisinos y de todas las delegaciones allí allegadas unas horas antes; eran París también. La sociedad parisina asistente al acto era solo una parte ínfima de París y de sus inmensos barrios periféricos, sus ciudades adosadas, sus *banlieus*, y sus agencias humano-bacterianas. Arribas acaba con una frase acertada: «Todo, sin embargo, deseos, promesas, inversión, acaba dependiendo de la naturaleza».

El periodismo que exploro en este ensayo entiende lo posthumano como otra forma-de-ser-humano; es un proyecto en construcción. Se trata de incorporar una mirada en la que esa «naturaleza», que en el fondo es una realidad material ideologizada, irrumpe no solo en las representaciones sino en la forma de producir y consumir periodismo. Tal y como anota Rosi Braidotti (2013, 109), ese posthumanismo es una evolución; de la alienación humana del entorno pasamos a la consciencia de un vínculo.

El posthumanismo es una rehumanización cuando la forma en que hoy tenemos de «ser humanos» es «in-humana» en un entorno de extractivismo, de neocolonialismo, de guerras étnicas, de nacionalismos extremos, de violencias de género. El periodismo posthumano, entonces, se suma a la diversidad de expresiones que quieren superar lo que se ha denominado la necropolítica (Mbembe 2008). La necropolítica explica el poder de decisión y la gestión sobre lo que debe morir. En ese esquema se incluyen los ecosistemas de las denominadas «zonas de sacrificio». Ante esa lógica —que a menudo justifica un sistema competitivo de ganadores y perdedores, de acumulación de capital y pobreza, de desequilibrio social, de individualismo e insolidaridad, de oportunidad y velocidad— el periodismo posthumano es un movimiento expresivo afirmativo. Braidotti insiste en que esta condición afirmativa del posthumanismo no implica un optimismo o un positivismo naïf. Se trata de reivindicar que el cambio es posible y que podemos revertir una situación como la actual. Revisando estas páginas, la Plataforma Intergubernamental sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas (IPBES) publicó un informe en el que advertía de que la mayor causa de la masiva pérdida de biodiversidad era «la desconexión casi total de las personas respecto al mundo natural y el impulso por dominar la naturaleza y a otras personas» (Cerrillo 2024). Ante esa situación, lo primero que este organismo intergubernamental requería era un «cambio de mentalidad». El periodismo posthumano contribuye a ese cambio, buscando alternativas y propuestas a cómo vamos a revertir una situación y planteando el momento, como hacía el IPBES, como una oportunidad.

El periodismo seguirá sin duda denunciando las injusticias y los espacios en esas ruinas del capitalismo que anotaba Anna Tsing (2015); entre esos restos y detritus afloran nuevas formas de vida, nuevos *hechos-nodo*, nuevos relatos. El periodismo tiene un rol reportando sobre los márgenes maltratados que vuelven a la vida, márgenes físicos y simbólicos, espacios resilientes tras los incendios y la destrucción. Lugares deshabitados tras el éxodo rural, espacios precarizados donde se entrelazan existencias humanas y más-que-humanas y se reconfiguran las relaciones sociales. En ese relato habrá espacio también para abordar la apropiación de la tecnología por parte de esos agentes; pero aquí se habrá superado el discurso tecnocrático y de fascinación por la novedad. La tecnología —informática, genética, robótica, química, comunicativa— se ensambla con esas existencias que se las hacen suyas.

Nuestras democracias están en riesgo grave si no rescatamos un periodismo profesional y antepoemos los datos fiables, las informaciones contrastadas y el conocimiento experto a los discursos identitarios e ideológicos. Los extremismos se alían y viven un auge en la actualidad porque entre otras razones, como indicaban Guattari y Deleuze, se han constituido en «máquinas de deseo». El periodismo participó en esos mecanismos, pero también tiene formas para contrarrestar estos programas. En su propuesta, hemos visto que esos autores preconizaban que las fuerzas que debían antepoerse a esa deriva no podían denegar esos «fenómenos del deseo». Deleuze (1995, 33-36 [1972]) remarcaba que lo que a él y a Félix Guattari les interesaba era saber «¿cuáles son tus máquinas deseantes?». En ese sentido, el periodismo posthumano no ha de descartar los dispositivos del placer, ni dejar de explorar sobre programas que imaginan nuevas formas de replantear nuestra relación con el entorno; pueden quizás asemejarse a utopías, pero como veremos, esto no los desacredita.

François Lyotard fue más allá con sus *dispositifs de jouissance*. Esgrime una provocativa afirmación contra la intelectualidad que se pone a favor de las clases trabajadoras pero las culpa por no entender cómo pueden disfrutar de eso que produce el capitalismo de consumo: los juguetes de plástico, las bebidas superazucaradas, la carne industrial, el melodrama repetitivo o la música comercial. Desde su punto de vista, hay un programa libidinal en comer carne hiperprocesada, conducir un coche potente, observar estanterías con cachivaches fandom... En todo ello quizás se están usando pesticidas, o se incrementa la huella de carbono e incluso se cuenta con el trabajo infrahumano en la otra parte del mundo. Pero el autor arguye que la visión meramente económica o ética no es suficiente para desactivar ese mecanismo que funciona. Para Lyotard había que dibujar una alternativa afirmativa y que trabajara sobre los placeres. Los teóricos de la socioecología crítica —a menudo personas blancas que trabajan en universidades del Norte Global— aún no habrían entendido la «intensidad libidinal en el intercambio capitalista» (Lyotard 2015, 122 [1974]): ¿Cómo dibujar una alternativa teniendo en cuenta este activo sobre el placer? La clave podría estar entonces en cultivar un periodismo que conecte no solo con las razones científicas y éticas —que ya insisten sobre las consecuencias del uso de pesticidas, energías fósiles, grasas saturadas, aditivos cancerígenos, redes polarizadas y tóxicas, etc.— sino que también conecte con ilusiones, utopías y placeres —que no descarte ese mecanismo

del deseo—. El deseo de estar-en-un-mundo mejor, en sintonía con otras existencias. Una clave puede ser disfrutar más y mejor del tiempo, ir más lentos y explicar cómo los ritmos pausados nos reconfortan.

Ritmos, tempos

Un cambio relevante es la aceptación de un continuo entre naturaleza y cultura, como vamos insistiendo. Esas conexiones se dan en historias de todo tipo, más allá de las portadas y los grandes titulares. En julio de 2024, mientras el mundo estaba pendiente de las Olimpiadas de París, mientras la guerra de Ucrania seguía provocando víctimas y destrozos, mientras en los Estados Unidos se preparaba el choque electoral, sucedió una cosa extraordinaria. En la playa de Tamarit, una población costera de Tarragona, tres parejas de chortilejo patinegro (*charadrius alexandrinus*) anidaron. En la playa ya habían nacido seis polluelos anteriormente. La noticia la dio un diario gratuito que se distribuye en la zona. Recogía las declaraciones de un miembro de una asociación medio ambientalista que indicaba que cada vez más se da el caso de que en verano conviven los turistas y otros animales: «Cada día hay gente estirada en la arena y, a pocos metros, hay una especie protegida haciendo nidos» (O. Castro 2024). El hilo también explicaba los progresos de recuperación de las dunas, con empalizadas de protección, donde las tortugas bobas (*caretta caretta*), han redescubierto esta playa. Entre la vorágine informativa de ese verano, ese relato se explicó en un periódico gratuito modesto. Estas publicaciones son nexo de comunidades pequeñas; medios con una distribución local relevante, porque estas hojas se reparten en bares, panaderías y otros establecimientos. Estos medios son además el lugar donde empiezan a realizar prácticas o publicar las primeras colaboraciones jóvenes periodistas salidos de las facultades.

Por ejemplo, un medio local en los Pirineos es un espacio de debate público de los temas que afectan a las comarcas de montaña. En ese periódico se cubre el problema de vivienda en esas áreas donde, paradójicamente, existen municipios bastante despoblados. La especulación inmobiliaria y un sector turístico extractivista no ayudan a asentar la vida a jóvenes que eligen quedarse en esas montañas. En diciembre de 2024 *Viure als Pirineus* se hacía eco de la multitudinaria manifestación en la Seu d'Urgell que iba encabezada por una pancarta con el lema «Habitatge digne per un Pirineu

Viu. Sostre, terra, vida» (Viure als Pirineus/ACN 2024).⁴² Habrá que hacer compatible el turismo con otras actividades, no solo para diversificar la economía sino por la obligación que tenemos de compartir el espacio y los recursos. Las comunidades humanas y no humanas que viven en los espacios turísticos no pueden soportar más la presión a la que ese sistema está sometidos. Un periodismo consciente reporta sobre esas realidades además de indagar con voces expertas sobre posibles soluciones y salidas justas a los retos ambientales y sociales. La aparición de los chortilejos en la playa de Tamarit llevó al acordonamiento de 6.000 metros cuadrados para esas tres parejas. Esas vidas necesitan más espacio que una familia con sombrilla, toallas, tumbonas y neveras. Hay que respetar esos espacios donde los humanos no vayamos a molestar; no somos dueños de todo. Esto se debe explicar bien en los medios y debe ir acompañado de políticas y medidas acordes con estas compatibilidades.

El 12 de abril de 2023 empezó a emitir en el Parc Natural d’Els Ports una cámara en directo sobre el nido de una pareja de águilas culebreras (*circaetus gallicus*). La retransmisión estuvo abierta y los usuarios que nos pudimos conectar de vez en cuando vimos cómo la pareja crio un polluelo. A finales de mayo de aquel año nació ese polluelo, y las cámaras registraron los esfuerzos de la pareja en mantenerlo caliente y llevarle comida. Más tarde el ejemplar prosperó y empezó a realizar ejercicios de vuelo (Parcs Naturals de Catalunya 2023b; 2023a). Aunque esa cámara se instaló con objetivos científicos y de seguimiento, también generó una sensibilización e interés entre una audiencia que siguió la vida de una pareja de águilas. A diversas horas del día se podía encontrar una comunidad de tres, diez, quince personas conectadas en directo que comentaban cosas como «la he visto en la rama de la derecha», «a ver si regresa pronto con una presa», «hoy parece que se ha levantado más curiosa». Disponer de esas imágenes empezó a generar información sobre las águilas en diversos medios de comunicación. En la televisión catalana se informó del nacimiento de polluelos, y en algunos programas informativos para jóvenes se resumieron los momentos importantes de su vida (la caza de una serpiente especialmente grande, un primer vuelo o cómo sobreviven a una tormenta). Los medios locales también destacaron algunos hitos de esa pareja de águilas que se hizo popular.

42/ «Vivienda digna para un Pirineo Vivo. Techo, tierra, vida».

Conectarse una mañana a esa cámara nos transmitió los tempos y ritmos de otros animales, muy diferentes a nuestra enfermiza manía de ir deprisa. Usamos la tecnología para ir aún más rápido, pero podríamos usarla para aminorar también o tomar consciencia de esas existencias pausadas e invisibles. Podemos imaginar una tecnología *slow* que haga nuestra vida más placentera. Necesitamos medios e iniciativas que nos den tiempo, momentos reflexivos, acompasados con los tempos de otros seres vivos. Y quizás, abandonar el churro interminable de *reels* y *posts* sobre una actualidad trepidante y superficial —en el que nosotros somos un producto— para contemplar una actualidad lenta y profunda.

La asimilación de los nuevos medios ha venido dándose con la evolución tecnológica y la adaptación de las formas de expresión a sus interfaces e imperativos (Scolari y Rapa 2020; Scolari 2024). Esas formas de producción y difusión de representaciones implican constantes operaciones de vida diferida en todo tipo de formatos audiovisuales. Pero su uso para acelerar nuestras existencias no está necesariamente adosado a la tecnología; es ese imperativo de producir más, consumir más, ir más rápido lo que nos hace adoptar tecnologías para la aceleración. Es nuestra decisión individual y colectiva o la idea hegemónica asumida, y falaz, de que rápido es mejor. Podríamos plantear otras cajas interpretativas como la de pausado es mejor, o atento es mejor. El «progreso» es hacer las cosas con prisa. Las águilas progresan diferente. Tienen su tiempo para volar, para aprender a cazar, para limpiar sus plumas. Necesitamos aprender de las águilas, por lo que tiene mucho sentido seguir sus lecciones de vida y de relación con su entorno.

En la ruralidad la necesidad de esos tempos largos y acompasados con el medio ambiente es aún más evidente. En realidad, disfrutamos de ello y no hay sensación más placentera que ese «frenar ritmos» que conseguimos al salir de las ciudades y desligarnos del trabajo estresante, conectarnos con el medio, respirar. No se trata de una idealización de lo rural sino de una sensación muy compartida de alivio al dejar el coche, apagar el móvil, desconectarnos de las pantallas y salir a pasear por un camino sin asfalto. El uso que hacemos de la tecnología debe en ese sentido servirnos en esas direcciones de conexión y descanso y menos en el foco productivista que nos secuestra la atención. Brooke (2000) anotaba que la retórica que usamos de esa división entre naturaleza y cultura es problemática y se alía con ese uso intensivo de la tecnología. También proponía que ante la

sobrecarga de información y el ansia de conocer más y más, deberíamos conocer mejor.

Esos usos tecnológicos nos han permitido realizar las imágenes de esferas de fotones de agujeros negros en galaxias a millones de años luz (Akiyama et al. 2019). Hay que llevar nuestra racionalidad a un punto extremo para entender qué significa esto, además de ser muy conscientes de la cantidad de mediaciones tecnológicas que son necesarias para la obtención de dichas imágenes. También han producido las ptychografías de átomos de un cristal aumentado cien millones de veces con un microscopio electrónico. Implica el uso de algoritmos que «pueden calcular dónde estaban los átomos en la muestra y cuáles podrían ser sus formas, creando así una imagen» (Chen et al. 2021; Blaunstein 2021). En la inspección de esas dos imágenes —la del agujero negro a millones de años luz y la del átomo ampliada millones de veces—uno queda atónito en comprobar su gran similitud inversa. Es como llegar a una imagen y su negativo. El primero es un aro de color anaranjado en torno a un agujero, el segundo un punto anaranjado rodeado de un aro negro. ¿Podemos evaluar esas imágenes con las categorías de natural o cultural? ¿Pueden ellas expresar ese continuo que estamos argumentando y que no tiene delimitaciones taxonómicas entre lo ínfimo y lo superlativo, entre lo humano y lo tecnológico, entre la materia y la información?

Pero volvamos un momento a la cuestión del lenguaje y la expresión, que nos interesa en la parametrización de nuestro objeto. Porque hemos dicho, siguiendo la idea de Brooke, que en esta evolución en la que aparece una retórica posthumana —por ejemplo, la del microscopio electrónico que nos muestra sus resultados calculados—entramos al mismo tiempo en una crisis de la omnisciencia. Una crisis tanto por el problema de la sobreinformación existente en el universo, que somos incapaces de conocer y procesar, como por la evidencia de nuestras limitaciones de abarcar y comprender. El punto de vista narrativo, por lo tanto, padece un desplazamiento: la explicación de ese mundo desde la omnisciencia no deja de ser un juego, una simulación, un contrato que aceptamos aun cuando tenemos la certeza que se asienta sobre papel mojado. También el periodismo debe entonces aceptar las limitaciones, entender que el conocimiento siempre es parcial y centrarse no en el «más» sino en el «mejor».

Ese periodismo es situado porque no se limita a aceptar ese papel mojado, que en la profesión se denomina objetividad, neutralidad o equidis-

tancia. Si bien la imparcialidad implica entender y reportar sobre posiciones contrapuestas, el periodismo posthumano no acepta la dicotomía entre objetos y sujetos, sino que abraza el todo como continuo conectado. Por lo tanto, lo importante es establecer de forma clara desde donde se habla. La neutralidad periodística no es posible al cien por cien y solo podemos aspirar a ser honestos, reportar hilos entre marañas, ser conscientes y constatar esas limitaciones. La neutralidad, además, no es ni un deseo cuando hablamos de la necesidad de un periodismo consciente y conectado con las comunidades que viven en la ruralidad o que reporta sobre las injusticias sociales. Lo explicaba Xavier Giró (en Font 2024): «Los periodistas no podemos ser neutrales cuando hay un abuso de poder o un conflicto asimétrico».

Ese periodismo ya se está teorizando y se pone en práctica. En una mesa redonda llevada a término en el centro de arte contemporáneo Blackwood de la University of Toronto Mississauga, la periodista y cofundadora de la revista *The Narwhal* Carol Linnitt (en Harp et al. 2020) explicó muy bien en qué se fomenta una práctica situada: el periodista se centra en un estudio a fondo de las comunidades sobre las que informa, la gente «que vive allí»; se evita la historia de declaraciones y contradeciones; se refuerza el contexto en la historia; se incide en el «¿por qué?» y se consigue un reportaje «complejizando la narrativa»; se focaliza en «actores inusuales», personas que no aparecen o no hablan en los medios habitualmente. A menudo este tipo de actores se denominan de forma inapropiada «anónimas»; pero no existen «anónimos» —los individuos son únicos, viven en sus circunstancias y contextos, generan y comparten sus saberes; podríamos hablar de su identidad, puesto que cada individuo responde a un relato, pasó por sus procesos de aprendizaje, generó sus habilidades y limitaciones—. En su intervención Linnitt termina con una frase que resume el periodismo que necesitamos:

«Y en cierto modo nos sentimos menos obstaculizados por algunos de los guiones de la objetividad (algo así como “este lado dice esto y este lado dice aquello”), realmente queremos ir más allá de eso y llegar a un tipo de reportaje que realmente haga las grandes preguntas sobre *lo que realmente está sucediendo en nuestro mundo* y si estamos ayudando a nuestros lectores a comprender ese mundo de manera más rica» (Linnitt en Harp et al. 2020, énfasis nuestro).

Este tipo de periodismo forma parte de las prácticas socioecológicas. En el periodismo rural o sobre lo rural vemos un ámbito donde se observan movimientos interesantes. Son proyectos ligados a una forma dife-

rente de observar y vivir con el campo. También otro método de trabajo. En nuestro entorno más cercano hemos identificado iniciativas como las que representan las revistas *Salvaje* o *Arrels*. El periodismo posthumano y de práctica socioecológica va más allá de lo que se ha denominado periodismo ambiental o ecológico. No se trata de una especialización temática, sino que aborda la manera en cómo se produce y se consume ese relato. Algunas de las características que hemos identificado son: las estructuras productivas que hacen posible este periodismo son pequeñas —aunque como hemos visto una visión posthumana se puede cultivar desde cualquier medio—; el ritmo de trabajo es pausado, cercano a lo que se denomina el *slow journalism*; los proyectos se dotan de una sensibilidad sociocultural, cercana a las comunidades; la aproximación es experiencial, de estar en los lugares; el foco se pone en las personas y en otros agentes, y los formatos son simples y minimalistas (Castelló 2024c).

Aunque el periodismo consciente puede darse en cualquier tipo de organización, las grandes empresas suelen pertenecer a conglomerados mediáticos sujetos a una serie de premisas, condicionantes y limitaciones. Esas organizaciones necesitan inmensas cantidades de dinero para mantener dichas estructuras, humanas y materiales, por lo que sus proyectos han generado productos orientados a la escalabilidad, dirigidos a públicos amplios, en busca de maximizar audiencias que deben monetizar ya sea mediante suscripciones o venta de publicidad. Esa economía política del periodismo corporativo puede jugar en detrimento de las visiones posthumanas y críticas. La razón es muy simple: esas empresas acaban, de una forma u otra, condicionadas por las dinámicas corporativas; se autoimponen generar beneficios para una propiedad que a menudo desconoce los resortes periodísticos o los utiliza como inversión. Esa generación de beneficios se hace a menudo a costa de reducir costes, y, por lo tanto, mantener una plantilla muy ajustada que debe trabajar a destajo para producir mucho «contenido». También a costa de producir productos de consumo masivo, espectacularizados, de alta viralización.

Este condicionante del periodismo en las grandes corporaciones no implica que las empresas periodísticas y de comunicación pequeñas o de base local produzcan necesariamente un periodismo mejor, ni atento al posthumanismo, ni tan solo a prácticas socioecológicas. El periodismo local tiene otros condicionantes. Todo es más complejo de lo que parece. Las empresas pequeñas, con dificultades económicas, escasez de medios,

y plantillas reducidas, inexpertas o cuasi inexistentes, pueden caer en una periodística empobrecida, carente de profundidad de los temas, dependiente de actores locales políticos o financieros y que se enfoca más en el contenido que en la información y la interpretación de un contexto socioambiental complejo. Los medios de comunicación de proximidad a menudo están sujetos a esos condicionantes y a una presión de su entorno político-económico elevada y cercana. El tamaño de las empresas puede influir, pero no determina la posibilidad de ejercer un periodismo de calidad y sensible a los ensamblajes humanos y no-humanos. Lo que es crítico es la capacidad de mantener una independencia y distancia de dichos poderes; por ello muchos de los nuevos medios de comunicación capaces de ejercer ese periodismo se financian mediante la suscripción de sus lectores o con acuerdos comerciales o públicos que asegure la independencia editorial.

Los medios que cultivan una cultura profesional periodística aún mantienen esa profilaxis entre la redacción y la oficina comercial. Los responsables en esos medios saben amortiguar la presión de la política y dar apoyo a los periodistas que informan. Aunque parezca paradójico, a veces esos medios con más plantilla y bien estructurados, aun perteneciendo a grandes conglomerados, pueden conseguir mejores prácticas que algunos medios pequeños, a veces abocados a depender de empresas asentadas en el territorio o de políticos locales con el tic de «levantar el teléfono» con demasiada soltura. El problema aquí ha sido también la precarización que han sufrido todos los rangos profesionales del periodismo, desde los redactores más jóvenes, a quienes se maltrató con contratos precarios, a los profesionales maduros que podían ejercer un liderazgo y transmitir su experiencia, pero a quienes se fue defenestrando. Asegurar la protección del periodista tiene efectos positivos en el resultado de un reportaje, de una crónica o de un tema de investigación. Hay que volver a ganarse la confianza.

Al contrario de ese desiderátum, la tendencia parece que continúa llevando a las empresas de comunicación por otros derroteros. Las grandes y medianas tienen como prioridad los resultados financieros y la cuenta de resultados. No destinan suficiente tiempo a eso que llamamos «narrativas de la complejidad». El foco en el beneficio económico conlleva recortes, platos informativos rápidos, descontextualizados, impactantes y virales. Eso es lo más alejado del periodismo posthumano. Muchas de esas empresas están explorando rápidamente cómo aplicar las inteligencias artificiales

generativas, cómo aprovechar contenidos que hacen otros o que reelaboran los algoritmos a coste residual. Si el uso de la IA se limita a rellenar páginas, minutos y espacio para atraer atención, no vamos por buen camino. Ese es un periodismo de la economía de la atención, del *click-bait* y del espectáculo. Bien al contrario, el periodismo posthumano es consciente de la necesidad del tiempo pausado para comprender los hechos y sobre todo explicar los contextos.

Por lo tanto, el periodismo posthumano debe ser un periodismo lento. La periodista Laura Saula (2025) habla de un «periodismo a fuego lento», de temas atemporales, que es el que requiere ese tratamiento de la ruralidad. Ese periodismo pide paciencia, tanto al profesional como al lector. Como hemos dicho requiere poner atención en los cuerpos, también en lo experimentado por el periodista en los lugares. Requiere conocer y visitar el espacio físico. Pide una práctica cuasi-etnográfica. El periodismo, así, propicia la presencia del profesional en los lugares desde donde se relatan los *hechos-nodo*. Esto significa que es un periodismo inclusivo también del sujeto que explica, así como creativo en la forma que se tiene de «estar en el texto». Los medios pequeños y de proximidad tienen ventajas para llevar a término este cometido en diversos sentidos.

Artificio sobre lo auténtico

El trabajo pausado no solo ofrece un resultado más próximo a las realidades que se explican, sino que se acerca a los ritmos que permiten asentar comprensiones. El periodismo en ese sentido se desprende, se independiza, de la imposición de «llegar primero» o tan solo de «llegar antes». La historia llega cuando está lista para ser contada. Esto repercute de forma positiva en el bienestar emocional y mental de los periodistas y creadores; tanto si las temáticas que tratan son conflictivas, técnicas o incluso conllevan exposición a historias traumáticas (accidentes, crímenes, injusticias). No hay nada más alienante que tratar esos temas de forma rápida, desapegada y «eficiente». Sin embargo, tomar el tiempo para escuchar, repreguntar, volver al lugar, estar con, vivir en, releer, etc., otorga una paz mental al que elabora el trabajo: el haber destinado el tiempo que merecía todo aquello. Lo contrario solo genera más ansiedad, frustración o alimenta el cinismo que se instala pronto en muchos jóvenes periodistas que aborrecen un oficio que debería ser gratificante por su capacidad de alimentar

la creatividad. Con todo ello, el hecho de buscar una independencia del corporativismo y de la «eficiencia», no implica que ese periodismo sea inviable; ya hemos indicado algunos proyectos que funcionan y otros muchos se organizan de forma comunitaria o son ejercidos a nivel individual.

Ese periodismo también requiere una nueva manera de trabajar con las fuentes. Con más tiempo, hay más elementos en los que nos podemos distraer. Eso es productivo, al contrario del mensaje que propugna la «eficiencia» de que las distracciones son improductivas. Algunas distracciones lo son, como los avisos impertinentes de las aplicaciones en nuestros teléfonos, pero otras no. Cuando nos distraemos nos desviamos de los caminos lineales y lógicos que parecen los más adecuados. Pero las distracciones son la semilla de las mejores historias. Por ejemplo, estamos cubriendo un conflicto energético en una comunidad rural y, lo «lógico» es tomar declaración a las autoridades, poner la cámara delante del portavoz, grabarlo y marcharnos en cuanto tengamos materiales videográficos, cortes o un enfoque de la noticia. Con esta cobertura habremos, sin embargo, pasado de alto muchos detalles. Hay que distraerse, quedarse con aspectos secundarios, aparentemente inocuos —pongamos por caso, unos granjeros que parecían discutir a la puerta del edificio y con los que no hemos interactuado; unas pancartas que colgaban de un puente en la carretera de acceso al pueblo; unas construcciones a medias en una calle adyacente del municipio, etc. Cualquier elemento puede ser motivo de preguntas e indagaciones. Esas (dis)tracciones son productivas, generativas. En el otro lado, el jefe de prensa, el oficial, los profesionales de las relaciones públicas, ya saben cómo operamos y nos han preparado una buena pantalla, unas fotos bien espectaculares, un dossier con los datos y estupendos gráficos, unas grabaciones de gran calidad para ser emitidas, unos cortes de voz muy «apropiados». Esas son las «flores» a las que saben que acudiremos. Por eso hemos planteado que el periodismo en entornos rurales debe estar especialmente atento a los lugares, mirar a la cara a los vecinos, hacer preguntas, aunque parezcan absurdas, aunque parezca que actuamos como alguien que no se entera de qué va todo ello.

La cuestión tecnológica vuelve a ser relevante en la gestión del tiempo: ¿mejora la tecnología tal relato o le resta? Alguien podría argumentar que con más medios tecnológicos podemos trabajar mejor las historias, pero esto no es necesariamente así. La relación entre tecnología, relato y tiempo es más compleja. Siegfried Zielenski (2019, 37 [1994]) proponía

una arqueología de los medios y del audiovisual —en su lenguaje, la audiovisión— o «un método para poner en primer plano las discursividades locales resistentes y las expresiones y conceptualizaciones de imaginaciones y visiones del mundo basadas en la tecnología que están en funcionamiento dentro de nuestra historia en gran medida lineal y construida cronológicamente». Zielenski aplica esto al arte y la creación, y se apoya en la tecnología. La trasposición al periodismo de su propuesta implicaría buscar formas diferentes de explicar la realidad. Pero no se trata de una optimización de tiempo, sino de una profundidad de tiempo. Volvemos a plantear preguntas en los márgenes: ¿cómo proyecta la IA la evolución del fuego y qué relato aguarda en ello?, ¿cómo podría ser un reportaje con unas cámaras adosadas a algunos animales que viven la campaña para eliminar a los corzos? La tecnología puede ayudar en muchas ocasiones. El periodismo se pregunta constantemente dos cuestiones: ¿cómo puedo usar la tecnología para explicar una variación de esta historia que ofrezca una perspectiva diferente?, y, ¿cómo está la tecnología interactuando con la historia de manera que aporta una agencia transformativa de la misma narrativa?

Con eso en mente, podemos decir que el periodismo no deja de ser, también, un artificio. La segunda acepción de «artificio» en el *Diccionario* de la RAE define que es un «predominio de la elaboración artística sobre la naturalidad». ⁴³ Pero leamos de forma física ese «sobre» (y no mediante una comparativa dicotómica entre arte-naturaleza). Veámoslo como una superposición. Se trata en este caso de una elaboración sobre la realidad, sobre una materialidad percibida, sobre lo que se experimenta, una elaboración mediada tecnológicamente en el momento de captación, procesamiento y consumo: cámaras, programas informáticos, edición, pantallas y dispositivos. El artificio es construcción, de acuerdo, pero opera sobre y en una materialidad, unos cuerpos, unos objetos. No existe artificio sin una afectación directa sobre esa realidad, sin un impacto. El periodismo posthumano puede ser un artificio sobre lo «auténtico» en un momento en el que el periodismo se ha instalado en un artificio sobre otro artificio. En ese juego, la AI podría ser una herramienta adicional de transformaciones, como lo es la cámara o cualquier otra tecnología que media entre realidad y lectura. Sin embargo, para

43/ La primera acepción también funcionaría: «Arte, primor, ingenio o habilidad con la que está hecho algo». DRAE, 2001, <https://www.rae.es/drae2001/artificio>, último acceso 19 de diciembre de 2024.

saber qué es la IA debemos preguntarnos qué hace y qué hacemos con la IA: ¿para qué te sirve la IA y por qué quieres que esa máquina genere hilos en la historia que estás contando?

Una didáctica vista en los institutos y universidades propugna que, de manera urgente e intensiva, debemos enseñar a formular *prompts* a los estudiantes. Creo que es una aproximación poco inteligente y lo que debemos procurar es que los estudiantes sepan hacer las cosas por ellos mismos. Cualquier tarea que ejecute esa inteligencia implica un afecto en la habilidad del estudiante, no necesariamente positivo. Por otro lado, ¿por qué deberíamos hacer interactuar al estudiantado con plataformas corporativas que usan datos y se entrenan a costa del esfuerzo y tiempo de todos? Es decir, no podemos adoptar la tecnología sin una visión crítica y distanciada, por una parte, y por otra, habría que explorar alternativas y generar posibilidades diversas. Podemos aconsejar también: emancíparte, escribe tu historia, algo que salga de ti, mirada y voz. La forma como se usa la IA puede estar arrebatando la mirada y la voz a los estudiantes. Escribir sin esa asistencia es un acto de autodeterminación, al fin y al cabo. El periodismo posthumano es consciente de las agencias tecnológicas hasta el punto de develarlas y fomentar una renovada actitud de autoafirmación. Sé que puedo usar esa tecnología, pero decido que no quiero, porque soy consciente de su impacto en la historia. Es agéntica y por ahora, prefiero que no intervenga. Selecciono yo el adjetivo porque plasmo la mirada en él, modelo yo el verbo porque la acción la monitoreo con mi ritmo.

La tecnología, los algoritmos o la inteligencia artificial, no es mala ni buena. Simplemente trabaja. Toma decisiones sobre contenido y forma, aplica una ética y presenta una estética. En ello, ya nos arrebató lo crítico del periodismo. Todo texto —escrito o audiovisual— es una gestión de fuerzas ordenadas por conexiones especializadas en la que intervienen otras personas que lo revisarán, programas que procesan el texto, otros que maquetan, ahora mismo el ventilador que consigue que la habitación esté a una temperatura adecuada para poder seguir tecleando. Pero cualquier agencia suma y resta. Esta advertencia no implica una negación o un escape de la tecnología.

Nuestra relación con la tecnología no es inocua, como no lo es la materialidad. La tecnología cambia la forma en cómo operamos. De nuevo, tenemos sobre la mesa una relación dual; un riesgo y una oportunidad.

El periodismo ha estado atento a esos movimientos que han utilizado las redes sociales para autoorganizarse, la visión posthumana no deja entonces de reconocer la capacidad de intervención que la misma tecnología significa.

Manuel Castells (2012, 144) ya tildó las protestas del movimiento del 15-M en 2011 como una «revolución rizomática»,⁴⁴ con grupos de trabajo descentralizados en nodos, sin un programa cerrado, sin unos liderazgos específicos. En esos movimientos las redes sociales y la tecnología tuvieron una relevancia. Existen decenas de estudios que describen cómo las redes han sido un espacio de dinamización de la protesta por los derechos humanos, de los animales o medio ambientales. Pero lo que también muchos reconocen es que el espacio físico continúa siendo un lugar esencial para la articulación de la protesta. En esa conversión del lugar como un sitio físicosociocultural la protesta adquiere una determinada significación —la escuela, el hospital, la sede corporativa—. Como indicaban Stuart Price y Ruth Sanz Sabido (2016, 7), «nuestro entendimiento de los sitios físicos continua, sin sorpresa, determinadamente material y terrestre, de manera que un incidente o acción que no está ligada a una posición específica en el mundo no puede ser descrita como un sitio, por importante o renombrado que sea».

Es por todo ello que, aunque las redes y la tecnología estén operando, la presencia física del periodismo en los lugares donde se producen las protestas, la presencia en primera persona, material, es crucial para obtener un sentido de la misma protesta y poder explicarlo. De otra forma estamos a expensas de lo que envíe la administración de turno, que minimizará la participación en la protesta y maximizará los daños que causó, o de lo que envíe la organización de turno, que quizás haga lo contrario. La estructura rizomática de las protestas, el poco sentido de predicción de qué pasará, la sensación de estar en un espacio virtual sesgado por la burbuja, la incapacidad de abastar todas las bifurcaciones, hacen aún más necesaria la vivencia en primera persona, la visión y el oído, el relato tamizado por una experiencia en la pragmática, en el sitio. Y aquí es donde el periodismo construye confianza, en la capacidad de relatar de forma honesta lo que se vive, lo que se escucha, lo que se percibe, con todas las limitaciones que

44/ Un concepto que el mismo Castells comenta que le sugirió la profesora Isidora Chacón, pero que a la vez tiene conexiones con la filosofía de Deleuze y Guattari que hemos ido comentando en este volumen.

conlleva —desde no estar en el lugar más crítico por no tener acceso a quedarse sin batería para seguir retransmitiendo.

La tecnología ha tenido un impacto en el trabajo periodístico, aportando no solo capacidades que superan las nuestras —como por ejemplo el uso de un zoom de cámara— sino también añadiendo limitaciones y condicionantes. A medida que esa tecnología se hizo más sofisticada produjo un tipo de periodismo más mediado; el uso de ópticas más potentes, programas de edición, programación, datos, superposiciones, cromas —muy corrientes en los noticiarios televisivos— y otros artilugios forman parte del periodismo. Los códigos deontológicos se fueron adaptando lentamente a estas innovaciones para mantener unos criterios éticamente aceptables. Por ejemplo, el de los periodistas en Cataluña (1992) dispone de una serie de anexos que despliegan criterios sobre retoques digitales de imágenes, y el Consell de la Informació de Catalunya (Ventura Pocino 2021) publicó un informe tras la aparición de la IA generativa sobre su uso y el impacto de los algoritmos en las redacciones periodísticas y sus implicaciones éticas. En un ámbito más internacional, el Instituto Reuters para la Investigación en Periodismo (Newman 2024) edita un informe anual sobre encuestas que también ofrece datos sobre ese impacto, así como la evolución del uso de redes sociales.

En conjunto, la profesión y el estudio del periodismo ha ido haciendo esfuerzos para digerir la aparición de nuevas tecnologías que permitían informar más y mejor. Entre los profesionales, especialmente los que trabajan en «la otra orilla» —relaciones públicas, comunicación estratégica, gabinetes de prensa, márketing, etc.— se recrimina que los centros educativos reaccionan lentos a cambios tecnológicos drásticos muy rápidos. La afirmación es solo parcialmente cierta. En la universidad, al menos, hemos integrado de forma ágil —quizás demasiado y todo según se valore— la cuestión de la IA. Como hemos visto algunos colegios y centros de investigación han adoptado esta tecnología pronto. Ante las demandas de mucha rapidez, urgencia y adaptación hay que estar alerta, no quedar deslumbrado por tecnicismos, anglicismos, supuestos avances y sus impactos a medio plazo. También ser cautos ante el argumento de que «es lo que pide el mercado laboral»; la formación debe preparar a los profesionales, pero no plegarse a todas las imposiciones y premuras de ese «mercado». La preparación profesional no solo debería ser eficiente y actualizada, sino también crítica y consciente. Más si las condiciones de trabajo son pobres.

En general, aunque la IA impone nuevas formas de funcionar —ya hemos visto cómo los grandes medios se disponen a adoptarla cuanto antes—, la tecnología genera mitos sobre los que los gurús pronto trabajan para dar charlas y ofrecer servicios de consultoría. Las aplicaciones reales y concretas son mucho más modestas, limitadas y problemáticas. En general, existe una tendencia a generar burbujas sobre el impacto tecnológico, a sobrevalorarlas, a la vez que se da una tendencia a criticarla.

Hay que entonar una autocrítica por parte de los medios de comunicación y del periodismo. Especialmente en nuestro país la deriva de unos medios dirigidos por el mercado (*market driven journalism*) es muy pronunciada y las injerencias políticas de partidos de toda índole y gobiernos a todos los niveles, en medios públicos y privados, también deja bastante que desear en un sistema que debe aspirar a un ejercicio más independiente, robusto y autosuficiente. Parte de esas dependencias tiene sus razones en la historia y la cultura política del país. Interactúan con una debilitada cultura democrática y la mermada exigencia de la ciudadanía para reclamar sus derechos. Existe una cierta desidia o consideración cínica de que todos los políticos son iguales, de que el dinero es lo que mueve cualquier organización, de que más vale no ponerse en política y en periodismo, etc. ¿Qué aporta el periodismo a estas precariedades? Pues el periodismo de calidad es uno de los pocos espacios que tenemos para reclamar que se respeten esos derechos, para evidenciar las injusticias y para imaginar una sociedad más consciente. Hay que partir una lanza por ese periodismo independiente y honesto.

Este panorama requiere considerar si la sociedad, en el contexto ibérico más cercano, está preparada para una transición hacia el periodismo posthumano que proponemos. ¿Cómo imaginar una sociedad y una democracia ampliadas cuando las que tenemos se perciben como precarias? Aun reconociendo las dudas, es un camino por explorar; de hecho, ya estamos en ese camino, aunque nos cueste admitirlo. Ante la crítica vacía se requieren propuestas de cambio y adaptación.

El periodismo ha perdido prestigio en el marasmo y el barrizal. A finales de los años ochenta y principios de los noventa, cuando algunos miembros de mi generación decidimos estudiar periodismo, esa profesión aún se ejercía entre cierta aura positiva: habíamos salido de una transición democrática imperfecta pero llena de posibilidades. Se respiraban aún miedos; no hacía tanto del golpe de Estado de 1982, pero el periodismo reportaba

sobre los logros colectivos, en la televisión los profesionales relataban reportajes y documentales sobre avances en derechos sociales e innovaciones culturales. No vamos a idealizar el momento, había infinidad de problemas que afrontábamos, pero al menos un relato transformativo para mejor. En los noventa, mientras esa generación se sacaba la carrera de periodismo, todo empezó a resquebrajarse. La televisión privada asaltó los *shares* y si bien ofreció algo de vitalidad a un medio aletargado, también incorporó un periodismo más sensacionalista. Las redes aterrizaron sobre todo esto como una tecnología de conexión infinita. Al principio pensamos que sería un espacio de libertades, finalmente se convirtió en lugar para la polarización y confusión operado por empresas lejanas, perfiles inexistentes, automatismos y bots. Ante todo eso, el prestigio del periodismo se ha deteriorado. Pero existe otra cara de la moneda. En los últimos años se ha puesto en evidencia que sin periodismo no hay democracia de calidad; sin una información veraz y fiable el *demos* se resquebraja. Es quizás en este momento, en el que hemos visto esas grietas, cuando surge la oportunidad de reforzar y ampliar ese *demos*. Quizás la rigidez y la exclusión de otras existencias han contribuido a parte de esa rotura que hay que sellar.

Que hayamos denominado el acontecimiento informativo como un *hecho-nodo* no es otra forma que remarcar el régimen de interdependencias que cada momento y acción conlleva en él mismo. Los que rompen conexiones y relatan un mundo de hechos descontextualizados, aislados e impactantes, polarizados, sin posibilidad de trazabilidad en relación con unos referentes y centrados en el impacto por el impacto, no están por esas posiciones. Quizás nos empujen a que compitamos entre nosotros; a que acaparemos más que los demás; a que subamos en los ránquines a toda costa; a que consigamos una cuenta de resultados sin preguntarnos cómo; a que ganemos arrasando; a que gritemos fuerte. Pero todo ello no resolverá el problema del pozo seco o la subida de nivel de los mares. El nodo nos remite a la red, el nodo nos remite a la interdependencia, el nodo nos remite a la conexión. Por ello, el nodo permite atravesar las membranas entre burbujas, entre saberes y versiones, entre comunidades que no se escuchan. El nodo es un centro de debate y discusión. El *hecho-nodo* es el punto crítico de toda una serie de relaciones naturopolíticas, relaciones que evidencian oportunidades y riesgos. Los que propugnamos fijarnos en los nodos estamos a favor del diálogo entre partes, de visiones holísticas de las comunidades, de inclusión de existencias, de cooperación de fuerzas en retos comunes.

Ya hemos agotado todas las distopías, es tiempo de explorar utopías. Los académicos que se instalaron en la crítica sin aportar más soluciones deben también reflexionar. Cuando propugnamos un periodismo vigilante nos desmarcamos de la crítica por la crítica. Claro que debemos mantener ese «espíritu crítico», pero la crítica solo funciona si tras la misma formulamos o imaginamos una alternativa. Los críticos que se encarnizan con los medios y el periodismo, también los posthumanistas críticos, deben reconocer que en los medios de comunicación de toda índole existen ejemplos de periodismo honesto y propositivo, sensible, responsable. Es evidente, hemos comentado aquí diversas piezas y prácticas. Es más, los postulados de muchas autoras como Rosi Braidotti y otras como Stacey Alaimo, las ideas de Donna Haraway sobre la tecnología y las relaciones con los animales o el materialismo vital de Jane Bennett, han surgido en paralelo a una conciencia mediática sobre aspectos relacionados con los derechos humanos, la igualdad de género, los retos del cambio climático, la pérdida de biodiversidad. En los últimos años se ha producido una importante reflexión al respecto y en cualquier medio que se precie ha habido un debate interno en relación con esas temáticas. Discusiones sobre la agenda informativa y con los marcos interpretativos en los que se debían ir tratando según qué temas: quizás estábamos hablando poco de esto, quizás estaban hablando solo unos y no los otros, quizás la razón está en la evidencia del desastre, en la materialidad de las cosas, y en las relaciones que debemos investigar. Eso sucedió en muchas redacciones desde inicios de los años noventa, con los accidentes nucleares, con las catástrofes climáticas, con las hambrunas y desplazamientos, con las enfermedades y epidemias, con las guerras.

Necesitamos imaginar utopías y comenzar a repensar las distopías. Utopías no en el sentido de abstracciones o de idilios. Utopías deseables, mundos posibles. Una utopía como programa, como deseo, una utopía como método de trabajo en el sentido que le da Ruth Levitas (2013, xi): «El núcleo de la utopía es el deseo de ser de otra manera, individual y colectiva, subjetiva y objetivamente». Esas utopías tienen en la creación mediática un espacio natural, en la generación de imaginarios y comunidades que vislumbran un futuro mejor. Ya hemos explicado lo que es muy probable que pase cuando los mares inunden ciudades, cuando no llueva durante meses en la cuenca mediterránea, cuando las abejas dejen de polinizar y los animales nos compartan virus mutados. Esto está aquí ya, y los afectos de todo lo que hacemos están en marcha. Que seamos más

o menos conscientes es una cuestión de percepción, como los caracoles que sacan su cuerpo de la cáscara al sentir el agua templada de una olla al fuego y, cuando se queman, ya no tienen capacidad de volver a su cáscara. Por lo tanto, hay que trabajar en un programa de acción colectiva y coordinada en la que el periodismo actúe como espacio de discusión y debate, de reflexión y opinión, pero sobre todo de información fiable que no deje de explicar que el fuego está en marcha y que la olla se calienta. Crear imaginarios obviando o negando esa realidad sería una irresponsabilidad imperdonable.

Esta responsabilidad del periodismo debe calibrar la generación de miedo y pánico ante las violencias, el futuro incierto y los desastres medio ambientales. El miedo y el terror generan paralización y repliegue, cuando lo que sería apropiado es un plan de acción para atenuar, para frenar, para reflexionar. Este frenar implica un retroceder para seguir avanzando, perseguir esa utopía. El olivo lo indicó en el paseo por el campo. En ese tránsito Levitas dibuja un método en tres partes: una arqueología, una ontología y una arquitectura. El periodismo tiene un papel en cada una de ellas. La primera trata de identificar y coleccionar las imágenes y los discursos «que están insertos en los programas políticos y las políticas sociales y económicas» (Levitas 2013, 153). Aquí, el periodismo aporta visión sobre el pasado y la memoria. Como ontología, la utopía entra en un modo de interrogación sobre el tipo de humanos que vamos a ser, qué valores están en el centro de esos programas. Desde el punto de vista del posthumanismo es un modo central, puesto que hay que revisar los valores sobre el que hemos construido un sistema tan destructivo y desequilibrado; no podemos normalizar o validar la moralidad existente en un mundo de masacre, genocidios, biocidios, feminicidios, un mundo regido por la necropolítica. En ese cambio ético el periodismo vuelve a ser crucial puesto que los medios de comunicación son una plataforma clarísima del termómetro de valores aceptados por una sociedad. Como modo de arquitectura, creo que Levitas lo explica extensamente y aquí solo podemos esbozar: es construir, tener un programa, y por lo tanto diseñar. Cabe superar el criticismo sin propuestas, el derrotismo y el colapsismo no funcionan aquí. Tras un derrotista se suele esconder un inmovilista, o incluso alguien a quien ya le van bien las cosas como están: «La tarea es imaginar formas alternativas de vida que fueran ecológica y socialmente sostenibles y permitieran una felicidad humana más profunda de lo que hoy es posible» (Levitas 2013,

198). Esa felicidad «humana», no hay duda, solo es posible si la compartimos con una felicidad más-que-humana, solo puede ser si ese programa está en sintonía con la vida.

Cerrar círculos

«La visión de la vida ha devenido en la ideología que crea la ilusión de que ya no hay vida», señalaba Theodor W. Adorno (2004 [1951], 9). Es hora de ir cambiando la lente, entonces. Este proyecto comenzó con el estudio de la comunicación y el periodismo en y sobre entornos rurales. La ruralidad inspiró este acercamiento al posthumanismo. Quizás haya trayectorias que muy claramente entroncan ruralidad y posthumanismo: los rizomas y la circularidad. Necesitamos un periodismo más rizomático y también más circular. Un relato que dibuje las vías inexploradas e inesperadas de afectos entre agentes humanos y no humanos. Porque los rizomas acaban en conexión con otras existencias. También circular porque en la explicación de los ensamblajes entramos en las lógicas de la retornabilidad, el volver. En el mundo material no hay metas y objetivos, hay retornos y conversiones. Todo vuelve, en una idea que llama a repensar a Nietzsche y su eterno retorno como ontología del mundo.

El carácter cíclico de las existencias es evidente en el ruralismo, y si cualquiera de nosotros nos acercamos más a la vida lo que veremos será en circularidad. El periodismo, como otras expresiones culturales que están tomando perspectivas posthumanas críticas, tiene un recorrido en esa crónica de las agencias interconectadas. Hemos comentado ejemplos y formas de trabajar en esa dirección, también hemos visto que el periodismo posthumano es algo que ya opera en medios de todo tipo, que se trata de una mirada holística, sensible al medio ambiente, a los cuerpos, a los animales y a las materialidades, y que no reniega de las tecnologías, sino que las reconoce como mediadoras y no simples herramientas de transmisión. No hay transmisión tecnológica sin una transformación de lo que se dice y, por lo tanto, sin una variación en la acción que se persigue. No hay una separación entre esa acción y la misma comunicación.

La circularidad está comprendida en una idea de reconciliación, de retornar. Esa idea de la conciliación con la naturaleza también fue anotada por algunos teóricos de la escuela crítica. Adorno y Horkheimer hicieron una crítica de la Ilustración que conecta con ese posthumanismo en cierta

forma, aunque estos autores no hablaran del concepto, claro está. Adorno ya notó que la dominación de la naturaleza lleva a una irracionalidad y advierte que esa obcecación y su progreso contribuyen a la desgracia y al daño de lo que justamente nos queremos proteger. A la vez, afirmó que el objetivo no es «volver al origen, el fantasma de la buena naturaleza» (Adorno 2005 [1971], pos 2643). El retorno no es al pasado, ni a lo puro. El retorno es la reconexión continua con la vida y sus expresiones. La denegación de nuestra conexión con la naturaleza comporta para Adorno «convertirnos en más dominantes, y como resultado, descendemos a una irracionalidad más profunda» (Hobden 2015, 254). En Adorno y Horkheimer, como explica Stephen Hobden, también tenemos una oposición al sufrimiento animal y en general proponen una reconciliación con otras existencias. La idea final de su interpretación de los autores se acerca bien a lo que el periodismo puede aportar en todo ello: «Mientras que una vida errónea no puede ser vivida correctamente, existe la posibilidad de vivir menos erróneamente» (Hobden 2015, 261).

Es cierto que estamos en un momento diferente al que criticaron esos teóricos cuando proclamaban que todas las industrias culturales eran intrínsecamente corruptas (Horkheimer y Adorno 1969 [1947]). La comodificación del periodismo ha derivado en una degradación insoportable de la información. Hoy la cultura mediática se produce bajo esas premisas «industriales». Pero también afirmamos la evidencia de una democratización cultural. El acceso a los medios de producción nos permite poner a disposición de la audiencia productos alternativos. Es posible acceder a proyectos innovadores y especializados, así como a medios más comprometidos, a revistas que practican ese *slow journalism*, a trabajos documentales y reportajes de calidad. Ese modo productivo necesita al mismo tiempo una revalorización de la tarea periodística de calidad como un servicio de interés público.

Aun así, el ecosistema mediático continúa siendo sesgado y se requieren políticas claras y decisivas para asegurar ese servicio de interés público: una cultura audiovisual y un periodismo consciente y conectado. Es un periodismo que requerirá de soportes porque el mercado no apoyará un sistema de producción pausado y vigilante que, además, se centre a relatar los ensamblajes de la realidad. Así, la disposición de una información de calidad y contrastada, que ofrezca un producto estéticamente trabajado y creativo, se equipara a la disposición de una educación de calidad, de una sanidad universal o de un sistema de seguridad para todos y todas. Existe una estructura

político-económica que ahora mismo dificulta ese periodismo consciente al que podamos acceder como ciudadanos, una cultura periodística transformativa y que ayude a construir utopías transitables en positivo.

Ese periodismo es afirmativo. Queremos decir que vamos a crear relatos que nos ayuden a imaginar mundos alternativos a este mundo de contaminación, violencia y desesperación. En ello se deben activar más asociaciones entre el periodismo y la ciencia. Las preguntas son infinitas: ¿Cómo vamos a descarbonizar todos los sectores económicos sin producir más injusticia? ¿Cómo vamos a integrar la tecnología en la educación, la salud o la seguridad respetando los derechos humanos y de las comunidades? ¿Cómo vamos a ayudar al sistema climático a mantener niveles de temperatura habitables y a construir comunidades resilientes? ¿Cómo vamos a mejorar los sistemas democráticos integrando a los más desfavorecidos e incluyendo a los humanos y los animales y las plantas en las decisiones? ¿Cómo vamos a erradicar las guerras y a eliminar las armas de destrucción masiva, a deshacernos de la industria armamentística y de los ejércitos para invertir todos esos recursos en alimentación, educación, sanidad y cultura? ¿Cómo vamos a redistribuir la riqueza de manera que terminemos con hambrunas y pobrezas extremas y todo el mundo tenga un entorno suficiente para desarrollarse? El periodismo no puede quedar al margen de los debates, de los «cómos». En su labor deberá integrar más voces, algunas de las cuales aún no hemos escuchado, otras que no pueden hablar o cuya expresión no podemos aún descifrar, otras que no quieren hablar por miedo a represalias y falta de libertad de expresión.

Hablar de periodismo y rizomas implica repensar las estructuras narrativas del periodismo. Para David Boje (2014), las estructuras narrativas rizomáticas son parte de una *antenarrativa*⁴⁵ que implica que los acontecimientos no obedecen a una causalidad lógica o esperable, nos remite de nuevo a las causalidades no lineales de DeLanda que hemos comentado en el capítulo dedicado a los ensamblajes. En su estudio sobre las narrativas en las organizaciones, Boje identificaba antenarrativas lineales, cíclicas, espirales y rizomáticas; en estas últimas no se dan patrones que nos lleven

45/ La visión de Boje (2012) entiende que la antenarrativa es dual, ese *ante-* es una apuesta de futuro y una predicción de cómo se cristaliza el relato. En cierto modo, la antenarrativa tiene un código, una especie de ADN que impacta sobre lo que vamos a relatar. La antenarrativa es como una estructura conocida (*ante*) que determina el futuro de lo que pasará (una apuesta).

hacia un final determinado. Las narrativas clásicas del periodismo suelen ser lineales (con principios, direcciones y conclusivas) o espirales (ahondan en las crisis o en los éxitos). En las primeras los periodistas reproducen lógicas de las organizaciones sobre las que informan, los proyectos que desembocan en resultados, los procesos que llegan o no a sus objetivos, los reportajes de desarrollo de un tema, las investigaciones que dan unos resultados, o los deportes —con la explicación de grandes eventos como los Juegos Olímpicos que terminarán con un medallero, las grandes competiciones como el Tour de Francia, los Mundiales de Fútbol o de Atletismo—. También podemos observar narrativas espirales —normalmente negativas— que ahondan en las crisis políticas y financieras, los casos de corrupción, la polarización. El relato colapsista sobre el cambio climático sería una narrativa en espiral, en caída libre hacia un desastre anunciado. Ese relato es muy propio de las visiones críticas que no encuentran vías de recuperación o de cambio de trayectorias.

Así, Boje propone la existencia de una antenarrativa rizomática. Boje (2021), influenciado también por los trabajos de Deleuze y Guattari y el materialismo de Jane Bennett, ha considerado que las antenarrativas rizomáticas forman parte de ontorelatos en los que el sujeto y el objeto se desintegran; son relatos sobre materialidades o seres en transición (recursos, animales, materiales). Todas estas antenarrativas operan de forma sincrónica, a la vez, en infinidad de textos a nuestra disposición sobre cualquier objeto y realidad. Boje sugiere que en el relato de esas realidades también agenciamos, afectamos, movemos. El periodismo es un espacio donde debemos explorar a fondo las posibilidades de las antenarrativas rizomáticas: tratemos los temas que nos puedan iluminar un futuro, un devenir deseable que podamos explicar a los jóvenes.

Esto es vital en las facultades de periodismo y comunicación. Necesitamos renovar miradas. Aún se plantean pocas alternativas a los esquemas dicotómicos de «dentro» o «fuera» del sistema. El modo integrado incide en una teoría y una práctica del periodismo que queda muy destinada a transmitir conocimiento y técnicas para cubrir objetivos (políticos, corporativos, institucionales); el viejo paradigma de «quien paga manda» y de cierto sometimiento de la comunicación a lógicas mercantilistas. Esa visión entrena para un periodismo corporativista, eficiente, rápido, tecnológicamente estresado. Las posturas más desgajadas, en el otro cabo, toman perspectivas críticas, pero sin propuestas transitables. Sería la vieja

posición «a la contra» que reniega de la tecnología (o la utiliza en la ideologización) y ve en el periodismo una simple «reserva». Ese posicionamiento lleva a actitudes cínicas en las que se explica un mundo en crisis, un desastre global político y económico que los periodistas deben relatar. El panorama para los futuros periodistas y comunicólogos se abre entre estos muros. Hay que explorar los caminos transitables, de nuevo, y visualizar más espacios en los que el periodismo puede aportar. Hay que explorar más vías para dar salida al talento y la creatividad. Desde la formación, alentar una nueva cultura periodística realista y crítica a la vez. Una propuesta que permita a los jóvenes aportar un relato que ilumine la complejidad de la realidad conectada.

Podrá parecer que esta propuesta navega entre el *wishful thinking* y una idealización, pero no van por aquí las cosas. En las clases de periodismo observo las reacciones ante los temas que vamos desarrollando: ética del periodismo, estilo y redacción, tendencias en producción y rutinas, etc. Comentamos la actualidad, los retos de la comunicación, los casos periodísticos. Al contrario de lo que algunos piensan, de que estamos ante una generación poco activa y frágil —ahora se ha encontrado un nuevo epíteto con «de vidrio»—, se aprecia en esos jóvenes grandes dosis de talento y ganas de cambiar el mundo para bien. Llegan a la universidad con carencias expresivas, muchas. A algunos les pusieron un móvil en sus manos antes de poder hablar y se les insiste en que necesitan la IA generativa como muletas para caminar. En las redes encontraron diálogo con sus pares. El sistema educativo no ayudó —mientras escribo estas líneas se implanta una reforma legal que arrincona aún más las materias de Literatura, Lengua y Humanidades—. Pero su determinación a seguir creando y proponiendo no cesa. Se advierten ganas de emprender, ilusión y capacidades para hacerlo. Quizás topan con un muro de realidades obtusas en un planeta en destrucción, pero esa realidad no va a doblegar su potencial positivo.

Se están preparando mejor no solo para reportar sobre esas realidades desequilibrantes —pobreza, migración, corrupción, violencias—, sino para imaginar mundos posibles y formas de revertir esos contextos —redistribuciones, inclusiones, participación, igualdad, respeto, proyección, colaboración, cooperativismo—. El construccionismo y los giros culturales son útiles, pero con ellos no es suficiente para formar una generación que es muy consciente de las experiencias, las materialidades y las realidades a las que estamos conectados colectivamente. La formación es un

acompañarlos en esos caminos, mostrando esas vías que pueden emprender y haciendo énfasis en aspectos importantes: la necesidad de ir a los lugares para ver cómo y dónde suceden las cosas; de hablar con las personas relevantes en cada tema y suceso; de organizar sus materiales y contar con las herramientas adecuadas; de comunicar pensando en sus públicos y los afectos; de ser conscientes de y críticos con la tecnología y su poder transformativo; de innovar en las miradas y las expresiones. Cuando nos encontremos con mecanismos del desplazamiento y de la desconexión, buscaremos escaleras, puentes o cuerdas para superar el muro que nos pueda separar de la experiencia, la empatía y la confianza.

Creo que terminar este texto apelando a esos jóvenes es lo más adecuado. Casi todo es posible en la creación cultural, en la literatura y en el periodismo. Es una afirmación transformativa, resiliente, inspiradora. Nos queda mucho por comunicar, tenemos grandes posibilidades de reconectar un mundo que se nos quiere presentar fragmentado, polarizado y roto, pero que opera ensamblado, en colaboración y circularidades, en afectos rizomáticos. Quizás sea una realidad orgánica, líquida o en la que el cambio parece ser la única constante, pero en ese océano buscaremos los puntos de amarre, nos orientaremos con los astrolabios, navegaremos escuchando a los cetáceos y observando a las estrellas, y conseguiremos trazar las conexiones, relatar esos *hechos-nodo* que darán sentido y amenizarán el viaje intenso y misterioso que es la vida.

Notas finales

Creo que casi nadie que usa el término posthumano en entornos académicos se siente cómodo con el mismo. Hablar de periodismo posthumano acontece inapropiado y contradictorio. Este ensayo se ha propuesto, sin embargo, ofrecer algunas claves para adoptar esta perspectiva. El texto contiene grandes limitaciones y, seguro, algunas imprecisiones. Sin ser historiadores, biólogos, filósofos o tecnólogos... «los de comunicación» solemos entrometernos en todo. Asumo con humildad las torpezas que contenga. Intenté acercar el giro posthumano que toman las «ciencias sociales» (podríamos preguntarnos, ¿ciencias?, ¿sociales?) y las humanidades al periodismo y la comunicación. Explorar si algo de ese giro podría ayudar a relatar mejor nuestro mundo. Una clave para esta explicación es virar hacia una práctica más enfocada a informar mejor y a interpretar desde la experiencia directa. Evitar enjuiciar tanto la realidad (desde la *ideología*), y por lo tanto primar más el análisis fundamentado y experto, por encima de la opinión y el impacto. En ese cometido, apoyarnos más en los agentes que superan nuestra condición humana.

Como dije desde el principio, es solo una propuesta que nace de un desasosiego interno y por lo tanto de una confrontación, de una fricción. También nace de una inspiración de las lecturas de autores y autoras que he ido referenciando. Si hubo momentos apasionados fue por el entusiasmo que muchas de sus genialidades me inyectaron. La propuesta nace del estudio de los imaginarios del rural en los medios, la comunicación y la cultura en general. Es allí donde me asaltó la necesidad de articular estas líneas que conjugan el posthumanismo con el periodismo. Porque fue en la ruralidad donde observé de forma más nítida las amalgamas entre naturaleza y cultura, entre animales no-humanos y humanos, entre materialidad y discurso. Allí también opera la tecnología, ensamblada con los modos de producción, intensivos y extensivos, con las existencias que nos superan, con el clima y los elementos. Todo ello pedía un periodismo diferente.

Aunque los avances tecnológicos y las presiones y condicionantes son draconianos, aún queda mucha profesión viva. Ante los agoreros de su

desaparición o desintegración el periodismo va a ser una actividad crucial en los próximos decenios. Será una profesión transformada y el periodismo del futuro va a ser muy diferente al que hoy practicamos.

¿Qué hubiera pensado el Josep Pla de 1924 de alguien que habla de posthumanismo comentando su periodismo cien años más tarde? Lo imagino dando una calada escéptica a un cigarrillo. Lo suyo, describir un paisaje de mar, era mucho más complicado. Pla hubiera entendido muy bien el contexto actual de noticias falsas o rumores viralizados, pero hubiera alucinado con las redes sociales o la inteligencia artificial. La tecnología avanza inexorablemente —creo que hubiera huido de ellas, como mínimo en su etapa madura—. Lo que acontezca en los próximos cien años es inimaginable. Podríamos tener visiones orwellianas u otras mucho más positivas y deseables. Creo que el periodismo posthumano, que ya opera, que ya estamos ejerciendo sin quizás tenerlo del todo definido, puede ayudarnos a tomar el camino afirmativo. A modo de esquema final resumiré cuatro claves sobre las que como mínimo ahora podríamos ya trabajar.

Construcción y materia. Escuchar y observar.

El periodismo es integrativo de un mundo en construcción. Esas construcciones son simbólicas y deben al lenguaje y la cultura una estructuración en movimiento. Pero esas construcciones no funcionan independientemente de nuestro mundo material, y mucho menos lo hacen en base exclusiva de las relaciones entre humanos y sus agregaciones (asociaciones, partidos políticos, gobiernos, empresas, naciones). El periodismo posthumano pretende conjugar visiones construccionistas y materialistas del mundo. Por el camino deja atrás el relativismo y el esencialismo que esas visiones pudieran arrastrar y se ancla a una propuesta flexible que combine e integre perspectivas compatibles. Hemos retrocedido a las bases filosóficas —¡llegamos a ojear hasta a Spinoza!—, y no sé cómo podríamos actualizar la idea que está en el corazón del argumento. Quizás así: somos objetos/sujetos conectados a ensamblajes en interdependencia con un mundo material/discursivo.

Las perspectivas pragmáticas son aquí muy productivas, en tanto que sin renunciar al reconocimiento de un mundo «ahí afuera» ponen el foco en los procesos de producción de sentido —que no tienen por qué ser exclusivos de agentes humanos—. Así pues, soltemos el lastre de dicotomías

y polarizaciones, así como de separaciones, aislacionismos e identidades únicas, exclusivas. Esas categorías quizás nos sean reconfortantes para pensar en el caos y la complejidad, pero son bastante inoperantes para vivir en el mundo. Quizás cuanto más lo pensemos y lo categoricemos más caótico se vuelve; quizás la clave esté en vivirlo y contarlo como lo percibimos. No creo que haya mucho más misterio en ello. Una propuesta es la escucha. Escuchar como primera condición del periodismo; la escucha implica la observación de un mundo ensamblado.

Historias de ensamblajes. Conectar.

En ese relato hay que ser capaces de trazar las conexiones. Cualquier existencia es un enlace. Por ello hemos definido los *hechos-nodo* como realidades sintetizadas en base a esos vínculos. Toda existencia material se compone de conexiones que, aquí la paradoja, se ordenan en energías. Todo está en relación de fuerzas, aunque situado en distancias —¿y tiempos?— incomprensibles para nuestra limitada capacidad.

Esos ensamblajes pueden ser evidentes o pueden ser invisibles, pueden estar dados o pueden requerir investigaciones profundas, pueden seguir narrativas causales más lineales o llevarnos a lógicas rizomáticas. Reclaman que nos desviemos de lo que nos trazan las fuerzas que nos guían hacia una determinada historia. Dejémonos llevar por esas distracciones, fuerzas que nos separan de lo que se espera y nos conectan a las cosas, a la tierra y las existencias. Si quizás me forzaran a definir el periodismo en un verbo diría que el periodismo es conectar, y compartir la conexión con los públicos. En esa conexión misma operan dinámicas humanas y no-humanas, materialidades, seres vivos, máquinas, objetos físicos y otros aparentemente invisibles como logaritmos, inteligencias artificiales, datos. El periodismo no solo ha operado en afectaciones con esas existencias, sino que él mismo es producto de estas.

Volver a la fisicidad. Estar.

Si bien hemos dicho que sirve para una sensibilización en los campos del medio ambiente, la ciencia o las tecnologías, también vemos que el periodismo posthumano aplica a cualquier temática: de la economía al deporte, de la salud a la política. Es una actividad de interés público —entendien-

do ahora los públicos expandidos— que no podemos dejar en manos de intereses particulares, ni comerciales ni políticos. El periodismo posthumano opera más allá de servilismos y utilitarismos.

El periodismo es un oficio que centra el espacio de un *demós*, ahora ampliado. También es una narrativa sobre los objetos; revierte la comodificación de los cuerpos y cultiva una consciencia en cuidar de los mismos. Observa en un encuerpamiento: esto implica estar en los lugares donde suceden los *hechos-nodo*, poner los sentidos en los agentes que están en juego en ese momento y circunstancia. Si bien las tecnologías son útiles, no pueden sustituir en ningún caso la proximidad, la aproximación a los *hechos-nodo*. Es un ejercicio que alerta cuando esas tecnologías operan para desvincularnos de nuestro entorno; es un ejercicio consciente de los afectos que generan también esas tecnologías. Las materialidades aquí vuelven a tomar un protagonismo. Estar implica sentir, escuchar, observar; ese relato consciente es la máxima expresión de un periodismo conectado a los hábitats, empático con las existencias humanas y más-que-humanas. El periodismo es un «estar-en».

Visibilizar agencias. Dar voz.

De esta forma, el periodismo da más voz a los que no han hablado o no pueden hacerlo. Quizás esa agencia desatendida sea la de una comunidad animal que migra desplazada por una explotación minera. Quizás esa agencia obviada sea la de un mar que se calienta por los gases invernadero. Quizás esa agencia acallada sea la de alguien que simplemente nunca habló o al que nunca preguntaron sobre las injusticias de la guerra.

El periodismo posthumano da voz porque interpreta lenguajes, signos, evidencias. Aquí es escrupuloso y trabaja en alianza con los saberes científicos y expertos; la pseudociencia es en ese sentido una enemiga del periodismo porque confunde y nos distancia de las conexiones, de lo observable, de las realidades. Aun así, esa alianza inquebrantable entre periodismo y ciencias no debe menospreciar las epistemologías locales, los saberes nativos, las experiencias pragmáticas. El periodismo está abierto a todas ellas y ese «dar voz» es integrativo.

Estos ejes son unos puntos cardinales de otros muchos que espero puedan aportar otros expertos, profesionales, pensadores, colegas, estudiantes, lecto-

res. No estamos «idealizando», quizás estamos «visualizando» (imaginando) una utopía programática, o quizás simplemente evidenciando algo que ya está aquí: como hemos visto, hay cantidad de iniciativas que se expresan en estos marcos, con unos vectores integrativos, holísticos y socioambientales, con perspectivas enraizadas en evidencias e informaciones contrastadas. Ese periodismo de calidad será necesario si aceptamos que nuestras democracias tienen más sentido, o tienen *el* sentido, en un marco ampliado, global, material y simbólico, capaz de responder las preguntas más difíciles, incluso, hasta las que hacen los niños. Cuando podamos responder a los niños, será entonces, cuando sabremos que vamos por buen camino.

Giro del ser-relato: ser periodista hoy.

Necesitamos un giro. Un viraje de un periodismo *ideológico* a uno integrador, de un periodismo anclado en una epistemología cultural a otro abierto a una ontoepistemología naturcultural.

El periodismo *ideológico* está asentado más en las ideas preconcebidas y en los conceptos que en las conexiones. Ese periodismo *ideológico* acaba en una comunicación corporativa o activista, integrada o apocalíptica, liberal o iliberal, de izquierdas o de derechas. Las ideas sobre lo que se quiere que sea la realidad se imponen a las evidencias de toda experiencia. Ese periodismo *ideológico* es un periodismo antropocéntrico, en tanto que parte de la premisa de que el ser humano es el único que puede definir existencias. Lo humano aquí es un constructo, así como todas las otras categorías sociales, las verdades institucionalizadas. El conocimiento sobre la actualidad se erige sobre esos constructos. Ese periodismo es dualista, puesto que separa el pensamiento de la realidad, el lenguaje de los objetos, el conocimiento de la materialidad, la política de la naturaleza. Esas ideas son las que rigen, las que conducen la realidad que se explica. Es una dinámica retorcida: hoy, ya no sabemos a qué se refiere un político en un artículo periodístico cuando habla de «progreso», «igualdad» o «libertad». Ese periodismo opera en la infoxicación, en la construcción de verdades, en los hechos alternativos, en la relatividad.

Frente a ese modelo, el posthumano es un periodismo que quiere imaginarse fuera de esas clasificaciones dicotómicas. Se asienta en las ciencias y el conocimiento contrastado, pero no impone un conocimiento sin respeto a los saberes. Parte más del papel en blanco y busca los espacios para

compartir. No separa entre los procesos de ser y conocer: es *ser-relato*. Es un periodismo que se descarga de antropocentrismo —de donde no podemos escapar del todo—, donde las materialidades son foco, son substantivos, son agentes. Los humanos aquí no son el centro del universo, no están solos, comparten y forman parte de sociedades amplias, ensambladas, de seres vivos e inertes (pero agénticos todos), de espacios y hábitats. Es un periodismo vigilante, pero desconfía de la crítica vacía y de las dicotomías entre el objetivismo y del subjetivismo. Es un periodismo conectado y se genera en y para colectivos. Es un periodismo que observa «objetos» en relación, ensamblados. Pero no se entiende en una ontología completamente plana de todos los agentes. Aún, jerarquiza agencias porque cualquier ejercicio del relatar implica una ordenación del mundo que se explica.

Si bien termina el texto con ideas de calado filosófico, el periodismo posthumano es sobre todo una práctica asentada en las miradas y las voces. En esas miradas explora opciones afirmativas y posibilistas. No se conforma con un negativismo colapsista y reivindica lo que siempre hizo el buen periodismo; explicar historias sobre experiencias. El posthumanismo de las miradas integra ahora infinidad de asociaciones humanas y no-humanas. Esos relatos, sí, son historias basadas en una realidad conocida, anotada, observada, escuchada, entendida. Por supuesto, es un relato sujeto a las limitaciones —y a las potencialidades— físicas, sensoriales, tecnológicas. Por supuesto que esas realidades se expresan, se empalabran, se plasman en imágenes, sonidos, textos: se narran. Son historias de los *hechos-nodo*, cicatrices de las heridas o brotes de afectos múltiples, de fuerzas y agencias distribuidas, en juego. Quien quiera darle más vueltas puede hacerlo, pero esa es la base, en definitiva, de un periodismo para un mañana posible y transitible.

Referencias

- AADD. 2025. *Recomanacions sobre el tractament de la ruralitat als mitjans de comunicació*. Barcelona. Consell de l'Audiovisual de Catalunya.
- ADORNO, Theodor W. (2024) *Mínima moralia. Reflexiones sobre la vida dañada*. Madrid: Akal.
- _____. (2005) *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad* (Ed. Kindle). Akal. Barcelona.
- ACKERLEY, Bethan. 2020. «Close-up image of brain cancer cells wins photography prize». *NewScientist*, 20 de febrero. <https://acortar.link/WvNCbO>.
- AFP. 2024. «Autoridades tailandesas intentan recuperar el control de “la ciudad de los monos”». Youtube. <https://acortar.link/zvZ7uM>.
- AKIYAMA, Kazunori, Antxon Alberdi, Walter Alef, Keiichi Asada, Rebecca Azulay, Anne-Kathrin Baczko, David Ball, et al. 2019. «First M87 Event Horizon Telescope Results. I. The Shadow of the Supermassive Black Hole». *The Astrophysical Journal Letters* 875 (1): L1. <https://doi.org/10.3847/2041-8213/ab0ec7>.
- ALAIMO, Stacy. 2010. *Bodily natures. Science, environment, and the material self*. Bloomington, IN: Indiana University Press.
- _____. 2016. *Exposed. Environmental politics and pleasures in posthuman times*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- ALONSO, Gabriel, Clara Benito, y Otras. 2024. *La condición postnatural. Glosario de ecologías para otros mundos posibles*. Madrid: Cthulhu books.
- ALTHEIDE, David. 2002. *Creating Fear. News and the Construction of Crisis*. Nueva York: Routledge.
- _____. 2010. «Risk communication and the discourse of fear». *Catalan Journal of Communication & Cultural Studies* 2 (2): 145-58. https://doi.org/10.1386/cjcs.2.2.145_1.
- ÁLVAREZ, Clemente. 2022. «El mar Menor será el primer ecosistema de Europa con derechos propios». *El País*, 21 de septiembre. <https://acortar.link/qxwAE7>.
- ÁLVAREZ, Mercedes. 2004. *El cielo gira*. España.
- AMANTEGUI Guezala, Andrea. 2022. «El Mar Menor tendrá personalidad jurídica propia: ¿Qué significa esto?» *La Vanguardia*, 22 de septiembre. <https://acortar.link/C9Fgnc>.

- ANDERSON, C. W., y Juliette De Maeyer. 2015. «Objects of journalism and the news». *Journalism* 16(1):3-9. <https://doi.org/10.1177/1464884914545728>.
- ANSEDE, Manuel. 2025. «El primer éxito de un trasplante de hígado de cerdo a humano revive un proyecto para injertar órganos porcinos en Murcia». *El País*, 26 de marzo. <https://acortar.link/w8NDvG>.
- ANTÒNIA FONT. 2011. «Lampadetes». Robot Innocent Discogràfica.
- APPADURAI, Arjun. 1986. «Introduction: commodities and the politics of value». En *The Social Life of Things. Commodities in the Cultural Perspective*, editado por Arjun Appadurai, 3-63. Cambridge: Cambridge University Press.
- ARA. 2024. «Per què hem de dir mpx i no verola del mico?» *Ara*, 20 de agosto. <https://acortar.link/y6a7gT>.
- ARAGÓ, Laura. 2024. «La velocidad de un árbol: los bosques huyen del cambio climático». *La Vanguardia*, 27 de enero. <https://acortar.link/UZAWVU>.
- ARGUEDAS, Amy Ross. 2025. «Cómo piensan las audiencias en la personalización de las noticias en la era de la IA». *Reuters Institute for the Study of Journalism*, 17 de junio. <https://acortar.link/KRjRck>.
- ARNOLD, Andrea. 2021a. *Cow*. Reino Unido: Mubi.
- _____. 2021b. «We are animals. We need to connect to the millions of non-human lives we use». *The Guardian*, 7 de julio. <https://acortar.link/mZMrH9>.
- ARRIBAS, Carlos. 2024. «La lluvia contamina el Sena y amenaza el triatlón olímpico». *El País*, 28 de julio. <https://acortar.link/f6RstJ>.
- ASSOCIATED Press. 1977. «First Finding of Organism's Gene Makeup Reported». *The New York Times*, 26 de febrero. <https://acortar.link/CMLagI>.
- AYUSO, Silvia. 2019. «Un millón de especies, amenazadas de extinción a un ritmo sin precedentes». *El País*, 6 de mayo. <https://acortar.link/ngrTyq>.
- BARAD, Karen. 2003. «Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter». *Signs* 28 (3): 801-31. <https://doi.org/10.1086/345321>.
- _____. 2014. «Diffracting Diffraction: Cutting Together-Apart». *Parallax* 20 (3): 168-87. <https://doi.org/10.1080/13534645.2014.927623>
- BARBIERI, Alberto. 2017. «Hasta los árboles emigran por culpa del ser humano». *La Vanguardia*, 14 de junio. <https://acortar.link/t9j6ol>.
- BARBIERI, Marcello. 2009. «A short history of biosemiotics». *Biosemiotics* 2 (2): 221-45. <https://doi.org/10.1007/s12304-009-9042-8>.
- BARCELÓ, Purificació. 2024. «Les paneroles tornen abans del previst i, com els bacteris, també es fan resistents». *Catalunya Ràdio*, 16 de abril. <https://acortar.link/MCVNy8>.
- BARKHAM, Patrick. 2022. «Talking to whales: can AI bridge the chasm be-

- tween our consciousness and other animals?» *The Guardian*, 18 de septiembre. <https://acortar.link/oTvG8G>.
- BAUMAN, Zygmunt. 2000. *Liquid modernity*. Cambridge: Polity.
- BENIOFF, David, D. B. Weis, y Alexander Woo. 2024. «3 body problem». USA: Netflix.
- BENNETT, Jane. 2022. *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- BERTI, Carlo, y Enric Castelló. 2024. «Fear of the bear? Rewilding, rural agencies and politics in two documentaries in Trentino and the Pyrenees». *Poetics. Journal of Empirical Research on Culture, the Media and the Arts* 103:101890. <https://doi.org/https://doi.org/10.1016/j.poetic.2024.101890>.
- BETTA, Federico. 2022. «La frequentazione dell'orso». Italia: Fondazione Caritro and CAI Club Alpino Italiano.
- BHATTACHARYYA, Souvik, y Rasika M. Harshey. 2021. «Sacrifice for the swarm». *Biologist* 68 (1): 20-27. <https://acortar.link/oXvNke>.
- BHATTACHARYYA, Souvik, David M. Walker, y Rasika M. Harshey. 2020. «Dead cells release a “necrosignal” that activates antibiotic survival pathways in bacterial swarms». *Nature Communications* 11 (1): 1-12. <https://doi.org/10.1038/s41467-020-17709-0>.
- BIGNALL, Simone, y Rosi Braidotti. 2019. «Posthuman systems». En *Posthuman Ecologies: Complexity and Process After Deleuze*, editado por Rosi Braidotti y Simone Bignall, 1-16. Londres: Rowman & Littlefield Publishers.
- BLAUNSTEIN, Anna. 2021. «See the Highest-Resolution Atomic Image Ever Captured». *Scientific American* 325 (3): <https://doi.org/10.1038/scientificamerican082021-3MPGoSUEgnLFZDu5GldVxu>. <https://acortar.link/tXxKa6>.
- BOCZKOWSKI, Pablo J. 2004. *Digitizing the News: Innovation in Online Newspapers*. Boston (MA): MIT University Press.
- _____. 2015. «The material turn in the study of journalism: Some hopeful and cautionary remarks from an early explorer». *Journalism* 16 (1): 65-68. <https://doi.org/10.1177/1464884914545734>.
- BOGHOSSIAN, Paul. 2009. *Miedo al conocimiento. Contra el relativismo y el construccionismo*. Oxford: Oxford University Press.
- BOIRA, Josep Vicent. 2024. «Cañas, barro y un modelo que cambiar». *La Vanguardia*, 1 de noviembre. <https://acortar.link/giuGV9>.
- BOJE, David M. 2012. «Reflections: What Does Quantum Physics of Storytelling Mean for Change Management?» *Journal of Change Management* 12 (3): 253-71. <https://doi.org/10.1080/14697017.2011.609330>.
- _____. 2014. *Storytelling in Organizational Practices. Managing in the Quantum Age*. Londres y Nueva York: Routledge.

- _____. 2021. «What is being in true storytelling?» <https://acortar.link/4ITok0>.
- BOLLAND, Enrique. 2025. «Geógrafos advierten: la dana demostró que hay que desalojar espacios donde corre riesgo la vida». *La Vanguardia*, 31 de enero. <https://acortar.link/Ah1OYo>.
- BOURDIEU, Pierre. 1991. *Language and symbolic power*. Londres: Polity.
- BRAIDOTTI, Rosi. 1993. «Discontinuous becomings. Deleuze on the becoming-woman of philosophy». *Journal of the British Society of Phenomenology* 24 (1): 44-55. <https://doi.org/10.1080/00071773.1993.11644270>.
- _____. 2013. *The posthuman*. Cambridge & Malden, MA: Polity Press.
- _____. 2020. *Coneixement posthumà*. Barcelona: Arcàdia.
- _____. 2022. *Feminismo posthumano*. Barcelona: Gedisa.
- BROOKE, Collin Gifford. 2000. «Forgetting to be (Post) Human: Media and Memory in a Kairotic». *JAC. A Journal of Rhetoric, Culture, and Politics* 20 (4): 775-95. <https://www.jstor.org/stable/20866365>.
- BUJ, Anna. 2020. «Los terraplanistas de Lampedusa». *La Vanguardia*, 10 de septiembre. <https://acortar.link/cbuFjP>.
- CAMÓN, Laura. 2024. «Neumonía, tuberculosis y fiebre amarilla: nuestros patógenos están matando a los primates». *El País*, 8 de febrero. <https://acortar.link/gFRxjf>.
- CARBONELL, Eudald. 2023a. *El porvenir de la humanidad. Decálogo para la supervivencia de nuestra especie*. Madrid: RBA Libros.
- _____. 2023b. *Eudald Carbonell presenta su último libro «El porvenir de la humanidad»*. Museo de la Evolución Humana. Youtube. <https://acortar.link/MRyiQu>.
- CARPENTIER, Nico. 2017. *The discursive-material knot. Cyprus in conflict and community media participacion*. Londres: Peter Lang.
- _____. 2021. «Doing justice to the agential material: A reflection on a non-hierarchical repositioning of the discursive and the material». *Journal of Language and Politics* 20 (1): 112-28. <https://doi.org/10.1075/jlp.20045.car>.
- _____. 2024. «Entangling the discursive and the material». En *The Routledge Handbook of Cultural Discourse Studies*, editado por Shi-xu, 85-97. Londres y Nueva York: Routledge.
- CARRILLO, Nereida. 2013. *El periodismo volátil. ¿Cómo atrapar la información que se nos escapa?* Barcelona: Editorial UOC.
- CARSON, Rachel. 1937. «Undersea». *The Atlantic*, septiembre de 1937. <https://acortar.link/5VkXzq>.
- _____. 1964. *Silent spring*. Londres: Hamish Hamilton.

- CASADO, Irene. 2021. «Macron reconoce la “deuda” del Estado por los ensayos nucleares en la Polinesia Francesa». *El Periódico de Catalunya*, 28 de julio de 2021. <https://acortar.link/96ITib>.
- CASASÚS, Josep Maria. 1986. *Lliçons de periodisme en Josep Pla*. Barcelona: Destino.
- CASTELLÓ, Enric. 2003. «Periodisme digital: ètica i canvi». *Avui*, 10 de julio.
- _____. 2019a. «Comunicación política, conflicto y posverdad: el rol estratégico de la metáfora y los marcos interpretativos». En *La metáfora en la definición del conflicto en la esfera pública. Vol. I. El conflicto político*, editado por Arantxa Capdevila y Carlota Moragas, 35-58. Barcelona: Icaria.
- _____. 2019b. *Comunicación y ser de la organización*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- _____. 2023a. «Sentidos de lugar, ruralidad y periodismo de proximidad». *Terra. Revista de Desarrollo Local* 13:22-45. <https://doi.org/10.7203/terra.13.27338>.
- _____. 2023b. «The resituated rural: exploring narratives beyond the empty Spain.» *Journal of Spanish Cultural Studies* 24 (4): 529-44. <https://doi.org/10.1080/14636204.2023.2272044>.
- _____. 2024a. «En las fronteras del construccionismo: una reflexión sobre sus límites en el estudio de las narrativas e imaginarios del rural». En *IX Congreso Internacional de la AE-IC. Comunicación e Innovación Sostenible*. Murcia: AE-IC.
- _____. 2024b. «Reading the rural. Materialist awareness while walking in the countryside». *Journal of Embodiment Research* 7 (1): 2. <https://doi.org/10.16995/jer.10716>.
- _____. 2024c. «The Possibility of the Rural: a New Journalism as a Socioecological Practice in Spain». En *International Conference Socioecos 2024 «Climate Change, Sustainability an Socio-ecological Practices»*, editado por Benjamín Tejerina, Cristina Miranda de Almeida, y Clara Acuña. Bilbao. <https://doi.org/10.1387/conf.socioecos.2024>.
- _____. 2024d. «The Mediatization of the Resilience Frame: A New Understanding of Wildfires in the Spanish Mainstream Media (2017–2021)», pp. 137-151 en Rodrigo-Comino, J. y Salvati, L. (eds) *Fire Hazards: Socio-economic and Regional Issues*. Springer. Nueva York. https://doi.org/10.1007/978-3-031-50446-4_11.
- _____. 2025. «Estudis naturculturals? Reflexions tot analitzant les representacions de la ruralidad». En *Congreso Internacional de Estudios Culturales en Comunicación*, 76-77. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra.
- CASTELLÓ, Enric, y María José Romano. 2021. «Shepherdesses: new repre-

- sentations of rural women in Spain». *Feminist Media Studies*. <https://doi.org/10.1080/14680777.2021.1992646>.
- CASTELLÓ, Enric y Marta Montagut, M. 2019 Framing Forest Fires and Environmental Activism: a Storytelling about Human Intervention in Nature. *Communication & Society*, 32(4): 291-306. <https://doi.org/10.15581/003.32.4.291-306>.
- CASTELLS, Manuel. 1997. *La era de la información: economía, sociedad y cultura (3vols)*. Madrid.
- _____. 2008. *Communication Power*. Nueva York: Oxford University Press.
- _____. 2012. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASTRO, Oriol. 2024. «La biodiversitat per bandera». *Diari Més Tarragona*, 30 de julio.
- CASTRO, Sara. 2024. «Teresa Franquesa, bióloga: “La solastalgia es volver al pueblo en vacaciones y ver que has perdido el entorno al que pertenecías”». *El País*, 29 de julio. <https://acortar.link/QLAAgV>.
- CERRILLO, Antonio. 2024. «Los científicos ven imparable el colapso de la Naturaleza sin un cambio mental y cultural». *La Vanguardia*, 18 de diciembre. <https://acortar.link/6xGiXF>.
- CHAPARRO Escudero, Manuel, y Susana de Andrés del Campo. 2022. *Comunicación radical: despatriarcalizar, decolonizar y ecologizar la cultura mediática*. Barcelona: Gedisa.
- CHEN, Zhen, Yi Jiang, Yu-Tsun Shao, Megan E. Holtz, Michal Odstrcil, Manuel Guizar- Sicauros, Isabelle Hanke, Steffen Ganschow, Darrell G. Schlom, y David A. Muller. 2021. «Electron ptychography achieves atomic-resolution limits set by lattice vibrations». *Science* 372 (May): 826-31. <https://acortar.link/N3j1Bx>
- CHILLÓN, Lluís-Albert. 1993. *Literatura i periodismo. Literatura periodística i periodisme literari en el temps de la post-ficció*. Valencia: Universitat d'Alacant, Universitat de València y Universitat Jaume I.
- _____. 1999. *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*. Bellaterra, Castelló de la Plana, Barcelona y Valencia: Universitat Autònoma de Barcelona.
- COL·LEGI de Periodistes. 1992. *Codi deontològic. Declaració de principis de la professió periodística a Catalunya*. <https://www.periodistes.cat/codi-deontologic>.
- COMISIÓN Europea. 2022. «Código de buenas prácticas en materia de desinformación». <https://acortar.link/7cPFgr>.
- CONSELL Audiovisual de Catalunya. 2021. «Recomanacions les persones migrants i refugiades als mitjans de comunicació». <https://acortar.link/ILX7Bl>.

- COOPER, Susan Fenimore. 1850. *Rural hours, a nature diary of Cooperstown*. Nueva York: Georges Palmers Putnam. <https://acortar.link/Ludjws>.
- CORRAL, David. 2024. «12M: RTVE emplea la inteligencia artificial para una elección, 824 poblaciones, 8.660 noticias y 8.663 noticias». *RTVE Noticias*, 14 de mayo. <https://acortar.link/YgiLfo>.
- COULDRY, Nick. 2013. «Connectivity, networks and flows: conceptualizing contemporary communications». En *Connectivity, networks and flows: conceptualizing contemporary communications*, editado por A. Hepp, F. Krotz, S. Moores, y C. Winter, 93-110. Cresskill, NJ: Hampton Press.
- CREAF 2024. La guerra de Siria ha aniquilado el 19% de los bosques del país, equivalente a toda el área metropolitana de Barcelona. 24 de abril, <https://acortar.link/VH8zBw>.
- CRESPO, Cristina. 2022. «Descubren que los virus pueden comunicarse entre sí para desplegar estrategias de contagio». *National Geographic*, 5 de julio de 2022.
- CRiado, Miguel Ángel. 2024. «Los delfines están dejando de colaborar con los pescadores». *El País*, 22 de agosto. <https://acortar.link/K730q9>.
- CRUTZEN, Paul J., y Eugene F. Stoermer. 2000. «The “Anthropodence”». *International Geosphere Biosphere Programme Newsletter* 41:17-18. <https://acortar.link/Z3p9LS>.
- DEICHMANN, Ute. 2020. «La ciencia y la ideología política. El ejemplo de la Alemania nazi». *Métode* 2020 (10): 129-37. <https://doi.org/10.7203/metode.10.13657>.
- DELANDA, Manuel. 2020. *Teoría de los ensamblajes y complejidad social*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- DELEUZE, Gilles. 1995. *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre-textos.
- _____. 2023. *Spinoza: Filosofía práctica*. Barcelona: Tusquets Editores.
- DELEUZE, Gilles, y Félix Guattari. 1987. *A Thousand Plateaus. Capitalism and schizophrenia*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- _____. 1988. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- _____. 2009. *Anti-Oedipus. Capitalism and Schizophrenia*. Londres: Penguin Books.
- DESCOLA, Philippe. 2012. *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- DEUZE, Mark. 2007. «Journalism in liquid modern times: An interview with Zygmunt Bauman». *Journalism Studies* 8 (4): 671-79. <https://doi.org/10.1080/14616700701412233>.
- DICK, Philip. 2001. *Blade Runner. Els androïdes somien en xais elèctrics*. Barcelona: Proa.
- DICKS, Bella. 2019. «Multimodal Analysis». En *SAGE Research Methods*

- Foundations*, editado por Paul Atkinson, Sara Delamont, Alexandru Cernat, Joseph W. Sakshaug, y Richard A. Williams. London: SAGE Publications Ltd. <https://doi.org/10.4135/9781526421036831970>.
- DIRESTA, Renée. 2024. *Invisible rulers. The people who turns lies into reality*. Nueva York: Public Affairs.
- DOMINGO, David. 2008. «Interactivity in the daily routines of online newsrooms: Dealing with an uncomfortable myth». *Journal of Computer-Mediated Communication* 13 (3): 680-704. <https://doi.org/10.1111/j.1083-6101.2008.00415.x>.
- DUNYÓ, Pol. 2021. *Estripar la terra. Contra les mentides del món rural*. Barcelona: Raig Verd.
- DURAN Torrent, Rafael. 2017. *Cyborgs among us*. España: Yuzu Productions & Media 3.14.
- EAGLETON, Terry. 2011. *Por qué Marx tenía razón*. Barcelona: Península.
- EFE Verde. 2025. «Científicos localizan 2.000 bidones del vertedero nuclear marino frente a Galicia». *EFE Verde*, 2 de julio. <https://acortar.link/ATKLqE>.
- EFE y Cadena SER. 2024. «Una presentadora creada por inteligencia artificial da las noticias en la televisión nacional de Tailandia». *Cadena Ser*, 1 de abril. <https://acortar.link/6NWhhI>.
- EGAN, Matt. 2024. «La inteligencia artificial puede representar una amenaza “de extinción” para la humanidad y EE. UU. debe intervenir, advierte informe». *CNN en Español*, 12 de marzo. <https://acortar.link/nftMaj>.
- ELOLA, Joseba. 2024. «Jens Balzer, ensayista: “Lo ‘woke’ ha llegado a su fin por sí solo, ha perdido su atractivo”». *El País*, 22 de agosto. <https://acortar.link/q7dYt0>.
- EMMERICH, Roland. 2004. *The Day After Tomorrow*. Estados Unidos: 20th Century Fox.
- ESTRADA Alsina, Anna, y Miquel Rodrigo Alsina. 2009. *Teories de la comunicació*. Barcelona: Editorial UOC.
- EUROPA Press. 2020. «El mundo ha perdido 178 millones de hectáreas de bosque desde 1990, según la FAO», 22 de julio. <https://acortar.link/ffN0aF>.
- EUROPA Press. 2024. La muerte masiva de coral muestra severos cambios en corrientes marinas, 9 de mayo. <https://acortar.link/zvbOin>.
- EUROPEAN Parliament. 2023. «EU AI Act: first regulation on artificial intelligence». <https://acortar.link/mtLVSG>.
- FARRÉ, Jordi. 2005. *Invitació a la teoria de la comunicació*. Valls: Cossetània.
- FERRANDO, Francesca. 2013. «Posthumanism, Transhumanism, Antihumanism, Metahumanism, and New Materialisms: Differences and Relations». *Existenz* 82 (2): 26-32. <https://acortar.link/pipC1Y>.

- FINK, Eugen. 2000. *La filosofía de Nietzsche*. Madrid: Alianza Editorial.
- FLEUR, Melvin L. De, y Sandra Ball-Rockeach. 1986. *Teorías de la comunicación de masas*. Barcelona: Paidós.
- FONT, Marc. 2024. «Entrevista a Xavier Giró: “Los periodistas no podemos ser neutrales cuando hay un abuso de poder o un conflicto asimétrico”». *Público*, 7 de diciembre. <https://acortar.link/aiz3V5>.
- FOUCAULT, Michel. 2005. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.
- _____. 2012. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. 2020. «Truth and power». En *Power. Essential Works of Foucault 1954-84: Volume Three*, 111-35. Milton Keynes: Penguin Books.
- FRANCESCH, Pau. 2014. *Transhumanisme i biopolítica. Més enllà del liberalisme polític*. Tinta invisible.
- FRANKEL, Todd C., Michael Robinson Chavez, y Jorge Ribas. 2016. «The cobalt pipeline». *The Washington Post*, 30 de septiembre de 2016. <https://acortar.link/fktxgo>.
- FREITAS Netto, Sebastião Vieira de, Marcos Felipe Falcão Sobral, Ana Regina Bezerra Ribeiro, y Gleibson Robert da Luz Soares. 2020. «Concepts and forms of greenwashing: a systematic review». *Environmental Sciences Europe* 32 (1). <https://doi.org/10.1186/s12302-020-0300-3>.
- FREIXA, Vanesa. 2023. *Ruralisme. La lluita per una vida millor*. Barcelona: Ara Llibres.
- FREIXA, Vanesa, y Pepe Camps. 2021. «El no a l'os». España: Le Champs.
- FREUD, Sigmund. 2003. *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. 2004. *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Madrid: Alianza Editorial.
- FROW, John. 2001. «A Pebble, a Camera, a Man Who Turns into a Telegraph Pole Author». *Critical Inquiry* 28 (1): 270-85. <https://www.jstor.org/stable/1344268>.
- FRUTOS, Roger, Jordi Serra-Cobo, Tianmu Chen, y Christian A. Devaux. 2020. «COVID-19: Time to exonerate the pangolin from the transmission of SARS-CoV-2 to humans». *Infection, Genetics and Evolution* 84 (June). <https://doi.org/10.1016/j.meegid.2020.104493>.
- FUNG, Brian. 2024. «La industria y los investigadores de la inteligencia artificial firman una declaración en la que advierten del riesgo de “extinción”». *CNN en Español*, 30 de mayo. <https://acortar.link/ijECuu>.
- FUSTER, Joan. 1988. *Literatura catalana contemporànea*. Barcelona: Curial.
- GAARD, Greta. 2017. «Posthumanism, Ecofeminism, and Inter-Species Rela-

- tions». En *Routledge Handbook of Gender and Environment*, 115-29. Abingdon, Oxon, New York: Routledge.
- GAMIO, Lazaro. 2024. «How a Software Update Crashed Computers Around the World». *The New York Times*, 19 de julio de 2024. <https://acortar.link/oJ88Wo>.
- GARAY, Jorge. 2024. «Científicos aprenden a comunicarse con ballenas». *Wired*, 31 de diciembre. <https://acortar.link/v0xz60>
- GARCÍA Espot, Tomàs. 2024. «Els atacs de gossos salvatges precipiten la tornada de dos ramats d'Hortoneda i Sossís». *Pallars Digital*, 22 de julio. <https://acortar.link/NxtVwU>.
- GARCÍA Jiménez, Leonarda. 2007. «Aproximación epistemológica al concepto de ciencia: una propuesta básica a partir de Kuhn, Popper, Lakatos y Feyerabend». *Andamios*, 4(8), 185-202.
- GIDDENS, Anthony. 2014. *Problemas centrales en teoría social: acción, estructura y contradicción en el análisis social*. Buenos Aires: Prometeo.
- GIRAUD, Eva. 2013. «Veganism as Affirmative Biopolitics: Moving Towards a Posthumanist Ethics?» *PhaenEx* 8 (2): 47. <https://doi.org/10.22329/p.v8i2.4087>.
- GOMIS, Llorenç. 2008. *La teoría de los géneros periodísticos*. Barcelona: UOC.
- GONZÁLEZ, José A. 2024. «“Hemos encontrado microplásticos en la sangre de recién nacidos”». *ABC*, 21 de enero de 2024. <https://acortar.link/iTGZyo>.
- GOVERN de Catalunya. 2024. «Catalunya ja no dependrà de la pluja el 2030». *X*, 20 de febrero de 2024. <https://acortar.link/Q8VUXr>.
- GRAIN. 2023. «La agricultura regenerativa era una buena idea, hasta que las corporaciones se apoderaron de ella». *Grain*, 12 de diciembre. <https://grain.org/es/article/7084>.
- GRANADOS Mateo, José Luis. 2024. «Adiós al Antropoceno: la geología concluye que no habitamos en una época humana». *The Conversation*, 1-5. <https://acortar.link/1co5C4>.
- GRASSO, Daniele, Javier Galán, y Luis Sevillano. 2024. «¿Cómo quedó la zona cero de la dana? Así se ve en las imágenes satelitales más detalladas». *El País*, 2 de noviembre. <https://acortar.link/dvzRSg>.
- GUATTARI, Félix. 1990. *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-textos.
- GUERNSEY, Paul. 2017. «Post-humanist pragmatism». *Transactions of the Charles S Peirce Society* 53 (2): 246-69. <https://doi.org/10.2979/tranchar-peirsoc.53.2.04>.
- GUERRERO, David. 2024. «El mapa ferroviario de Barcelona se rediseña para hacerlo más comprensible». *La Vanguardia*, 9 de abril. <https://acortar.link/y2bs9M>.

- GUGGENHEIM, Davis. 2006. *An inconvenient truth*. Estados Unidos: Paramount classics.
- HAECKEL, Ernst. 1892. *Monism as connecting religion and science. A man of science*. Gutenberg Project. <https://acortar.link/9gSk4a>.
- HAIRSINE, Ka. 2023. «Lithium mining in Africa reveals dark side of green energy». *Deutsche Welle*, 16 de noviembre de 2023. <https://acortar.link/IQQjw3>.
- HALLOY, J., G. Sempo, G. Caprari, C. Rivault, M. Asadpour, F. Tâche, I. Saïd, et al. 2007. «Social integration of robots into groups of cockroaches to control self-organized choices». *Science* 318 (5853): 1155-58. <https://doi.org/10.1126/science.1144259>.
- HAO, Karen. 2019. «Training a single AI model can emit as much carbon as five cars in their lifetimes». *MIT Technology Review*, 6 de junio de 2019. <https://acortar.link/o3mntn>.
- HARARI, Yuval Hoah. 2011. *Sapiens. A brief history of humankind*. Nueva York: Random House.
- _____. 2024. *Nexus. A brief history of information networks from stone age to AI*. Nueva York: Penguin Random House.
- HARAWAY, Donna. 2007. *When Species Meet*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- _____. 2016a. «A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century». En *Manifestly Haraway*, editado por Donna Haraway y Cary Wolfe, 2-90. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- _____. 2016b. *Staying with the trouble: making kin in the Chthulucene*. Durham, NC: Duke University Press.
- _____. 2016c. «The Companion Species Manifesto. Dogs, people and significant otherness». En *Manifestly Haraway*, editado por Donna Haraway, 90-198. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- HARCUP, Tony, y Deirdre O'Neill. 2017. «What is News?: News values revisited (again)». *Journalism Studies* 18 (12): 1470-88. <https://doi.org/10.1080/1461670X.2016.1150193>.
- HARDY, Cynthia, y Robyn Thomas. 2015. «Discourse in a Material World». *Journal of Management Studies* 52 (5): 680-96. <https://doi.org/10.1111/joms.12113>.
- HARLPEN, Jake, y Michael Sloan. 2020. *Welcome to the new world*. Nueva York: Metropolitan books.
- HARMAN, Graham. 2018. *Object-Oriented Ontology. A New Theory of Everything*. Milton Keynes: Penguin Random House.
- HARP, Rick, Anita Li, Carol Linnitt, Karyn Pugliese, y Lewis R Wallace. 2020.

- «Journalism's Myth of Objectivity: Accountability, Embodiment, and Neutrality». Canada: Blackwood Gallery. <https://acortar.link/h4RaKs>.
- HASKAJ, Fatmir. 2018. «From biopower to necroeconomies: Neoliberalism, biopower and death economies». *Philosophy and Social Criticism* 44 (10): 1148-68. <https://doi.org/10.1177/0191453718772596>.
- HAYLES, Katherine N. 2022. «Ethics for Cognitive Assemblages: Who's in Charge Here?» En *Palgrave Handbook of Critical Posthumanism*, editado por Stefan Herbrechter, Ivan Callus, Manuela Rossini, Marija Grech, Megen de Bruin-Molé, y Christofer John Müller, 2:1195-1223. Cham: Palgrave Macmillan.
- HEIKKILÄ, Melissa. 2023. «AI's carbon footprint is bigger than you think». *MIT technology review*, 5 de diciembre. <https://acortar.link/woEDMQ>.
- HEMINGWAY, Ernest. 2007. «El viejo en el puente». En *Cuentos*, 106-8. Barcelona: Lumen.
- HERRERO, Yayo. 2024. *Els cinc elements*. Barcelona: Arcàdia.
- HERSEY, John. 1985. *Hiroshima*. Madrid: Turner.
- HOBDEN, Stephen. 2015. «Being a Good Animal: Adorno, Posthumanism, and International Relations». *Alternatives. Global, Local, Political* 40 (3-4): 251-63. <https://doi.org/10.1177/0304375415617402>.
- HORKHEIMER, Max, y Theodor W. Adorno. 1969. «La industria cultural». En *Industria cultural y sociedad de masas*, 193-250. Caracas: Monte Ávila.
- HOSS, Gabriel. 2001. «How it's made». Canadá: Productions MAJ, Inc.
- HOURELD, Katharine, y Arlette Bashizi. 2023. «Despite reforms, mining for EV metals in Congo exacts steep cost on workers». *The Washington Post*, 4 de agosto. <https://acortar.link/MS4n4i>.
- HUFFPOST, El. 2022. «Granada guarda la mayor reserva europea de un mineral clave para la fabricación de chips». *The Huffington Post*, 14 de diciembre. <https://acortar.link/ptMkcK>.
- HUYNH, Matt. 2021. «The boat». *Special Broadcasting Service (SBS)*. Australia: SBS. <https://www.sbs.com.au/theboat/>.
- IBÁÑEZ, Tomás. 2001. *Municiones para disidentes. Realidad-verdad-política*. Barcelona: Gedisa.
- IBM. 2024. «What are AI hallucinations?» <https://www.ibm.com/topics/ai-hallucinations>.
- INNERARITY, Daniel. 2025. «Contra el "antiwokismo"». *El País*, 25 de febrero. <https://acortar.link/vQwhSY>.
- IEO, Instituto Oceanográfico Español (2024) «Microplásticos, el nuevo alimento de las redes tróficas». IEO Nota de prensa, 11 de julio. <http://bit.ly/3ICNRR4>.

- JIMÉNEZ, Miguel. 2024. «Dado de alta el primer paciente que recibió un riñón de cerdo genéticamente modificado». *El País*, 4 de abril.
- JONES, Mark Peter. 1996. «Posthuman Agency: Between Theoretical Traditions». *Sociological Theory* 14 (3): 290-309.
- KEEN, Andrew. 2015. *Internet is not the answer*. Londres: Atlantic Books.
- _____. 2018. *How to fix the future. Staying Human in the Digital Age*. London: Atlantic Books.
- KRATT, Chris, y Martin Kratt. 2011. «Wild Kratts». Canadá: Kratt Brothers, 9 Story Media Group.
- LANDGRAF, Edgar. 2023. *Nietzsche's Posthumanism*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- LANG, Fritz. 1923. *Metropolis*. Alemania: Parufamet.
- LATHAM, Katherine (2024) The scientists learning to speak whale. BBC. <https://acortar.link/Y0UhQ3>
- LATOUR, Bruno. 2005. *Reassembling the social. An introduction to Actor-Network theory*. Oxford: Oxford University Press.
- _____. 2022. *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*. Madrid: Siglo XXI.
- _____. 2024. *Políticas de la naturaleza. El fin de la dicotomía entre naturaleza y cultura y el nacimiento de la ecología política*. Barcelona: Arpa.
- LEMM, Vanessa. 2021. «Nietzsche y el posthumanismo». *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 46, 291-306. <https://doi.org/10.12795/ARAUCARIA.2021.I46.14>.
- _____. 2024. *Homo natura. Nietzsche, antropología y biopolítica*. Barcelona: Herder.
- LEVITAS, Ruth. 2013. *Utopia as Method. The Imaginary Reconstitution of Society*. Londres: Palgrave McMillan.
- LIPOVETSKY, Gilles. 2006. *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- LLADÓ, Albert. 2019. *La mirada lúcida. El periodismo más allá de la opinión y la información*. Barcelona: Anagrama.
- _____. 2024. *Contra la actualidad. Treinta preguntas ante la robotización del presente*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- LLANOS Martínez, Héctor. 2018. «Así viven los cíborgs entre nosotros». *El País*, 11 de marzo de 2018. <https://acortar.link/NlkOb5>.
- LÓPEZ Tovar, Antonio. 2024. «Implante de un chip, la última tecnología en el tratamiento de la apnea del sueño». *La Vanguardia*, 8 de febrero. <https://acortar.link/YTtysO>.
- LYOTARD, Jean François. 2015. *Libidinal Economy*. Londres y Nueva York: Bloomsbury Academics.

- MALDITA.ES. 2023. «No, no hay evidencias de que las fases o movimientos de la luna afecten a la agricultura». *Maldita Ciencia*, 20 de julio. <https://acortar.link/5u5zor>.
- MARKOŠ, Anton. 2002. *Readers of the book of life. Contextualizing developmental evolutionary biology*. Kindle Edi. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- MARTINS, Alejandro. 2019. «Cambio climático: el mapa que muestra las ocultas conexiones subterráneas de los árboles (y qué dice de la alerta que enfrenta el planeta)». *BBC News Mundo*, 22 de mayo. <https://acortar.link/fvoD11>.
- MARX, Gary T. 1985. «The surveillance society the threat of 1984-style techniques». *The Futurist* 19 (June): 21-26. <https://acortar.link/SJ7iPR>.
- MARX, Karl. 2010. *El capital: antología*. Madrid: Alianza Editorial.
- MATÉ, Vidal. 2025. «El sector del porcino, contra las cuerdas». *El País*, 7 de abril. <https://acortar.link/O8kMrM>.
- MAYORAL, Olga, Jordi Solbes, José Cantó, y Tatiana Pina. 2020. «What has been thought and taught on the lunar influence on plants in agriculture? Perspective from physics and biology». *Agronomy* 10 (7). <https://doi.org/10.3390/agronomy10070955>.
- MBEEMBE, Achille. 2008. «Necropolitics». En *Foucault in an Age of Terror*, editado por Stephen Morton y Stephen Bygrave, 153-83. London: Palgrave Macmillan. https://doi.org/https://doi.org/10.1057/9780230584334_9.
- MCCOWAN, Brenda, Josephine Hubbard, Lisa Walker, Fred Sharpe, Jodi Frediani, y Laurance Doyle. 2023. «Interactive bioacoustic playback as a tool for detecting and exploring nonhuman intelligence: “conversing” with an Alaskan humpback whale». *PeerJ* 11 (e16349): 1-21. <https://doi.org/10.7717/peerj.16349>.
- MCLUHAN, Marshal. 1998. «La novia mecánica». En *McLuhan. Escritos esenciales*, editado por Eric McLuhan y Frank Zingrone, 36-50. Barcelona: Paidós.
- MCLUHAN, Marshall. 2009. *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona: Paidós.
- MICONI, Andrea. 2023. «The Network and the Society: Structure and Agency in Castells’ Theory». *American Behavioral Scientist* 67 (7): 847-58. <https://doi.org/10.1177/00027642221092805>.
- MONTAGUT, Marta. 2024. «Influencers, pseudoinformadores y bulos: la cara oculta de la información en momentos de crisis». *The Conversation*, 17 de noviembre. <https://acortar.link/6IXBQm>.
- MORÁN Breña, Carmen. 2023. «Rosalía llena de poderío rojo el Zócalo de la capital de México». *El País*, 29 de abril. <https://acortar.link/SR77Ny>.

- MUSTILL, Tom. 2022. *How to Speak Whale: A Voyage into the Future of Animal Communication*. Glasgow: William Collins.
- NACIONES Unidas. 1996. *Declaración Universal sobre el genoma humano y los derechos humanos*. Nueva York: Naciones Unidas. <https://acortar.link/eeLfww>.
- _____. 2019. «El final de los ensayos nucleares». <https://acortar.link/gOgyo>.
- NEWMAN, Nic. 2024. «Resumen ejecutivo y hallazgos clave del informe de 2024». *Reuters Institute for the Study of Journalism*, 17 de junio. <https://acortar.link/0mgg4k>.
- NEWMAN, Nic, Amy Ross Arguedas, Craig T Robertson, Rasmus Kleis Nielsen, y Richard Fletcher. 2025. «Reuters Institute Digital News Report». Oxford University. <https://acortar.link/rPerFR>.
- NIETZSCHE, Friedrich. 1990. *Sobre verdad y mentira en el sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- _____. 1997. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza Editorial.
- NÚÑEZ-VILLAVEIRÁN, Luis. 2024. «La Premier salva el VAR, pero con modificaciones». *El Mundo*, 6 de junio. <https://acortar.link/2ftLMW>.
- O'DONNELL, Hugh. 2014. *Noticias y ciudadanía: El telespectador, el poder y el debate público*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- O'DONNELL, Hugh, y Enric Castelló. 2011. «Neighbourhood squabbles or claims of right?: Narratives of conflict on Spanish and Catalan television». *Narrative Inquiry* 21 (2): 191-212. <https://doi.org/10.1075/ni.21.2.02odo>.
- _____. 2014. «Life after Genre? Television in the New Millenium». En *Fernsehen Europäische Perspektiven*, editado por Susanne Eichner y Elisabeth Prommer, 51-67. Konstanz and Munich: Verlagsgesellschaft.
- ORTEGA y Gasset, José. 1999. *La rebelión de las masas*. Barcelona: Austral.
- _____. 2010. *El tema de nuestro tiempo*. Barcelona: Espasa.
- _____. 2017. *La deshumanización del arte*. Barcelona: Espasa.
- PAGÉS, Anna. 2022. *Queda una voz. Del silencio a la palabra*. Herder: Barcelona.
- PALLARS Digital. 2024. «Troben el cos sense vida del Demba, el noi de 14 anys desaparegut a la presa de Sant Antoni». *Pallars Digital*, 24 de julio. <https://acortar.link/IIIMpI>.
- PARCS Naturals de Catalunya. 2023a. «Exercicis d'ales». Spain: Generalitat de Catalunya. Departament d'Acció Climàtica, Alimentació i Agenda Rural. Parc Natural dels Ports. <https://acortar.link/4RkF1y>.
- _____. 2023b. «Naixement del poll d'àguila marcenca». Spain. <https://youtu.be/7iznAiQUzu8>.

- PARIKKA, Jussi. 2010. *Insect media: An archaeology of animals and technology*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- _____. 2015. *A geology of media*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- PAURA, Constanza. 2024. «Muere el paciente que recibió un riñón de cerdo modificado genéticamente». *National Geographic*, 13 de mayo. <https://acortar.link/pzMfH6>.
- PEIRCE, Charles S. 1998. *The essential writings*. Nueva York: Prometheus Books.
- PERIÓDICO de Catalunya, El. 2021. «Casi 200 pruebas nucleares en la Polinesia en 30 años». *El Periódico de Catalunya*, 28 de julio. <https://acortar.link/vyTBIP>.
- PICKERING, Andrew. 1995. *The Mangle of Practice. Time, Agency and Science*. Chicago, IL, y Londres: The University of Chicago Press.
- PLA, Josep. 1992. *El pagès i el seu món*. Barcelona: Destino.
- _____. 1999. *Weekend (d'estiu) a Nova York*. Barcelona: Destino.
- PLA, Xavier. 1997. *Josep Pla, ficció autobiogràfica i veritat literària*. Barcelona: Quaderns Crema.
- _____. 2024. *El cor furtiu. Vida de Josep Pla*. Versión Ki. Barcelona: Destino.
- PLIMPTON, George. 1996. «Ernest Hemingway, entrevistado por George Plimpton, 1958». En *Confesiones de Escritores. Narradores I*, editado por AADD. Buenos Aires: El Ateneo.
- PLUCKROSE, Helen, y James Lindsay. 2020. *Cynical Theories*. Croydon: Swift Press.
- PRICE, Stuart, y Ruth Sanz Sabido. 2016. «Sites of protest». En *Sites of protest*, editado por Stuart Price y Ruth Sanz Sabido, 1-11. Londres y Nueva York: Rowman & Littlefield.
- PRIMO, Alex, y Gabriela Zago. 2015. «Who and what do journalism?: An actor-network perspective». *Digital Journalism* 3 (1): 38-52. <https://doi.org/10.1080/21670811.2014.927987>.
- RANDALL, David. 1999. *El periodista universal*. Madrid: Siglo XXI.
- RENCK, Johan. 2019. «Chernobyl». Reino Unido y Estados Unidos: Warner Bros.
- RICHARDS, Daniel P. 2019. «John Dewey, Nonhuman Agency, and the Possibility of a Posthuman Public». *Contemporary Pragmatism* 16 (4): 366-95. <https://doi.org/10.1163/18758185-01604007>.
- RICOEUR, Paul. 2007. *Freud, una interpretación de la cultura*. Madrid: Siglo XXI.
- _____. 2016. *Hermeneutics and the human sciences. Essays on language, action and interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RODRÍGUEZ, Héctor. 2023. «146 nuevas especies descubiertas en 2022». *National Geographic*, 29 de marzo. <https://acortar.link/HY9KUD>.

- RODRÍGUEZ, Marta. 2022. «Más de 10 millones de euros para reducir la superpoblación de jabalíes». *El País*, 6 de mayo. <https://acortar.link/mtXqD5>.
- ROMANO, María José. 2024. «Dents i ungles: Maria Sánchez ens mostra l'emergència climàtica a "Fuego la sed"». Spain: Tarragona Ràdio. <https://acortar.link/hxaA5q>.
- ROSZAK, Theodore. 1970. *El nacimiento de una contracultura*. Barcelona: Kairós.
- ROVELLI, Carlo. 2016. *Reality is not what it seems*. Milton Keynes: Penguin Books.
- _____. 2018. *The order of time*. Milton Keynes: Penguin Books.
- RTVE. 2010. «Vertidos radioactivos atlántico». RTVE, 4 de febrero. <https://acortar.link/aTUZ7K>.
- RUSSELL, Bertrand. 2007. *Historia de la filosofía occidental*. Madrid: Espasa Calpe.
- RYFE, David. 2022. «Actor-Network Theory and Digital Journalism». *Digital Journalism* 10 (2): 267-83. <https://doi.org/10.1080/21670811.2021.1945937>.
- SAGAN, Carl, Ann Druyan, y Steve Soter. 1980. «Cosmos. A personal voyage». PBS.
- SAMPEDRO, Víctor. 2018. *Dietética digital. Para adelgazar al gran hermano*. Barcelona: Icaria.
- SÁNCHEZ, Esther. 2024. «A la caza de 1.000 ciervas, gamas, corzas y crías en Aragón: de día, de noche y en veda». *El País*, 27 de mayo. <https://acortar.link/jHMD5i>.
- SAULA, Laura. 2025. Periodisme rural amb Laura Saula. Realización y producción de Adrià Jurado. Proyecto Ruralim, Universitat Rovira i Virgili. <https://ruralim.wordpress.com/entrevistas-y-videos/>.
- SAVAGE, Mark. 2024. «Nature officially becomes a musician, earning royalties for environmental causes». *BBC News*, 18 de abril. <https://acortar.link/U6jQzR>.
- SCHLANGER, Zoë. 2025. *Las devoradoras de luz. Cómo la inteligencia de las plantas ofrece una nueva comprensión de la vida en la Tierra*. Paidós. Barcelona
- SCOLARI, Carlos. 2018. *Las leyes de la interfaz*. Barcelona: Gedisa.
- _____. 2024. *Sobre la evolución de los medios: Emergencia, adaptación y supervivencia*. Buenos Aires - Madrid: Ampersand.
- SCOLARI, Carlos, y Fernando Rapa. 2020. *Media evolution. Sobre el origen de las especies mediáticas*. Buenos Aires: La Rapa Editora.
- SCOTT, Ridley. 1982. *Blade Runner*. Estados Unidos: Warner Bros.
- SEBEOK, Thomas A. 1965. «Animal Communication. A communication network model for languages is applied to signaling behaviour in animals». *Science* 147 (3661): 1006-14. <https://doi.org/10.1126/science.147.3661.1006>

- SEVILLANO, Luis, Daniele Grasso, y Javier Galán. 2024. «¿Cómo se desbordaron ramblas y ríos en Valencia? Los mapas satelitales muestran los pueblos anegados». *El País*, 31 de octubre. <https://acortar.link/zYI11C>.
- SINCLAIR, Upton (2012) *La jungla*. Salamanca. Capitan Swing.
- SORIA, Ramon J. 2023. «¿Qué es la literatura?» *Zenda*, 7 de mayo de 2023. <https://acortar.link/KkRB3H>.
- SPOTIFY. 2024. «feat.Nature». Spotify. 2024. <https://open.spotify.com/playlist/38ABjTam1XalavZAhxZyFt?si=21bba195046b469b>.
- STACHE, Christian. 2021. «It's not human, it's animal capital». En *The Capitalist Commodification of Animals*, editado por Brett Clarck y Tamar D. Wilson, 35:31. Bingley: Emerald Group Publishing Limited.
- SYLVIA IV, J.J. 2021. «Posthuman Media Studies». *Journal of Posthumanism* 1 (2): 139-51. <https://doi.org/10.33182/jp.v1i2.1360>.
- THOREAU, Henry David. 1854. *Walden, or, Life in the Woods*. Boston: Ticknor and Fields. <https://acortar.link/ZLR9As>.
- TILLON, Laurent. 2024. *Ser un roble. La fascinante historia bajo la corteza de Quercus*. Editorial GG.
- TORRALBA, Francesc. 2018. *Els mestres de la sospita. Marx, Nietzsche, Freud*. Barcelona: Fragmenta.
- TORRES, Carla. 2024. «Una batalla campal de monos paraliza una ciudad de Tailandia | Vídeo». *El Periódico de Catalunya*, 29 de marzo de 2024. <https://acortar.link/iP1Vlc>.
- TSING, Anna Lowenhaupt. 2011. «Arts of inclusion or how to love a Mushroom». *Australian Humanities Review* 50:1-11. <https://doi.org/10.22459/ahr.50.2011.01>.
- _____. 2015. *The mushroom at the end of the World. On the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton: Princeton University Press.
- TURKLE, Sherry. 2015. *Reclaiming conversation. The power of talk in a digital age*. New York: Penguin Random House.
- _____. (2024) *Friction. An ethnography of global connection*. Princeton, NJ. Princeton University Press.
- UBACH Llorens, Jordi. 2024. «Els Mossos continuen en solitari la recerca del menor desaparegut a la presa de Tarn». *Pallars Digital*, 23 de julio de 2024. <https://acortar.link/6D13LW>.
- UEXKÜLL, Jakob. 2010. *A Foray into the Worlds of Animals and Humans: With a Theory of Meaning*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- VADILLO, Virginia. 2025. «El mar Menor, un ecosistema con tutores, NIF y cuenta bancaria». *El País*, 29 de mayo. <https://acortar.link/BB5Dhu>.

- VALLANCE, Chris. 2024. «El revolucionario chip cuántico de Google que resuelve en 5 minutos lo que hoy tomaría 10 cuatrillones de años». *BBC News*, 10 de diciembre. <https://acortar.link/H1Q4df>.
- VECCO, Marilena. 2020. «Genius loci as a meta-concept». *Journal of Cultural Heritage* 41:225-31. <https://doi.org/10.1016/j.culher.2019.07.001>.
- VENTURA Pocino, Patrícia. 2021. «Algoritmes a les redaccions: Reptes i recomanacions per dotar la intel·ligència artificial dels valors ètics del periodisme». *Fundació Consell de la Informació de Catalunya*. <https://acortar.link/dFA4T7>.
- VICENTE, Teresa. 2024. «Intervención en la mesa redonda “Los derechos del agua”». Tortosa: VII Foro Cultura y Ruralidades. Escenarios del Agua. <https://acortar.link/OciVxp>.
- VIEGAS, Jennifer. 2019. «Cockroaches live in a democracy». *ABC Science*, 3 de abril. <https://acortar.link/4hxnfc>.
- VIURE als Pirineus/ACN. 2024. «Multitudinària manifestació a la Seu d'Urgell per un habitatge digne al Pirineu». *Viure als Pirineus*, 6 de diciembre. <https://acortar.link/S9xH5a>.
- WEE, Sue Lee, y Elsie Chen. 2019. «China's Tech Firms Are Mapping Pig Faces». *The New York Times*, 24 de febrero. <https://acortar.link/6zfG1r>.
- WESTON, Phoebe. 2024. «Boom in mining for renewable energy minerals threatens Africa's great apes». *The Guardian*, 3 de abril. <https://acortar.link/FYaLSJ>.
- WIENER, Norbert. 1986. *Cibernètica o control i comunicació en l'animal i la màquina*. Barcelona: Edicions científiques catalanes.
- WILSON, H. 1914. «Cómo marchan y combaten los alemanes». *La Vanguardia*, 19 de septiembre.
- WOLFE, Cary. 2010. *What Is Posthumanism?* Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- _____. 2012. *Before the Law: Humans and Animals in a Biopolitical Frame*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- WOOK, Elizabeth A., y Stuart Medley. 2023. «Framing the embodied journalist». *Sur le journalisme - About journalism - Sobre jornalismo* 12 (2): 71-87. <https://doi.org/10.25200/SLJ.v12.n2.2023.580>.
- WORSHAM, Lynn. 2015. «Moving beyond the logic of sacrifice: Animal studies, trauma studies and the path to posthumanism». En *Writing posthumanism, posthuman writing*, 19-55. Anderson CA,: Parlor Press.
- ZHONG, Raymond. 2024. «Are We in the “Anthropocene”, the Human Age? Nope, Scientists Say». *The New York Times*, 5 de marzo. <https://acortar.link/OI8lsN>.

ZIELENSKI, Siegfried. 2019. *Variations on Media Thinking*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

ŽIŽEK, Slavoj. 2023. *Incontinencia del vacío. Enjutas económico-filosóficas*. Barcelona: Anagrama.

_____. 2025. *Contra el progreso*. Barcelona: Paidós.

ZUBOFF, Shoshana. 2019. «Surveillance Capitalism and the Challenge of Collective Action». *New Labour Forum* 28 (1). <https://doi.org/10.1177/1095796018819461>.

